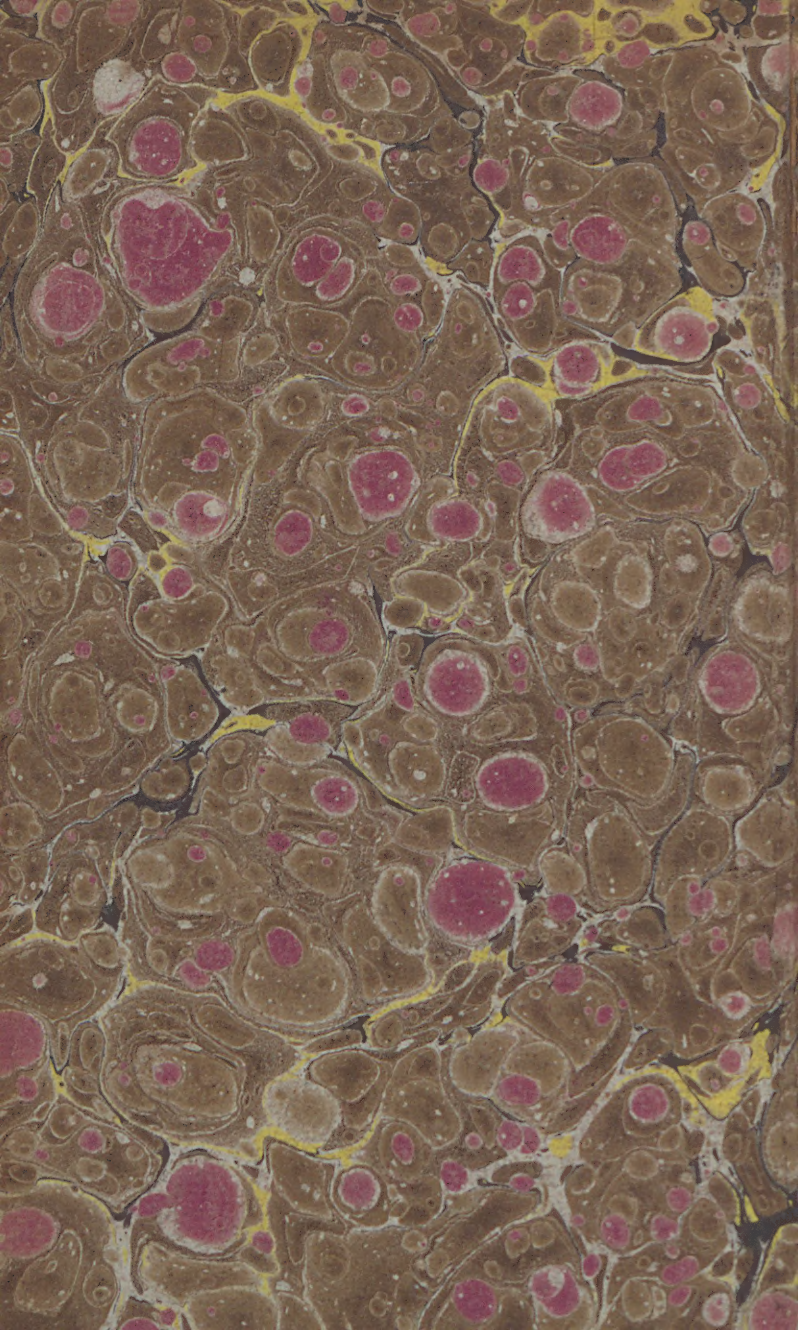
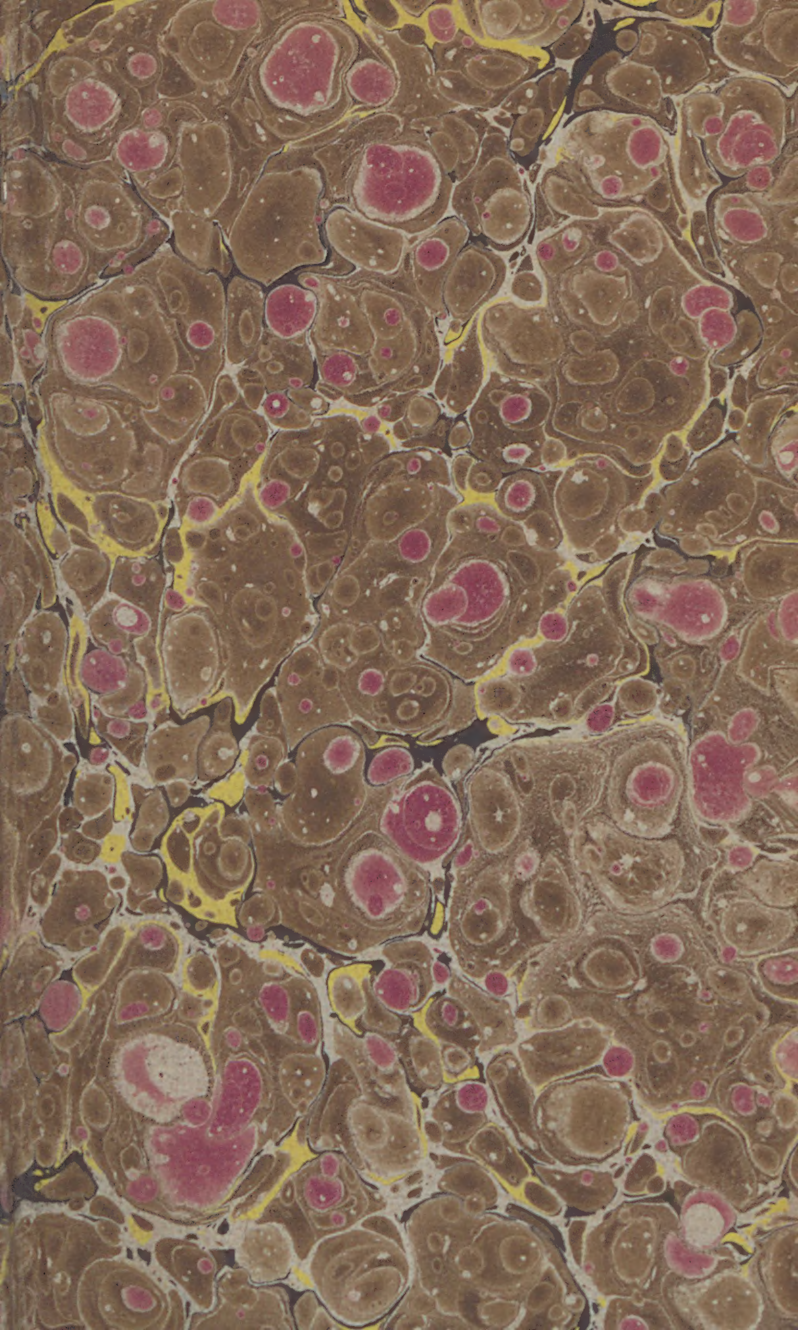
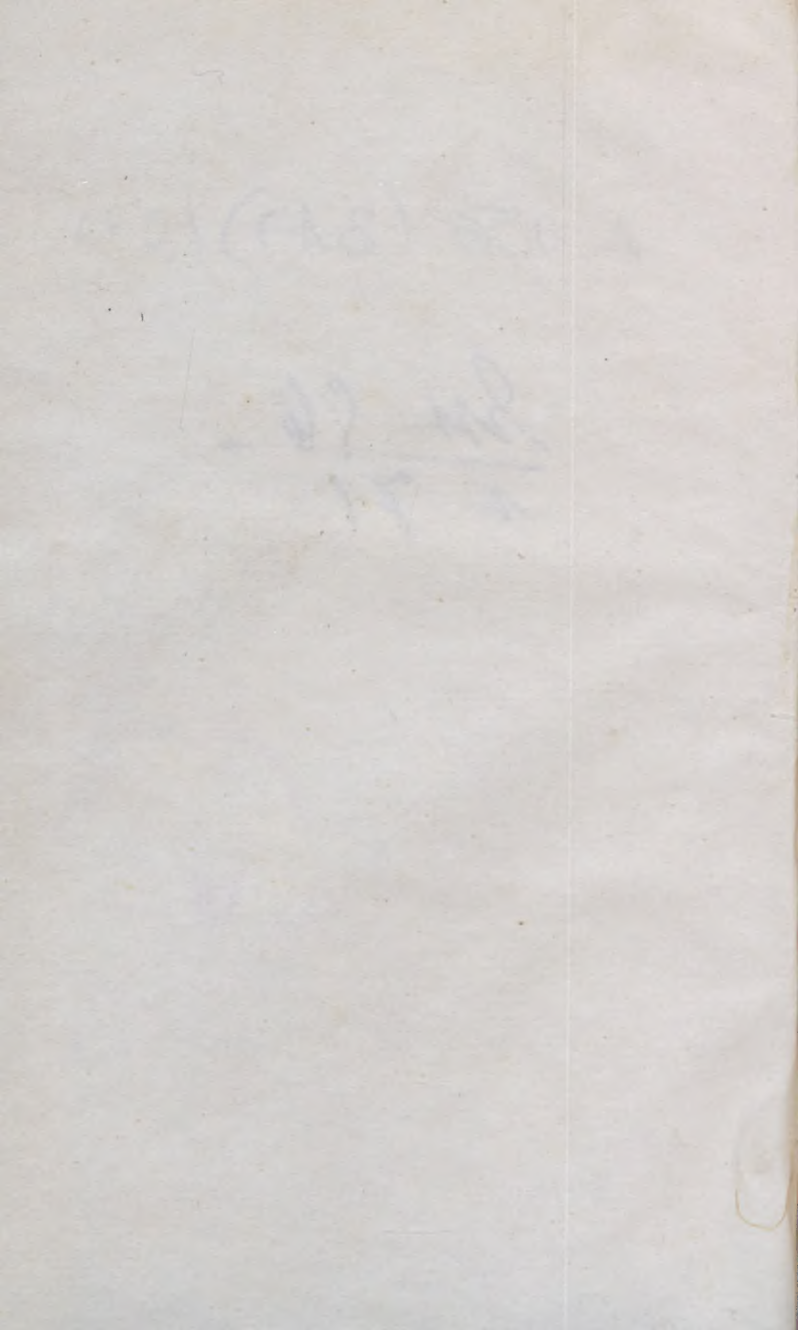








PLUTARCO

VIDAS DE LOS HOMBRES ILUSTRES.



LAS VIDAS PARALELAS

DE PLUTARCO,

TRADUCIDAS DE SU ORIGINAL GRIEGO

EN LENGUA CASTELLANA

POR EL SR. D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS,
INDIVIDUO DE NUMERO DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA, Y CONSILIARIO DE LA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO &C.

TOMO III.



EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1830.

CONTIENE ESTE TOMO LAS VIDAS

DE

LISANDRO Y
SILA.
CIMON Y
LUCULO.
NICIAS Y
MARCO CRASO.
SERTORIO Y
EUMENES.
AGESILAO Y
POMPEYO.

PARALELOS DE PLUTARCO,

ó

VIDAS COMPARADAS.

LISANDRO.

El tesoro de los Acancios tiene en Delfos esta inscripcion: *Brasidas y los Acancios de los Atenienses.* Por esta causa piensan muchos que la estatua de piedra que hay dentro del templo junto á la puerta es de Brasidas, siendo asi que es un retrato de Lisandro, con gran cabellera á la antigua, y con una barba muy crecida, pues no por haberse cortado el cabello los Argivos por luto despues de una gran derrota lo dejaron crecer los Esparciatas, tomando la contraria ensoberbecidos con la victoria, que es la opinion de algunos; ni tampoco adoptaron esta costumbre de usar cabello largo, á resulta de haberles parecido despreciables y feos los Baquiadas, que de Corinto se acogieron á Lacedemonia, por tener el cabello cortado; sino que esta fue tambien institucion de Licurgo; de quien se refiere haber dicho que el cabello á los hermosos les daba mas gracia, y á los feos los hacia mas terribles.

El padre de Lisandro Aristoclito se dice que aunque no era de casa real, era del linage de los Heraclidas. Crióse Lisandro en la pobreza, y desde luego se mostró dócil, como el que mas, á las instituciones de Esparta, valiente y domador de todos los placeres, á excepcion solamente de aquel que resulta al hombre de vencer, y de ser honrado por sus grandes hechos: porque no es en Esparta reprensible el que los jóvenes se dejen dominar de

este placer, sino que quieren que desde el principio se sientan inflamados del deseo de gloria, entristeciéndose con las reprensiones, y engriéndose con las alabanzas; y al que lo ven impasible é inalterable en cuanto á estos sentimientos, teniéndole por indiferente á la virtud, y por desidioso, lo desprecian. Asi lo que habia en él de ambicion y de emulacion le quedó de la educacion patria, sin que en ello pudiera atribuirse gran parte á la naturaleza. Fue sí por caracter mas obsequiador de los poderosos, y mas acomodado á sufrir el ceño de la autoridad, cuando lo exigia el caso, de lo que convenia á un Esparciata; lo que sin embargo dicen algunos ser una parte muy principal de la política. Aristóteles cuando dice que los grandes ingenios son melancólicos, como el de Sócrates, el de Platon y el de Hércules, refiere que Lisandro no cayó en este afecto desde luego, sino cuando ya era anciano. Lo propio y peculiar de su índole fue el que supo llevar con gran espíritu la pobreza, no siendo nunca dominado ni corrompido por los intereses: asi es que con haber llenado su patria de riqueza y de la codicia de ella, no siendo ya admirada como antes de que no la tenia en admiracion, y haber introducido gran copia de oro y plata despues de la guerra de Atenas, no reservó para sí ni una sola dracma. Enviándole Dionisio el Tirano para sus hijas unas túnicas de mucho precio, de las que se usaban en Sicilia, no las quiso recibir, temiendo, decia, que con ellas habian de parecer mas feas. Con todo de alli á poco, habiendo sido enviado por embajador de su ciudad cerca del mismo Tirano, remitiéndole este dos estolas para que escogiese y llevase á su hija la que mas le agradara, respondió, ser mejor que ella misma eligiese, y se marchó llevándoselas ambas.

Iba alargándose la guerra del Peloponeso, y des-

pues de las derrotas de los Atenienses en Sicilia se preveia al principio que decaerian del imperio del mar, y al cabo de bien poco que perderian del todo su poder; pero encargado Alcibiades de los negocios, revocado que fue su destierro, causando en todo una gran mudanza, los puso en estado de poder hacer frente en los combates navales. Concibiendo pues miedo otra vez los Lacedemonios, é inflamados sin embargo del deseo de la guerra, necesitando un General hábil y poderosas prevenciones, confirieron á Lisandro el mando de la armada naval. Trasladado á Efeso, y hallando que la ciudad le era afecta, y sumamente adicta á la causa de los Lacedemonios, pero que se veia mortificada y en peligro de tornarse bárbara contrayendo las costumbres de los persas, por las continuas mezclas de unos con otros, por la proximidad de la Lidia, y porque los Generales del Rey por lo comun residian en ella; fijando él alli sus reales, y disponiendo que las naves de carga acudiesen de todas partes á aquel punto, llenó sus puertos de mercaderías, de negociaciones su plaza, y de riqueza sus casas y talleres: de manera que desde aquel tiempo tuvo ya por Lisandro la esperanza de la magnificencia y poder de que ahora disfruta.

Noticioso de que Ciro, hijo del Rey, venia á Sardis, subió á tratar con él, y á acusar á Tisafernes, de que aparentando dar auxilio á los Lacedemonios, y querer expeler del mar á los Atenienses, parecia sin embargo que ganado por Alcibiades habia perdido su actividad; y que con proveer á los gastos de la escuadra con escasez se proponia destruirla. Tenia deseo el mismo Ciro de encontrar en falta á Tisafernes, y de que se le hablara mal de él, porque le conceptuaba malo, y porque habia entre los dos particulares motivos de disgusto. Mirado Lisandro con aprecio por este motivo y por toda su

conducta, principalmente se atrajo con su obsequioso trato el afecto de aquel joven, al que confirmó en las ideas de guerra; y cuando ya estaba para retirarse, dándole Ciro un banquete, le encargó que de ningun modo desechara su disposicion á complacerle, sino que dijese y pidiese cuanto quisiera, porque en nada seria desatendido. Entonces Lisandro le salió al encuentro diciendo: pues que tal es, ó Ciro, tu buena voluntad, te pido y te exhorto á que añadas un óbolo al prest de los marineros, de manera que perciban cuatro óbolos en lugar de tres. Complacido Ciro con esta honrosa peticion, le entregó diez mil daricos, con los que aventajando en el óbolo á los marineros, y mejorando su condicion, en poco tiempo dejó vacías las naves de los enemigos; porque el mayor número se iba al que daba mas; y los que quedaban se volvian desidiosos é insubordinados, no dando sino disgustos á sus Generales. Mas aun con haber dejado tan solos á los enemigos, y haberles hecho tantos males, huia receloso de un combate naval, temiendo á Alcibiades, que sobre ser hombre activo, y tener mayores fuerzas, en cuantas batallas se habia encontrado hasta entonces por mar y por tierra en todas habia salido vencedor.

Sucedió á poco que haciendo Alcibiades viage á Focea desde Samos, y dejando con el mando de la armada á Antioco; este, como para insultar á Lisandro, se dirigió orgulloso con dos galeras al puerto de Efeso, pasando con arrogancia y con algazara y burla por delante de la escuadra; de lo que irritado Lisandro, desde luego no despachó sino unas cuantas galeras en su persecucion; pero viendo que los Atenienses le daban auxilio de su parte, envió luego otras, y al fin vino á trabarse un combate naval, en el que venció Lisandro, y tomando quince galeras erigió un trofeo. El pueblo de la capital de Atenas, disgustado con este suceso, quitó el man-

do á Alcibiades, y como tambien los soldados que habia en Samos le denostasen é improperasen, se retiró del campamento al Quersoneso. No fue esta batalla en sí misma de grande entidad; pero la fortuna le dió nombradía por causa de Alcibiades. Lisandro de su parte hizo concurrir á Efeso de las otras ciudades á aquellos sugetos que observó sobresalian en valor y prudencia; con lo que echó disimuladamente las primeras semillas de las innovaciones y mudanzas de gobierno, que introdujo mas adelante. Procuró pues excitarlos é inflamarlos á que formaran ligas y cofradías entre sí, y á que se aplicaran á los negocios, para que en el mismo momento de ser excluidos los Atenienses, quitaran el gobierno democrático, y mandaran ellos en su respectiva patria. Cumplió á su tiempo á cada uno de estos con obras la palabra que les habia dado, elevando á los que habia hecho sus amigos y huéspedes á los mayores honores, comisiones y mandos, sin reparar en ser él tambien injusto, y en cometer errores por servir á la codicia de ellos; de donde provino que todos le tenian consideracion, le obsequiaban y deseaban, con la esperanza de que podrian aspirar á las mayores cosas si él quedaba vencedor; por lo cual al principio vieron con disgusto que iba Calicrátidas á sucederle; y aun despues, cuando ya este habia dado pruebas de ser el hombre mas recto y justo, no estaban contentos con su modo de gobernar, que tenia mucho de la verdad y sencillez dorica; sino que admirando su virtud á la manera que la belleza de una estatua heróica, echaban menos la actividad de aquel, y buscaban su condescendencia con los amigos, y la utilidad que les provenia: asi es que cuando partió se desconsolaron, y llegaron hasta derramar lágrimas.

Contribuia él tambien por su parte á indisponerlos todavía mas con Calicrátidas; y lo que res-

taba aun del dinero que Ciro le habia dado para la escuadra, lo volvió á remitir á Sardis, diciendo que el mismo Calicrátidas lo pidiese, ó viera de donde habia de sacar con que mantener á los soldados. Finalmente al estar para partir, tomó testigos de que entregaba la armada dueña del mar; mas queriendo aquel reprender su vana y presuntuosa ambicion, pues ¿por qué, le dijo, dejando á la izquierda á Samos, y navegando á Mileto, no me haces alli la entrega de la armada? puesto que si somos dueños del mar, en él no tenemos por que temer á los enemigos que se hallan en Samos; pero respondiéndole Lisandro que ya no tenia mando, sino que él era quien estaba encargado de la escuadra, tomó la vuelta del Peloponeso, dejando á Calicrátidas en el mayor apuro. Porque ni á su venida habia traido fondos de Esparta, ni le sufria su corazon recogerlos por fuerza de las ciudades que estaban infelices. No le quedaba pues otro recurso que ir, como Lisandro, á tocar las puertas de los Generales del Rey, y mendigarlos de ellos, para lo que era el menos á propósito del mundo; porque como hombre libre y de elevados pensamientos creia que cualquiera derrota de los Griegos era para la Grecia toda mas honrosa, que el adular y presentarse ante las puertas de unos bárbaros, que fuera de poseer mucho oro nada bueno tenian. Precisado sin embargo de la estrechez, subiendo á la Lidia, marchó en derechura á la casa de Ciro, y mandó decir que Calicátridas, el Comandante de la escuadra, estaba alli, y queria hablarle; pero como uno de los que servian á la puerta le diese la respuesta de que Ciro no estaba entonces de vagar, porque bebia: pues nada malo hay en eso, le contestó, porque yo me esperaré aqui hasta que haya bebido. Parecióles á aquellos bárbaros que era un hombre muy inurbano, y como observase que se reian de él, se marchó. Volvió segunda vez á la

puerta; y no siendo admitido, incomodado de ello, marchó á Efeso, echando mil imprecaciones contra los primeros que fueron corrompidos con el lujo de los bárbaros, y que los enseñaron á ser insolentes á causa de su riqueza; y jurando ante los que se hallaban presentes, que apenas se viese en Esparta haria todo cuanto le fuese posible porque se reconciliaran entre sí los Griegos, y porque haciéndose temibles á los bárbaros, se dejaran de implorar la fuerza de estos unos contra otros.

Mas Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de Esparta, y que competia en justicia, en magnanimidad y valor con los mas elevados varones de la Grecia, vencido al cabo de poco tiempo en el combate naval de Arginusas, perdió en él la vida; con lo que los negocios tomaron mal aspecto; y enviando los aliados Embajadores á Esparta, pidieron por Comandante de la armada á Lisandro, á causa de que mandando él concurririan con mejor voluntad á lo que fuese menester; y tambien Ciro les escribió con el propio objeto. Mas como hubiese una ley que no permitia que uno mismo mandase dos veces la armada, deseando los Lacedemonios dar gusto á los aliados, en la apariencia crearon General á un tal Araco; pero mandando á Lisandro de enviado en el nombre, en la realidad le hicieron el árbitro de todo; lo que se ejecutó asi muy segun el deseo de los que gobernaban y tenian el principal influjo en las ciudades: porque esperaban que todavía habian de adelantar por él en poder despues de disuelto el gobierno popular. Pero para los que gustaban mas de un modo de gobernar sencillo y generoso, comparado Lisandro con Calicrátidas, parecia astuto y solapado, usando en la guerra de diversas clases de engaños, y celebrando lo justo cuando iba unido con lo provechoso; mas si no, empleando lo util como si fuera honesto; porque no creia

que la verdad fuese por naturaleza preferible á la mentira, sino que por el provecho discernia el aprecio que habia de darse á una ú otra; y á los que le decian no ser digno de los descendientes de Hércules el hacer con engaños la guerra, los mandaba á pasear; diciendo que donde no alcanzaba la piel de leon, se habia de coser un poco de la de zorra.

Que era este su caracter se confirma con lo que se dice haber hecho en Mileto: porque habiendo prometido á sus amigos y huéspedes que les ayudaria á desatar la democracia, y desterrar á los contrarios; como aquellos hubiesen mudado de propósito, y reconciliádose con sus enemigos, lo que es públicamente, fingió que se holgaba mucho de ello, y tomaba parte en la reconciliacion; pero en secreto los reprendia y vituperaba, excitándolos á sobreponerse á la muchedumbre. Cuando ya tuvo noticia de la insurreccion, partió inmediatamente á auxiliarla, y entrando en la ciudad, á los primeros con quienes tropezó de los insurgentes los maltrató de palabra, y se les mostró irritado, como si hubiera de tomar venganza de ellos; y á los otros les inspiraba confianza, dándoles á entender que nada desagradable temieran mientras él estuviese allí: haciendo uso de estas ficciones y de estos diferentes papeles, con la mira de que no huyesen los democratas y de mayor poder, sino que permaneciesen en la ciudad, para quitarles la vida, como efectivamente sucedió, porque perecieron todos cuantos se confiaron. Tambien nos ha conservado Andróclidas una expresion de Lisandro, que depone contra su indiferencia en materias de juramentos; porque segun dice era su opinion que á los niños se les habia de engañar con dados, y á los hombres con juramentos: tomando malamente por modelo un General á un Tirano, esto es Lisandro á Policrates de Samos: fuera de que no era muy Espartano, sobre

ser muy inicuo, el haberse mal asi con los Dioses como con los enemigos: porque el que abusa para engañar del juramento, reconoce que teme á su enemigo, y que insulta á Dios.

Llamó Ciro á Sardis á Lisandro, y dándole diferentes cosas, le prometió otras, diciendo con ardor juvenil en su obsequio, que aun cuando nada diera su padre, pondria en mano de Lisandro cuanto á él le pertenecia; y á falta de todo se desharia del trono en que daba audiencia, que era todo de oro y plata. Finalmente que subiendo á la Media trataria con el padre de que aquel recogiese los tributos de las ciudades, para lo que le hacia entrega de su autoridad. Despidiéronse, y rogándole que no combatiera con los Atenienses antes que él volviese, porque volveria trayendo muchas naves de la Fenicia y la Cilicia, subió adonde estaba el padre. Lisandro no pudiendo combatir ni aun con iguales fuerzas, ni tampoco estarse sin hacer nada con tan gran número de naves, dando la vela, atrajo á algunas de las islas; y á Egina y Salamina, penetrando en ellas, las taló. Subiendo despues al Ática, pasó á saludar á Agis, bajando para esto desde Decelia, é hizo ante el ejército de tierra, que alli se hallaba, ostentacion de sus fuerzas navales, como que podia por mar aun mas de lo que queria; y con todo como los Atenienses fuesen en su persecucion, huyó por medio de las islas apresuradamente al Asia; donde hallando desamparado el Helesponto, acometió él mismo desde el mar con las naves á Lamsaco; y Torax, acudiendo tambien con las tropas de tierra al mismo punto, combatió las murallas, con lo que tomó la ciudad á viva fuerza, permitiendo á los soldados que la saqueasen. Hacia vela á la sazon la armada de los Atenienses, fuerte de ciento y ochenta galeras, á Eleunte del Quersoneso; pero con la noticia de haberse perdido Lamsaco, tomaron al punto

rumbo para Sesto; y provistos allí de víveres se dirigieron á Egospotamos enfrente de los enemigos, que todavía estaban surtos en Lamsaco. Eran Generales de los Atenienses varios otros, y Filocles, aquel que antes habia persuadido al pueblo que se hiciera ley para que se cortara el dedo pulgar de la mano derecha á los que se cautivasen en la guerra, á fin de que no pudieran llevar la lanza, pero sí manejar el remo.

Nada hicieron por entonces ni unos ni otros, esperando que al dia siguiente se combatirian las escuadras; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro; el cual sin embargo dió orden á los marineros y pilotos, como si al otro dia al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras, y esperasen en formacion y con silencio la disposicion que se les comunicase; y de la misma manera mandó que el ejército de tierra aguardara igualmente sin moverse. Al salir el sol los Atenienses se presentaron de frente provocándolos con todas sus naves; y él con tener las suyas en orden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y antes por sus edecanes envió avisos á las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar ya al oscurecer los Atenienses; y él sin embargo no permitió á los soldados desembarcarse sin haber despachado antes de exploradoras dos ó tres galeras, y haber vuelto estas con la noticia de que habian visto saltar en tierra á los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el dia siguiente, y el tercero y el cuarto: de manera que los Atenienses concibieron la mayor confianza, y empezaron á mirar con desprecio á los enemigos, como que les temian y les habian cobrado miedo. En tanto Alcibiades, que se hallaba todavía en el Quersoneso detenido en una de sus plazas, marchando á caballo al ejército de los

Atenienses, increpó á los Generales primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar de que hacian mal en ir lejos á tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenia no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manteniéndose á distancia de unos enemigos que estaban á las órdenes de un hombre solo, obedeciéndole en todo por miedo á la menor señal. Estas lecciones les daba; mas ellos no le prestaron oidos, y aun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibiades, sino otros los que mandaban.

Separóse pues de ellos Alcibiades, no sin alguna sospecha de que eran traidores á su patria. Hicieron los Atenienses al quinto dia su navegacion y retirada segun costumbre, con gran desden y desprecio; y Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó á los capitanes que inmediatamente despues de haber visto desembarcarse á los Atenienses, se apresurasen á volver, y al estar en medio de la travesía levantasen en alto por la proa un escudo de bronce en señal de que debian hacerse á la vela. En tanto convocaba á los pilotos y Capitanes y los exhortaba á que cada uno tuviese á bordo y en orden á todos los individuos de la marinería y tripulacion, y á la primera señal moviesen aceleradamente contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dió de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hácia el promontorio; y siendo la distancia que habia entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fue vencida. Conon fue el primero de los Generales Atenienses que divisó en el mar la escuadra, é inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les habia sobrevenido, convocaba á unos, rogaba á otros, y á otros los obligaba á tripular las

naves; pero toda su diligencia era en vano, estando la gente dispersa; pues luego que saltaron en tierra unos habian marchado á tomar víveres, otros andaban divertidos, y otros dormian en las tiendas muy distantes todos de aquel apuro y menester por impericia de sus Generales. Cuando ya los enemigos estaban encima con grande gritería y alboroto, Conon se hizo á la vela con ocho naves, y se retiró á Chipre al amparo de Evagoras; pero cargando sobre las demas los del Peloponeso, de ellas tomaron unas enteramente vacías, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente unos murieron cerca de las naves cuando desarmados corrian á defenderlas, y otros recibieron la muerte mientras huian por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos á tres mil hombres, inclusos los Generales y la armada entera, á excepcion de la galera de Paralo y las que Conon llevó consigo. Amarradas pues las naves y saqueado el campamento, navegó al son de las trompetas y entonando canciones triunfales la vuelta de Lamsaco; habiendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increible la guerra mas encarnizada y de mas varios casos de fortuna entre cuantas la habian precedido; la cual, despues de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de mas Generales que los que fallecieron en todas las demas guerras de la Grecia, fue de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo: asi es que esta hazaña fue calificada de divina.

Hubo algunos que dijeron haber visto, al punto mismo de salir contra los enemigos la nave de Lisandro, brillar de una y otra parte sobre el timon de ella la constelacion de los Dióscuros con grandes resplandores; y otros afirman que la caida de la pie-

dra fue señal de este acontecimiento; porque, como es opinion comun, cayó del cielo hácia Egospotamos una piedra de gran tamaño, la que muestran todavía en el dia de hoy, siendo tenida en veneracion por los del Quersoneso. Refiérese haber predicho Anaxagoras, que verificándose algun desnivel ó alguna conmocion de los cuerpos que estan sujetos en el cielo, habria rompimiento y caida de uno que se desprendiese, y que no está cada una de las estrellas en el lugar en que apareció; porque siendo por su naturaleza pedregosas y pesadas, resplandecen por reflejo y refraccion del aire, y son arrebatadas por el poder y fuerza de la esfera donde estan sujetas; como lo quedaron en un principio para no caerse acá, cuando lo frio y pesado se separó de los demas seres. Pero hay otra opinion mas probable de los que afirman que las estrellas que caen, no son corrimiento ó destruccion del fuego etéreo que se apaga en el aire al mismo encenderse; ni tampoco incendio y resplandor del aire, que inflamándose asciende por su gran copia á la region superior, sino desprendimiento y caida de los cuerpos celestes, como por ceder y perder su fuerza el movimiento de rotacion á causa de estremecimientos; los que no los llevan á puntos habitados de la tierra, sino que muchos van á caer al gran mar, por lo que despues no aparecen. Mas con el dicho de Anaxagoras conforma la relacion de Damaco, quien en su tratado de *la piedad* expresa que antes de caer la piedra por setenta y cinco dias continuos se observó en el cielo un cuerpo encendido de gran magnitud á manera de nube de fuego, no quieto, sino movido en diferentes giros y direcciones; el cual siendo llevado de una parte á otra, con la agitacion y el mismo movimiento se partió en pedazos tambien encendidos, y que centelleaban como las estrellas que caen. Luego que cayó en aquel punto, y que los naturales se re-

cobraron del miedo y sobresalto, acudieron á él, y no encontraron de fuego ni una señal siquiera, sino una piedra tendida en el suelo, grande sí, pero que no conservaba ni la mas pequeña parte de aquella circunferencia que apareció inflamada. Es bien claro que necesita Damaco lectores demasiado indulgentes; pero si su relacion es cierta, convence con bastante fuerza á los que sostienen haber sido aquella una piedra, que arrancada de alguna elevacion por los vientos y los huracanes, se mantuvo y fue llevada en el aire como los torbellinos, hasta que se desplomó y cayó en el momento que cedió y aflojó la fuerza que la tenia elevada: á no ser que realmente fuese fuego lo que se vió por muchos dias, y que de su extincion y destruccion resultasen vientos y agitaciones fuertes que despues hiciesen caer la piedra. Pero estos objetos son mas bien para tratados en otra especie de escritos.

Lisandro, despues que en consejo fueron condenados á muerte los tres mil Atenienses que habia tomado cautivos, hizo llamar al General Filocles, y le preguntó ¿qué sentencia pronunciaba contra sí mismo, que tales consejos habia dado á sus conciudadanos contra los Griegos? Mas este, sin mostrar abatimiento ninguno en aquel trance, le contestó que era en vano acusar por cosas de que ninguno era juez competente; y que como vencedor mandara ejecutar lo que vencido habria tenido que sufrir. Lavóse despues, y vistiéndose un rico manto, se puso al frente de sus conciudadanos para ser llevado á la matanza segun escribe Teofrasto. Recorrió luego Lisandro las ciudades, y cuantos Atenienses encontraba á todos les intimaba que marchasen á Atenas, porque no tendria indulgencia con ninguno, sino que haria dar la muerte á cuantos hallase fuera de la ciudad; lo que ejecutaba enviándolos á todos á la capital, porque era su ánimo que en ella hubiese

una grande hambre y carestía, para que no le diesen mucho que hacer con el cerco, sufriéndole en la abundancia. Disolvió pues las democracias y demas gobiernos, y en cada ciudad dejó un gobernador Lacedemonio y diez magistrados tomados de las Cofradías que á su orden se habian establecido; lo que ejecutó, igualmente que en las ciudades enemigas, en las aliadas; y libre con esto de cuidados, volvió al mar, habiendo adquirido para sí en cierta manera la comandancia de toda la Grecia. Porque no tomaba los magistrados ni de la clase de los nobles, ni de la de los ricos; sino que todo lo hacia en obsequio de sus amigos y sus huéspedes, constituyéndolos árbitros de las recompensas y de los castigos; con lo que, y prestarse él mismo á los asesinatos que aquellos ejecutaban, y á desterrar á los contrarios de sus enemigos, no dió la mas favorable idea del mando de los Lacedemonios. Asi debe entenderse que chocheaba el historiador Teopompo cuando comparó á los Lacedemonios con los taberneros, por cuanto habiendo dado á los Griegos á probar la excelente bebida de la libertad, luego les habian echado vinagre; pues que desde luego fue muy desabrida y amarga su bebida, no permitiendo Lisandro que los pueblos fuesen independientes en sus negocios, y poniendo las ciudades en manos de unos cuantos, y estos los mas atrevidos é insolentes.

Habiendo gastado bien corto tiempo en estas cosas y despachado á Lacedemonia quien anunciase que venia con doscientas naves, en las costas del Atica se juntó con los Reyes Agis y Pausanias, con el propósito de tomar sin dilacion la ciudad; mas como los Atenienses se defendiesen, vuelto á las naves, pasó otra vez al Asia, y en todas las ciudades sin distincion anuló los gobiernos que tenian y estableció los decemviros, con muerte en cada una de muchos y con fuga de otros tantos. En la isla de Samos,

expeliendo á todos los naturales, dió las ciudades á los que antes habian sido desterrados, y posesionándose de Sesto, ocupada por los Atenienses, no permitió que la habitasen los Sestios; sino que la ciudad y el territorio los dió á los pilotos y á los cómitres de su armada para que se los repartiesen: aunque esto lo reprobaron los Lacedemonios, y restituyeron otra vez los Sestios á su tierra. Las disposiciones que con gusto vieron todos los Griegos fueron la de haber recobrado los Eginetas su ciudad al cabo de mucho tiempo, y la de haber sido restituidos por él los Melios y Escionios, expeliendo á los Atenienses, y obligándolos á reintegrar á aquellos en sus ciudades. Noticioso ya entonces de que la capital se hallaba en mal estado apretada del hambre, navegó al Pireo, y estrechó á la ciudad obligándola á admitir la paz con las condiciones que le prescribió. Algunos Lacedemonios dicen que Lisandro escribió á los Eforos en estos términos: »se ha tomado Atenas;" y que los Eforos respondieron: »basta »con haberse tomado;" pero esta relacion ha sido asi compuesta por decoro: pues la verdadera resolucion de los Eforos fue en esta forma: »los Magistrados »de los Lacedemonios han decretado que derribando el Pireo y el murallon, y saliendo de todas las »demas ciudades, conserveis vuestro territorio; y »bajo las siguientes condiciones tendreis paz; dareis »lo que fuere menester; entregareis los pasados, y »acerca del número de naves hareis lo que alli se »determine." Este decreto le admitieron los Atenienses á persuasion de Teramenes, hijo de Agnon; y aun se dice que como Cleomedes, uno de los Demagogos jóvenes, le replicase, ¿por qué se atrevia á obrar y proponer lo contrario que Temístocles, entregando á los Lacedemonios unas murallas que aquel contra la voluntad de estos habia levantado? le respondió: nada de eso, ó joven: yo no obro en opo-

sicion con Temístocles, pues si él para la salud de los ciudadanos levantó estas murallas, por la misma salud las derribamos nosotros; y si los muros hiciesen felices á las ciudades, Esparta seria la mas desdichada de todas, pues no está murada.

Lisandro en el momento en que se hizo dueño de todas las naves, á excepcion de doce, y de las murallas de los Atenienses, lo que se verificó el diez y seis del mes muniquion, el mismo dia en que se ganó en Salamina la batalla naval contra los bárbaros; resolvió mudar tambien el gobierno, y como los Atenienses lo rehusasen y llevasen á mal, envió á decir al pueblo que estaban en el descubierto de haber quebrantado los tratados, porque subsistian los muros despues de pasados los dias en que debieron derribarse; por tanto que estaba en el caso de deliberar de nuevo acerca de ellos, pues que habian faltado á lo convenido. Algunos dicen que ante los aliados manifestó el dictámen de reducirlos á la esclavitud; y que Erianto de Tebas habia sido de parecer de que la ciudad fuese demolida y el territorio quedase para pasto del ganado. Mas tenida nueva junta, y cantando mientras bebian uno de Focea aquella entrada del coro de la Electra de Eurípides, que empieza:

Hija de Agamenon, ó Electra, vengo
Al atrio yermo de tu triste alcazar,

se conmovieron todos, y tuvieron por cosa muy dura y abominable el destruir y arrasar una ciudad tan afamada, y que tan ilustres hijos habia producido. Lisandro pues, condescendiendo á todo los Atenienses, mandó traer de la ciudad muchas tañedoras de flauta, y reuniéndolas todas en su campo, á son de flauta arrasó los muros é incendió las naves, coronando al mismo tiempo sus cabezas, y aplaudiendo con himnos los aliados, como que en aquel dia empezaba su libertad. En seguida sin perder tiempo

mudó asimismo el gobierno, estableciendo treinta tiranos en la ciudad, y diez en el Pireo. Puso tambien guarnicion en la ciudadela, nombrando por gobernador á Calibio de Esparta. Sucedió con este que habiendo levantado la vara para herir á Autolico el gladiator, que es el objeto del convite escrito por Geriofonte, cogiéndole este de las piernas, le levantó en alto y derribó en tierra; de lo que no solo no se incomodó Lisandro, sino que reprendió á Calibio, diciéndole que debia saber mandaba á hombres libres; pero con todo los treinta tiranos quitaron de alli á poco la vida á Autolico, precisamente por hacer obsequio á Calibio.

Hechas estas cosas se embarcó Lisandro para la Tracia, y todo lo que le habia quedado de los fondos públicos, con cuantos dones y coronas habia recibido, siendo muchos los que, como era natural, hacian presentes á un varon de tanto poder y dueño en cierta manera de la Grecia, lo remitió á Lacedemonia por medio de Gilipo el que mandó en Sicilia. Este, segun se dice, cortando por abajo las costuras de los sacos, y sacando de cada uno mucho dinero, los volvió á coser despues, ignorante de que en cada uno habia una factura que expresaba la cantidad. Llegado pues á Esparta, ocultó lo que habia sustraido debajo del tejado de su casa, y entregó los sacos á los Eforos mostrándoles los sellos; pero abiertos los sacos y contado el dinero, se notó la diferencia entre la cantidad que resultaba y la de la factura, y hallándose los Eforos con este motivo en grande confusion, un esclavo de Gilipo les dijo enigmáticamente que debajo del Ceramico [1] se recogian muchas lechuzas: pues, segun parece, la marca de la

1 El Ceramico podia ser el tejado, y el término y sitio donde se hacian las tejas, el cúal tenia este nombre, asi como nosotros le llamamos los Tejares.

moneda entre los Atenienses era por lo comun una lechuza.

Gilipo, convencido de una maldad tan fea é ignominiosa despues de las grandes y brillantes hazañas que antes habia ejecutado, voluntariamente se expatrió de Lacedemonia, y los mas prudentes de los Esparciatas, temiendo por esto mismo con mas vehemencia el poder del dinero, pues veian los efectos que producia en ciudadanos tan principales, increpaban á Lisandro y hacian denuncia á los Eforos para que echaran fuera todo oro y toda plata como atractivos de corrupcion. Propusiéronlo los Eforos al pueblo; y Esquirafidas, segun Teopompo, ó Flogidas, segun Eforo, fue de dictámen de que no debia admitirse dinero ni moneda alguna de oro ó plata en la ciudad, sino usarse solo de la moneda patria. Era esta de hierro apagado antes en vinagre, para que no pudiera otra vez forjarse, sino que por aquella imersion quedase dura y nada maleable: á lo que se agregaba ser mas pesada y de dificil conduccion, de manera que en gran número y volumen se tenia poco valor. Y aun corre peligro que en lo antiguo en todas partes fuese lo mismo, usando unos por moneda de tarjas de hierro y otros de bronce; de donde ha quedado que á ciertas de estas tarjas, que corren en gran cantidad, se les llame óbolos, y dracma á la cantidad de seis óbolos, porque esta era la que abarcaba la mano. Hicieron sin embargo oposicion á aquella propuesta los amigos de Lisandro, formando empeño de que el dinero quedase en la ciudad, y lograron se decretase que para el público se introdujese aquella moneda; pero si se hallaba que en particular la poseyese alguno, la pena fuese la de muerte: como si Licurgo temiese al dinero, y no á la codicia de tenerlo; la que no tanto la corta el no poseerle los particulares, como la escita el que la república lo emplee, dándole el uso precio y estimacion:

no siendo posible que lo que veian apreciado en público lo despreciasen como inútil en particular; y que creyesen no servir de nada para los negocios domésticos una cosa tan estimada y apetecida en comun: fuera de que con mas facilidad pasan á los particulares las inclinaciones y costumbres manifestadas por los gobiernos, que no los yerros y afectos de los particulares estragan y corrompen las costumbres públicas. Porque el que las partes se estraguen juntamente con el todo cuando este se inclina á lo peor, es muy natural y consiguiente; y los yerros de los miembros hallan respecto del todo mucha defensa y auxilio en los bien morigerados. Ademas, aquellos á las casas de los particulares, para que en ellas no penetrase el dinero, les pusieron por guarda el miedo y la ley; pero no conservaron los ánimos insensibles é inflexibles al atractivo del dinero, sino que antes encendieron en todos el deseo de enriquecer, como de una cosa grande y honorífica. Mas de este y otros institutos de los Lacedemonios hemos tratado en otro escrito.

De los despojos consagró Lisandro en Delfos su retrato, y el de cada uno de los Capitanes de las naves, y puso de oro las estrellas de los Dioscuros, las que ya no existian antes de la batalla de Leuctras. En el tesoro de Brasidas y de los Acancios habia ademas una galera de dos codos hecha de oro y marfil, la que le habia enviado Ciro de regalo en parabien de la victoria. Alejandrides de Delfos refiere que existió alli un depósito de Lisandro en dinero de un talento, cincuenta y dos minas, y ademas once pesos; diciendo cosas que estan en oposicion con lo que generalmente se halla recibido por todos acerca de su pobreza. Llegando entonces el poder de Lisandro al punto á que no habia llegado antes ninguno de los Griegos, parece que su arrogancia y orgullo sobrepujó todavía á su poder:

porque, segun escribe Duris, las ciudades de la Grecia le erigieron altares como á un Dios, y le ofrecieron sacrificios. Fue asimismo el primero en cuyo honor se cantaron himnos, conservándose todavía en memoria uno que empezaba asi:

Io pean, de Esparta la extendida
Al ínclito caudillo celebremos,
Que es ornamento de la excelsa Grecia.

Los Samios decretaron que las fiestas llamadas entre ellos Junonias en adelante se llamasen Lisandrias. Tuvo siempre consigo á uno de los ciudadanos, llamado Cirilo, para que exornase con la poesía sus hazañas. Á Antiloco, que hizo en su loor ciertos versos, le regaló un sombrero lleno de dinero; y de Antimaco Colofonio y Nicerato Heracleota, que con sus poemas entablaron un combate, al que llamaron juego Lisandrio, dió á Nicerato la corona; de lo que sentido Antimaco, quemó su poema. Platon, que entonces era todavía joven, y que tenia en mucho á Antimaco por su habilidad en la poesía, como viese que este llevaba mal el haber sido vencido, trató de alentarle y consolarle, diciendo que la ignorancia á quien dañaba era á los ignorantes, como la ceguera á los que no ven. Llegó á tanto, que Aristonoo el Citarista, que habia vencido seis veces en los juegos Píticos, dijo á Lisandro por adulacion, que si venciese otra vez se haria pregonar esclavo de Lisandro.

Mas la ambicion de Lisandro solo era incómoda á los grandes y á sus iguales; pero el orgullo y crueza que acompañaban á su ambicion, fomentados por el tropel de aduladores, hacian que ni en el premio ni en el castigo hubiese para él regla alguna; sino que los premios de la amistad y hospitalidad eran una autoridad ilimitada y una tiranía insufrible; y para el encono solo habia un modo de satisfacerlo, que era la muerte del que era de otro partido; pues

ni huir se concedia. Asi es que mas adelante, temiendo no huyesen los Milesios que servian las magistraturas, y queriendo atraer á los que se habian ocultado, juró que no los ofenderia; y como con esta confianza viniesen y se presentasen, los entregó á los Oligarcas para que los degollasen, no bajando su número de ochocientos entre todos. En las demas ciudades eran igualmente innumerables las muertes de los demócratas, quitándoles la vida, no solo por causa particular que con él tuviesen, sino complaciendo y sirviendo con estos asesinatos á las enemistades y deseos de los amigos que tenia en todas partes. Por tanto con razon fue aplaudido el Lacedemonio Eteocles, que dijo que la Grecia no podria sufrir dos Lisandros: aunque esto mismo refiere Teofrato haber dicho Arquistrato de Alcibiades. Sin embargo en este lo que principalmente se llevaba mal era la falta de decoro, y el lujo con un cierto engreimiento; pero en Lisandro la dureza de caracter hacia temible é insoportable su poder. Esto no obstante los Lacedemonios de todos los demas atentados suyos se desentendieron; y solo cuando Farnabazo, ofendido por él, les taló y asoló el campo, y envió á Esparta quien le acusase, se indignaron los Eforos, quitando la vida á Torax, uno de sus amigos y colegas, porque averiguaron que en particular poseia dinero, y enviando al mismo Lisandro *la correa* con orden de que se presentase. La correa es en esta forma: cuando los Eforos mandan á alguno de Comandante de la armada ó de General, cortan dos trozos de madera redondos, y enteramente iguales en el diámetro y en el grueso, de manera que los cortes se correspondan perfectamente entre sí. De estos guardan el uno, entregando el otro al nombrado; y á estos trozos les llaman Correas. Cuando quieren pues comunicar una cosa secreta é importante, forman una como tira de papel

larga y estrecha como un liston, y la acomodan al trozo ó correa que guardan, sin que sobre ni falte, sino que ocupan exactamente con el papel todo el hueco: hecho esto escriben en el papel lo que quieren estando arrollado en la correa. Luego que han escrito quitan el papel, y sin el trozo de madera lo envian al General. Recibido por este, nada puede sacar de unas letras que no tienen union, sino que estan cada una por su parte; pero tomando su correa, extiende en ella la cortadura de papel, de modo que formándose en orden el círculo, y correspondiendo unas letras con otras, las segundas con las primeras, se presente todo lo escrito seguido á la vista. Llámase la tira *correa*, igualmente que el trozo de madera, al modo que lo medido suele llevar el nombre de la medida.

Habiendo recibido Lisandro la correa en el Helesponto, entró en algun cuidado; y como la acusacion que mas le hacia temer fuese la de Farnabazo, procuró avistarse y tratar con él para transigir aquella diferencia. Pasando pues á verle, le rogó escribiese otra carta á los Magistrados, en que digese que no se hallaba ofendido, ni tenia queja de Lisandro; pero no sabia que un Cretense las habia con otro, segun dice el proverbio; porque habiéndole prometido Farnabazo que le complaceria, á su vista escribió una carta como Lisandro deseaba; pero reservadamente tenia escrita otra muy diversa, y despues al cerrarlas y sellarlas, cambiando los papeles, que en nada se diferenciaban á la vista, le entregó la que reservadamente habia escrito. Llegado Lisandro á Lacedemonia, y yendo á presentarse, segun costumbre, al palacio del gobierno, entregó á los Eforos la carta de Farnabazo, en la inteligencia de que en ella se hallaba desvanecido el cargo que mas cuidado le daba: por cuanto tenia Farnabazo gran partido con los Lacedemonios, á causa de haber sido

entre los Generales del Rey el que mejor se habia portado en la guerra; pero cuando habiendo leido la carta los Eforos se la mostraron, y entendió que

No solamente Ulises es doloso,

entonces, aumentándose su inquietud, se retiró sin hacer nada; pero volviendo al cabo de pocos dias á presentarse á los magistrados, les propuso que tenia que pasar al templo de Amon, y ofrecerle los sacrificios de que le habia hecho voto antes de sus combates. Algunos son de opinion que efectivamente sitiando la ciudad de Afitis en la Tracia se le habia aparecido Amon entre sueños; y que por lo mismo levantando el sitio habia dado orden á los Afitios de que sacrificasen á Amon, como si el mismo Dios se lo hubiera encargado; y que pasando al Africa, habia procurado aplacarle; pero los mas entienden que esto del Dios fue un pretexto, y que lo que hubo en verdad fue haber temido á los Eforos, y no poder aguantar el yugo de Esparta, ni sufrir el ser mandado; por lo que recurrió á este viage y peregrinacion, como caballo que desde el prado y los pastos libres vuelve luego al pesebre y á los trabajos cotidianos: pues la otra causa que asigna Eforo á esta peregrinacion la referiremos mas adelante.

Con dificultad y trabajo recabó de los Eforos que le dejasen partir, y se hizo á la vela. Los Reyes, estando él ausente, reflexionaron que mientras por medio de las cofradías dominase en las ciudades, seria el único árbitro y señor de la Grecia, por lo que pensaron en el modo de reintegrar á los demócratas en los negocios, excluyendo á sus amigos. Moviéronse pues alteraciones en este sentido, siendo los Atenienses los primeros que desde Fila marcharon contra los treinta tiranos, y los vencieron; pero volviendo á la sazon Lisandro, persuadió á los Lacedemonios que fuesen en auxilio de los Oligar-

cas, y contuviesen con el castigo á los pueblos: asi lo primero que hicieron fue enviar á los treinta cien talentos para la guerra, y nombrar á Lisandro por General. Viéronlo los Reyes con envidia, y temiendo no fuera que de nuevo tomase á Atenas, determinaron salir á la guerra uno de los dos. Salió Pausanias, en la apariencia en defensa de los tiranos contra el pueblo; pero en realidad con ánimo de terminar la guerra, para que Lisandro no tuviera ocasion de hacerse de nuevo dueño de Atenas por medio de sus amigos. Consiguiólo con facilidad, y hecha la paz con los Atenienses, sosegando sus alteraciones, se quitó todo asidero á la ambicion de Lisandro; pero como al cabo de poco se sublevasen otra vez los Atenienses, se culpó á Pausanias de que quitado el freno de la oligarquia el pueblo se habia hecho atrevido é insolente; y Lisandro adquirió opinion de hombre que no gobernaba á voluntad de otros ni por ostentacion, sino derechamente, segun el provecho y utilidad de Esparta lo exigia.

En el decir era resuelto, y sabia dejar parados á los que le contradecian: asi á los de Argos, que disputaban sobre el amojonamiento de su territorio, y parecia tener mas justicia que los Lacedemonios, enseñándoles la espada: el que manda con esta, les respondió, es el que alega mejor derecho sobre los mojones de su término. En cierta ocasion uno de Megara le habló con mucho desenfado, y él le contestó: ó huesped, tus palabras han menester ciudad. Los Beocios no eran seguros en ninguno de los dos partidos, y les preguntó, ¿cómo pasaria por sus términos, si con las lanzas derechas ó inclinadas? Rebeláronse los Corintios, y al acercarse á sus murallas vió que los Lacedemonios se detenian en acometer, y al mismo tiempo advirtió que una liebre pasaba el foso; díjoles pues: ¿no os avergonzais de temer á unos enemigos, en cuyos muros por su flo-

jedad hacen cama las liebres? Murió el Rey Agis dejando á su hermano Agesilao y á Leotuquidas, que pasaba por hijo suyo; y Lisandro, que habia sido amador de Agesilao, le incitó á que se apoderara del reino, por ser Heraclida legítimo: pues de Leotuquidas habia la sospecha de que era hijo de Alcibiades, con quien en secreto habia tenido trato Timea, muger de Agis, mientras aquel residió en Esparta en calidad de desterrado; y Agis, segun se decia, habia echado la cuenta de que no podia haber concebido de él, por lo que no hacia caso de Leotuquidas, y era público que nunca lo habia reconocido. Con todo cuando le trajeron enfermo á Herea, condescendiendo con las súplicas del mismo jóven y las de sus amigos, declaró delante de muchos á Leotuquidas por su hijo; y rogando á los que se hallaban presentes que asi lo manifestaran á los Lacedemonios, falleció. Depusieron pues estos en favor de Leotuquidas; y ademas á Agesilao, varon de excelentes calidades, y que tenia el patrocinio de Lisandro, le perjudicaba el que Diopeites, sugeto de grande opinion en la interpretacion de oráculos, acomodaba el siguiente vaticinio á la cojera de Agesilao:

Por mas, ó Esparta, que andes orgullosa
Y sana de tus pies, yo te prevengo
Que de un reinado cojo te precavas:
Pues te vendrán inesperados males,
Y de devastadora y larga guerra
Serás con fuertes olas combatida.

Eran muchos los que opinaban por el vaticinio, y se declaraban por Leotuquidas; pero Lisandro dijo que Diopeites no lo habia entendido bien: pues el Dios no se oponia á que un cojo mandara en Esparta; sino que manifestaba que entonces estaria cojo el reino cuando los bastardos y malnacidos reinasen sobre los Heraclidas; con la cual interpretacion y

su gran poder ganó la causa, y fue declarado Rey Agesilao.

Inclinóle desde luego Lisandro á formar una expedicion contra el Asia, lisonjeándole con la esperanza de acabar con los Persas y engrandecerse. Con este objeto escribió á sus amigos de Asia, proponiéndoles que pidiesen á los Lacedemonios nombraran á Agesilao por General para la guerra contra los bárbaros. Vinieron estos en ello, y enviaron Embajadores á Lacedemonia con aquella súplica; en lo que no hizo Lisandro á Agesilao menor beneficio que en alcanzarle el reino; pero los genios ambiciosos, aunque por otra parte no son malos para el mando, por la envidia que tienen á los que compiten con ellos en gloria, suelen ser de mucho estorbo para las grandes empresas, porque vienen á hacerse rivales, cuando convenia que fuesen cooperadores. Agesilao pues llevó consigo á Lisandro entre los treinta consejeros, con ánimo de valerse principalmente de su amistad; pero sucedió que llegados al Asia eran muy pocos los que se dirigian á tratar con aquel, no teniéndole conocido; cuando á Lisandro por el anterior trato los amigos le obsequiaban, y los sospechosos de miedo le buscaban tambien, y le hacian agasajos: de manera que asi como en las tragedias acontece con los actores que el que hace el papel de un nuncio ó de un esclavo es aplaudido y ensalzado, y no se hace caso, ni siquiera se presta atencion, al que lleva la diadema y el cetro, del mismo modo aqui todo el obsequio y la autoridad era del consejero, no quedándole al Rey mas que el nombre desnudo de todo poder. Era preciso por tanto hacer alguna rebaja en tan incómoda ambicion, y reducir á Lisandro al segundo lugar, ya que no le fuese dado á Agesilao el desechar y apartar de sí del todo á un hombre de tanta opinion, y su bienhechor y su amigo. Asi lo primero que hizo fue no

darle ocasion ninguna para intervenir en los negocios, ni encargarle comisiones relativas á la milicia; y despues si observaba que Lisandro tomaba interes y formaba empeño por algunos, estos eran los que menos alcanzaban, y cualesquiera otros salian mejor librados que ellos, debilitando asi y entibiando poco á poco su poder: tanto que el mismo Lisandro, viéndose desairado en todo, y que su mediacion habia venido á ser perjudicial á sus amigos, se retiró de hacer por ellos; y les rogaba que se dejasen de obsequiarle, y se dirigieran al Rey y á los que al presente podian hacer bien á sus protegidos. A estos ruegos muchos se abstuvieron de importunarle en sus negocios; pero no se retiraron de obsequiarle, sino que continuaron acompañándole en los paseos y en los gimnasios; con lo que Agesilao á causa de este honor se mostraba mas incomodado que antes, en términos que encargando á otros muchos del ejército diferentes comisiones de él, y el gobierno de las ciudades, á Lisandro le nombró distribuidor de la carne; y luego como para que mas se corriese decia á los Jonios: id ahora á mi distribuidor de carne, y hacedle la corte. Parecióle pues preciso á Lisandro entrar ya en explicaciones con él, y el diálogo de ambos fue muy breve y muy lacónico: "¿te parece puesto en razon, ó Agesilao, humillar "á tus amigos? Sí, si quieren hacerse mayores que "yo: asi como es muy justo que los que contribu-"yen á aumentar mi poder, participen de él. Acaso "en esto es mas, ó Agesilao, lo que tú dices que lo "que yo he hecho; pero te ruego, aunque no sea "mas que por los que de afuera nos observan, que "me pongas en el ejército en aquel lugar en que creas "que he de incomodarte menos, y te he de ser mas "util."

Enviósele de resultas de embajador al Helesponto; y aunque partió indignado contra Agesilao, no por

eso descuidó el cumplir con su deber. Al Persa Mitridates, que estaba mal con Farnabazo, y que sobre ser varon de generosa índole, tenia un ejército á sus órdenes, le persuadió á la defeccion, y le hizo pasarse á Agesilao, el cual para nada se valió ya de él en aquella guerra; y como el tiempo se pasase en esta inaccion, regresó á Esparta humillado y lleno de encono contra Agesilao. Estaba por otra parte mas disgustado todavía que antes con todo aquel orden de gobierno; por lo cual resolvió el poner por obra sin mas dilacion lo que largo tiempo antes traia en el ánimo y tenia meditado para una mudanza y un trastorno, que era en el modo siguiente. El linage de los Heraclidas, que unidos con los Dorios se habian trasladado al Peloponeso, era muy ilustre, y florecia sobremanera en Esparta; pero no todo él era admitido á participar de la sucesion al trono, sino que reinaban solamente los de dos casas, los Eurutionidas y los Agiades; y los demas ninguna ventaja disfrutaban por su origen en el gobierno, sino que los honores que se alcanzan por virtud eran indistintamente para todos los que los mereciesen. Lisandro pues, que era uno de aquellos, despues que por sus hazañas se elevó á una gloria ilustre, y se adquirió muchos amigos y gran poder, veia con displicencia que la república le debiese sus aumentos, y que reinasen sobre ella otros que en nada eran mejores que él; y habia pensado trasladar el mando de solas estas dos casas, dándolo en comun á todos los Heraclidas; y segun algunos no á estos, sino á todos los Esparciatas: para que no fuera el premio de los Heraclidas, sino de los que se asemejasen á Hércules en la virtud, que fue la que á este le granjeó los honores divinos; con la esperanza de que adjudicándose de este modo la corona, ningun Esparciata le seria preferido en la eleccion.

El preparativo que excogitó al principio, y que

trató de poner por obra, fué persuadir á sus conciudadanos, disponiendo al efecto un discurso trabajado con esmero por Cleon de Halicarnaso; pero reflexionando despues sobre lo extraordinario y grande de la novedad que intentaba, para la que eran necesarios superiores auxilios, usando de máquinas como en las tragedias, empleó é introdujo los vaticinios y los oráculos, desconfiando del efecto de la habilidad de Cleon, si al mismo tiempo no atraia á los ciudadanos á su propósito pasmándolos y sobrecogiendo su ánimo con la superticion y el temor de los Dioses. Eforo dice que habiendo intentado sobornar á la Pitia, y despues ganar por medio de Ferecles á las Dodonidas, como hubiese salido mal en una y otra tentativa, partió al templo de Amon, y quiso tambien corromper con grandes dádivas á aquellos ciudadanos; los cuales, ofendidos de ello, enviaron á Esparta algunos que le acusasen, y que como fuese absuelto, dijeron los Africanos al tiempo de retirarse á su pais: mejor juzgaremos nosotros, ó Esparciatas, cuando vengais á habitar entre nosotros en el Africa: porque se suponia haber un oráculo antiguo sobre que habian de trasladar su residencia al Africa los Lacedemonios. Mas de todo este enredo y esta trama, que no deja de ser curiosa, ni tuvo un vulgar principio, sino que como un teorema metemático procedió de un punto á otro por medio de lemas difíciles y laboriosos hasta llegar á su complemento, daremos una puntual razon, siguiendo las huellas de un historiador y filósofo.

Habia en el Ponto una mozuela que decia haber sido fecundada por Apolo; lo que muchos, como es natural, se resistian á creer; pero otros pasaban por ello; y habiendo dado á luz un varon, fueron muchas y muy conocidas las personas que se encargaron de su crianza y educacion. Púsosele por nombre Sileno por causa particular que parece habia pa-

ra ello. De aqui tomó Lisandro el principio, y por sí fue preparando y agregando lo demas, ayudándole en esta farsa no pocos ni despreciables actores, los cuales trataron de hacer creible y sin sospecha la voz del origen del niño, y ademas divulgaron y esparcieron por Esparta que en letras misteriosas guardaban los sacerdotes ciertos oráculos muy antiguos á que les estaba vedado llegar, y que no podian sin sacrilegio ser tocados si no venia al cabo de largo tiempo uno que fuera hijo de Apolo, y que dando á los que los custodiaban señales ciertas de su nacimiento, trajera consigo las tablas en que los oráculos estaban escritos. Sobre estos preparativos debia presentarse Sileno, y pedir los oráculos en calidad de hijo de Apolo; y los sacerdotes, que estaban en el misterio, examinar cada cosa y asegurarse del nacimiento: últimamente persuadidos ya de ello, habian de mostrarle, como á hijo de Apolo, las letras, y él delante de muchos habia de leer otros varios vaticinios, y tambien aquel por el que todo se fraguaba, relativo al Rey: á saber, que era mejor y mas conveniente para los Esparciatas elegir sus Reyes entre los hombres de probidad. Cuando ya Sileno era mocito, y el enredo iba á ponerse en ejecucion, se le desgració á Lisandro su farsa por cobardía de uno de los personages de ella, temblando y apartándose del intento en el punto mismo de haber de llevarle al cabo. Mas en vida de Lisandro nada de esto se supo á la parte de afuera, sino solo despues de su muerte.

Murió antes que Agesilao volviese del Asia, habiéndose metido en la guerra con los Beocios, ó habiendo metido por mejor decir á toda la Grecia: pues se dice de una y otra manera, y el motivo unos se lo achacan á él mismo, otros á los Tebanos, y otros dicen haber sido comun y dimanado de ambas partes. Atribúyese á los Tebanos la interrupcion

de los sacrificios en Aulide, y el que sobornados Androclidas y Anfiteo con el oro del Rey para suscitar á los Lacedemonios una guerra de toda la Grecia, acometieron á los de Focea y talaron sus términos. De Lisandro se dice haberse irritado contra los Tebanos porque ellos solos habian reclamado la décima de la guerra, cuando los demas aliados guardaban silencio; porque habian mostrado disgusto á causa de las riquezas que Lisandro habia enviado á Esparta; y mas principalmente por haber sido los que dieron á los Atenienses pie para libertarse de los treinta tiranos que les puso Lisandro, y cuyo poder y terror aumentaron los Lacedemonios, estableciendo que los fugitivos de Atenas podrian ser reclamados y traidos de cualquiera parte y que quedarian fuera de los tratados los que se opusieran á ello. Pues contra esto dieron los Tebanos los decretos que correspondia, muy parecidos á las hazañas de Hércules y Baco: » que todas las casas y todos los pue-» blos de la Beocia estarian abiertos á cualquiera Ate-» niense que en ellos buscara asilo: que el que no » auxiliara á un Ateniense fugitivo que querian lle-» vársele, pagara de multa un talento; y que si al-» guno conducia á Atenas por la Beocia armas con-» tra los tiranos, ningun Tebano lo viera y lo enten-» diera." Y no se contentaron con tomar estas disposiciones tan propias de unos Griegos y tan llenas de humanidad, sin que correspondieran las obras á las palabras; sino que Trasibulo, y los que le siguieron para tomar á File, salieron de Tebas, proporcionándoles los Tebanos armas, dinero, el no ser descubiertos y el dar principio á su obra. Estas son las causas que inflamaron á Lisandro contra los Tebanos.

Siendo ya inaguantable en su cólera por la melancolía exaltada con la vejez, acaloró á los Eforos, persuadiéndoles que enviaran guarnicion contra ellos;

y encargándose del mando, marchó con las tropas. Mas adelante enviaron tambien á Pausanias con un ejército; y este rodeando el Citeron, se dirigia á invadir la Beocia; pero Lisandro se le adelantó por la Focide con la mucha gente que tenia á sus órdenes; y tomando á Orcomene, que voluntariamente se le entregó, pasó por Lebadia y la taló. Envió de alli á Pausanias una carta, previniéndole que de Platea pasase á Haliarto, pues él al rayar el dia estaria ya sobre las murallas de los Haliartios. Esta carta vino á poder de los Tebanos, por haber tropezado con unos exploradores el que la llevaba. Los Tebanos habiendo acudido en su socorro los Atenienses, encomendaron á estos su ciudad, y ellos marchando al primer sueño, se anticiparon un poco á Lisandro en llegar á Haliarto, entrando alguna parte de la gente en la ciudad. Determinó aquel por lo pronto, acampando su ejército en un collado, esperar alli á Pausanias; pero ya muy entrado el dia, como no le fuese dado permanecer, tomando las armas y exhortando á los aliados, marchó en derechura por el camino con su tropa formada hácia las murallas. De los Tebanos los que habian quedado fuera, dejando la ciudad á la izquierda, se dirigieron contra la retaguardia de los enemigos junto á la fuente llamada Tilfusa; en la que, segun la fábula, lavaron sus nodrizas á Baco recien nacido, pues su agua, brillando con un cierto color de vino, es sumamente trasparente y muy dulce de beber. Nacen no lejos de ella estoraques de Creta, lo que los Haliartios tienen por señal de haber residido alli Radamanto, cuyo sepulcro muestran llamándole *Alea*. Hállase tambien cerca el sepulcro de Alcmena, porque dicen que fue alli enterrada habiendo casado con Radamanto despues de la muerte de Anfitrion. Los Tebanos de la ciudad, que se hallaban formados con los Haliartios, hasta alli se habian estado

quietos; pero cuando vieron que Lisandro entre los primeros avanzaba contra las murallas, abriendo de repente las puertas y saliendo con ímpetu, le dieron muerte juntamente con el agorero y con algunos pocos de los demas: porque la mayor parte huyeron precipitadamente á incorporarse con la hueste; mas como los Tebanos no se detuviesen, sino que fuesen en su seguimiento, todos se entregaron á la fuga por aquellas alturas, pereciendo unos mil de ellos. Perecieron tambien unos trescientos Tebanos que persiguieron á los enemigos por las mayores asperezas y derrumbaderos. Estaban estos notados de partidarios de los Lacedemonios, y para lavarse ante sus conciudadanos de esta mancha, habian tenido en la persecucion poca cuenta con sus personas; y esto fue lo que los condujo á su perdicion.

Fue anunciada á Pausanias esta derrota cuando estaba en camino desde Platea para Tespias, y formando su tropa se dirigió á Haliarto. Acudió tambien Trasibulo desde Tebas con los Atenienses, y queriendo Pausanias recobrar por capitulacion los muertos, llevándolo á mal los mas ancianos de los Esparciatas, altercaron primero entre sí, y yendo despues en busca del Rey, le espusieron que Lisandro no debia ser recobrado por capitulacion, sino con las armas; y que combatiendo cuerpo á cuerpo y venciendo, asi era como se le habia de dar sepultura; y si fuesen vencidos, seria muy glorioso yacer alli con su General. Asi le hablaron los ancianos; pero viendo Pausanias que era obra mayor sobrepujar á los Tebanos cuando acababan de triunfar, y que habiendo perecido Lisandro muy cerca de las murallas, no habia otro medio para cobrarle que capitular ó vencer, envió un heraldo, y hecho el tratado retiró sus tropas. Los que traian á Lisandro, luego que estuvieron en los términos de la Beocia, le dieron tierra en el pais de los Panopeos, que era amigo y aliado,

donde ahora está su sepulcro junto al camino que va á Queronea desde Delfos. Estando alli acampado el ejército, se dice que refiriendo un Focense el combate á otro que no se halló presente, expresó haberles acometido los enemigos cuando Lisandro acababa de pasar el Hoplites, y que como este se maravillase, un Esparciata amigo de Lisandro preguntó, cuál era el que llamaba Hoplites, pues le era desconocido el nombre; y el otro habia respondido, alli donde los enemigos dieron muerte á los primeros de los nuestros, porque al arroyo que corre junto á la ciudad le llaman Hoplites; lo que oido por el Esparciata se echó á llorar, y exclamó: ¡cuán inevitable es al hombre su hado! pues segun parece se habia entregado á Lisandro un oráculo que decia asi:

Te prevengo que evites diligente
El resonante Hoplites y el doloso
Terrigena dragon que á traicion hiere.

Mas algunos dicen que el Hoplites no corre junto á Haliarto, sino que cerca de Coronea hay un torrente, que incorporado con el rio Fliaro, pasa junto á aquella ciudad, y que este llamándose antes Hoplia, ahora es nombrado Isomanto. El Haliartio que dió muerte á Lisandro, llamado Neocoro, llevaba por insignia en el escudo un dragon, y á esto se infiere que aludia el oráculo. Dícese asimismo que á los Tebanos en tiempo de la guerra del Peloponeso les vino un oráculo de Apolo Ismenio, que juntamente con la batalla de Delio predecia tambien esta de Haliarto, que fue treinta años despues de aquella: el oráculo era este:

Del lobo con el límite ten cuenta
Cuando en acecho vayas; y te guarda
Del Orcalide monte, que no es nunca
De la astuta vulpeja abandonado.

Llamó límite al lugar de Delio por estar en el confin entre la Beocia y el Atica; y Orcalides al colla-

do que ahora se llama *Alopeco* ó de la Zorra, sito en el territorio de Haliarto por la parte del Helicon.

Muerto de esta manera Lisandro, sintieron tanto por lo pronto los Esparciatas su falta, que intentaron contra el Rey causa de muerte; y como este no se atreviese á sostenerla, huyó á Tegea, y alli vivió pobre en el bosque de Minerva; por cuanto descubierta con la muerte la pobreza de Lisandro, esta hizo mas patente su virtud; pues que entre tantos caudales, tanto poder, tanto séquito de las ciudades y tanto obsequio de los Reyes, en punto á riqueza en nada adelantó su casa, segun relacion de Teopompo, á quien mas fácilmente dará cualquiera crédito cuando alaba que no cuando vitupera; pues nos es mas sabroso reprender que celebrar. Eforo dice que mas adelante, habiéndose promovido en Esparta cierta disputa relativa á los aliados, y siendo necesario acudir á los documentos que reservó en su poder Lisandro, pasó á su casa Agesilao, y que habiendo encontrado el cuaderno en que estaba escrito el discurso sobre la forma de la república, y en razon de que debia hacerse comun la autoridad real sacándola de manos de los Eurutionidas y los Agidas, y elegirse el Rey entre los ciudadanos de mayor probidad, era la intencion de Agesilao mostrar el discurso á los ciudadanos, y hacerles ver qué hombre era Lisandro, y cuán errados habian andado acerca de él; pero que Lacratidas, varon prudente y presidente entonces de los Eforos, se habia opuesto á Agesilao, diciéndole que no convenia desenterrar á Lisandro, sino mas bien enterrar con él el discurso: ¡tanto era el arte y habilidad con que estaba dispuesto! Diéronle despues de muerto diferentes honores; y á los que estaban desposados con sus hijas, y se apartaron despues de su fallecimiento por ver que era pobre, los castigaron con una multa; pues que le obsequiaron mientras le tuvieron por rico, y cuan-

do vieron por su misma pobreza que habia sido justo y recto, le abandonaron; y es que á lo que parece en Esparta habia establecidas penas contra los que no se casaban, contra los que se casaban tarde, y contra los que se malcasaban; y en esta incurrian principalmente los que buscaban mas bien á los ricos que á los honrados y parientes; que es lo que hemos tenido que referir de Lisandro.

SILA.

Lucio Cornelio Sila era de linage patricio, que es como si dijéramos de linage noble. De sus ascendientes se dice haber sido Cónsul Rufino y haber sido en él mas pública la afrenta que este honor: porque habiéndose averiguado que poseia en dinero acuñado mas de diez libras, que era lo que la ley permitia, por esta causa fue expelido del Senado. Los que despues le siguieron vivieron en la oscuridad; y el mismo Sila se crió con un patrimonio bien escaso: pues siendo mancebo, habitó casa alquilada en precio muy moderado, como despues se le echó en cara cuando se le vió mas floreciente de lo que parecia justo: pues se refiere que jactándose él y haciendo ostentacion de sus haberes despues de la expedicion de Africa, le dijo uno de los ciudadanos honrados y austeros: ¿cómo puedes ser hombre de bien tú que no habiéndote dejado nada tu padre, tienes ahora tanta hacienda? Pues no era esto de hombre que permaneciese en una conducta y en unas costumbres rectas y puras; sino de quien hubiese declinado, y hubiese sido corrompido por la pasion del lujo y del regalo. Ponian por tanto en igual grado de menos valer al que disipaba su caudal, y al que no se mantenia en la pobreza paterna. A lo último, cuando apoderado ya de la república, quitaba á muchos la vida, un hombre de condicion libertina, que se creia ocultaba á uno de los proscritos, y que por tanto habia de ser precipitado, insultó á Sila diciéndole, que por largo tiempo habian habitado en la misma casa en cuartos arrendados, llevando él mismo el de arriba en dos mil sertercios, y Sila el de abajo en tres mil; de manera que la diferencia de fortunas entre uno y otro era la que correspondia á mil sestercios, que venian á hacer doscientas y cin-

cuenta dracmas Aticas. Estas son las noticias que nos han quedado de su primera fortuna.

Cual fuese lo demas de su figura aparece de sus estatuas; pero aquel mirar fiero y desapacible de sus ojos azules se hacia todavía mas terrible al que lo miraba, por el color de su semblante, haciéndose notar á trechos lo rubicundo y colorado mezclado con su blancura; y aun se dice que de aqui tomó el nombre, viniendo á ser un mote que designaba su color: asi un decidor de mentidero de los de Atenas le zahirió con estos versos:

Si una mora amasares con harina,
Tendras de Sila entonces el retrato.

De estas mismas señas no seria extraño colegir su genio, que se dice haber sido el de un hombre jovial y chancero: pues desde mozo, y cuando todavía no gozaba de opinion, gustaba de acompañarse y pasar el tiempo con histriones y gente baladí. Despues dueño ya de todo, solia reunir cada dia á los mas insolentes de la escena y el teatro, beber con ellos, y contender en bufonadas y chistes, haciendo cosas muy impropias de su vejez, y que desdecian mucho de su autoridad, y abandonando en tanto negocios que exigian prontitud y diligencia: pues mientras Sila estaba en la mesa, no habia que irle con negocios serios, sino que con ser en las demas horas activo y solícito, era extraña la mudanza que en él se notaba cuando se entregaba á los festines y á beber; siendo en esta sazon muy benigno para cómicos y danzantes, y muy afable y manejable para todos cuantos se le acercaban. De esta misma relajacion pudo venirle el achaque de ser muy dado á amores y disoluto en cuanto á placeres, exceso en el que no se contuvo aun siendo viejo. De joven tuvo amores con un tal Metrovio, hombre de la escena; y aun le vino algun fruto de esta pasion; porque habiéndose aficionado de una muger pública, pero rica,

llamada Nicopolis, como esta se hubiese enamorado realmente de él por el continuo trato y por su figura, á su fallecimiento le dejó por heredero. Heredó asimismo á su madrastra, que le amó como si fuera su hijo; y de aqui le vino ya el ser un hombre medianamente acomodado.

Nombrado Cuestor, se embarcó para el Africa con Mario en su primer consulado cuando partió á hacer la guerra á Yugurta. Llegado al ejército, dió ventajosa idea de sí en muchas cosas, y aprovechando la ocasion, trabó amistad con Boco Rey de los Numidas: porque habiendo dado acogida y tratado con distincion á unos embajadores suyos en ocasion de huir de una cuadrilla de salteadores que al modo Numidico los acometieron, se los envió, haciéndoles regalos y dándoles escolta que los llevase con seguridad. Era Yugurta suegro de Boco, y hacia tiempo que este le temia y lo tenia en odio; y como entonces hubiese sido vencido, y se hubiese acogido á él, armándole asechanzas, envió á llamar á Sila, queriendo mas que la prision y entrega de Yugurta se hiciera por medio de este, que no directamente por su mano. Comunicándolo pues con Mario y tomando unos cuantos soldados, se arrojó Sila á un grave peligro, por cuanto confiando en un bárbaro infiel á los suyos para apoderarse de otro, hizo entrega de sí mismo. Hecho Boco dueño de ambos, y puesto en la necesidad de faltar á la fe con el uno ú el otro, estuvo muy indeciso en el partido que tomaria; pero al fin se determinó por la primera traicion, y puso á Yugurta en manos de Sila. El que triunfó por este hecho fue Mario; pero la gloria del vencimiento, que la envidia contra Mario la atribuia á Sila, tácitamente ofendia sobre manera el ánimo de aquel, porque el mismo Sila, vanaglorioso por carácter, y que entonces por la primera vez, saliendo de la oscuridad y siendo tenido en algo, empezaba á

tomar el gusto á los honores, llegó á tal punto de ambicion, que hizo gravar esta hazaña en un anillo, del que usó ya siempre en adelante. En él estaba Boco retratado en actitud de entregar, y Sila en la de recibir á Yugurta.

Habia esto incomodado á Mario; pero no teniendo todavía á Sila por hombre que pudiera ser envidiado, siguió valiéndose de él en sus mandos militares: en el consulado segundo para Legado, y en el tercero para Tribuno, y por su medio hizo cosas de gran importancia, porque siendo legado, dió muerte á Copilo, General de los Tectosagos; y de Tribuno, persuadió á la grande y poderosa nacion de los Marsos que se hiciese amiga y aliada de los Romanos. Percibiendo ya entonces que Mario le miraba mal, y no fácilmente le daba ocasiones de acreditarse, sino que mas bien se oponia á sus aumentos, se arrimó al colega de Mario Catulo, hombre recto, pero de poca disposicion para las cosas de la guerra; bajo el cual, encargado de los mas graves y arduos negocios, adelantó á un tiempo en poder y en opinion: pues la mayor parte de las cosas en la guerra tenida contra los bárbaros en los Alpes se hacian por su medio; y habiendo faltado los víveres, encargado de la provision, proporcionó tal abundancia, que estando sobrados los soldados de Catulo, tuvieron para dar á los de Mario; lo que dicen fue causa para que este se indispusiera cruelmente contra él; y una enemistad que nació de tan pequeña ocasion y tan débiles principios subió despues por los grados de la sangre civil y de insufribles convulsiones hasta la tiranía y el trastorno de toda la república, haciendo ver con cuánta sabiduría y conocimiento de los negocios políticos amonestaba el poeta Euripides, que se huyera de la ambicion como del genio mas maléfico y perjudicial para los que de él se dejan dominar.

Entendiendo ya entonces Sila que la gloria de sus hazañas militares podia servirle para entrar en las ocupaciones civiles, pasó desde el ejército á hacer obsequios y rendimientos al pueblo, y presentándose á pedir la pretura, fue desatendido, de lo que atribuye la causa á la muchedumbre: porque dice que aprobando esta su amistad con Boco, de la que tenia noticia, y creyendo que si en lugar de Pretor se le hacia Edil, daria magníficos juegos y combates de fieras Africanas, nombró otros Pretores, precisándole á servir el cargo de Edil. Mas por sus mismos hechos se convence á Sila de que huye de reconocer la verdadera causa de su repulsa, pues que al año inmediato alcanzó ya la pretura, ora adulando al pueblo, y ora ganándole con dinero. Por eso, como sirviendo la pretura dijese á Cesar con enfado que usaria contra él de su propia autoridad: muy bien haces, le repuso este, en llamarla tuya propia, pues que la tienes por haberla comprado. Despues de la pretura fue enviado á la Capadocia, segun las órdenes públicas, para restituir á Ariobarzanes; mas el verdadero objeto era contener á Mitridates, nimiamente inquieto, y que iba recobrando una autoridad y un poder en nada inferior al que tenia. No llevó consigo muchas fuerzas; pero auxiliándole los aliados de la mejor voluntad, con dar muerte á muchos de los de Capadocia y á mayor número de los de Armenia, que hacian causa con estos, lanzó del trono á Gordio, y dió á reconocer por Rey á Ariobarzanes. Mientras se detenia orillas del Eufrates, fue á hablarle el Parto Orobazo, embajador del Rey Arsaces, sin que antes hubiera habido comunicacion entre las dos naciones; y esto mismo se cuenta por uno de los mayores favores de la fortuna de Sila, haber sido el primero de los Romanos á quien se presentaron los Partos en demanda de amistad y alianza; y aun se dice que habiendo

hecho poner tres sillas curules, una para Ariobarzanes, otra para Orobazo y la tercera para sí, dió audiencia sentado en medio de ambos; con cuya ocasion el Rey de los Partos dió despues muerte á Orobazo; y de los Romanos unos aplaudieron á Sila por haber usado de magnificencia y aparato con los bárbaros, y otros le notaron de engreido y vanaglorioso. Dícese asimismo que uno de Calcis, que fue de la comitiva de Orobazo, habiendo reparado en el semblante de Sila, y estado atento á los movimientos de su ánimo y de su cuerpo, examinando por las reglas que él tenia cual debia ser su índole y caracter, habia exclamado, que necesariamente aquel hombre debia de ser muy grande; y aun se maravillaba cómo podia aguantar el no ser ya el primero de todos. A su vuelta intentó contra él Censorino causa de soborno, por haber recibido de un reino amigo y aliado mucho mas de lo que la ley permitia; pero aquel no se presentó al juicio, sino que dejó desierta la acusacion.

Su indisposicion con Mario tomó nuevas fuerzas de la ocasion que dió para ello Boco con haberse propuesto hacer un obsequio al pueblo Romano, y juntamente manifestar su gratitud á Sila; pues con este objeto consagró en el Capitolio ciertas imágenes con diferentes trofeos, y entre ellas un Yugurta de oro en actitud de ser entregado por él á Sila. Irritóse con esto sobremanera Mario, y concibió el designio de acabar con la ofrenda; de parte de Sila habia muchos dispuestos á oponérsele, y faltaba muy poco para que la ciudad entera ardiese, cuando por entonces la guerra social, que mucho tiempo antes humeaba, vino á levantar llama, y contuvo la sedicion. En esta guerra larga, sumamente varia, y que trajo á los Romanos muchos males y gravísimos peligros, Mario, no habiendo podido ejecutar ningun hecho señalado, dió una clara prueba de que la virtud guer-

rera pide robustez y fuerzas corporales; cuando Sila, ejecutando muchos hechos insignes y dignos de memoria, se acreditó de gran General entre los propios; de mas grande todavía entre los aliados, y de muy afortunado entre los enemigos. Y no se condujo en esta parte como Timoteo, hijo de Conon, que como sus enemigos atribuyesen á la fortuna todos sus triunfos, y le hubiesen pintado durmiendo, mientras la fortuna cogia las ciudades con una red, disgustado é irritado contra los que asi le trataban, por cuanto le privaban de la gloria debida á sus hazañas, dijo al pueblo en ocasion de venir de una expedicion dirigida con acierto: pues en esta expedicion, ó Atenienses, no ha tenido ninguna parte la fortuna; y despues de haber usado de este lenguage arrogante, parece que un mal Genio se propuso burlarse de él, pues nada de provecho pudo hacer ya en adelante, sino que desgraciado en sus empresas, y despojado del favor del pueblo, por fin salió desterrado de la ciudad. Mas Sila no solo sacó constantemente partido de aquella felicidad suya y de la confianza en ella, sino que en alguna manera aumentó, y como divinizó sus hechos y sus sucesos con atribuirlos á la fortuna: bien fuera por ostentacion, ó bien por ser este su modo de pensar acerca de las cosas divinas; puesto que él mismo escribe en sus comentarios que aun las empresas, acometidas al parecer temeraria é inoportunamente, solian salirle mejor que las mas detenidamente meditadas; y con decir de sí mismo que le parecia haber sido mas bien formado por la naturaleza para las cosas de fortuna que para las de la guerra, se ve claro que mas valor daba á la fortuna que á la virtud. En general parece que todo él se tenia por posesion de la fortuna, cuando le atribuye hasta la concordia en que vivió con Metelo, varon igual á él en honores, y su suegro; pues cuando creia que siendo un hombre de tanta autoridad

le daria mucho en que entender, le halló sumamente apacible en la comunion de mando. Mas, á Lúculo en sus comentarios que le dedicó, le exhorta á que nada tenga por tan cierto y seguro como lo que por la noche le prescriba su Genio. Enviado con ejército á la guerra social refiere que se abrió una gran sima cerca de Laverna, de la cual salió mucho fuego y una llama muy resplandeciente, que subió hácia el cielo; y que acerca de ello habian dicho los agoreros que un insigne varon, de bella y excelente figura, haria cesar aquellas grandes agitaciones, y este da por supuesto no ser otro que él: pues en cuanto á figura la suya tenia por peculiar el tener el cabello de color de oro; y en cuanto á virtud no se avergonzaba de atribuírsela, despues de haber ejecutado tantas y tan ilustres hazañas. Esto en punto á su felicidad tenida por divina: en sus costumbres por lo demas podia ser reputado por inconsecuente y como diverso de sí mismo: arrebataba muchas cosas, y regalaba muchas mas; honraba con exceso, y deshonraba y afrentaba de la misma manera: agasajaba á los que habia menester, y dejábase obsequiar de los que le pedian; de manera que podia quedar en duda qué era lo que por naturaleza sobresalia en él, si la soberbia ó la bajeza. De su inconsecuencia en los castigos, alborotando el mundo por cualquiera leve motivo, y pasando blandamente por las mayores maldades; aplacándose benignamente en cosas que parecian insufribles, y por faltas pequeñas y despreciables propasándose á muertes y publicaciones de bienes, la razon que puede darse es que siendo por índole iracundo, y pronto á castigar, sabia ceder de aquella dureza cuando contemplaba que le convenia. En esta misma guerra social, habiendo hecho sus soldados perecer á palos y á pedradas á un oficial general que servia de legado, llamado Albino, dejó pasar sin castigo tan atroz de-

lito; y aun en tono de quien aprueba les dijo que con eso se portarian mas denodadamente en la guerra para desvanecer aquella falta con su valor. Si de esto se le reprendia, no se le daba nada; y antes cuando ya habia concebido la idea de acabar con Mario, y cuando se veia que la guerra social iba prontamente á terminarse, para ser nombrado General contra Mitridates aduló y lisonjeó al ejército que mandaba; y trasladándose á Roma, fue nombrado Cónsul con Quinto Pompeyo á la edad de cincuenta años. Entonces contrajo un enlace ilustre, casando con Cecilia, hija de Metelo, Pontífice Máximo; sobre lo que el vulgo le compuso muchos cantares, y los principales tuvieron mucho que hablar, no juzgando digno de una muger al que juzgaban digno de ser Cónsul, como observa Tito Livio. Ni estuvo casado con esta sola, sino que siendo jóven casó con Ilia, de quien tuvo una hija; despues de esta con Elia; y en terceras nupcias con Celia, á la que repudió por esteril, tratándola con honor y el mayor miramiento, y haciéndola presentes; mas como de alli á pocos dias se hubiese enlazado con Metela, se formó concepto de que no era cierto el defecto imputado á Celia. Tuvo siempre á Metela en grande estimacion, tanto que deseando el pueblo Romano la restitucion de los que por causa de Mario habian sido desterrados, como Sila lo negase, interpuso la mediacion y el nombre de Metela. Cuando tomó la ciudad de Atenas trató con dureza á los Atenienses, porque, á lo que se dice, insultaron con burla y sarcasmos á Metela desde la muralla; pero esto fue mas adelante.

Creyendo entonces que el Consulado no podia servirle de mucho para lo que preveia venidero, dirigió todos sus conatos á la guerra contra Mitridates; pero le hacia oposicion Mario, por ansia loca de gloria y codicia de honores, enfermedades que

no envejecen; y aunque pesado de cuerpo, é inhabil por la vejez para las empresas militares, como lo habia mostrado la experiencia en las que acababan de preceder, aspiraba sin embargo á guerras lejanas y ultramarinas; y mientras Sila marchaba al ejército para ciertas cosas que tenia pendientes, estándose él en casa, meditaba y fraguaba aquella destructora sedicion, mas funesta para Roma que cuantas guerras la afligieron, como los Dioses se lo habian anunciado con prodigios. Porque por sí mismo se prendió fuego en las varas en que se llevan las insignias, y hubo gran dificultad para apagarlo; tres cuervos, juntando sus polluelos, se los comieron, y los restos los volvieron al nido; los ratones royeron el oro que habia en el templo; y habiendo cogido los custodios de él una hembra con ratonera, parió esta en la ratonera misma cinco ratoncillos, de los que se comió tres; y lo que es mas extraño todavía, hallándose la atmósfera despejada y sin nubes, se oyó el sonido de una trompeta, que le dió muy agudo y doloroso; de manera que por lo penetrante los aturdió y asombró á todos. Los inteligentes de la Etruria dieron la explicacion de que aquel prodigio anunciaba la mudanza y venida de una nueva generacion; porque las generaciones habian de ser ocho, diferentes todas entre sí en el método de vida y en las costumbres, teniendo cada una prefinido por Dios el término de su duracion dentro del período del año grande; y cuando una concluye y ha de entrar otra, se manifiestan señales extraordinarias en la tierra ó en el cielo, en términos que los que se han dado á examinar estas cosas y las conocen, al punto advierten que vienen otros hombres, diferentes en sus usos y en su tenor de vida, y de los que los Dioses tienen mayor ó menor cuidado que de los que les precedian. En todo hay gran novedad cuando se verifica este cambio en

las generaciones, y tambien la ciencia adivinatoria ó aumenta en estimacion, acertando en sus pronósticos, porque el Genio envia señales claras y seguras; ó decae en la otra generacion, dejada á sí misma, y no pudiendo emplear sino medios obscuros y sombríos para conjeturar lo futuro. Tales eran las fábulas que divulgaban los Etrurios, que se tienen por mas inteligentes y mas sabios en estos negocios que los otros pueblos.

En el acto mismo en que congregado el Senado gastaba su tiempo con los agoreros en el templo de Belona, cayó en él, á vista de todos, un pájaro, que llevaba en el pico una cigarra, y dejando caer alli una parte de ella, marchó llevándose la otra; y los explicadores de prodigios vieron en esto una sedicion y discordia entre los del campo y la gente ciudadana y placera: porque esta es gritadora como las cigarras, y los del campo solo dados á su agricultura.[1]

Mario echa entonces mano de Sulpicio que no tenia segundo en las mas insignes maldades; de manera que no habia que preguntar si era mas perverso que alguno otro, sino qué cosa era aquella para la que sobresaldria en perversidad; porque su crueldad, su osadía y su codicia no habia infamia ni atrocidad por la que se detuviesen; siendo hombre que descaradamente vendia la ciudadanía de Roma á los de condicion libertina y á los forasteros, percibiendo el precio en una mesa que tenia puesta en la plaza. Mantenia á su costa tres mil hombres armados, y le seguia una muchedumbre de jóvenes del orden ecuestre, dispuestos para todo, á los que llamaba su *Antisenado*. Hizo establecer por ley que ninguno del orden senatorio pudiera deber arriba de dos mil

1 Lugar muy oscuro, y que solo leyéndole como se indica en la traduccion hace algun sentido.

dracmas, y él dejó deudas á su muerte por mas de tres cuentos. Dióle pues suelta Mario para con el pueblo, y confundiéndolo todo con la fuerza y el hierro, propuso otras varias leyes perjudiciales, y con ellas la de que se diera á Mario el mando para la guerra Mitridática. Como los Cónsules hubiesen publicado ferias con este motivo, hizo marchar á la muchedumbre contra ellos, hallándose en junta en el templo de los Dióscuros, y dió muerte, ademas de otros muchos, al hijo del Cónsul Pompeyo en la plaza; y el mismo Pompeyo tuvo que libertarse con la huida. Sila se entró perseguido en la casa de Mario, y se vió en la precision de salir y abrogar las ferias; y por esta causa haciendo Sulpicio revocar el consulado de Pompeyo, no se le quitó á Sila, y solo trasladó á Mario el mando de las tropas destinadas contra Mitridates; enviando al punto á Nola tribunos que se encargaran del ejército, y se le trajeran á Mario.

Anticipóseles Sila, huyendo al ejército; y matando á pedradas los soldados á los Tribunos, luego que fueron informados de lo sucedido, Mario y los suyos á su vez daban en Roma muerte á los amigos de Sila, y se apoderaban de sus bienes, siendo ademas continuas las traslaciones y fugas de unos á la ciudad desde el ejército, y de otros que desde la ciudad se dirigian á aquel. El Senado no era dueño de sí mismo, sino que se prestaba á las órdenes de Mario y de Sulpicio; y noticioso de que Sila movia para la ciudad, envió dos Pretores, á Bruto y Sulpicio, con la orden de que se retirase. Como estos hubiesen hablado á Sila con arrogancia, los soldados quisieron acabar con ellos; mas solo les rompieron las fasces, y los despojaron de la púrpura, despachándolos con ignominia. Con su desmedida tristeza, y con vérseles despojados de las insignias pretorias, anunciaban bastante que la sedicion, lejos

de estar apaciguada, no podia reprimirse. Mario pues hacia preparativos, y Sila venia desde Nola trayendo seis legiones completas; y aunque al ejército lo veia muy resuelto á marchar sin detencion contra Roma, él estaba indeciso en su ánimo, y temia el peligro. Mas como haciendo él sacrificio examinase las señales el agorero Postumio, tendiendo las manos hácia Sila, le pedia que lo aprisionase y custodiase hasta la batalla, y si todo no se terminaba pronto y favorablemente, tomara de él la última venganza á que se ofrecia. Dícese que á Sila se le apareció entre sueños la Diosa, cuyo culto aprendieron los Romanos de los de Capadocia, llámese la Luna, ó Minerva, ó Belona: parecióle pues á Sila que colocada esta á su cabecera le puso en la mano un rayo, y nombrándole á cada uno de sus enemigos, le decia que tirase; y que tirando él, estos caian y se desvanecian. Alentado con esta aparicion, y dando al otro dia parte de ella á su colega, se dirigió á Roma. Alcanzóle ya en Pictas un mensage, por el que se le rogaba suspendiese en aquel punto la marcha, pues el Senado decretaria á su favor cuanto fuese justo; mas aunque dió palabra á los embajadores de que asentaria el campo, llegando hasta comunicar la orden para el acantonamiento de las tropas, como acostumbraban hacerlo los Generales, con lo que aquellos se retiraron confiados, apenas hubieron marchado envió á Lucio Basilo y Cayo Mumio, y por medio de ellos tomó la puerta y lienzo de muralla que está sobre el monte Esquilino; y en seguida se aproximó él mismo con la mayor prontitud. Acometieron los de Basilo á la ciudad, y se hacian dueños de ella; pero el pueblo en gran número, aunque desarmado, empezó á tirarles tejas y piedras, y los contuvo de ir adelante, obligándolos á recogerse á la muralla. En esto ya Sila habia llegado, y enterado de lo que pasaba,

gritó que se acercasen á las casas, y tomando una hacha encendida corrió él el primero, y dió orden á los arqueros para que usasen de los portafuegos, dirigiéndolos contra los tejados, sin hacerse cargo de nada; sino que dejándose llevar de la cólera de que se hallaba poseido, y abandonando á ella la direccion de las operaciones, no vió en Roma mas que enemigos, y sin consideracion ni compasion alguna de amigos, de parientes y deudos, lo entregó todo al fuego, que no hace distincion entre los culpados y los que no lo son. Mientras esto pasaba, Mario corrió al templo de la Terra, y publicó la libertad á todos los esclavos; pero no pudiendo sostenerse con la entrada de los enemigos, salió de la ciudad.

Congregó Sila el Senado, é hizo decretar la pena de muerte contra Mario y algunos otros, entre ellos el tribuno de la plebe Sulpicio; y este fue efectivamente muerto por traicion de un esclavo, á quien Sila desde luego dió libertad; pero despues le hizo despeñar. La cabeza de Mario la puso á precio con notable ingratitud y falta de política respecto de un hombre que poco antes le habia dejado ir libre y seguro, habiéndose él mismo puesto en sus manos; y á fe que si Mario no hubiera dado entonces puerta franca á Sila, sino que le hubiera dejado á discrecion de Sulpicio, habria podido quedar dueño de todo; y sin embargo usó de indulgencia con él; cuando por el contrario al cabo de pocos dias, hallándose Mario en el mismo caso, no obtuvo igual consideracion: conducta con la que Sila afligió al Senado, aunque este no lo manifestó; pero el disgusto y venganza del pueblo pudo verse muy bien en sus obras, porque desatendiendo en cierta manera con ultraje á Nonio su sobrino, y á Servio que con su proteccion pedian las magistraturas, las confirieron á otros, por cuanto con preferirlos le daban disgusto. Mas Sila

aparentaba que se complacia con esto mismo, como que á él le debia el pueblo el gozar de la libertad de hacer lo que le pareciese; y poniéndose él mismo de parte del odio de la muchedumbre, hizo que del partido contrario fuese nombrado Cónsul Lucio Cina, que con imprecaciones y juramentos se comprometió á abrazar sus intereses. Subió pues este al Capitolio, y teniendo una piedra en la mano, juró y se echó la maldicion de que sino guardaba concordia con él, fuese arrojado de la ciudad como aquella piedra era arrojada de la mano, y la tiró al suelo á presencia de muchos; mas á pesar de todo no bien se hubo posesionado de la dignidad, cuando al punto trató de trastornar el orden establecido, y dispuso que se formara causa á Sila, presentando para que le acusase á Virginio uno de los Tribunos; pero aquel, desentendiéndose del acusador y del tribunal, marchó contra Mitridates.

Refiérese que por aquellos mismos dias en que Sila movia de la Italia sus tropas le aconteció á Mitridates, que residia entonces en el Ponto, entre otros muchos prodigios el de que una Victoria coronada que los de Pérgamo habian suspendido desde arriba con ciertos instrumentos sobre su cabeza, cuanto no tocar á ella, se rompió, y la corona, cayendo sobre el pavimento del teatro habia corrido por el suelo hecha pedazos, lo que habia causado terror en el pueblo y gran desaliento en Mitridates, sin embargo de que sus negocios progresaban y prosperaban en aquella sazon aun mas allá de sus esperanzas. Porque él mismo, habiendo tomado el Asia de los Romanos, y de los Reyes la Bitinia y la Capadocia, se habia establecido en Pérgamo, repartiendo hacienda, provincias y reinos á sus amigos; y de sus hijos el uno conservaba su antigua dominacion en el Ponto y el Bósforo hasta las tierras no habitadas de la laguna Meotis sin ninguna contradiccion; y Ariarates

discurria con numeroso ejército por la Tracia y la Macedonia. Sus Generales ocupaban otros diferentes puntos con tropas que mandaban; y Arquelao, el principal de ellos, hecho dueño con sus naves de todo el mar, habia sojuzgado las Cícladas y todas las demas islas que dentro de Malea estan situadas, ocupando tambien la Eubea; y marchando desde Atenas habia sublevado los pueblos de la Grecia hasta la Tesalia, tocando un poco en Queronea, porque alli le salió al encuentro el legado de Sencio, General de la Macedonia, Brucio Surra, varon eminente en valor y en prudencia. Haciendo pues este frente por la Beocia á Arquelao, que lo corria todo á manera de torrente, y dándole tres batallas, lo arrojó de Queronea, y lo retiró otra vez hasta el mar. Mas previniéndole Lucio Luculo que diera lugar á Sila que se acercaba, y le dejara la guerra que se le habia decretado, abandonando al punto la Beocia, fue á unirse con Sencio, sin embargo de que todo le salia mas felizmente de lo que podia esperar, y de que la Grecia por sus excelentes prendas estaba muy bien dispuesta á una mudanza; y estos fueron los hechos mas brillantes y sobresalientes de Brucio.

Sila recobró muy pronto las demas ciudades, enviando á ellas heraldos y atrayéndolas; pero á Atenas, obligada á estar de parte del Rey por el tirano Aristion, tuvo que marchar con grandes fuerzas, y rodeando el Pireo, le puso cerco, asestando contra ella toda especie de máquinas, y empleando diferentes medios de combatir. Y si hubiera aguantado un poco de tiempo, se le habria venido á la mano tomar sin riesgo la ciudad de arriba, apurada ya del hambre hasta el último punto, por falta de los mas precisos alimentos; pero teniendo puesta la vista en Roma, y temiendo las novedades alli intentadas, apresuró la guerra á costa de grandes peligros, de muchos combates y de inapreciables gastos: pues so-

bre todos los demas preparativos el aparato solo de las máquinas constaba de diez mil pares de mulas, prontos todos los dias para este servicio. Faltóle la madera, quebrantándose muchas de las piezas por su propio peso, y siendo frecuentemente incendiadas otras por los enemigos; y acudió por fin á los bosques sagrados, despojando la Academia, que de todos los alrededores de Atenas era el mas poblado de árboles, y el Liceo. Hacíanle tambien falta para la guerra grandes caudales, y escudriñó los asilos de la Grecia, como el de Epidauro y el de Olimpia, enviando á pedir las alhajas mas ricas y preciosas entre todas las ofrendas. Escribió tambien á Delfos á los Anfictuones, diciéndoles que era lo mejor le trajesen las riquezas del Dios, porque ó las guardaria con mas seguridad, ó si usaba de ellas, daria otras que no valiesen menos; y de entre sus amigos envió para este efecto á Cafis de Focea con orden de que lo recibiera todo por peso. Trasladóse Cafis á Delfos, y rehuia el tocar á las cosas sagradas, manifestando ante los Anfictuones la mayor afliccion por la precision en que se veia; y como algunos hubiesen dicho que habian oido resonar la cítara del santuario, ó porque lo creyese, ó porque fuese su ánimo mover á Sila á la superstición, se lo envió á decir. Mas este, tomándolo á burla, respondió que se admiraba no supiese Cafis que el cantar era de los que estan alegres, y no de los enfadados; por lo que le mandó que tuviese ánimo y tomase las alhajas como que el Dios las daba contento. De las demas cosas traídas pudieron no tener noticia muchos de los Griegos; pero como la tinaja de plata, que era lo que quedaba de las alhajas del Rey, no pudiese acomodarse en una acémila, fue preciso hacerla pedazos; lo que excitó en los Anfictuones la memoria ya de Flaminio y Mario Acilio, y ya de Emilio Paulo, de los cuales aquel arrojó á Antioco de la Grecia,

y estos vencieron en batalla á los Reyes de Macedonia; y con todo no solo no tocaron á los templos de los Griegos, sino que les hicieron grandes dones, y les prestaron el mayor honor y veneracion. Y es que aquellos mandaban conforme á las leyes á hombres sóbrios, y que sabian prestar en silencio sus manos á los gefes; y como estos fuesen regios en los ánimos, pero muy moderados en toda su conducta, no hacian mas gastos que los precisos y que les estaban asignados, teniendo por mayor afrenta adular á sus soldados que temer á los enemigos. Mas los Generales de esta era, habiendo adquirido la autoridad mas por la fuerza y la violencia que por la virtud, y teniendo necesidad de las armas, mas bien unos contra otros que contra los enemigos, se veian precisados á hacerse populares en el mismo mando de las armas, y á tener que gastar en regalos para los soldados, comprando sus trabajos militares, y haciendo venal puede decirse que la patria toda, y á sí mismos esclavos de los mas ruines, á trueque de mandar á los mejores. Esto fue lo que arrojó de la ciudad á Mario, y lo que despues volvió á traerle contra Sila; y esto fue lo que respectivamente hizo á Cina matador de Octavio, y á Fimbria matador de Flaco. Pues á ninguno fue inferior Sila en estas malas artes, disipando el dinero para corromper y atraer á los que estaban bajo el imperio de otros, y para contentar á los que él mandaba; con lo cual, habiendo de sobornar á los unos para que fuesen traidores, y dar cebo á los otros para sus vicios, tenia necesidad de grandes caudales, y sobre todo para aquel sitio.

Porque era grande é irreducible el ansia que tenia de tomar á Atenas, bien fuese por una cierta emulacion con una ciudad, cuya gloria parecia hacer sombra, ó bien por encono é irritacion, á causa de las burlas y denuestos con que para irritarle les

insultaba cada dia á él mismo y á Metela desde las murallas el tirano Aristion, cuya alma era un compuesto de lascivia y crueldad, á las que habia reunido todos los vicios y pasiones de Mitridates; y este era el que estaba reduciendo á los mayores extremos, como á una enfermedad mortal, á una ciudad que habia podido salvarse hasta entonces de mil guerras y de muchas tiranías y sediciones. Porque el poco grano que habia en la ciudad se vendia á mil dracmas la fanega, manteniéndose los hombres con la parietaria que se criaba en la ciudadela, y comiéndose los despojos de los zapatos y vasijas; y mientras él pasaba el tiempo en banquetes y comilonas, danzando y haciendo escarnio de los enemigos, ni siquiera cuidó de la lámpara sagrada de la Diosa que se habia apagado por falta de aceite. A la hierofanta que le habia pedido una hemina[1] de trigo, le envió pimienta; y á los Senadores y Sacerdotes que le rogaban se compadeciese de la ciudad, y pidiera la paz á Sila, los dispersó á flechazos. Al fin ya en el último apuro envió á tratar de paz á dos ó tres de sus camaradas; á los cuales, como nada digesen en orden á salvar la ciudad, sino que se vanagloriasen de Teseo, de Eumolpo y de sus hazañas contra los Medos, los despidió Sila diciéndoles, retiraos de aqui, hombres dichosos, conservando esas grandes palabras: pues yo no he sido enviado á Atenas á aprender, sino á sujetar á unos rebeldes.

Refiérese que en este estado de cosas hubo quien oyó en el Ceramico la conversacion que entre sí tenian unos ancianos, en la que censuraban al tirano de haber descuidado la guarda de la muralla por la parte del Heptacalco, que era únicamente por donde los enemigos tenian un paso y entrada sumamente

1 La hemina era la mitad de la mina ó libra griega, y equivalia á seis onzas y un cuarto de nuestro peso.

facil; y que de esta conversacion se dió conocimiento á Sila; el cual no la despreció, sino que pasando á la noche al sitio, y hallando que era accesible y facil de ocupar, lo puso al punto por obra. Dice el mismo Sila en sus comentarios, que el primero que subió á la muralla, llamado Marco Ateyo, como se le opusiese un enemigo, le dió un golpe en el casco, y con la gran fuerza que para él hizo se le rompió la espada, la que no salió del lugar de la herida sino que se quedó fija en el. Tomóse pues la ciudad por aquel punto que los ancianos Atenienses habian designado; y el mismo Sila, derribando hasta el suelo el lienzo de muralla entre las puertas Piraica y Sagrada, entró á la media noche, causando terror y espanto con el sonido de los clarines y de una infinidad de trompetas y con la gritería y algazara de los soldados; á los que dió entera libertad para el robo y la matanza: asi corriendo por las calles con las espadas desenvainadas es indecible cuanto fue el número de los muertos, aunque por la sangre que corrió se puede todavía computar á lo que debió ascender. Pues sin que entren en cuenta los que murieron por todo el resto de la ciudad, la matanza de sola la plaza inundó cuanto terreno cae dentro de la puerta Dipila; y aun hay muchos que dicen que llegó hasta la parte de afuera. Y con ser tantos los que asi perecieron, no fueron menos los que se quitaron la vida de lástima y afliccion por su patria, que daban por deshecha y arruinada del todo, obligando á los mejores ciudadanos á desconfiar y temer por la salud de ella el que de Sila nada humano ni clemente se prometian. Con todo, parte por los ruegos y súplicas de Meidio y Califonte unos de los desterrados, y parte tambien por la intercesion de todos los Senadores que eran de la expedicion, y le pidieron conservara la ciudad; como ademas se hallase satisfecho en su venganza, dijo, despues de haber hecho

un elogio de los antiguos Atenienses, que hacia á los pocos el obsequio de los muchos, á los muertos de los vivos. Escribe en sus comentarios haber tomado á Atenas el dia primero de Marzo, que viene á corresponder al principio tambien del mes Antisterion, en el que casualmente se hacen muchas ceremonias y fiestas de conmemoracion por la excesiva lluvia que causó tamaña ruina y estrago como fue el del diluvio, que vino á suceder en tales dias. Tomado lo que propiamente se llama la ciudad, como el tirano se hubiese retirado á la ciudadela, le puso cerco, encargando de él á Curion. Resistió aquel por bastante tiempo; pero al cabo se entregó estrechado de la sed; en lo que intervino una señal y prodigio del buen Genio de Sila: porque en el mismo dia y en la misma hora en que Curion le recibió, habiendo la mayor serenidad, repentinamente se amontonaron muchas nubes, y la gran lluvia que cayó inundó la ciudadela. Tomó igualmente Sila el Pireo de alli á breves dias, y abrasó la mayor parte de sus obras, y entre ellas la armería de Filon, que era una de las mas admirables.

En esto Taxiles, General de Mitridates, bajando de la Tracia y la Macedonia con cien mil infantes, diez mil caballos y noventa carros falcados, llamaba para que se le reuniese á Arquelao, que todavía se mantenia en la marina en la parte de Muniquia, por no querer ni retirarse del mar, ni combatir con los Romanos, sino solo entretener la guerra, é interceptar á estos los víveres. Conociólo todavia mejor que él Sila, y asi marchó precipitadamente hácia la Beocia, abandonando unos terrenos quebrados, y que aun en tiempo de paz no podian proveer á su subsistencia. Eran muchos los que creian que habia errado su cálculo, por cuanto dejando el Ática que era pais áspero y poco á propósito para la caballería, habia bajado á los valles y á las dilatadas lla-

nuras de la Beocia, no obstante ver que la fuerza principal de los bárbaros consistia en los carros y en la caballería; pero por huir, como hemos dicho, del hambre y la carestia, se vió precisado á preferir el peligro de una batalla. Dábale ademas cuidado Hortensio, buen caudillo y animoso guerrero, que trayendo de la Tesalia refuerzos al mismo Sila, era espiado y aguardado de los bárbaros en los desfiladeros. Estos fueron los motivos que tuvo Sila para marchar á la Beocia; y en cuanto á Hortensio, Cafis, que seguia nuestra causa, le condujo, engañando á los bárbaros, por caminos excusados á aquella misma Titorea, que no era entonces una ciudad grande como lo es hoy, sino solo un castillo clavado en una roca tajada, á la que ya en otro tiempo se acogieron, y en la que se salvaron aquellos Focenses que huyeron de Jerjes en su venida. Alli se acampó Hortensio, y por el dia se ocultó á los enemigos; mas á la noche bajó por los terrenos mas fragosos á Patronide, donde con su tropa se unió á Sila, que le salió al encuentro.

Luego que estuvieron reunidos tomaron una grande altura, que está enmedio de los deliciosos campos de Elea, con agua abundante en su falda: llámase Filobeoto, y Sila celebra sobremanera sus calidades y su posicion. Acampáronse, y á los ojos de los enemigos parecieron muy pocos, pues de caballería no eran mas de mil y quinientos, y la infantería aun no llegaba á quince mil hombres: por lo cual, precisando los demas Generales á Arquelao á que formase sus tropas, llenaron toda la llanura de caballos, de carros, de escudos y de rodelas, no bastando el aire para referir la gritería y alboroto de tantas especies de gentes como alli se hallaban reunidas y ordenadas. No era tampoco pequeña parte para el espanto y el terror la riqueza y brillantez con que se presentaban, porque el resplandor de las

armas guarnecidas graciosamente con plata y oro, y los colores de las túnicas de la Media y la Escitia, adornadas con el bronce y el hierro que brillaban á lo lejos, al moverse y sacudirse semejaban al fuego, y hacian una vista terrible; tanto que los Romanos se estaban retirados dentro del valladar, y no halló Sila modo alguno ni palabras que bastasen á desvanecer su asombro: viéndose precisado, por cuanto no queria tampoco violentar á los que asi se resistian, á haber de estarse quieto y aguantar con el mayor desabrimiento la mofa y el escarnio de los bárbaros, que al cabo fue lo que mas le aprovechó. Porque despreciándole los enemigos se entregaron al mayor desorden; y como por otra parte no eran ya muy obedientes á sus Generales, por ser tantos los que mandaban, eran muy pocos los que permanecian en el campamento; y antes habiéndose cebado la mayor parte en el saqueo y la rapiña, solian andar dispersos y separados de aquel jornadas enteras: de manera que se dice haber asolado la ciudad de los Panopeos, saqueado la de los Lebadios, y despojado su oráculo sin orden de ninguno de sus Generales. Sentia Sila y se afligia extremadamente de que ante sus ojos fuesen destruidas las ciudades, y tomaba el partido de no dejar en reposo á los soldados, sino que sacándolos del campamento, les hizo trabajar en mudar el curso del Celiso y en abrir fosos, no permitiendo descansar á ninguno, y castigando irremisiblemente á los que aflojaban, para lo que estaba él mismo de sobrestante; todo con la mira de que aburridos con las obras, abrazaran el peligro por huir del trabajo, como asi sucedió. Porque al cabo de los tres dias de aquella fatiga sacándolos Sila, le pidieron á voces que los llevara contra los enemigos; á lo que les contestó, que aquel clamor no le significaba que quisiesen pelear, sino que deseaban huir del trabajo; mas con todo si se

sentian con ánimo de combatir tomasen las armas, y viniesen á aquel sitio, señalándoles la que antes habia sido ciudadela de los Parapotamios, y entonces destruida la ciudad, habia venido á quedar en ser un collado pedregoso y escarpado, que no estaba separado del monte Edulio, sino el espacio que con sus aguas ocupa el Aso; el cual, confundiéndose en la misma falda con el Cefiso, y haciéndole de mas rápida corriente, contribuye á que la cumbre sea mas á propósito para establecer con seguridad un campamento. Asi es que viendo Sila que de los enemigos los de bronceados escudos se dirigian á él, quiso anticipárseles, ocupando aquel puesto, y le ocupó; mostrándose con grande ánimo los soldados. Como arrojado de alli Arquelao moviese contra Queronea, los Queronenses, que militaban con Sila, le suplicaron que no abandonase su patria; por lo que envió en su defensa al Tribuno Gabinio con una legion, dejando ir con ellos á los Queronenses, que aunque quisieron no pudieron llegar antes que aquel: de manera que el que iba á salvarlos, aun se mostró mas activo y pronto que los mismos que habian menester su auxilio. Tuba dice que el enviado no fue Gabinio, sino Ericio; mas como quiera, en esto consistió el que nuestra ciudad saliese de aquel peligro.

De Lebadia y de Trofonio les llegaban á los Romanos felices anuncios y faustos vaticinios; acerca de los cuales hacen los del pais diferentes relaciones; mas lo que escribe el mismo Sila en el libro décimo de sus comentarios es que despues de haber ganado ya la batalla de Queronea, vino á buscarle Quinto Tito, varon de no pequeño crédito entre los que traficaban en la Grecia, y le participó que Trofonio le profetizaba alli mismo otra segunda batalla y victoria dentro de breve tiempo. Despues de este, otro de los que militaban en su ejército,

llamado Salvinio, le anunció de parte del Dios cuál era el término que habian de tener las cosas de Italia. Ambos hablaron por visiones que habian tenido, porque segun sus relaciones habian visto de una misma manera la hermosura y grandeza de Júpiter Olimpio. Luego que Sila pasó el Aso se dirigió al Edulio, acampándose al frente de Arquelao, que habia puesto su campo fortificado en medio del Aconcio y el Edulio, en los que llaman los Asios. El lugar en que puso las tiendas todavía de su nombre se llama Arquelao en el dia de hoy. Habiendo tomado Sila un dia de reposo, al siguiente dejó allí á Murena, que mandaba una legion y dos cohortes, para que cargara sobre los enemigos cuando ya estuvieran en desorden; y él hizo á orilla del Cefiso un sacrificio, despues del cual marchó la vuelta de Queronea, para tomar la tropa que allí habia, y reconocer el monte llamado Turio, en cuya ocupacion se le habian adelantado los enemigos. Es este una eminencia muy pendiente y redonda, á la que damos el nombre de *Ortopago*: al pie pasa el rio Molo, y se halla el templo de Apolo Turio: tomando el Dios esta dominacion de Turo, madre de Quiron, que se dice haber sido el fundador de Queronea. Otros dicen que fue allí donde se apareció la vaca que para guia fue dada á Cadmo por Apolo, y que de ella tomó aquel nombre el sitio; porque los Fenicios al buey le llaman *Tor*. Estando Sila en marcha para Queronea salió á recibirle con su tropa ya armada el Tribuno que tenia puesto de gobernador en aquella ciudad, trayéndole una corona de laurel. Luego que saludó con la mayor afabilidad á los soldados, se dispuso para el combate, y en este acto se le presentaron dos ciudadanos de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, ofreciéndole destrozar á los que ocupaban el Turio, solo con que les diese unos cuantos soldados; porque habia un

atajo, ignorado de los bárbaros, que por el Museo conducia al Turio desde el llamado Petroco, hasta estar encima del puesto que estos tenian; y cayendo sobre ellos por aquel camino, con facilidad serian destruidos, ó se les desalojaria hácia la llanura. Aseguróle Gabinio del valor y lealtad de los que hacian la oferta; y dándoles Sila la orden de que la pusiesen en ejecucion, formó su ejército, distribuyendo la caballería en una y otra ala: tomó él mismo para sí el mando de la derecha, y dió á Murena el de la izquierda. Los legados Galba y Hortensio, que mandaban las cohortes de retaguardia, marcharon á ponerse en observacion sobre las alturas, para el caso de que se tratara de envolverlos, por cuanto se habia advertido que los enemigos ponian mucha caballería y tropa ligera en las alas, extendiéndolas demasiado, y haciéndolas delgadas y flexibles para cercar á los Romanos.

Habian los Queronenses tomado de Sila por caudillo á Ericio, y marchando por el Turio sin ser sentidos, cuando despues se mostraron fue grande la turbacion y fuga de los bárbaros, y mayor todavía la matanza de unos con otros; porque no aguardaron en su puesto, sino que corriendo por los precipicios caian sobre sus propias lanzas, y con la priesa se despeñaban unos á otros, persiguiéndolos desde arriba los enemigos, é hiriéndolos por la espalda; de manera que perecieron unos tres mil en el Turio; y de los que huyeron, á unos les cortó la retirada, y los destrozó Murena, que ya habia tomado posicion; y otros arrojados hácia el campamento amigo, como cayesen repentinamente y sin orden sobre la hueste ya formada, introdujeron en la mayor parte el terror y la confusion; y con retardar las órdenes de los Generales no fue tampoco pequeño el mal que causaron. Porque Sila sobrevino prontamente cuando asi estaban desordenados, y

pasando con ligereza el espacio que los separaba, quitó á los carros falcados toda su actividad y fuerza, por cuanto esta la toman principalmente de lo largo de la carrera, que es la que les da ímpetu y pujanza: siendo por el contrario los golpes de cerca ineficaces y flojos, como los de los dardos, si el arco no ha podido tenderse; que fue lo que entonces sucedió a los bárbaros, porque apoderados los Romanos de los primeros carros, que no habian podido obrar ni chocar sino débil y remisamente, luego con risa y gritería pedian otros, como se acostumbra hacer en el circo en las carreras de caballos. En este estado vinieron á las manos una y otra infantería, presentando los bárbaros sus lanzas largas, y procurando con la union de los escudos conservar el orden de la formacion; mas los Romanos arrojando las picas, y echando mano á las espadas, retiraron las lanzas de aquellos tan pronto como con gran rabia se arrojaron sobre ellos; porque vieron que estaban formados en primera fila quince mil esclavos, que los Generales del Rey habian proclamado libres de los tomados á los enemigos, y les habian dado lugar entre los primeros infantes: asi se dice haber exclamado un Centurion de los Romanos, que solo en los Saturnales habia visto á los esclavos usar de libertad. A estos pues como con dificultad los hiciesen huir los infantes Romanos por el apiñamiento y espesor de la formacion, y tambien porque ellos mostraron mas denuedo del que podia esperarse; los desordenaron por fin, y obligaron á volver la espalda las piedras y dardos que con abundancia les tiraron los Romanos que se habian colocado á la espalda.

Extendia Arquelao su ala derecha en disposicion de envolver á los Romanos, y Hortensio acudió á carrera con sus cohortes á acometerle por el flanco; pero como aquel enviase sin dilacion á su en-

cuentro dos mil caballos que tenia á mano, oprimido de la muchedumbre se retiró hácia las alturas, perdida algun tanto la formacion, y cercado de los enemigos. Súpolo Sila, y marchó al punto en su auxilio desde el ala derecha que aun no habia entrado en accion. Arquelao, que por el polvo levantado con aquel movimiento conjeturó lo que era, dejó en paz á Hortensio, y se dirigió al sitio de donde partió Sila en su ala derecha para derrotarla, hallándola falta de caudillo. Al mismo tiempo Taxiles cargó á Murena con sus *calcaspidas*, ó los de bronceados escudos; de manera que formándose gritería en dos partes, y repitiendo el eco las montañas, lo entendió Sila, y quedó muy confuso sin saber adonde acudir. Resolvió volver á su puesto, mandando en socorro de Murena á Hortensio con cuatro cohortes; y dando orden á la quinta de que le siguiese, marchó al ala derecha, que por sí misma se habia sostenido dignamente contra Arquelao; y con su venida enteramente le rechazó. Victoriosos pues persiguieron á los enemigos hácia el rio y el monte Aconcio, adonde corrian en completa dispersion. Mas no por esto se descuidó Sila de Murena, que quedaba en riesgo, sino que partió á dar socorro á aquellas tropas; pero viéndolas tambien vencedoras, volvió á tomar parte en la persecucion. Murieron muchos de los bárbaros en aquella llanura; pero fueron muchos mas los que perecieron sobrecogidos en las inmediaciones del campamento adonde querian refugiarse: en términos que de tantos millares solos diez mil llegaron á Calcis. Sila dice que de los suyos solo faltaron catorce, y de estos aun parecieron dos á la caida de la tarde. Asi en los trofeos inscribió á Marte, la Victoria y Venus, como que habia dado fin glorioso á aquella guerra, no menos por su buena dicha, que por la pericia y el valor; y este trofeo, por la victoria de la llanura, le colocó en

el punto en donde primero cedió Arquelao junto al rio Molo. El otro por la sorpresa de los bárbaros existe en là cima del Turio, y su inscripcion en caracteres griegos da el prez de la victoria á Homoloico y Anaxidamo. Las fiestas por estas victorias las celebró en Tebas, erigiendo un altar junto á la fuente Edipode: los jueces eran Griegos, escogidos de las demas ciudades, habiéndose mostrado irreconciliable con los Tebanos, á quienes tomó la mitad de sus términos, consagrándola á Apolo Pitio y Júpiter Olimpio; y del dinero de las rentas de ellos mandó se diera tambien á los Dioses el que les habia tomado de sus templos.

Sabiendo á poco de ejecutadas estas cosas que Flaco, elegido Cónsul de la faccion contraria, atravesaba con tropas el mar Jonio, segun se decia contra Mitridates, pero en realidad contra él mismo, movió hácia la Tesalia, como para salir á recibirle; pero habiendo llegado á Melitea, le vinieron avisos de muchas partes de que estaban talando el pais que dejaba á la espalda tropas del Rey en no menor número que antes. Porque Dorilao, que habia llegado á Calcis con grande aparato de naves, en las que traia ochenta mil hombres del ejército de Mitridates, ejercitados y muy en orden, sin detenerse habia pasado á la Beocia; y apoderado del pais, procuraba atraer á Sila á una batalla: desatendiendo los consejos de Arquelao, que trataba de contenerlo, y aun reconviniendo en cierta manera á este sobre la anterior batalla, como que sin traicion no podian haber sido desechas tan considerables fuerzas. Mas Sila, que tuvo que retroceder á toda priesa, hizo conocer á Dorilao que Arquelao era hombre prudente, y tenia experiencia de lo que era el valor Romano; pues con solo haber tenido con Sila unos ligeros encuentros cerca de Tilfosio, fue ya el primero en no tener por conveniente que la contienda se

decidiera en una batalla, sino que la guerra se alargase y se fatigase á Sila á fuerza de tiempo y de gastos. Mas sin embargo de esto dió cierta confianza á Arquelao el pais de Orcomene, en que estaban acampados, por ser muy ventajoso en caso de venir á las manos, para los que prevalecian en caballería; porque entre las llanuras de la Beocia es la mas bella y mas espaciosa la que empieza en la ciudad de Orcomene, porque ella sola se dilata anchamente, y está despejada de arboledas hasta las lagunas en que se pierde el rio Melas; el cual, naciendo debajo de Orcomene, caudaloso y navegable desde su fuente, en lo que es único entre todos los rios de la Grecia, tiene ademas la particularidad de que crece como el Nilo en el solsticio del verano, y lleva plantas semejantes á las de aquel, sino que no dan fruto, ni llegan á la misma altura. No va tampoco muy lejos; sino que la mayor parte se pierde muy pronto en lagos ciegos y pantanosos; y despues la otra parte, que es bien escasa, se mezcla con el Cefiso en aquel punto donde la laguna produce la caña de flautas.

Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenia en quietud; pero Sila se dedicó á abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar á los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y á propósito para la caballeria, y estrecharlos hácia las lagunas. No lo sufrieron estos, sino que saliendo con ardor y en tropel luego que los Generales se lo permitieron, no solo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que tambien se conmovieron y dieron á huir parte de los que estaban sobre las armas. Entonces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huian contra los enemigos, diciendo á voces: á mí me es glorioso, ó Romanos, morir en este sitio: vosotros á los que os pregunten dónde abandonasteis á vuestro emperador, acordaos de res-

ponderles que en Orcomene. Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen á apoyarle, con ellas rechazó á los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles un refresco, volvió otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron estos tambien á acometer en mas orden que antes; y Diógenes, hijo de la muger de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros como oprimidos de los Romanos no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano, é hiriendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse: al fin encerrados en su campo, á causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche. Al dia siguiente otra vez sacó Sila los soldados á la obra del foso, y como los enemigos saliesen en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos, los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó á viva fuerza el campamento. Llenaron los muertos de sangre las lagunas y de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto que aun ahora se encuentran arcos del uso de los bárbaros, morriones, fragmentos de corazas de hierro y espadas sumergidos entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años poco mas ó menos desde aquella batalla. Asi es como se refiere lo ocurrido en las jornadas de Queronea y Orcomene.

Como en Roma Cina y Carbon maltratasen con la mayor injusticia y violencia á los mas principales ciudadanos, muchos huyendo de la tiranía se acogian como á un puerto al ejército de Sila: asi por cierto tiempo hubo cerca de él una especie de Senado; y Metela, habiendo podido con dificultad ocultarse á sí misma y á sus hijos, llegó trayéndole la noticia de que su casa y sus haciendas habian sido quemadas por sus enemigos, y pidiéndole diera auxilio á los que quedaban en Roma. Cuando se halla-

ba perplejo, por no poder resolverse ni á abandonar la patria molestada y oprimida, ni á partir dejando imperfecta una obra tan importante como era la guerra Mitridática, se le presentó un comerciante de Delos llamado Arquelao, enviado secretamente de parte del otro Arquelao á hacerle ciertas proposiciones y darle esperanzas. Oyóle Sila con tanto placer que se determinó á ir por sí mismo á conferenciar con Arquelao, y conferenciaron en efecto orilla del mar, cerca de Delio, donde está el templo de Apolo. Comenzó Arquelao la plática, procurando atraer á Sila á que abandonando el Asia y el Ponto partiese á la guerra que tenia que sostener en Roma, recibiendo para ella de parte del Rey intereses, galeras y tropa en la cantidad que quisiese; á lo que contestó Sila proponiéndole á su vez, que no hiciera cuenta del Rey, sino que reinase él mismo en su lugar, haciéndose aliado de los Romanos, y entregando cierto número de naves. Repelió Arquelao con horror una traicion semejante; y entonces le dijo, pues si tú, ó Arquelao, siendo Capadocio y esclavo, ó si quieres amigo de un Rey bárbaro, no sufres la infamia por bienes de tan gran tamaño, á mí que soy Romano y Sila ¿cómo te atreves á hablarme de traiciones, como sino fueras aquel mismo Arquelao, que huyendo en Queronea con muy poca gente, restos de ciento veinte mil hombres, te hubiste de esconder por dos dias en las lagunas de Orcomene, dejando intransitable la Beocia por la multitud de los cadáveres? A esto mudando ya de lenguage Arquelao, y echándose á sus pies, le rogó que pusiera fin á la guerra haciendo paz con Mitridates. Admitió Sila la propuesta, y se hizo un tratado, por el que se convino en que Mitridates cederia el Asia y la Paflagonia; se pondria por Rey de Bitinia á Nicomedes, y de Capadocia á Ariobarzanes, y se entregarian á los Romanos dos mil

talentos y setenta naves con espolones de bronce y todo su aparejo, con solo que Sila afianzase al Rey, y le diese por seguros todos sus demas dominios, y le declarase aliado del pueblo Romano.

Hechos estos convenios, torciendo de camino, marchó por la Tesalia y la Macedonia al Helesponto teniendo á Arquelao con grande estimacion en su compañía; y habiendo caido este enfermo de peligro en Larisa, parando el viage, hizo se le asistiera como á uno de los Generales y caudillos que militaban á sus órdenes. Esto dió ocasion á que se pusiera tacha en la jornada de Queronea, como que no se habia obrado con limpieza; y tambien el que habiendo remitido Sila al Rey todos sus amigos que habian quedado cautivos, solo á Aristion el tirano le dió muerte con yerbas por estar enemistado con Arquelao. Sobre todo hizo sospechar el terreno de diez mil yugadas que se dió en la Eubea á un hombre de Capadocia, y el haberle declarado Sila amigo y socio de los Romanos; mas sin embargo, de todo esto hace Sila la apología en sus comentarios. Viniéronle á esta sazon embajadores de Mitridates diciendo, que á todo lo demas estaba pronto; pero que en cuanto á la Paflagonia no venia en que se le despojase de ella, y en cuanto á las naves de ningun modo se conformaba; de lo que indignado Sila, ¿qué es lo que decis? les preguntó: ¿Mitridates se opone á lo de la Paflagonia, y del todo se niega en cuanto á las naves, cuando yo creia que me haria adoraciones si le dejaba aquella diestra, con la que á tantos Romanos ha dado muerte? bien pronto será otro su lenguage en pasando yo al Asia: ¡está muy bien que ahora descansando en Pérgamo dirija una guerra que hasta el dia no ha presenciado! Intimidados los embajadores guardaron silencio; pero Arquelao hizo ruegos á Sila, y sosegó su enojo, tomándole la diestra y derramando lágrimas. Persuadióle finalmente á que

le enviase á él mismo á Mitridates, porque ó haria la paz con las condiciones que queria, ó sino lo alcanzaba se daria á sí mismo la muerte. Mandándole pues bajo estos supuestos invadió la Media, y habiéndolo talado todo, dió la vuelta á la Macedonia, y en Filipos recibió á Arquelao, que le participó estar todo negociado á satisfaccion; pero que Mitridates deseaba con ansia venir á tratar con él: siendo de ello la principal causa Fimbria, que habiendo dado muerte á Flaco, Cónsul del otro partido, y vencido á los Generales del Rey, marchaba ya contra el mismo. Este temor era el que principalmente obligaba á Mitridates á preferir el hacerse amigo de Sila.

Juntáronse en Dardano de la Troade, teniendo consigo Mitridates doscientas naves armadas, cuarenta mil infantes, seis mil caballos y gran número de carros falcados; y Sila cuatro cohortes y doscientos caballos. Vínose hácia él Mitridates alargándole la mano; pero Sila le preguntó, ¿si daba por terminada la guerra bajo las condiciones convenidas con Arquelao? y como el Rey callase, pues de los que tienen que pedir, continuó Sila, es el hablar los primeros: los vencedores con callar hacen bastante. Comenzó entonces Mitridates á hacer su apología, echando la culpa de la guerra ya á algun mal Genio, y ya á los mismos Romanos; mas interrumpióle Sila diciendo, que ya antes habia oido á otros, y ahora habia conocido por sí mismo cuán diestro era Mitridates en la retórica, pues que no le habian faltado palabras que tenian algun color en hechos tan depravados é injustos. Reprendióle pues, y reconvínole por tantos males como habia causado, y volvióle á preguntar ¿si pasaba por lo convenido con Arquelao? y como dijese que sí, entonces le saludó y le echó los brazos para abrazarle; presentándole á los Reyes Ariobarzanes y Nicomedes, y re-

conciliándolos con él. Dióle Mitridates las setenta naves y quinientos arqueros, é hizo vela para el Ponto. Habia observado Sila que se habian disgustado los soldados con aquellas paces, pareciéndoles cosa terrible que un Rey que habia sido el mayor enemigo de los Romanos, teniendo dispuesta la matanza en un dia de setenta mil de ellos de los que se hallaban en el Asia, se marchara con su riqueza y sus despojos de este mismo pais, que habia estado saqueando y poniendo á contribuciones por cuatro años seguidos; pero se excusó con ellos, diciéndoles que no le habria sido posible hacer á un tiempo la guerra á Fimbria y Mitridates si se hubieran coligado contra él.

Partió de alli contra Fimbria, que estaba acampado junto á Tiro, y estableciendo muy cerca de él sus reales se puso á abrir un foso en derredor de ellos. Los soldados de Fimbria salieron de su campamento sin mas que las túnicas, y yéndose á saludar á los de aquel, se pusieron á ayudarles en su obra con el mayor calor; vista la cual mudanza por Fimbria, como considerase á Sila inflexible, se dió á sí mismo la muerte en su campo. Sila entonces multó al Asia en general en cien mil talentos; y luego en particular vino á arruinar las casas con la insolencia y el exquisito servicio de los alojados; porque mandó que el huésped diera al soldado raso cuatro tetracdracmas[1] al dia, y ademas de comer á él y á cuantos amigos convidase; que el Tribuno percibiria al dia cincuenta dracmas y una ropa para casa y otra para salir á la calle.

Habiendo dado á la vela de Efeso con todas las naves, entró al tercer dia en el Pireo· inicióse en los misterios, y se apropió para sí la biblioteca de Atelicon

1 La tetracdracma era de cuatro dracmas, y la dracma venia á valer dos reales de vellon.

de Teyo, en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entonces de los mas de los literatos. Dícese que traida á Roma, Turanion el Gramático corrigió muchos lugares; y que habiendo alcanzado de él Andrónico Rodio algunas copias, las publicó, siendo este tambien quien formó las tablas que ahora corren. Los mas antiguos de los Paripatéticos, aunque generalmente elegantes é instruidos, parece que no tuvieron la suerte de dar con muchas de las obras de Aristóteles y Teofrasto, ni de poder examinarlas con la debida diligencia, por culpa del heredero Nileo Escepsio, á quien las dejó Teofrasto y de quien pasaron á hombres oscuros é ignorantes. Mientras Sila se detenia en Atenas le cargó en los pies un dolor sordo con pesadez, del que dice Estrabon que es el tartamudeo de la gota. Embarcose para Adepso, donde usó de aguas termales, entreteniéndose juntamente y pasando el tiempo con los artífices de Baco. Paseándose orilla del mar le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Aleas preguntó, ¿pues qué todavía hay alguno de Aleas vivo? y es que cuando vencedor en la batalla de Orcomene persiguió á los enemigos, al paso asoló tres ciudades de la Beocia, Antedon, Larumna y Aleas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo, que fuesen en paz, pues no eran ruines ni despreciables los intercesores que habian traido; y alentados con esto los Aleenses es fama que volvieron otra vez á la ciudad.

Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponia á marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio á Brindis; pero está alli cerca Apolonia, y á la inmediacion de esta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de yerba y de unos prados nacen diversas fuentes que

de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traido ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese mas que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero. Estándose ya entendiendo en el embarque de los soldados, manifestó temor Sila de que luego que aportasen á la Italia se dispersarian acá y allá por las ciudades; y ellos juraron que se mantendrian unidos, y que voluntariamente ningun daño causarian en Italia. Despues, considerando que habria menester cuantiosos fondos, le presentaron y ofrecieron todo lo que cada uno tenia ahorrado; mas Sila no admitió aquellas primicias, sino que aplaudiéndolos y confirmándolos en su adhesion á él, partió alentadamente, segun él mismo dice, contra quince Generales contrarios que mandaban cuatrocientas y cincuenta cohortes, por significarle el Dios con la mayor claridad la ventura que le aguardaba. Porque sacrificando en Tarento inmediatamente despues de su arribo, se vió que la extremidad del hígado presentaba la figura de una corona con dos cintas que de ella pendian; y poco despues del desembarco en la Campania junto al monte Hefeo se vieron por el dia dos machos grandes de cabrío acometerse, y hacer y padecer todo lo que acontece á los hombres cuando pelean. Fue solo una apariencia; la que levantada un poco de la tierra se esparció por el aire en diversas partes parecidas á unas imágenes muy débiles, y luego se desvaneció enteramente. Despues, al cabo de poco tiempo, congregando en aquel mismo lugar Mario el jóven y el Cónsul Norbano considerables fuerzas, Sila sin formar su tropa, ni distribuirla convenientemente, y sin mas que el vigor y

el ímpetu que su misma decision dió á los soldados, desbarató á los enemigos, y encerró á Norbano en la ciudad de Capua, habiéndole muerto siete mil hombres. Esto dice haber sido causa de que no se disolviese su ejército, diseminándose por las ciudades, sino en que se mantuviese unido, mirando con desprecio á los enemigos, sin embargo de que eran en mucho mayor número. En Silvio dicen que por divina inspiracion se le presentó un esclavo de Poncio anunciándole de parte de Belona la superioridad en la guerra y la victoria, y que si no se daban priesa arderia el Capitolio; lo que asi sucedió el mismo dia que habia predicho, que fue un dia antes de las nonas Quintiles, que ahora llamamos Julias. Ademas de esto, hallándose Marco Lúculo, uno de los Generales del partido de Sila, en las cercanías de Fidencia con solas once cohortes, al frente de cincuenta que tenian los enemigos, él bien confiaba en el valor de sus soldados; pero se detenia porque la mayor parte estaban desarmados. Hallándose pues perplejo y pensativo trajo el viento de la llanura vecina en que habia unos prados muchas flores, y las arrojó y esparció sobre los escudos y cascos de los soldados, pareciéndoles á los enemigos que se habian puesto coronas; y ellos cobrando con esto nuevo ardor, se arrojaron al combate, del que salieron vencedores, dando muerte á diez y ocho mil hombres y tomando el campamento. Este Lúculo era hermano del otro Lúculo, que mas adelante derrotó y exterminó á Mitridates y á Tigranes.

Sila, viéndose todavía estrechado por todas partes de sus enemigos con muchos ejércitos y numerosas tropas, hizo por atraer á la paz, parte por la fuerza, y parte por engaño al otro Cónsul Escipion. Habiéndole dado este entrada tenian conferencias y frecuentes juntas, buscando siempre Sila algun motivo de dilacion y algun pretexto; y en tanto ganó

á los soldados de Escipion por medio de los suyos, ejercitados en toda falsedad y lagotería como su General. Porque entrando dentro del campamento de los enemigos, y mezclándose en medio de ellos, al punto se atrajeron á unos con dinero, á otros con promesas, y á otros con lisonjas y halagos. Finalmente presentándose Sila alli cerca con veinte cohortes, saludándole se pasaron á él, y quedándose Escipion solo en su tienda, hubo de conformarse: mientras Sila, habiendo cazado con sus veinte cohortes, como con otras tantas aves mansas, las cuarenta de los enemigos, las condujo todas á su campamento: asi se cuenta haber dicho Carbon que peleaba en Sila con un leon y una raposa alojados en su alma; pero la que mas le incomodaba era la raposa. A este tiempo Mario, que tenia en Signio ochenta y cinco cohortes, provocaba á Sila á una batalla; y este admitia gustoso el combatir en aquel mismo dia, porque habia tenido entre sueños esta vision. Parecióle que el viejo Mario, ya difunto tiempo antes, exhortaba á Mario su hijo á que se guardara del dia que entraba, porque le traia un grande infortunio: por tanto Sila estaba pronto para la batalla, y envió á llamar á Dolabela, que estaba acampado á alguna distancia; pero como los enemigos le tomasen los caminos y le cerrasen el paso, los soldados de Sila llegaron á cansarse de combatir y andar; y cayendo al mismo tiempo mientras asi trabajaban una gran lluvia, esto acabó de estropearlos. Dirigiéndose pues los Tribunos á Sila le pedian que dilatase la batalla, mostrándole á los soldados quebrantados de la fatiga, y tendidos por el suelo reclinados sobre los escudos. Hubo de condescender muy contra su voluntad; y dada la señal de hacer alto, cuando empezaban á formar el valladar y abrir el foso, delante del campamento se presentó con arrogancia Mario, yendo el primero en su caballo, en

el concepto de que los desbarataría hallándolos desordenados. Entonces su Genio dió cumplida á Sila la palabra que le anunció en sueños, porque su colera pasó á los soldados, y suspendiendo las obras, dejadas las picas clavadas en el foso, desenvainaron las espadas, y con grande algazara se trabaron con los enemigos; mas estos no aguantaron mucho tiempo, sino que dieron á huir, y se hizo en ellos una horrible carnicería. Mario huyó á Preneste; pero ya encontró cerradas las puertas; y echándole de arriba una cuerda, se la ciñó al cuerpo, y asi lo subieron á la muralla. Algunos dicen, y de este número es Fenestela, que Mario ni siquiera tuvo la menor noticia de la batalla, sino que habiéndose recostado en tierra bajo una sombra, á causa de sus muchas vigilias y fatigas, al tiempo de hacerse la señal del combate le cogió el sueño, y apenas despertó cuando todos habian dado á huir. Dícese que Sila no perdió en esta batalla mas que veinte y tres hombres, habiendo muerto á cuarenta mil de los enemigos, y apresado vivos ochenta mil. Con igual felicidad le salió todo lo demas por medio de sus Generales, Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, pues sin vacilar poco ó nada destrozaron fuerzas muy considerables de los enemigos; de manera que Carbon, que habia sido el principal apoyo de la faccion contraria, abandonando de noche su ejército se embarcó para el Africa.

En el último combate, como atleta que entra de refresco contra el que está cansado, estuvo en muy poco que el Sámnite Telesino no lo derribase y destruyese á las mismas puertas de Roma; porque allegando mucha gente en union con Lamponio Luqués marchó con celeridad sobre Preneste, con el intento de sacar del cerco á Mario; pero habiéndose enterado de que tenia á Sila por el frente y á Pompeyo por la espalda, dirigiéndose ambos á toda priesa

contra él, encerrado de una y otra parte, como buen guerrero, egercitado en muchos combates, levanta su campo por la noche, y marcha con todas sus fuerzas contra Roma. Faltó muy poco para que la sorprendiese sin ninguna guardia; y estando á diez estadios de la puerta Colina, alli se fijó, amenazando á la ciudad, lleno de presuncion y de esperanzas por haber burlado á tantos y tan acreditados Generales. En la madrugada, habiendo salido contra él á caballo lo mas escogido de la juventud, dió muerte á muchos, y entre ellos á Apio Claudio, varon insigne en linage y en virtud. Siendo grande como se deja conocer la confusion de la ciudad, y muchos los lamentos y las carreras, el primero que se alcanzó á ver fue Balbo, enviado por Sila á todo escape con setecientos caballos; y no dando mas tiempo que el preciso para que se les quitase el sudor, volvió á ensillar á toda priesa, y se fue en busca de los enemigos. En esto ya se descubrió Sila, y dando al punto orden á los principales para que se diese un rancho, formó en batalla. Rogáronle con instancia Dolabela y Torcuato que se detuviese y no aventurase el resto, teniendo la gente tan fatigada, pues los que ahora se le oponian no eran Carbon y Mario, sino los Sámnites y Lucanos pueblos enemigos encarnizados de Roma y muy belicosos; pero apartándolos de sí mandó que las trompetas dieran la señal de envestir, cuando vendrian ya á ser las diez del dia. Trabóse un combate como el que nunca otro; y la derecha mandada por Craso alcanzó al punto la victoria; mas como la izquierda sufriese y llevase lo peor, fue Sila en su socorro en un caballo blanco que tenia muy alentado y ligero. Conociéndole por él dos de los enemigos tendieron sus lanzas para arrojárselas. El mismo Sila no lo advirtió; pero su asistente dió con el látigo al caballo, y este se adelantó lo preciso para que alcanzando

las puntas á dar en la cola, cayesen y se clavasen en tierra. Dícese que teniendo Sila un idolito de Apolo tomado en Delfos, le traia siempre consigo en el seno en las batallas, y que en aquel trance le besó diciendo: »ó Apolo Pitio, tú que de tantos com» bates sacaste triunfante y glorioso á Cornelio Sila, » el feliz, ¿lo habras traido ahora aqui á las puer» tas de la patria para arrojarle á que perezca ver» gonzosamente con sus conciudadanos?" Hecha esta plegaria se dice que exhortó á unos, amenazó á otros, y á otros los cogió del brazo; mas que finalmente mezclado con los que huian, se refugió al campamento, habiendo perdido á muchos de sus amigos y deudos. No pocos tambien de los que habian salido de la ciudad á ver la accion perecieron y fueron pisoteados; de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario: porque los que de la revuelta fueron allá á parar excitaban á Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, á que levantara sin dilacion el campo, teniendo por muerto á Sila, y á Roma por presa de los enemigos.

Siendo ya muy alta noche vinieron al campo de Sila de parte de Craso á pedir raciones para él y para sus soldados; porque luego que venció á los enemigos, persiguiéndolos hasta Antemna, puso alli cerca su campo. Sila con esta noticia, y con la de que habian perecido la mayor parte de los enemigos, pasó al amanecer á la misma Antemna; y presentándosele tres mil de estos en legacion, les ofreció darles inmunidad si volvian á él despues de haber causado algun daño á los otros enemigos. En esta confianza acometieron á los restantes, y murieron muchos á mano unos de otros; mas á aquellos mismos, y á los que pudo haber de los otros, en todo hasta unos seis mil, los encerró en el Hipódromo, y convocó el Senado para el templo de Be-

lona. Al mismo tiempo de tomar él la palabra para hablar al Senado los que tenian la orden dieron muerte á los seis mil. Levantóse una horrorosa gritería, como era natural, siendo asesinados tantos en un recinto estrecho; y como los Senadores se asustasen, del mismo modo que estaba hablando, no alterándose ni mudándosele el semblante, les mandó que atendiesen á lo que decia, sin meterse en las cosas de afuera; porque aquello no era mas que un aviso hecho de su orden á algunos perversos. Esto hizo conocer, aun al menos despierto de los Romanos, que habian mudado de forma de tiranía, pero no la habian sacudido: pues al cabo Mario, habiendo mostrado dureza desde el principio, con el poder la aumentó, pero no mudó de caracter; y Sila, que habia empezado á usar suave y políticamente de su fortuna ganando concepto de un General popular y benigno, y que era ademas divertido desde joven, y blando á la compasion, pues lloraba con mucha facilidad, se pudo sospechar que recibió aquella tan extraña mudanza de la misma grandeza de su poder, que no le dejó permanecer en sus antiguas costumbres, sino que las convirtió en feroces, soberbias é inhumanas. Mas si esto fue variacion y mudanza causada en su índole por la fortuna, ó mas bien manifestacion que hizo el poder de la perversidad que antes abrigaba en su corazon, seria de otra investigacion el definirlo.

Dado ya Sila desenfrenadamente á la carnicería, en términos de llenar la ciudad de asesinatos que no tenian número ni fin, siendo muchos sacrificados á enemistades particulares que en nada le tocaban, solo por condescendencia y complacencia hácia los que le hacian la corte, uno de los jóvenes, Cayo Metelo, tuvo resolucion para preguntarle en el Senado ¿cuál seria el término de los males, y hasta dónde hacia ánimo de llegar, para poder esperar que ce-

sarian tantas desgracias? „Porque te pedimos, con„tinuó, no que libres de la pena á aquellos con quie„nes te has propuesto acabar, sino de la incerti„dumbre á los que piensas queden salvos." Respondiendo Sila que aun no sabia á quiénes dejaria; repuso Metelo, pues declaranos á quiénes has de castigar; á lo que contestó Sila que asi lo haria. Algunos son de opinion que no fue Metelo, sino un tal Aufidio de aquellos que por adulacion frecuentaban la casa de Sila el que dijo esto último. Sila pues proscribió al punto ochenta, sin tratarlo con ninguno de los que egercian magistraturas; y como muchos se horrorizasen de ello, dejando pasar solo un dia, proscribió doscientos y veinte, y al tercer dia un número no menor; y hablando en público sobre esto mismo dijo que habia proscrito á aquellos que le habian venido á la memoria, y que para los olvidados habria otra proscripcion. Impuso ademas al que recibiese y salvase á uno de los proscritos, como pena de su humanidad, la de muerte, sin hacer excepcion ni de hermano, ni de hijo, ni de padres; y al que los matase señaló el premio de dos talentos por tal asesinato, aunque el esclavo matase á su señor, y al padre el hijo; pero lo que pareció mas injusto que todo lo demas fue haber condenado á la infamia á los hijos y nietos de los proscritos, y haber publicado sus bienes. Proscribíase no solo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza, ni los templos de los Dioses, ni los hogares de la hospitalidad ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mugeres, y los hijos en los de sus madres. Y los entregados á la muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscritos por sus riquezas: asi hablándose de los que perecian, como cosa corriente se decia á este le perdió su magnifi-

ca casa, á aquel su huerta, al otro las aguas termales. Quinto Aurelio, hombre retirado de negocios, y á quien de aquellos males no cabia mas parte que la que por compasion pudiera tomar en los de algunos que sufrian, yendo á la plaza, leyó la tabla de los proscritos, y hallando su nombre, ¡ miserable de mí! exclamó, lo que me persigue es mi campo del monte Albano; y á pocos pasos que habia andado fue muerto por uno que iba en su seguimiento.

En esto Mario, estando ya para caer prisionero, se dió á sí mismo muerte; y Sila, pasando á Preneste, al principio los juzgaba y castigaba de uno en uno; pero despues no estando de tanto vagar, los reunió en un punto á todos, que eran doce mil, y mandó que los pasaran á cuchillo, no perdonando á otro que á su huesped; pero este le respondió con grandeza de alma que por amor á la vida no sobreviviria á la ruina de la patria; y mezclándose voluntariamente con sus conciudadanos pereció con ellos. Lo que pareció cosa nueva y terrible fue el hecho de Lucio Catilina; porque este, habiendo dado muerte á su hermano cuando todavía los negocios públicos estaban indecisos, pidió despues á Sila que lo proscribiese como si estuviese vivo, y lo proscribió. Para mostrarse luego agradecido á este favor dió muerte á un Marco Mario de la faccion contraria, y llevando la cabeza á presentársela á Sila, que despachaba en la plaza, marchó desde alli al purificatorio de Apolo, que estaba cerca, y se lavó las manos.

Aun fuera de tantas muertes ofendia por todo lo demas con su conducta; porque se nombró dictador á sí mismo, reproduciendo esta magistratura al cabo de ciento y veinte años: se decretó igualmente á sí mismo la inmunidad por todo lo hecho, y para en adelante el derecho de muerte, de con-

fiscacion, de enviar colonias, de talar ciudades, y de dar y quitar reinos á quien quisiera. En las subastas de las casas confiscadas se condujo con tal insolencia y despotismo, aun despachando en el tribunal, que mas todavía que los despojos incomodaban las donaciones que de los bienes hacia: dando á mugeres bien parecidas, á guitarristas, á histriones, y á lo mas inmundo de la gente de condicion libertina los campos de los pueblos enteros, las rentas de las ciudades, y aun á algunos el matrimonio violento de mugeres casadas. Asi queriendo enlazar con Pompeyo Magno, le hizo dejar la muger que tenia, y le unió con Emilia, hija de Escauro y de su propia muger Metela, separándola de Manio Glabrion estando en cinta; pero esta joven murió de parto casada ya con Pompeyo. Aspiraba al consulado Lucrecio Ofela, el que tuvo sitiado á Mario, y se presentó á pedirlo; á lo cual desde luego se opuso Sila; pero como aquel bajase á la plaza asistido y protegido de muchos, enviando un Centurion de los que tenia cerca de sí mandó le quitará la vida, sentado en el tribunal, y poniéndose desde arriba á ser espectador de aquel asesinato. Prendieron los ciudadanos al Centurion, y le llevaron á presentar ante el tribunal; mas Sila les impuso silencio, diciendo que habia sido de su orden, y mandó que á aquel le dejaran libre.

Su triunfo fue ostentoso por la riqueza y novedad de los regios despojos; pero lo que dió mas magnificencia y realce á aquel espectáculo fueron los desterrados; porque los mas ilustres y autorizados de los ciudadanos precedian con coronas, apellidando á Sila salvador y padre, pues por él habian vuelto á la patria, y habian recobrado sus hijos y sus mugeres. Cuando todo se hubo concluido, haciendo en junta pública la apología de sus sucesos, no enumeró con menor cuidado los que creia deber á la fortuna

que los que eran obra de su valor; y al concluir, mandó que se le diera el sobrenombre de afortunado: porque esto es lo que principalmente quiere significar la voz latina *felix*. Cuando escribia á los Griegos ó despachaba sus negocios, se daba á sí mismo el título de Epafrodito ó venusto; y entre nosotros está su nombre escrito asi en los trofeos: *Lucio Cornelio Sila Epafrodito*. Aun mas: habiendo dado á luz Metela dos gemelos varon y hembra, á aquel le puso el nombre de Fausto, y á esta el de Fausta; porque los Romanos llaman fausto á lo dichoso y plausible: y era tanto mayor la confianza que ponia en su feliz suerte, que en sus propias acciones, que con haber hecho morir á tantos, y haber causado en la ciudad tanto trastorno y mudanza, abdicó la dictadura, y dejó al pueblo árbitro y dueño de los comicios consulares, y no se puso al frente, sino que anduvo por la plaza como un particular, esponiendo su persona á los atropellamientos é insultos; sin embargo de que apenas podia dudarse iba á ser elegido contra su opinion Marco Lépido, hombre resuelto y belicoso; no por aficion á él sino por miramiento del pueblo hácia Pompeyo que lo solicitaba, é intercedia en su favor. Por esta razon, viendo Sila que Pompeyo se retiraba de la plaza muy contento con esta victoria, llamándole aparte, le dijo: »Bella eleccion has hecho, ó joven! has ido »á nombrar á Lépido antes que á Cátulo: al hombre »mas necio, antes que al mas virtuoso de todos. »Mira por tí no te duermas, despues de haber he»cho mas poderoso que tú á tu antagonista;" en lo que parece que adivinó Sila; porque bien pronto, insolentándose Lépido contra él, le hizo la guerra.

Consagró Sila á Hércules el diezmo de toda su hacienda, y daba al pueblo banquetes sumamente costosos, siendo tan excesivas las prevenciones, que todos los dias se arrojaba al rio gran cantidad de man-

jares, y se bebia vino de cuarenta años, y mas añejo todavía. En medio de uno de estos convites, que se prolongó por varios dias, murió de enfermedad Metela; y como los pontífices no permitiesen á Sila que entrase á verla, ni que la casa se contaminase con el funeral, le envió por escrito el desistimiento de su matrimonio; y en vida todavía mandó que la trasladaran á otra casa, en lo que guardó escrupulosamente por supersticion lo prevenido en la ley; pero en cuanto á las impensas del entierro no se contuvo dentro de los términos de la que él mismo habia establecido, no perdonando gasto alguno. Traspasó tambien lo que habia prescrito en otra ley acerca de la profusion en los banquetes, procurando templar el llanto con festines y francachelas de mucho regalo y festejo. Hubo de alli á pocos meses espectáculo de gladiatores; y cuando no estaban todavía distribuidos los asientos, sino que hombres y mugeres se hallaban mezclados y confundidos en el teatro, casualmente le cupo estar sentada junto á Sila á una muger al parecer decente y de casa principal. Era efectivamente hija de Mesala, hermana de Hortensio el orador, de nombre Valeria, y hacia poco que se habia separado de su marido. Al pasar por detras de Sila alargó hácia él la mano, y arrancando un hilacho de la toga, se dirigió á su puesto. Volviéndose Sila á mirarla con aire de extrañeza, nada hay de malo, le dijo, ó General, sino que quiero yo tambien tener alguna partecita en tu dicha. Oyólo Sila con gusto, y aun se echó de ver claramente que le habia hecho impresion, porque al punto se informó reservadamente de su nombre, y averiguó su linage y su conducta. Siguiéronse despues ojeadas de uno á otro, frecuente volver de cabeza, recíprocas sonrisas, y por fin palabra y conciertos matrimoniales, de parte de ella quizá no vituperables; pero Sila, aunque por lo demas se enlazó con una

muger de conducta é ilustre, el origen de este enlace no fue modesto ni decente, dando lugar á que se dijese que se habia dejado enredar como un mozuelo de una mirada, y un cierto gracejo de que suelen originarse las pasiones mas desordenadas y vergonzosas.

Con tener á esta en casa, hacia mala vida con cómicas, con guitarristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde antes del anochecer, recostados en lechos; porque estos eran entonces los que gozaban de todo su favor: Roscio el cómico, Sorix, gefe de los histriones, y el disoluto Metrobis, cuyos amores conservó siempre sin negarlos, aun despues que este estuvo fuera de edad. De aqui fue el fomentar sin advertirlo una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenia dañadas las entrañas: enfermedad que habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de dia y de noche se los quitaban, nada eran los quitados para los que de nuevo sobrevenian; sino que las ropas, el baño, lo que se empleaba para limpiarle y hasta la comida misma, todo se llenaba de aquella podredumbre y corrupcion: ¡tanto era lo que cundia! Asi muchas veces al dia se metia en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo; pero de nada servia, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencia á toda diligencia. Dícese que entre los mas antiguos murió de piojos Acasto hijo de Pelias, y mas modernamente Alcman el poeta: Ferecides el Teólogo y Calistenes de Olinto, estando en la cárcel, y ademas Mucio el Jurisconsulto; y si se ha de hacer mencion de personas en sí ruines, pero que de algun modo se hicieron conocidas, refiérese igualmente que el fugitivo que empezó en Sicilia la guerra servil llamado Euno, traido á Roma despues de cautivo, murió tambien de piojos.

Sila no solo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vigésimo segundo de sus comentarios dos dias antes de morir; y dice haberle predicho los Caldeos que despues de haber tenido una vida ilustre y señalada falleceria en el colmo de sus felicidades. Dice asimismo que un hijo suyo, muerto pocos dias antes de Metela, se le apareció entre sueños, presentándose con una vestidura pobre, y le rogó se dejara ya de cuidados; sino que yendo con él adonde estaba su madre Metela, viviese con esta en quietud y sin afanes. Mas no por esto se abstuvo de intervenir en los negocios públicos; porque diez dias antes de su fallecimiento reconcilió á los de Puteolos que andaban revueltos é inquietos entre sí, y les dió ley segun la que se gobernasen; y un dia antes, habiendo entendido que el empleado Granio, deudor á los caudales públicos, no pagaba, sino que aguardaba á que él muriese, lo mandó llamar á su cuarto, y alli en su presencia hizo que los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acaloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque asi llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Uniéronse y confabuláronse muchos con Lépido para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dícese haber traido á ellos las mugeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se lleva-

ban en doscientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un lictor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el dia desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llovería, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á reducirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

COMPARACION DE LISANDRO Y SILA.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido cuantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos violentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso
Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de estraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los Cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado procurase arrebatar el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios, probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez General de ejército, por diez años continuos,

haciéndose á sí mismo ahora Cónsul, ahora Pro-Cónsul, ahora Dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermision el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como dejamos dicho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura, y mas legítimamente que Sila; pues era por medio de la persuasion, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquel; sino rectificando la misma institucion de los Reyes. Y á la verdad que en el orden natural parecia lo mas justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia, que debia su opinion á la virtud, y no al origen. Porque asi como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo: ¿pues no procede tambien de caballo el mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quien procede. Asi estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos Reyes, porque no eran de ánimo regio, sino inútiles y para nada. La maldad aun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los mas de los yerros de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fue en favor del poder y tiranía de aquellos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército; quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo; y á Lucrecio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al Consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer mas amaba.

Mas la aficion á los deleites y á las riquezas es

la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia, ni el mas juvenil descuido en tan grande autoridad y poder; sino que evitó mas que cualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa zorras en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida y propiamente lacónica fue en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de joven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad, y mientras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Asi es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencia; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas mas ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¿Ni qué cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes? cuando en público, y á presencia del pueblo vendiendo una grande hacienda, y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mandó que se cerrara la subasta; y porque otro dió mas y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal humor, diciendo: „Es una „crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que „yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que „son mios, á quien me dé la gana." Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron, los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó este mas daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo, que aquel á Roma con la que le robó; si-

no que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los dos respecto de su ciudad, y fue que Sila, con° ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afectos de que él estuvo mas distante. Erraron pues ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar menos. Esto es por lo que hace al orden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas navales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas sin embargo los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras, resistiendo á los enemigos que le oprimian; ni como Ciro y Epaminondas, persiguiendo á los que ya cedian y asegurando la victoria, sino que estos murieron como á Reyes y Generales correspondia; y Lisandro tuvo la muerte de un escudero ó de un correo con la nota de haberse sacrificado sin gloria: confirmando la opinion de los antiguos Esparciatas que con razon aborrecian los combates murales, en los que no solo de la mano de un hombre cualquiera, sino de la de un mucha-

cho ó de una muger acontece morir herido el mas esforzado: como se cuenta de Aquiles haber sido muerto por Páris en las puertas de Troya. Mas las victorias de Sila en batallas campales, los millares de enemigos con quienes acabó, ni siquiera es facil numerarlos: dos veces tomó á la misma Roma; y el Pireo de Atenas no le conquistó por hambre como Lisandro, sino arrojando de la tierra al mar á Arquelao en fuerza de repetidos y obstinados combates. Tambien entran por mucho en estas cosas los contrarios; pues tengo por juego y burlería el haber combatido en el mar con Antioco, pedagogo de Alcibiades; y haber engañado al demagogo de los Atenienses Filocles,

Hombre oscuro, sin mas que larga lengua;

á los cuales se desdeñaría Mitridates de que se les comparara con su palafrenero y Mario con cualquiera de sus lictores; pero de los grandes que contendieron con Sila, Cónsules, Pretores, Demagogos, para pasar en silencio á los demas, ¿quién entre los Romanos mas temible que Mario? ¿quién entre los Reyes mas poderoso que Mitridates? y entre las gentes de Italia ¿quiénes mas aguerridos y mejores soldados que Lamponio y Telesino? pues de todos estos, al primero le obligó á huir; al segundo lo sojuzgó, y á estos últimos les dió muerte.

Pero lo mas admirable entre todo lo que se ha dicho, á lo que yo entiendo, es que Lisandro obtuvo todos sus sucesos cooperando con él sus conciudadanos; y Sila, estando desterrado y perseguido por la faccion contraria de sus enemigos, al mismo tiempo que su muger andaba prófuga, que su casa habia sido asolada, y asesinados sus amigos, entonces, haciendo frente en la Beocia á innumerables millares de hombres, y exponiendo su persona por la patria, erigió un trofeo; y con Mitridates, que le daba auxilio y tropas contra sus enemigos, en nada

cedió ni usó de blandura ó de humanidad alguna, sino que ni siquiera le volvió la palabra, ni le alargó la mano, antes de saber de él que se desistia del Asia, le entregaba las naves y admitia los Reyes de Bitinia y Capadocia: hazaña la mas gloriosa entre todas las de Sila, y conducida con la mayor prudencia; pues que antepuso el interes público al particular, y como los perros de casta no soltó el bocado y la presa hasta que el rival se dió por vencido, y entonces volvió el ánimo á vengar sus particulares ofensas. Tambien conduce para el juicio y comparacion de sus costumbres lo ejecutado con Atenas: pues Sila, habiendo tomado una ciudad que le habia hecho la guerra en defensa del poder y mando de Mitridates, le dejó la libertad y la independencia; y Lisandro no solo no tuvo compasion alguna de ella en consideracion al gran poder y dignidad de que habia decaido, sino que destruyendo la democracia, la entregó á los tiranos mas crueles é injustos. Veamos por fin si no nos acercaremos á la verdad todo lo posible, manifestando que Sila alcanzó mas trofeos; pero Lisandro tuvo menos defectos; y atribuyendo al uno la palma de la templanza y la moderacion, y al otro la del valor y la pericia militar.

Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia á la Beocia al Rey Ofeltas, y á los pueblos á quien este mandaba, dejó una descendencia, que fue por largo tiempo tenida en estimacion; y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fue la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella á los bárbaros. Los mas de este linage, valientes y belicosos por naturaleza, perecieron en los encuentros con los Medos, y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De estos quedó un mozito, huérfano de padres, llamado Damon, y de apellido Peripoltas, muy aventajado en belleza de cuerpo y disposicion de ánimo sobre todos los jóvenes de su edad, aunque por otra parte indocil y duro de condicion. Prendóse de él cuando acababa de salir de la puericia un Romano, gefe de una cohorte que invernaba en Queronea; y como no hubiese podido atraerle con persuasiones ni con dádivas, se tenia por cierto que no se abstendria de la violencia, mayormente hallándose abatida la ciudad, y reducida á pequeñez y pobreza. Temiendo esto Damon, é incomodado ya con las solicitudes, trató de armarle una zelada, para lo que se concertó con algunos de los de su edad, aunque no en grande número, para que no se descubriese: de modo que eran al todo diez y nueve. Tiznáronse los rostros con hollin, y habiendo bebido largamente, al mismo amanecer acometieron al Romano, que estaba haciendo un sacrificio junto á la plaza; y dándole muerte á él y á cuantos con él se hallaban, se salieron de la ciudad. Movióse grande alboroto, y congregándose el Senado de los Queronenses, los condenó á muerte; lo que era una apología en favor de la ciudad para con los Romanos. Juntáronse por la tarde á cenar los magistrados, co-

mo es de costumbre, y arrojándose Damon y sus camaradas sobre el consistorio, les dieron tambien muerte, y luego volvieron á marcharse huyendo de la ciudad. Quiso la casualidad que por aquellos dias viniese Lucio Lúculo á ciertos negocios trayendo tropas consigo; y deteniendo la marcha, hizo averiguacion de estos hechos, que estaban recientes, y halló que de nada habia tenido culpa la ciudad; y antes ella misma habia sido ofendida; por lo que recogiendo la tropa, marchó con ella. Damon en tanto infestaba la comarca con latrocinios y correrías, amenazando á la ciudad; y los ciudadanos procuraban con mensages y decretos ambigüos atraerle á la poblacion. Vuelto á ella le hicieron Prefecto del Gimnasio; y luego estándose ungiendo acabaron con él en la estufa. Despues de mucho tiempo se aparecian en aquel sitio diferentes fantasmas, y se oian gemidos, como nos lo refieren nuestros padres, y se tapió la puerta de la estufa; mas aun ahora les parece á los vecinos que discurren por allí visiones y voces que causan miedo. A los de su linage, que todavía se conservan algunos, especialmente junto á Estiris de la Fócide, en dialecto Eolico les llaman *asbolómenos*, que quiere decir enjorguinados, por haberse tiznado Damon con hollin cuando salió á su mal hecho.

Eran vecinos los Orcomenios; y como estuviesen enemistados con los Queronenses, ganaron por precio á un calumniador Romano, para que como si fuera contra uno solo intentara contra toda la ciudad causa capital sobre las muertes que Damon habia ejecutado. Conocíase de la causa ante el Pretor de la Macedonia, porque todavía los Romanos no enviaban entonces Pretores á la Grecia; y los defensores de la ciudad imploraban el testimonio de Lúculo. Escribióle pues el Pretor, y aquel declaró la verdad; siendo de esta manera absuelta

la ciudad de una causa por la que se la habia puesto en el mayor riesgo. Los ciudadanos que entonces se salvaron pusieron en la plaza una estatua de piedra de Lúculo al lado de la de Baco; y nosotros, aunque posteriores en algunas edades, creemos que el agradecimiento debe extenderse tambien á los que ahora vivimos; y entendiendo al mismo tiempo que al retrato que solo imita el cuerpo y el semblante es preferible el que representa las costumbres y el tenor de vida en esta escritura de las vidas comparadas, tomamos á nuestro cargo referir los hechos de este ilustre varon, ateniéndonos á la verdad. Porque basta demos pruebas de que conservamos una memoria agradecida; y por un testimonio verdadero, ni á él le agradaria recibir en premio una narracion mentirosa y amañada, pues asi como deseamos que los pintores que hacen con gracia y belleza los retratos, si hay en el rostro alguna imperfeccion ni la dejen del todo, ni la saquen exacta, porque esto lo haria feo, y aquello desemejante á la vista; de la misma manera siendo dificil, ó por mejor decir imposible, escribir una vida del todo irreprensible y pura, en los hechos laudables se ha de dar exacta la verdad, como quien dice la semejanza; pero los defectos y como fatalidades que acompañan á las acciones, y proceden ó de algun afecto ó de inevitable precision, teniéndolos mas bien por remisiones de alguna virtud, que por efectos de maldad, no los hemos de gravar en la historia con empeño y con detencion, sino como dando á entender nos compadecemos de la humana naturaleza, que no da nada absolutamente hermoso, ni costumbres decididas siempre y en todo por la virtud.

Parécenos, cuando bien lo examinamos, que Lúculo puede ser comparado á Cimon: porque ambos fueron guerreros é insignes contra los bárbaros:

suaves en su gobierno, y que dieron respectivamente á su patria alguna respiracion de las convulsiones civiles: uno y otro erigieron trofeos, y alcanzaron señaladas victorias; pues ninguno entre los Griegos llevó á paises tan lejanos la guerra antes de Cimon, ni entre los Romanos antes de Lúculo, si ponemos fuera de esta cuenta á Hércules y Baco, y lo que como cierto y digno de fe haya podido llegar desde aquellos tiempos á nuestra memoria de Perseo contra los Etiopes ó Medos y los Armenios, ó de las hazañas de Jason. Tambien pueden reputarse parecidos en haber dejado incompletas sus expediciones: pues uno y otro debilitaron y quebrantaron á su antogonista, mas no acabaron con él. Sobre todo lo que mas los asemeja y acerca uno á otro es aquella festividad y magnificencia para los convites y agasajos, y la jovialidad y esplendidez en todo su porte. Acaso omitiremos algunos otros puntos de semejanza; pero no será dificil recogerlos de la misma narracion.

Fue el padre de Cimon Milciades, y la madre Hegesipula, tracia de origen, é hija del Rey Oloro, como se dice en los poemas de Arquelao y Melantio, compuestos en alabanza del mismo Cimon Por esta razon Tucídides el historiador, que por linage era deudo de Cimon, tuvo por padre á otro Oloro, representando á su ascendiente en el nombre, y poseyó en la Tracia unas minas de oro, diciéndose que murió en Escaptísula, territorio de la Tracia, donde fue asesinado. Su sepulcro, habiéndose traido sus restos al Atica, se muestra entre los de los Cimones, al lado del de Elpinice, hermana de Cimon; mas Tucídides, por razon de su curia, fue Alimusio; y los de la familia de Milciades eran Laciades. Milciades como debiese al erario la multa de cincuenta talentos, para el pago fue puesto en la carcel, y en ella murió. Quedó Cimon todavía muy

niño con su hermana, mocita tambien y por casar, y al principio no tuvo en la ciudad el mejor concepto, sino que era notado de disipado y bebedor, siendo en su caracter parecido á su abuelo del propio nombre, al que por ser demasiado bondadoso se le dió el apellido de Coalemo, que viene á significar bobo. Estesimbroto Tasio, que poco mas ó menos fue contemporáneo de Cimon, dice que no aprendió ni la música ni ninguna otra de las artes liberales comunes entre los Griegos, ni participó tampoco de la elocuencia y sal ática: de manera que atendida su franqueza y sencillez parece que su alma tenia mas un temple peloponés: siendo

Natural, franco, y en lo grande grande,

como el Hércules de Eurípides, porque esto es lo que puede añadirse á lo que Estesimbroto nos dejó escrito. De joven todavía, fue infamado de tener trato con su hermana; y Elpinice por otra parte no se dice que fuese muy contenida, sino que anduvo extraviada con el pintor Polignoto; y que por lo mismo cuando este pintó las Troyanas en el pórtico, que antes se llamaba el Plesianacto, y ahora el Pecilo, delineó el rostro de Laodices por la imagen de Elpinice. Polignoto no era un menestral, ni pintó el pórtico para ganar la vida, sino gratuitamente, y para adquirir nombre en la ciudad, como lo refieren los historiadores de aquel tiempo, y lo dice el poeta Melantio por estas palabras:

De los Dioses los templos, generoso,
Ornó á su costa, y la Cecropia plaza,
De los héroes pintando los retratos.

Algunos dicen que no fue á escondidas, sino á vista del público el trato de Elpinice con Cimon, como casada con él, á causa de no encontrar, por su pobreza, un esposo proporcionado, y que despues cuando Calias, uno de los ricos de Atenas, se mostró enamorado y tomó de su cuenta el pagar al era-

rio la condena del padre, convino ella misma, y Cimon tambien la entregó por muger á Calias. Cimon parece que tambien estuvo de sobra sujeto á la pasion amorosa; pues el poeta Melantio, chanceándose con él en sus elegías, hace mencion de Asteria, natural de Salamina, y de una tal Mnestera, como que las visitaba y obsequiaba. Ademas es cosa averiguada que de Isódica, hija de Eurutolemo el de Megacles, aunque unida con él en legítimos lazos, estuvo apasionadamente enamorado, y que sintió amargamente su muerte, si pueden servir de argumento las elegías que se le dirigieron para consuelo en su llanto; de las cuales dice el filósofo Panecio haber sido autor Arquelao el físico, conjeturándolo muy bien por el tiempo.

En todo lo demas las costumbres de Cimon eran generosas y dignas de aprecio, porque ni en el valor era inferior á Milciades, ni en el seso y prudencia á Temístocles, siendo notoriamente mas justo que entrambos; y no cediendo á estos en nada en las virtudes militares, es indecible cuanto los aventajaba en las políticas ya desde joven, y cuando todavía no se habia ejercitado en la guerra. Porque cuando en la irrupcion de los Medos persuadió Temístocles al pueblo que abandonando la ciudad y desamparando el pais combatieran en las naves delante de Salamina, y pelearan en el mar; como los demas se asombrasen de tan atrevida resolucion, Cimon fue el primero á quien se vió subir alegre por el Cerámico al alcázar juntamente con sus amigos, llevando en la mano un freno de caballo para ofrecerlo á Minerva: dando á entender que la patria entonces no necesitaba de fuertes caballos, sino de buenos marineros. Habiendo pues consagrado el freno, tomó uno de los escudos suspendidos en el templo; y habiendo hecho oracion á la Diosa, bajó al mar inspirando á no pocos aliento y confianza. Tampo-

co era despreciable su figura, sino que era de buena talla, teniendo poblada la cabeza de espesa y ensortijada cabellera. Habiéndose mostrado en el combate denodado y valiente, al punto se ganó la opinion y amor de sus conciudadanos, reuniéndose muchos al rededor de él, y exhortándole á pensar y ejecutar cosas dignas de Maraton. Cuando ya aspiró al gobierno, el pueblo lo admitió con placer, y estando empalagado de Temístocles, lo adelantó á los primeros honores y magistraturas de la ciudad, viéndole afable y amado de todos por su mansedumbre y sencillez. Contribuyó tambien á sus adelantamientos Arístides el de Lisimaco, ya por ver la apacibilidad de sus costumbres, y ya tambien por hacerle como rival de la sagacidad é intrepidez de Temístocles.

Cuando despues de haberse retirado los Medos de la Grecia se le nombró General de la armada, á tiempo que los Atenienses no tenian todavía el imperio, sino que seguian aun la voz de Pausanias y los Lacedemonios, lo primero de que cuidó en sus expediciones fue de hacer observar á sus ciudadanos una admirable disciplina, y de que en el denuedo se aventajaran á los demas. Despues cuando Pausanias concertó aquella traicion con los bárbaros, escribiendo cartas al Rey y á los aliados empezó á tratarlos con aspereza y altanería, mortificándolos en muchas ocasiones con su modo insolente de mandar, y con su necio orgullo: Cimon hablaba con dulzura á los que habian sido ofendidos, mostrábaseles afable, y sin que se echara de ver iba ganando el imperio de la Grecia, no con las armas, sino con su genio y sus palabras. Asi es que los mas de los aliados se arrimaron á él y á Arístides, no pudiendo sufrir la aspereza y soberbia de Pausanias. Estos no solo los admitieron benignamente, sino que escribieron á los Eforos para que retiraran á Pausa-

nias, por cuanto afrentaba á Esparta, é inquietaba toda la Grecia. Dícese que habiendo dado Pausanias orden con torpe propósito de que le trajesen á una doncella de Bizancio, hija de padres nobles, llamada Cleonice, los padres por el miedo y la necesidad la dejaron ir; y como ella hubiese pedido que se quitase la luz de delante del dormitorio, entre las tinieblas y el silencio al encaminarse al lecho, tropezó sin querer con la lamparilla y la volcó; y que él entonces, hallándose ya dormido, asustado con el estrépito, y echando mano á la espada como si se viese acometido por un enemigo, hirió y derribó al suelo á la doncella. Murió esta de la herida y no dejaba reposar á Pausanias, sino que su sombra se le aparecia de noche entre sueños, pronunciando con furor estos versos:

Ven á pagar la pena: que á los hombres
No les trae la torpeza mas que males;

con lo que como se hubiesen irritado tambien los aliados juntamente con Cimon, le pusieron cerco. Huyóse sin embargo de Bizancio; y espantado de aquel espectro, se dirigió, segun se dice, al oráculo mortuorio de Heraclea, y evocando el alma de Cleonice le pidió que se aplacara en su enojo. Compareció ella al conjuro, y le dijo que se libertaria pronto de sus males luego que estuviese en Esparta: significándole, á lo que parece, por este medio la muerte que habia de tener: asi se halla escrito por diferentes historiadores.

Cimon, hechos ya del partido de Atenas los aliados, marchó por mar de General á la Tracia, por tener noticia de que algunos persas distinguidos y del linage del Rey ocupando á Hione, ciudad situada á las orillas del rio Estrimon, causaban vejaciones á los Griegos por alli establecidos. Ante todo pues venció en batalla á estos persas y los encerró dentro de la ciudad; y despues, sublevando á los

Tracios del Estrimon, de donde les iban los víveres, y guardando con gran diligencia todo el pais, redujo á los sitiados á tal penuria, que Butes, General del Rey, traido á la última desesperacion, dió fuego á la ciudad, y se abrasó en ella con sus amigos y sus riquezas. De este modo la tomó, sin haber sacado otra ventaja alguna por haberse quemado casi cuanto aquel traia con los bárbaros; pero el territorio, que era muy fertil y muy delicioso, lo distribuyó á los Atenienses para establecer una colonia. Permitióle el pueblo que pusiera Mercurios de piedra, de los cuales grabó esta incripcion en el primero:

Harto eran de esforzados corazones
Los que del Estrimon en la corriente
Y en Hione á los hijos de los Medos
Con hambre y cruda guerra molestaron:
Siendo en sufrir trabajos los primeros.

En el segundo:

Los Atenienses este premio dieron
A sus caudillos: justa recompensa
De sus servicios y sus altos hechos.
De la posteridad el que tal viere,
En pro comun se afanará zeloso,
Sin esquivar las peligrosas lides.

Y en el tercero:

De esta insigne ciudad llevó Mnesteo
Con los Atridas á los Frigios campos
A un divino varon, loado de Homero
Por su destreza en ordenar las huestes
De los Argivos de bronceadas armas.
¿Qué mucho pues que de marcial pericia,
De denuedo y valor el justo lauro
Se dé á los hijos de la culta Atenas?

Aunque en estas inscripciones no se descubre el nombre de Cimon, pareció sin embargo excesivo el honor que se le tributó á los de aquella edad: porque ni Temístocles ni Milciades alcanzaron otro

tanto; y aun á este, habiendo solicitado una corona de olivo, Sofanes Decelense, levantándose en medio de la junta, le dió una respuesta no muy justa, pero agradable al pueblo, diciendo: »Cuan-»do tú, ó Milciades, peleando solo contra los bár-»baros los vencieres, entonces aspira á ser coronado »tú solo." ¿Por qué pues tuvieron en tanto esta hazaña de Cimon? ¿no seria acaso porque con los otros dos caudillos solo trataron de rechazar á los enemigos para no ser de ellos sojuzgados; y bajo el mando de este aun pudieron ofenderlos, y haciéndoles la guerra en su propio pais, adquirieron posesiones en él, estableciendo colonias en Hione y en Anfipolis? Estableciéronse tambien en Esciro, tomándola Cimon con este motivo: habitaban aquella isla los Dolopes, malos labradores y dados á la piratería desde antiguo, en términos que ni siquiera usaban de hospitalidad con los navegantes que se dirigian á sus puertos, y por último, habiendo robado á unos mercaderes Tesalianos que navegaban á Cesio los habian puesto en prision. Pudieron estos huir de ella, y movieron pleito á la ciudad ante los Anfictuones. La muchedumbre se rehusaba á reintegrarlos del caudal robado, diciendo que lo devolvieran los que lo habian tomado y se lo habian repartido; mas con todo, intimidados escribieron á Cimon, exhortándole á que viniera con sus naves á ocupar la ciudad, porque ellos se la entregarian. Asi fue como Cimon tomó la isla; de la que arrojó á los Dolopes, y dejó libre el mar Egeo. Sabedor de que el antiguo Teseo, hijo de Egeo, huyendo de Atenas habia sido muerto alli alevosamente por el Rey Licomedes, hizo diligencias para descubrir su sepulcro, porque tenian los Atenienses un oráculo sobre que trajeran á la ciudad los restos de Teseo, y lo veneraran debidamente como á un héroe; pero ignoraban donde yacia, porque los Escirenses ni lo mani-

festaban, ni permitian que se averiguase. Encontrando pues entonces el hoyo en fuerza de la mas esquisita diligencia, puso Cimon los huesos en su nave, y adornándolos con esmero, los condujo á la ciudad al cabo de unos cuatrocientos años, con lo que todavía se le aficionó mas el pueblo. En memoria de este suceso se celebró una contienda de trágicos que se hizo célebre; porque habiendo presentado Sófocles, que aun era jóven, su primer ensayo, como el Arconte Afepsion, á causa de haberse movido disputa y altercado entre los espectadores no hubiese sorteado los jueces del combate, cuando Cimon se presentó con sus colegas en el teatro para hacer al Dios las libaciones prescritas por la ley, no los dejó salir, sino que tomándoles juramento los precisó á sentarse y á juzgar, siendo diez en número, uno por cada tribu: asi esta contienda se hizo mucho mas importante por la misma dignidad de los jueces. Quedó vencedor Sófocles; y se dice que Esquilo lo sintió tanto y lo llevó con tan poco sufrimiento, que ya no fue mucho el tiempo que vivió en Atenas, habiéndose trasladado por aquel disgusto á Sicilia, donde murió y fue enterrado en las inmediaciones de Gela.

Escribe Ion que siendo él todavía mocito, comió con Cimon, en ocasion de haber venido á Atenas desde Quio con Laomedonte; y que rogado aquel que cantase, como no lo hubiese ejecutado sin gracia, los presentes lo alabaron de mas urbano que Temístocles, por haber este respondido en igual caso que no habia aprendido á cantar y tañer, y lo que él sabia era hacer una ciudad grande y rica. De aqui, como era natural, recayó la conversacion sobre las hazañas de Cimon; y como se hiciese memoria de las mas señaladas, dijo que se les habia pasado referir el mas bien entendido de sus estratagemas: porque habiendo tomado los aliados muchos

cautivos de los bárbaros en Sesto y en Bizancio, encargaron al mismo Cimon el repartimiento; y él habia puesto á un lado los cautivos, y á otro las preseas y adornos que tenian; de lo que los aliados se habian quejado, teniendo por desigual aquella division. Díjoles entonces que de las dos partes eligieran la que gustasen, porque los Atenienses con la que dejaran se darian por contentos. Aconsejándoles pues Herofuto de Samos que eligieran antes los arreos de los Persas, que los Persas mismos, tomaron los adornos de estos, dejándoles á los Atenienses los cautivos; y por entonces se rieron de Cimon como de un mal repartidor, por cuanto los aliados cargaron con cadenas, collares y manillas de oro, y con vestidos y ropas ricas de púrpura, no quedándoles á los Atenienses mas que los cuerpos malamente cubiertos para destinarlos al trabajo; pero al cabo de poco bajaron de la Frigia y la Lidia los amigos y deudos de los cautivos, y redimian á cada uno de estos por mucho dinero; de manera que Cimon proveyó de víveres las naves para cuatro meses, y aun le quedó de los rescates mucho dinero que llevar á Atenas.

Rico ya Cimon, los viáticos de la guerra, que se los hizo pagar muy bien de los enemigos, los gastaba mejor con sus conciudadanos, porque quitó las cercas de sus posesiones, para que los forasteros y los ciudadanos necesitados pudieran tomar libremente de los frutos lo que gustasen. En su casa habia mesa, frugal sí, pero que podia bastar para muchos cada dia; y de los pobres podia entrar á ella el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su trabajo para atender solamente á los negocios públicos. Mas Aristóteles dice que la mesa no era franca para todos los Atenienses, sino solo para el que quisiera de sus compatriotos los Laciades. Acompañábanle algunos jóvenes bien vestidos, cada

uno de los cuales, si se llegaba á Cimon algun Ateniense anciano con pobres ropas, cambiaba con él las suyas: hecho que se tenia por muy fino y delicado. Los mismos llevaban igualmente dinero en abundancia, y acercándose en la plaza á los pobres menos mal portados, les introducian secretamente alguna moneda en la mano. A estos rasgos parece que alude Cratino el cómico en sus versos arquiloquios cuando dice:

Yo Metrobio el gramático pedia
Con instancia á los Dioses me otorgaran
Pasar unido con Cimon mis dias,
Senectud regalona asegurando
Con este hombre divino, el mas bondoso
Y mas obsequiador entre los Griegos;
Pero dejóme y se ausentó primero.

Gorgias Leontino dice ademas que Cimon adquirió riqueza para usar de ella; y que usaba de ella para ser honrado. Cricias, que fue uno de los treinta tiranos, pide á los Dioses en sus elegías

Bienes los de Escopades; mano franca
La de Cimon, y triunfos y victorias
Los del Lacedemonio Agesilao.

Y en verdad que el Esparciata Licas no es tan celebrado entre los Griegos, sino porque en la concurrencia á los juegos gimnicos daba de comer á los forasteros; pero el uso que de su opulencia hacia Cimon excedia á la antigua hospitalidad y humanidad de los Atenienses: porque aquellos con quienes jusmente se muestra ufana esta ciudad, dieron á los Griegos las semillas de los alimentos, y les enseñaron el uso del agua de las fuentes y el modo de encender el fuego para el servicio de los hombres; y este erigiendo su casa en un pritaneo comun para los ciudadanos y poniendo francas las primicias de los frutos ya sazonados, y todo cuanto bueno llevan las estaciones en el pais, para que los forasteros

lo tomaran y disfrutaran, reprodujo en cierta manera aquella fabulosa comunion de bienes del tiempo de Saturno. Los que califican estos hechos de lisonja y adulacion á la muchedumbre encuentran el desengaño en todo el tenor del gobierno de Cimon, que siempre inclinó á la aristocracia, como que con Aristides repugnó é hizo frente á Temístocles, que daba á la muchedumbre mas ensanches de lo que convenia; y despues se opuso á Efialtes, que para ganarse el pueblo queria debilitar el Senado del Areopago. En un tiempo en que se veia que todos los demas, á excepcion de Aristides y Efialtes, estaban implicados en corrupciones y sobornos, él se conservó puro é intacto hasta el fin, de la tacha de recibir regalos, haciéndolo y diciéndolo todo gratuitamente y con limpieza. Dícese que vino á Atenas con grandes caudales un bárbaro llamado Resaces, que se habia rebelado al Rey, el cual, mortificado de calumniadores, acudió á Cimon, y le presentó en el recibimiento dos picheles, lleno el uno de daricos de plata y el otro de oro; y que Cimon al verlo se echó á reir, y le preguntó ¿qué era lo que preferia, que Cimon fuese su asalariado ó su amigo? y como respondiese que amigo: pues bien, le repuso, vete y llévate contigo esta riqueza, porque me servirá, si la hubiere menester, siendo tu amigo.

Pagaban los aliados sus contribuciones; pero no daban los hombres y las naves que les correspondian, sino que dejados ya de expediciones y de milicia, no teniendo que hacer la guerra, aspiraban solo á cultivar sus campos y vivir en reposo, habiéndose hecho la paz con los bárbaros, y no siendo de estos molestados; que era por lo que ni tripulaban las naves ni daban hombres de guerra. Los demas Generales de los Atenienses los estrechaban á cumplir con estas cargas; y usando de multas y castigos con los que estaban en descubierto, hacian áspero y aborrecible su

imperio. Mas Cimon seguia en este punto un camino enteramente opuesto, no haciendo violencia á ninguno de los Griegos; sino que de los que á ello se acomodaban tomaba el dinero y las naves vacías, y los dejaba que se acostumbrasen al reposo y á estarse quietos en casa, haciéndose labradores y negociantes pacíficos con el regalo y la inexperiencia, de belicosos que antes eran. De este modo á los Atenienses, que todos á su vez servian en las naves y se ocupaban en las cosas de guerra, con los sueldos y á costa de los aliados los hizo en breve tiempo señores de los que contribuian: porque como estaban siempre navegando, manejando las armas, mantenidos y ejercitados en las continuas expediciones, se acostumbraron aquellos á temerles y obsequiarlos, haciéndose insensiblemente sus tributarios y sus esclavos en lugar de compañeros.

Por decontado nadie abatió ni mortificó mas el orgullo del gran Rey que Cimon: porque no se contentó con verle fuera de la Grecia, sino que siguiéndole paso á paso, sin dejar respirar ni pararse á los bárbaros, ya talaba y asolaba un pais, y ya en otra parte sublevaba á los naturales y los traia al partido de los Griegos; de manera que desde la Jonia á la Panfilia dejó el Asia enteramente libre de armas persianas. Noticioso de que los Generales del Rey con un grande ejército y muchas naves se proponian sorprenderle hácia la Panfilia, y queriendo que estos por miedo no navegaran en adelante en el mar dentro de las Quelidonias, ni siquiera se acercasen á él, dió la vela desde Cnido y Triopio con doscientas naves. Teníanlas desde Temístocles muy bien aparejadas para la celeridad y para tomar prontamente la vuelta; pero Cimon las hizo entonces mas llanas, y dió ensanche á la cubierta, para que con mayor número de hombres armados se presentaran mas terribles á los enemigos. Navegando pues á la ciudad

de Faselis, cuyos habitantes eran Griegos, pero ni admitian sus tropas ni habia forma de apartarlos del partido del Rey, taló su territorio, y empezó á combatir los muros. Iban en su compañía los de Quio; y siendo amigos antiguos de los Faselitas, por una parte procuraban templar á Cimon, y por otra arrojaban á las murallas ciertas esquelas clavadas en los astiles para advertir de todo á los Faselitas. Por fin lograron se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimon para la guerra contra los bárbaros. Eforo dice que era Titraustes el que mandaba la armada del Rey, y Ferendates el ejército; mas Calistenes es de opinion que Arimandes, el de Gobrias, tenia el mando de todas las fuerzas, y que con las naves marchó hácia el Eurimedonte, no estando dispuesto á pelear todavía con los Griegos, porque esperaba otras ochenta naves Fenicias que habian salido de Chipre. Quiso Cimon anticiparse á su llegada, para lo que movió con sus naves, dispuesto á obligar por fuerza á los enemigos, si voluntariamente no querian combatir. Al principio estos para no ser precisados se entraron rio adentro; pero siguiéndolos los Atenienses, hubieron de hacer frente, segun Fanademo con seiscientas naves, y segun Eforo con trescientas y cincuenta. Mas por mar nada hicieron digno de tan considerables fuerzas, sino que al punto se echaron á tierra; y los primeros pudieron escapar huyendo al ejército que estaba cerca; pero los demas fueron detenidos y muertos, y disuelta la armada. Ahora, la prueba de que las naves de los bárbaros habian sido en excesivo número, es que con haber huido muchas, como es natural, y haber sido otras muchas destruidas, todavía apresaron doscientas los Atenienses.

Bajaba el ejército hácia el mar, y le pareció á Cimon obra muy ardua contenerle en su marcha, y hacer que los Griegos acometieran á unos hombres

que venian de refresco y eran en gran número: con todo viendo á estos muy alentados y resueltos con el ardor y engreimiento que da la victoria á arrojarse en union sobre los bárbaros; á la infantería, que todavía estaba caliente del combate naval, le hizo que cargase con ímpetu y algazara; y resistiendo y defendiéndose por su parte los persas no sin bizarría, se trabó una muy reñida batalla. De los Atenienses cayeron los hombres de mayor valor y de mayor opinion; pero al fin hicieron huir á los bárbaros con gran matanza de ellos, y despues tomaron prisioneros á otros, y les ocuparon las tiendas llenas de toda especie de preciosidades. Cimon, que como diestro atleta en un dia habia salido vencedor en dos combates, no obstante haber excedido con la batalla campal al triunfo de Salamina, y con la naval al de Platea, aun añadió otro trofeo á estas victorias: pues sabiendo que las ochenta galeras Fenicias, que no tuvieron parte en el combate, habian aportado á Hidro, se dirigió allá sin detencion; y como sus comandantes no tuviesen noticia positiva de las principales fuerzas, sino que estuviesen en la duda y en la incertidumbre, siendo por lo mismo mayor su sorpresa, perdieron todas las naves, y la mayor parte de los soldados perecieron. De tal modo abatieron estos sucesos el ánimo del Rey, que ajustó aquella paz tan afamada de no acercarse jamas al mar de la Grecia á la distancia de una carrera de caballo, y de no navegar dentro de las Cianeas y Quelidonias con nave grande y de proa bronceada: aunque Calistenes sostiene que el bárbaro no hizo tal tratado; mas en las obras guardó lo que se ha dicho de miedo de aquella derrota, teniéndose á tanta distancia de la Grecia, que Pericles con cincuenta galeras y Efialtes con solas treinta navegaron por aquella parte de las Quelidonias, sin que de los bárbaros se les ofreciera á la vista ni siquiera un barco. Pero Cratero en su

coleccion de decretos insertó el tratado como hecho realmente: y aun se dice que los Atenienses erigieron con este motivo el ara de la paz, y que á Calias, que habia sido el embajador, le colmaron de distinciones. Vendidos los despojos que entonces se tomaron, tuvo el pueblo fondos para otras muchas cosas, y edificó en el alcázar el muro del mediodia; habiéndose hecho rico con esta expedicion. Añádese que las largas murallas llamadas piernas, aunque se acabaron despues, se empezaron entonces, y que el cimiento, como se hubiese dado con un terreno pantanoso y muelle, fue afirmado con toda seguridad por Cimon, que hizo desecar los pantanos con mucha arcilla y piedras muy pesadas, dando y apronтando para ello el caudal necesario. Fue el primero en hermosear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento, por los que hubo tanta pasion despues: porque plantó de plátanos la plaza; y á la Academia, que antes carecia de agua y era un lugar enteramente seco, le dió riego, convirtiéndola en un bosque, y la adornó con corredores espaciosos y desembarazados, y con paseos en que se gozaba de sombra.

Como algunos persas no quisiesen abandonar el Quersoneso, y aun llamasen de mas arriba á los Tracios con desprecio de Cimon, partió este de Atenas con poquísimas naves en busca de ellos; y con solas cuatro naves les tomó trece. Lanzando pues á los persas y derrotando á los Tracios, puso bajo la obediencia de Atenas todo el Quersoneso. Despues, venciendo por mar á los Tasios, que se habian rebelado á los Atenienses, les tomó treinta y tres naves, se apoderó por sitio de su ciudad, adquirió para Atenas las minas de oro que estaban al otro lado, y ocupó todo el terreno sobre que dominaban los Tasios. De alli pudiendo pasar á la Macedonia y ganar mucha parte de ella, como pareciese que lo

habia dejado por no querer, se le atribuyó que por el Rey Alejandro habia sido sobornado con presentes; sobre lo que tuvo que defenderse, persiguiéndole con encarnizamiento sus enemigos. En su apología ante los jueces dijo que no habia tenido hospedage como otros entre los Jonios ó los Tesalianos, que son ricos, para recibir honores y agasajos, sino entre los Lacedemonios, cuya moderacion y sobriedad habia procurado imitar y aplaudir, no teniendo en nada la riqueza, y sí preciándose de haber enriquecido su ciudad con la opulencia de los enemigos. Haciendo Estesimbroto mencion de este juicio, refiere que Elpinice, rogada por Cimon, fue á llamar á la puerta de Pericles, porque este era el mas violento de los acusadores; y que él echándose á reir: vieja estas, le dijo, vieja estas Elpinice para manejar tan arduos negocios; mas que con todo en la vista de la causa se mostró muy benigno con Cimon, no habiéndose levantado durante la acusacion mas que una sola vez como para cumplir.

Salió pues absuelto de esta causa; y en las cosas de gobierno, mientras estuvo presente, dominó y contuvo al pueblo, que acosaba á los principales ciudadanos, y procuraba atraer á sí toda la autoridad y el poder; pero cuando volvió á marchar á la armada, alborotándose los mas y trastornando el orden existente de gobierno y las instituciones patrias en que antes habian vivido, poniéndose al frente Efialtes, quitaron al Senado del Areopago el conocimiento de todos los juicios, á excepcion de muy pocos; y erigiéndose en árbitros de los tribunales, introdujeron una democracia absoluta, teniendo ya entonces Pericles bastante influjo, y habiéndose puesto de parte de los muchos. Por esta causa, como Cimon á su vuelta se hubiese indignado porque habian oscurecido la magestad del consejo, y hubiese intentado volver á llevar á él los juicios y restablecer la aris-

tocracia de Clistenes, se juntaron muchos á gritar y á irritar al pueblo, renovando lo de la hermana y acusándole de laconismo, acerca de lo cual son bien conocidos aquellos versos de Eupolis contra Cimon:

No era hombre malo; un poco dado al vino,
Descuidado, y que á veces en Esparta
Noche solia hacer, aqui dejando
Sola y sin compañía á su Elpinice.

Pues si falto de atencion y tomado del vino conquistó tantas ciudades y alcanzó tantas victorias, es claro que á haber estado cuerdo y atento, ninguno de los Griegos ni antes ni despues de él hubiera igualado sus hechos.

Fue en efecto desde el principio Lacomano, y de dos hijos gemelos que tuvo de Clitoria, segun dice Estesimbroto, al uno le puso por nombre Lacedemonio, y al otro Eleo; por lo que Pericles muchas veces les dió en cara con su origen materno; pero Diodoro Periegetes dice que asi estos como Tesalo, hijo tercero de Cimon, fueron tenidos en Isodica, hija de Euruptolemo el de Megacles. Contribuyeron mucho á sus adelantamientos los Lacedemonios, que ya entonces estaban en contradiccion con Pericles, y querian que fuese este joven el que tuviese el mayor poder y autoridad en Atenas. Esto lo vieron al principio con gusto los Atenienses, no sacando poco partido de la benevolencia de los Lacedemonios hácia él: porque en el principio de su incremento, y cuando empezaban á tomar parte en los asuntos de los otros pueblos, aliados de unos ú otros, no les venian mal los honores y los obsequios hechos á Cimon; puesto que entre los Griegos todo se manejaba á su arbitrio, siendo afable con los aliados y muy acepto á los Lacedemonios. Mas despues, cuando ya se hicieron los mas poderosos, vieron con malos ojos que Cimon permaneciese todavía no ligeramente apa-

sionado de los Lacedemonios: porque él mismo tambien, celebrando para todo á los Lacedemonios ante los Atenienses, especialmente cuando tenia que reprender á estos, ó que excitarlos á alguna cosa, habia tomado la costumbre, segun refiere Estesimbroto, de decirles »¡qué poco son asi los Lacedemonios!" con lo que se grangeó cierta envidia y displicencia de parte de sus conciudadanos. Pero de todas la calumnia mas poderosa contra él tuvo este origen: en el año cuarto del reinado de Arquidamo el de Zeuxidamo en Esparta por un terremoto, mayor que todos aquellos de que antes habia memoria, en todo el territorio de los Lacedemonios se abrieron muchas simas, y estremecidos los Taigetos, algunas de sus cumbres se aplanaron. La ciudad misma tembló toda, y fuera de cinco casas, todas las demas las derribó el terremoto. En el pórtico, en ocasion de estar lleno ejercitándose en él á un tiempo los mozos y los muchachos, se dice que poco antes del temblor se apareció una liebre, y que los muchachos, ungidos como estaban, por una muchachada se pusieron á correr tras ella y perseguirla, y en tanto cayó el gimnasio sobre los mozos que se habian quedado, muriendo alli todos; y á su sepulcro aun se le da el dia de hoy el nombre de *Seismacia*, tomado del terremoto. Previó al punto Arquidamo por lo presente lo que iba á suceder, y viendo que los ciudadanos se dedicaban á recoger en sus casas lo mas precioso cada uno, mandó que la trompeta hiciera señal de que venian enemigos, para que á toda priesa acudieran armados á su presencia; y esto solo fue lo que entonces salvó á Esparta: porque de todos los campos sobrevinieron corriendo los Hilotes para acabar con los que se hubieran salvado de los Esparciatas; pero hallándolos en orden de batalla, se retiraron á sus poblaciones: siendo sin embargo bien claro que iban á hacerles la guerra, atrayendo á no pocos de los circunvecinos, y vi-

niendo ya tambien sobre Esparta los Mesenios. Envian pues los Lacedemonios á Atenas de embajador para pedir auxilio, á Pericleidas, de quien dice el cómico Aristofanes que, »sentado ante los altares, »todo pálido, con una ropa de púrpura, pedia por »compasion un ejército." Oponíase Efialtes, y con el mayor empeño rogaba que se negase el socorro y no se restableciera una ciudad rival de Atenas; sino que se la dejase en el suelo para ser pisado su orgullo; pero dice Cricias que Cimon, anteponiendo el bien de los Lacedemonios al incremento de su patria, convenció al pueblo y salió á auxiliarlos con mucha infantería. Ion nos da cuenta de la principal razon con que movió á los Atenienses, que fue exhortarlos á que no dejaran coja la Grecia, ni dieran lugar á que su ciudad quedara sin pareja.

Auxiliado que hubo á los Lacedemonios, volvia con su ejército por Corinto, y Lacarto le reconvino por haber entrado con sus tropas sin anuencia de aquellos ciudadanos: porque decia que aun los que llaman en puerta agena no entran sin que el dueño les mande pasar adelante, á lo que Cimon le replicó: pues vosotros, ó Lacarto, no llamais á las puertas de los Cleoneos y Megarenses, sino que quebrantándolas, os introducis con las armas, creyendo que todo debe estar abierto á los que mas pueden: ¡con esta arrogancia habló en tan oportuna ocasion! y pasó con su ejército. Volvieron los Lacedemonios á llamar en su socorro á los Atenienses contra los Mesenios é Hilotes, que se hallaban en Itome; y cuando ya los tuvieron á su disposicion, temiendo su denuedo y aire marcial, los despidieron á ellos solos de todos los aliados, bajo el pretexto de que intentaban novedades. Retiráronse con grande enojo, y ademas de exasperarse muy á las claras contra los que laconizaban, valiéndose de un leve pretexto, condenaron á Cimon al ostracismo por

diez años: porque este era el tiempo prefinido á todos los que sufrian esta pena. En esto hallándose los Lacedemonios acampados en Tanagra de vuelta de libertar á los de Delfos de los Focenses, les salieron los Atenienses al encuentro para darles batalla; y Cimon fue á colocarse con sus armas entre los de su tribu Oineide, dispuesto á batirse contra los Lacedemonios en compañía de sus ciudadanos; pero el consejo de los quinientos, sabedor de ello y temiéndole, intimó á los generales, á instigacion de sus enemigos, que le imputaban ser su ánimo desordenar el ejército é introducir los Lacedemonios en la ciudad, que de ningun modo lo admitiesen. Retiróse pues, rogando encarecidamente á Eutipo el de Anaflustio, y á los demas amigos que estaban mas tildados de laconizar ó ser adictos á los Lacedemonios, que pelearan esforzadamente, á fin de lavar con las obras ante sus ciudadanos aquella infundada nota. Estos pues, tomando la armadura de Cimon y colocándola en su puesto, se juntaron todos en uno, los ciento que eran, y corrieron á la muerte con el mayor arrojo, obligando á los Atenienses á que sintiesen su pérdida y á que se arrepintiesen de sus injustas sospechas. De aqui es que tampoco les duró mucho el enojo contra Cimon, ya porque trajeron á la memoria, como era debido, sus importantes servicios, y ya tambien porque asi lo exigieron las circunstancias: porque vencidos en Tanagra en una reñida batalla, y esperando tener sobre sí para el verano un ejército de los del Peloponeso, llamaron de su destierro á Cimon, y tornó á su llamamiento, habiendo sido Pericles quien escribió el decreto: ¡tan subordinadas eran entonces al orden político las rencillas! ¡tan templados los enojos, y tan prontos á ceder á la comun utilidad! ¡y hasta tal punto la ambicion, que sobresale entre todas las demas pasiones, sabia acomodarse á las necesidades de la patria!

Luego que volvió Cimon, al punto puso fin á la guerra, y reconcilió las ciudades; pero como hecha la paz viese que los Atenienses no podian permanecer en reposo, sino que deseaban estar en accion y aumentar su poder por medio de expediciones, para que no incomodaran á los demas Griegos, ni dirigiéndose con muchas naves hácia las islas y el Peloponeso, diesen ocasion á guerras civiles, ú origen á quejas de parte de los aliados contra la ciudad, tripuló doscientas galeras, con muestras de marchar otra vez contra el Egipto y Chipre: llevando en esto la idea por una parte de que los Atenienses no se descuidaran nunca de la guerra contra los bárbaros; y por otra de que grangearan justamente riquezas, trasladando á la Grecia la opulencia de sus naturales enemigos. Cuando todo estaba dispuesto y las tropas ya embarcadas, tuvo Cimon un sueño. Parecióle que una perra muy furiosa le ladraba, y que del ladrido salia una mezcla de voz humana que le decia:

Acércate; porque has de ser amigo
Mio y de estos mis tiernos cachorrillos.

Siendo tan dificil y oscura esta vision, Astufilo Posidionate, que era adivino y muy conocido de Cimon, dijo que aquello significaba su muerte, esplicándolo de esta manera: el perro es enemigo de aquel á quien ladra; y de un enemigo nunca se hace uno mejor amigo que á la muerte: y la mezcla de la voz designa un enemigo Medo: porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando él mismo sacrificando á Baco, dividió el Sacerdote la víctima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, y poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo no pudiendo desentenderse de la expe-

dicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las demas; y venciendo la armada del Rey compuesta de naves de la Cilicia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del Rey: mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de General. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y mas todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados asi por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensageros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro: pues nadie sabe determinadamente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenia ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los dias que pasaron cerca del oráculo, reconocieron habérseles dado á entender la muerte del caudillo, con decírseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad segun los mas; aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando su fallecimiento: asi sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacia treinta dias estaba muerto. Despues que

él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes Griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya mas tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algun paso en la guerra contra los Generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de los Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traidos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun dice el orador Nausicrates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como á un ser supremo. Tal fue el General Griego.

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tio suyo por parte de madre Metelo el llamado Numídico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar parte en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos: accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caidas y algunos heridos; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina: asi es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion: porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,
y despues fuera de la plaza
En seco muere con trabada lengua;

sino que siendo todavía joven, habia adquirido ya, atraido de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su des-

avenencia con Pompeyo. Acerca de su aficion á las letras se refiere ademas de lo dicho que siendo todavía mozo, con ocasion de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Siseña, la que vino á hacerse un poco seria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte; y parece que esta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aun hoy una historia de la guerra Marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenia á su hermano Marco; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera; y es que con ser él de mas edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno; sino que esperó á que este se hallara ya en sazon, y entonces ganó de tal manera la aficion del pueblo, que juntos fueron nombrados Ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía joven al tiempo de la guerra Marsica, y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia; pero las calidades que Sila apreciaba mas en él, eran su entereza y afabilidad: asi le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto él fue quien en la guerra Mitridática acuñó la mayor parte; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Despues de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de alli con sus naves. Era esto en el rigor del hibierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras Rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrian libremente

por todas partes; y sin embargo aportando á Creta, la agregó á la república; y hallando á los de Cirene en estado de insurreccion, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fue una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy dificil dar leyes á los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad; pues nada hay mas indomable que un hombre engreido con su dicha; ni á la inversa nada mas dócil que el abatido por la fortuna: que fue lo que entonces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Luculo. De alli volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándoselos los piratas; mas él se salvó, y fue magnificamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada primorosamente, como se ejecuta cuando navega el Rey; y Tolomeo, que era aun muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dió habitacion y cumplido hospedage en su palacio, lo que nunca antes se habia hecho con otro General extrangero que alli hubiese arribado. En cuanto á la comida y demas gastos, no se le dió lo que á los demas, sino el cuadruplo; de lo que él sin embargo no consumió mas que lo preciso ni recibió los presentes que se le enviaron apreciados en ochenta talentos. Dícese que ni subió á Menfis, ni vió ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que estos eran espectáculos de gente desocupada y divertida; y no como él que habia dejado á su Emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; y no obstante esto le dió naves que le acompañasen hasta Chipre; y saludan-

dole y obsequiándole en el mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro de las mas raras y preciosas; y aunque al principio se negó á admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba gravado en ella su retrató, temió rehusarla no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegacion fue reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, á excepcion de las de aquellos que estaban dados á la piratería; y dirigiéndose á Chipre, como alli se le asegurase que hechos al mar los enemigos le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas, y escribió á las ciudades hablándoles de hibernaderos y de víveres, como que alli habia de pasar la estacion; mas luego que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente á la vela; y navegando de dia con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo á Rodas. Proporcionándole naves los Rodios, persuadió á los de Coo y Gnido que abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quio arrojó por sí mismo á las tropas del Rey, y dió libertad á los Colofonios, apoderándose de Epígono su tirano. Ocurrió por aquel mismo tiempo el que Mitridates abandonase á Pérgamo reducido á arrinconarse en Pitane: y como alli le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atencion y consideracion en el mar, juntando y enviando á llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenia, desconfiado enteramente de poder combatir y venir á las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba vencedor. Previólo este, y hallándose sin armada, envió mensageros á Luculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara á acabar con el mas contrario y mas guerrero de los Reyes: no fuera que de entre las manos se le escapase á Roma Mitridates, último premio de tantos combates

y trabajos, ya que él mismo se habia venido á ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendria mas parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga, y le hubiera echado mano al quererse escapar; y el vencimiento se atribuiria á entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra, y al otro por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcomene y en Queronea no les merecerian á los Romanos consideracion ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razon, no habiendo nadie á quien se oculte que si entonces Luculo, que no se hallaba lejos, se hubiera prestado á los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habria tenido término aquella guerra y todos se habrian puesto fuera del alcance de infinitos males; pero bien sea que antepusiese á todo bien privado y comun el mantenerse fiel á Sila, ó bien que no quisiese dar oidos á un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un General y amigo suyo; ó bien finalmente que por disposicion superior se hubiera reservado para sí á Mitridates, manteniendo en vida á este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Asi le proporcionó á Mitridates el poder evadirse por mar, y burlarse de todo el poder de Fimbria; y él entonces lo primero que hizo fue batir y destrozar las naves del Rey que se habian aparecido en el promontorio Lecto de la Troade; y despues viendo que Neoptolemo navegaba con mayor aparato por la parte de Tenedos, se adelantó alla él solo, montando una galera Rodia de cinco órdenes, de la que era capitan Demágoras, hombre muy adicto á los Romanos, y muy ejercitado en los combates navales. Movió Neoptolemo con grande ímpetu, y como diese orden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Demágoras

el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolon, no se atrevió á oponérsele de proa, sino que dando prontamente la vuelta, maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fue sin daño alguno, por haber recaido en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en esto los suyos, y dando orden Luculo para que su nave se volviese de frente, despues de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó á huir á los enemigos, y se puso en persecucion de Neoptolemo.

Uniéndose desde alli con Sila en el Quersoneso, cuando ya este se proponia regresar, le proporcionó un viage seguro y trasportes para el ejército. Como despues de hechos los tratados y de retirado Mitridates al Ponto Euxino, hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos, parece que fue para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Luculo, no solamente íntegro y justo, sino tambien afable y benigno. A los de Mitilene que se habian pasado al otro partido, tenia determinado guardarles cierta consideracion, y que fuera suave el castigo por lo que habian hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y venciéndolos en batalla, los encerró dentro de sus murallas. Habíales puesto sitio; pero de dia y muy á su vista navegó para Elea; y volviendo despues sin ser visto ni advirtido, se puso cerca de la ciudad en asechanza; y como los Mitileneos saliesen sin orden y sumamente confiados á apoderarse de un campamento que suponian abandonado, cayendo sobre ellos, hizo prisioneros á la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos, é inmenso el botin que les tomó. Asi detenido en el Asia, por una disposicion al parecer divina, para desempeñar estos encargos,

ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario afligieron entonces á los habitantes de toda la Italia; y sin embargo no mereció á Sila menor aprecio que los demas de sus amigos; antes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus comentarios, y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo; lo que parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de zelos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

Poco despues de la muerte de Sila en la Olimpiada ciento y setenta y seis fue nombrado Cónsul con Marco Cota; y habiendo muchos que trataban de remover la guerra Mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido á Luculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podia ofrecer ocasion para grandes empresas. Mortificábale sobre todo el que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinion, y podia tenerse por cierto que si daba glorioso término á la guerra Española, al punto se le nombraria General contra Mitridates. De aqui es que pidiendo este caudales, y escribiendo que sino se le facilitaban, abandonaria á la España y á Sertorio, pasando á la Italia con todas sus fuerzas, Luculo contribuyó con el mayor empeño á que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaria á su devocion si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Ademas de que Cetego, árbitro entonces del gobierno, no por otra causa sino porque en cuanto hacia y decia no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Luculo, por cuanto este habia desacreditado su conducta cubierta de amores inhonestos, de liviandad, y de toda especie de desórdenes. A este pues le hacia guer-

ra abierta; á Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de Sila, y que estaba dispuesto á turbar todo el orden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambicion manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.

Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia; y siendo muchos los que aspiraban á aquella provincia y que por tanto hacian la corte á Cetego, como que era el que habia de tener el mayor influjo para conferirla, Luculo por la Cilicia misma no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro seria enviado á la guerra contra Mitridates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia; y aun compelido de esta necesidad, pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Habia entonces una tal Precia de nombre, de las mas celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demas se diferenciase mucho de las otras que ejercian su infame profesion. Solia valerse de los que la frecuentaban y tenian trato con ella para los negocios y solicitudes de sus amigos; con lo que añadiendo á las demas dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo cuando logró atraer y tener por su amante á Cetego, que era el de mas nombre y el que todo lo podia en la ciudad, entonces puede decirse que se pasó á ella todo el poder; porque nada se hacia en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola pues Luculo con dádivas y agasajos (ademas de que para una muger vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Lucu-

lo), tuvo ya este á Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni á Precia ni á Cetego, sino que todos á una pusieron en su mano la guerra Mitridática, como que no habia otro que pudiera administrarla mejor: hallándose todavía Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estando ya Metelo para tamaña empresa á causa de su edad, que eran los dos únicos que podia tener Luculo por dignos ribales para aquel mando. Con todo su colega Cota obtuvo á fuerza de instancias del Senado que se le enviara con una escuadra á defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

Luculo, teniendo consigo una legion ya formada, partió con ella al Asia, donde se entregó de las demas tropas que alli existian; las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y ademas las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desorden, habian perdido enteramente la disciplina; porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habian dado muerte á Flaco, Cónsul y General, y los que despues habian puesto á Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque por otra parte buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo Luculo en muy breve tiempo supo contener la insolencia de estos, y traer á los otros al orden; pues segun parece hasta entonces no habian servido bajo el mando de un verdadero General, sino que se les habia lisongeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace á los enemigos, su estado era el siguiente: Mitridates, á la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se habia presentado contra los Romanos con unas tropas endebles en sí, aunque brillantes y de grande pompa á la vista; pero despues de vencido y escarnecido, con este escarmiento cuando hubo

de volver á la lid, ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil: porque removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros, hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, mas propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las lleva, adoptó la espada Romana; entretejió escudos espesos y fuertes; cuidó mas de que los caballos estuvieran ejercitados, que de presentarlos galanos; y de este modo formó en hueste Romana ciento veinte mil infantes y diez y siete mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado; siendo estos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mugeres, sino pertrechadas mas bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibiéndole otra vez con gozo las ciudades; y no solo estas, sino el Asia toda, que habia vuelto á experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exactores y alcabaleros Romanos; á los cuales Luculo echó de alli mas adelante como harpías que devoraban los mantenimientos; aunque por entonces se contentó con procurar hacerlos mas moderados á fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues para decirlo asi, no habia uno que no anduviese agitado y revuelto.

El tiempo que Luculo dedicaba á estos objetos, túvole Cota por ocasion favorable para pelear con Mitridates, á lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Luculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, á fin de que Luculo no participase de él, se apresuró á dar la batalla. Mas derrotado á un mismo tiempo

por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes; encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Luculo su esperanza. Habia quien incitaba á Luculo á que sin hacer cuenta de Cota, fuera mucho mas adelante para tomar el reino de Mitridates mientras estaba indefenso: este era sobre todo el lenguage de los soldados, los cuales se indignaban de que Cota no solo se hubiera perdido á sí mismo por su mal consejo, sino que ademas les fuese á ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arengándoles Luculo, les dijo, que mas queria salvar del poder de los enemigos á un Romano, que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao, General en la Beocia de Mitridates, pero que despues se habia pasado á los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Luculo en el Ponto seria inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no habia de ser él mas tímido que los cazadores, para que teniendo las fieras á la vista se hubiera de ir á perseguir sus madrigueras; y en seguida movió contra Mitridates con treinta mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Puesto ya á vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero presentándosele Mario, General que habia sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitridates, y provocándole, se mantuvo en orden como para dar batalla; y cuando apenas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutacion ninguna visible, se rasgó el aire, y se vió un cuerpo grande inflamado caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante á una tinaja y en su color á la plata candente; lo que puso miedo á unos y á otros, y los separó. Dícese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrias. Luculo, reflexionando que no podia haber prevenciones ni riquezas que bastasen á

mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitridates tenia reunidos, mandó que le trajesen á uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fue cuantos camaradas eran en su tienda; y despues cuantos víveres habia dejado en ella: luego que le respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero &c. Multiplicando luego la cantidad de provisiones por el número de los que las consumian, halló que á los enemigos no les quedaban víveres mas que para tres ó cuatro dias; por lo cual resolvió con mas justa razon ir dando tiempo, y acopió en su campamento cuantos víveres pudo recoger para acechar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos.

En esto Mitridates armó lazos á los de Cicico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia, en la que habian perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Luculo, movió desde la cena una noche oscura y lluviosa, y se apresuró á poner su campamento al mismo rayar el dia enfrente de la ciudad, junto al monte de Adrastia. Habiéndolo llegado á saber Luculo fue en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar desapercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente habia de surtirse de víveres Mitridates. Por tanto comprendiendo ya en su ánimo lo que habia de suceder, no usó de reserva con sus soldados; sino que acabado de establecer el campamento, y fenecidas las obras, los reunió sin dilacion; y arengándoles, les anunció con grande regocijo que en breves dias, sin necesidad de derramar sangre, les daria la victoria. Mitridates poniendo por tierra en derredor de Cicico diez campamentos, y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por

una y otra parte á los habitantes; alentados y resueltos por todo lo demas á sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos; y solamente inquietos por no saber dónde paraba Luculo; y eso que le tenian al frente y bien á la vista; pero los de Mitridates los engañaron: porque mostrándoles á los Romanos que tenian ocupadas las alturas, ¿veis aquellos? les dijeron; pues es el ejército de los Armenios y los Medos, enviado por Tigranes á Mitridates para darle auxilio. Sobrecogiéronse entonces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que aun cuando sobreviniese Luculo le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo Arquelao les envió á Demonacte y este fue el primero que les anunció hallarse á la vista Luculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la habia inventado para no dejarlos sin algun consuelo, llegó oportunamente un joven que estando cautivo habia podido fugarse. Preguntáronle donde estaba Luculo; y él se echó á reir, creyendo que se burlaban; mas cuando vió que iba de veras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo estando la laguna Dascilitide llena de lanchas bastante capaces, hizo Luculo traer una á la orilla, y tirándola despues con un carro hasta el mar, colocó en ella cuantos soldados cupieron; y haciendo estos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que lo entendiesen los enemigos.

Hasta con prodigios fueron los de Cicico alentados por los Dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido entre otros el de que venida la fiesta de Proserpina les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara; pero la vaca sagrada, que se habia criado destinada para la Diosa, y que con los demas ganados de los de Cicico estaba pastando á la parte

de afuera, en aquel mismo dia separándose de la manada se fue corriendo sola á la ciudad, y se presentó por sí misma al sacrificio. Aparecióse asimismo la Diosa entre sueños á Aristágoras, maestro de niños del pueblo, „y yo tambien vengo, le dijo, tra„yendo al flautista Africo contra el trompetero Pon„tico: dí pues á los ciudadanos que tengan ánimo." Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo las máquinas del Rey, obras admirables del tesaliano Nicónidas, arrimadas á los muros, con la agitacion y el ruido anunciaron lo que iba á suceder; y luego dominando un austro de una fuerza increible, en un momento destrozó todas las demas máquinas, y con el sacudimiento hizo tambien pedazos una torre que habia de madera. En Ilio se refiere haber sido Minerva vista por muchos entre sueños cubierta de sudor y rasgado el peplo, diciendo que entonces mismo venia de ayudar á los Cicicenos; y los Ilienses mostraban una columna que contenia los decretos é inscripciones relativas á este asunto.

A Mitridates, mientras que fascinado por sus Generales no echó de ver el hambre que afligia á su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero despues repentinamente decayó de su ambicion y de su orgullo, cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llegaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Luculo no hacia la guerra galanamente y por ostentacion, sino, como dice el proverbio, encaminándola al vientre y poniendo el mayor esmero en que por ninguna via pudieran llegarles víveres. Hallábase este ocupado en sitiar una fortaleza; y como se apresurase Mitridates á aprovechar la ocasion, y enviase á la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegán-

dolo á entender Luculo, regresó en aquella misma noche al campamento; y á la mañana, sin embargo de hacer muy mal dia, llevando consigo diez cohortes y la caballería se puso en su persecucion, mojándose, y con gran incomodidad, tanto que muchos de los soldados cediendo al frio se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó á los enemigos á las inmediaciones del rio Rundaco, y causó en ellos tal destrozo, que las mugeres que habian acudido de Apolonia saquearon el bagage, y despojaron á los muertos. Siendo estos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos é innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y á todos estos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo menos de maravillarme de que diga Salustio que entonces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya antes los habian de haber visto los que con Escipion vencieron á Antioco, y los que recientemente habian combatido con Arquelao junto á Orcomene y Queronea. Teniendo ademas Mitridates determinado huir con precipitacion, procuraba poner á Luculo estorbos y dilaciones á la espalda; para lo que despachó al capitan de navío Aristonico al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse á la vela se apoderó de él Luculo, y de diez mil aureos[1] que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército Romano. En tanto Mitridates huyó hácia el mar, y los Generales conducian el ejército; mas sorprendiólos tambien Luculo junto al rio Granico, y cautivó á la mayor parte, habiendo dado muerte á unos veinte mil. Dícese pues que de tantos millares de hombres como habian venido, asi de los de guerra como de las demas clases fue

1 El aureo Romano era la cuarta parte de una onza de oro.

ron muy cerca de trescientos mil los que perecieron.

Luculo lo primero que hizo fue dirigirse á Cicico, donde gozó del placer y buen recibimiento que era consiguiente; y despues para reforzar su armada recorrió el Helesponto. Llegado á la Troade, se albergó en el templo de Vénus, y aquella noche despues de recogido le pareció tener presente á la Diosa, y que le decia:

Iracundo Leon, ¿tú estas dormido
Cuando tan cerca tienes á los ciervos?

Levantándose pues y convocando á sus amigos todavia de noche, les refirió su ensueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilio dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hácia el puerto de los Griegos que se encaminaban á Lemnos. Hízose sin dilacion al mar y las tomó, dando muerte á Isidoro su comandante; y en seguida fue en persecucion de los demas gefes. Hallábanse sus naves ancladas, y remolcándolas hácia tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño á las de Luculo, porque el lugar no permitia envolver á las de los enemigos, ni tampoco combatirlas de cerca con naves á flote, mientras que estas estaban pegadas á tierra y bien aseguradas. Con todo por la única parte de la isla por donde habia paso, aunque dificil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales cayendo por la espalda sobre los enemigos, á unos les dieron muerte, y á otros los precisaron á picar cables para huir de la tierra; pero chocando unas naves con otras, vinieron á meterse entre las de Luculo: asi fueron muchos los que perecieron; y con los cautivos fue traido uno de los Generales de Sertorio llamado Mario. Era tuerto, y se habia dado desde luego la orden á los que navegaban al mando de Luculo de que no quitaran la vida á ningun tuerto, á fin de que recibiera una muerte llena de ignominia y afrenta.

Desembarazado de este incidente, se apresuró á ir en persecucion del mismo Mitridates: porque esperaba encontrarlo en la Bitinia detenido por Boconio, á quien él habia enviado hácia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Boconio se habia retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios; y á Mitridates, que navegaba con su armada, y se daba priesa por llegar al Ponto antes que volviese Luculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron, y otras se le fueron á pique. Toda la costa se vió por muchos dias cubierta de despojos de naves arrojadas á la orilla por las olas; y como el trasporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traido á tierra por los pilotos á causa de la gran borrasca, y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguantar en el mar por ser muy pesado y hacer agua, trasladándose á un buque de los de corso, y poniendo su persona á merced de los piratas, por un modo increible y extraño, aportó salvo á Heraclea del Ponto. No le salió pues mal á Luculo la jactancia de que usó ante el Senado: porque habiendo decretado este que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso á ello, mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaria del mar á Mitridates con solas las naves de los aliados; lo que asi cumplió con el auxilio de los Dioses: porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Diana Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imagen.

Aconsejaban muchos á Luculo que dilatase la guerra; pero no dándoles oidos, marchó por la Bitinia y la Galacia hácia la tierra del Rey; tan desprovisto al principio de víveres que le seguian treinta mil Gálatas, llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante, y apoderándose de

todo el terreno, llegó á ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por una dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demas botin en ningun precio, unos lo abandonaban y otros lo destruian; pues no podia haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el pais hasta Tesmiciras y las regiones del Termodonte, culpaban á Luculo de que se le iban entregando las ciudades; y no tomando ninguna á viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo: »porque ahora, decian, haciéndonos pasar de largo de »Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande »obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos con»duce á los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos »á hacer la guerra á Mitridates." Pero en estas cosas no hacia alto Luculo ni le merecian atencion, porque no creia que los soldados se propasasen al extremo de locura que despues se vió; y solo daba razon de su conducta á los que le acusaban de morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideracion, dejando que entre tanto se acrecentara el poder de Mitridates. »Juntamente, les decia, es esto lo que yo quiero, y de »intento me detengo en este pais dando lugar á que »aquel se engrandezca de nuevo, y reuna una fuerza »respetable, para que asi aguarde y no huya á nues»tra llegada. ¿Acaso no veis como ha dejado en pos »de sí sin vestigio ninguno, unos vastísimos desier»tos? Pues ya cerca de aqui está el Cáucaso y otros »muchos montes espesísimos, capaces de contener y »ocultar millares de Reyes que hagan la guerra de »montaña. De los Cabiros son bien pocas las jorna»das que hay hasta la Armenia, y en esta tiene su »residencia Tigranes, Rey de reyes, con tan po»derosas fuerzas, que con ellas repele á los Partos »del Asia, traslada ciudades griegas á la Media,

» y se deshace de los reyes que vienen de Seleuco, » llevándose robadas sus hijas y sus mugeres. Pues » con este tiene deudo Mitridates, como que es su » yerno: por tanto no es de creer que si le suplica, » lo abandone; sino que nos moverá guerra; y si nos » empeñamos en perseguir á Mitridates, corre peli- » gro que traigamos sobre nosotros á Tigranes, que » ya hace tiempo anda buscando motivos, y apro- » vechará este que se le presenta de verse en la pre- » cision de auxiliar á uno que es Rey y su pariente. » ¿Pues porque hemos de ser nosotros los que lo » preparemos y los que enseñemos á Mitridates, que » no lo advierte, quiénes son aquellos con quienes ha » de venir á combatirnos? ¿Por qué cuando él no » piensa en ello le hemos de precisar á echarse en » brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos » tiempo para que se robustezca y refuerce con los » suyos, viniéndonos á hacer la guerra con los Col- » cos, Tibarenos y Capadocios, á quienes hemos » vencido muchas veces, que no con los Medos y los » Armenios?"

Discurriendo de esta manera Luculo, se detuvo á la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y despues de pasado el invierno, dejando á Murena para continuar aquel, marchó contra Mitridates, que se habia situado en los Cabiros, y pensaba ser ya superior á los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenia su confianza: pasando pues el rio Lico, provocaba á los Romanos á descender á la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que estos dieron á huir, habiendo quedado prisionero, á causa de hallarse herido, Pomponio, varon muy principal, que fue llevado ante Mitridates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el Rey, si dejándole ir salvo seria su amigo, sí, le respondió, como

hagas la paz con los Romanos; pero sino, enemigo; de lo que admirado Mitridates, ningun daño le hizo. Llegó Luculo á temer del terreno llano, por ser los enemigos superiores en caballería; y repugnando marchar por las alturas, á causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente aspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir á refugiarse en una cueva; y el mas anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió á Luculo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una forteleza puesta precisamente encima de los Cabiros. Dióle crédito Luculo y á la noche movió despues de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto, apareciéndose á la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocando su ejército en un sitio que si queria pelear, le daba facilidad para ello; y sino queria, le ponia á cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entonces en ánimo de venir á las manos; pero se dice que yendo los del Rey en persecucion de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea acudiendo continuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del Rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los suyos, llenos de pesar, corrieron á dar parte á Luculo rogándole que los condugese y que los formase para batalla. Mas él queriendo hacerles ver de cuanta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un General prudente, dándoles orden de que esperaran sin moverse, bajó á la llanura, y puesto ante los primeros que huian, les mandó detenerse y volver con él. Obedeciéronle y deteniéndose asimismo é incorporándoseles los demas, con muy poco trabajo rechazaron á los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta im-

puso Luculo á los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cabar con las túnicas desceñidas un foso de doce pies á la vista y presencia de todos sus camaradas.

Habia en el ejército de Mitridates un hombre de grande autoridad llamado Oltaco, perteneciente á la nacion bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto á la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinacion; prudente y avisado en los negocios árduos, y ademas afable y complaciente en su trato. Como tuviese pues competencia y emulacion de privanza con otro de su misma gente, ofreció á Mitridates un servicio señalado, cual era el de dar muerte á Luculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos; donde fue de Luculo benignamente recibido, porque habia de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquel con su diligencia y su esmero, continuamente lo tenia á su mesa y se valia de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasion, mandó á sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del mediodia en que los soldados descansaban y hacian siesta, se dirigió á la tienda del General, bien persuadido de que nadie estorvaria el paso á un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fue sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podia desearle, si el sueño, que á tantos Generales ha perdido, no hubiera salvado á Luculo: porque casualmente estaba durmiendo: y Menedemo, uno de los que hacian la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció á Oltaco que llegaba á mal tiempo, pues hacia muy poco que Luculo, despues de tantas vigilias y

trabajos se habia entregado al descanso; y como no se retirase á su orden, sino que dijese serle forzoso entrar porque queria hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada habia mas urgente que salvar á Luculo, le echó de alli á empujones. Entró con esto en miedo y saliendo del campamento, montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitridates, sin poner por obra su designio: ¡tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no menos en los negocios, que en los medicamentos!

Fue despues de esto enviado Sornacio con diez cohortes á hacer acopio de víveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los Generales del Rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó á los enemigos causándoles grandísimo daño. Mandóse de alli á poco con el mismo objeto á Adriano, llevando á su disposicion bastantes fuerzas, para que pudiera hacer abundante provision; y Mitridates, que no dejó de entenderlo, envió á Menemaco y á Miron comandantes de considerable número de infantes y caballos; y á excepcion de dos, todos, segun se dice, fueron muertos por los Romanos: pérdida que procuró ocultar Mitridates, dando á entender que no habia sido de tanta entidad, sino ligera y debida á la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento, y en los soldados temor y confusion. Determinóse por tanto no aguardar alli mas tiempo; y los de la familia del Rey se adelantaron á querer enviar cómodamente sus efectos y equipages, impidiéndoselo á los demas; pero inquietos estos los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipages dándoles á ellos muerte. Alli el General Dorialo, que no tenia sobre sí otra cosa de algun precio que la púrpura, pereció por qui-

társela; y el sacrificador Hermao fue pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitridates, no habiéndole quedado ni sirviente, ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y solo habiéndole visto al cabo de tiempo, cuando asi era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos llamado Tolomeo, que tenia caballo, echó pie á tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzaban siguiéndole de cerca; y por la priesa no habrian dejado de cautivarle, yendo ya casi á echarle mano; sino que la codicia y el ansia propia de soldados, quitó á los Romanos una presa tras la que andaban largo tiempo habia, sufriendo por ella muchos combates y peligros; y á Luculo le privó del verdadero premio de su victoria; pues cuando ya tenian á la vista y estaban para llegar al caballo que le conducia, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, ó porque el Rey de intento la pusiese delante á los que le perseguian, ó porque la casualidad lo hiciese, detenidos á saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fue este solo el daño que en aquella ocasion se originó á Luculo de la avaricia de los soldados; sino que habiendo sido apresado el secretario íntimo del Rey, Calistrato, les dió orden de que se le llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenia en el ceñidor quinientos aureos, le quitaron la vida; y aun tuvo sinembargo que condescender con que saquearan el campamento.

Tomó los Cabiros y otras muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros, y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real; á los que teniéndose por muertos, la magnanimidad de Luculo no les dió solo salud, sino resurreccion en cierta manera y un segun-

do nacimiento. Fue al mismo tiempo cautivada Nisa hermana de Mitridates, habiendo estado su salvacion en su cautiverio; pues las otras hermanas, y las mugeres que parecia estar mas distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, enviando Mitridates contra ellas desde su fuga al eunuco Baquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del Rey, Rojana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años; y dos de sus mugeres, Jonias de origen, Berenice de Quio y Monima de Mileto. Era grande la fama de esta entre los Griegos, porque solicitándola el Rey y enviándole de regalo quince mil aureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales, y remitiéndole este la diadema, la declaró Reina. Habia sin embargo pasado su vida en grande amargura; y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le habia ganado un déspota; y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada lejos de la Grecia, los bienes esperados no eran mas que un sueño; y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado pues Baquides, como les intimase la orden de morir del modo que á cada una le pareciese mas facil y menos doloroso, quitándose la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmendiatamente; ¡maldito arrapiezo, dijo, que ni siquiera para esto me has valido! y despues de haberla escupido y arrojádola al suelo, alargó el cuello á Baquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fue bastante para el cuerpo mas flaco; pero no acabó con Berenice que para su constitucion no habia bebido bastante, y como luchase largo rato con las ansias de la muerte, tomó Baquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la

una bebió el veneno despues de haber proferido mil imprecaciomes y dicterios; y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdigese de su origen; sino que mas bien elogió á su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las habia olvidado y antes habia cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afrentas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto á Luculo que era de humana y benigna condicion.

Continuando en la persecucion llegó hasta Talauros; pero llevándole cuatro dias de ventaja Mitridates, que se retiraba á la Armenia, acogiéndose á Tigranes, hubo de retroceder; y habiendo vencido á los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor; sometió otras fortalezas y ciudades, y enviando á Apio en legacion á Tigranes para reclamar á Mitridates, se encaminó á Amiso que todavía permanecia cercada. Era la causa de esta dilacion el General Calimaco, que con sus conocimientos en la maquinaria y con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender á los Romanos, de lo que mas adelante tuvo su merecido. Por entonces burlado á su vez por Luculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar, dió repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande de la muralla, salio de la ciudad poniéndole fuego: bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, ó bien con la de facilitar mas su fuga; pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se veia discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Luculo lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio, y exhortaba á que le apagasen; pero de nadie era escuchado, porque todos estaban entregados á buscar en que cebar la codicia, y agitaban las armas con

grande vocería; tanto que violentado de este modo, hubo de condescender con su deseo por si asi libertaria á la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues mientras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las mas de las casas: de manera que entrando Luculo á la mañana siguiente, se echó á llorar, hablando asi á sus amigos: » muchas veces consideré » la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principal- » mente admiro su buena dicha: pues que queriendo » salvar á Atenas, fue bastante poderoso para con- » seguirlo; y yo cuando deseaba aqui imitarle, algun » mal Genio me ha hecho incurrir en la mala opi- » nion de Mumio." Esforzóse sin embargo á reparar la ciudad de aquella calamidad; y por decontado por un feliz acaso una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada, apagó el incendio; y él sin salir de alli reedificó el mayor número de casas arruinadas; dió acogida á los Amisenos que habian huido, y establecimiento á los demas Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento y veinte estadios. Era esta ciudad colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y aun por esto muchos, huyendo de la tiranía de Aristion, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que por evitar los males propios tuvieron que sufrir los agenos. De estos pues á los que quedaron salvos los vistió Luculo decentemente, y dando á cada uno doscientas dracmas, los restituyó á su casa. Fue tambien cautivado en aquella ocasion Tiranion el gramático: pidióle Murena; y habiéndole sido entregado, le dió libertad, usando iliberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Luculo que un hombre, codiciado por su saber, fuese hecho esclavo primero y despues libre: porque realmente aquel

no fue acto de darle la libertad, sino de quitársela. Bien que no es esta la única vez en que Murena se mostró muy distante de la delicadeza y pundonor de su General.

Dirigióse entonces Luculo á las ciudades del Asia, para hacer, mientras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes: beneficios de los que los increibles é inexplicables infortunios pasados habian privado por largo tiempo á la provincia; siendo saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducian á los naturales al extremo de vender en particular los hijos de buena figura y las hijas doncellas; y en comun las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas; y ellos al fin venian á sufrir la suerte de ser entregados por esclavos á los acreedores. Y lo que á esto precedia, los pies de amigo, los encierros, los potros, las estancias á la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frio, entre el barro y el yelo, era todavía mas duro é insoportable; de manera que la esclavitud en su comparacion era paz y alivio de miserias. Observando pues Luculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos á los que los experimentaban: porque en primer lugar mandó que ninguna usura pasase del uno por ciento; en segundo dió por acabadas las que habian llegado á exceder el capital; y en tercero, que fue lo mas importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor; y á aquel que incorporaba las usuras con el principal, lo privó del todo: de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos, y las posesiones quedaron libres á sus dueños. Eran estas deudas públicas, y provenian de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia: el duplo pues de esta cantidad fue el que se pagó á los acreedores, que con las usuras la habian ya hecho subir

á la suma de ciento veinte mil talentos. Estos pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra Luculo, y con dinero concitaron contra él á muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenian á su devocion á muchos de los que mandaban; pero con todo Luculo no solamente se ganó el amor de los pueblos á quienes hizo beneficios, sino que era deseado de las demas provincias, que tenian por felices á aquellas á quienes habia cabido la suerte de tal gobernador.

Apio Claudio, el enviado en legacion á Tigranes, que era hermano de la muger con quien entonces estaba casado Luculo, al principio fue de los guias del Rey conducido por la tierra alta, siguiendo un camino de muchos dias, que hacia grandes y no necesarios rodeos, hasta que mostrándole uno de sus libertos, Siro de nacion, otro camino derecho, se apartó de aquel primero largo y torcido, despidiendo á los conductores regios; con lo que en breves dias se puso al otro lado del Eufrates, y llegó á Antioquia la de Dafne. Mandósele que esperara á Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia; y él en tanto ganó á algunos de los grandes, que de mala gana obedecian á un Armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, Rey de la Gordiena; y á muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensageros, les ofreció el auxilio de Luculo, encargándoles que por entonces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque á los Griegos no era tolerable, sino mas bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y sobre todo el del Rey, cuyo orgullo y altanería no tenia límites, pareciéndole que todo cuanto bueno apetecen y admiran los hombres, ó dimanaba de él, ó por consideracion suya lo disfrutaban: pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y

de ningun momento, habia sujetado muchas gentes, habia humillado mas que otro alguno el poder de los Persas, y habia llenado de Griegos la Mesopotamia, sacando desterrados á muchos, ora de la Cilicia y ora de la Capadocia. Movió tambien de sus asientos á los Arabes Escenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los Reyes que le servian eran muchos; y á cuatro los tenia siempre cerca de sí como pages ó escuderos; los cuales cuando iba á caballo corrian á su lado á pie con solas las túnicas; y cuando se sentaba á dar audiencia, se colocaban junto á su trono, teniendo plegadas una con otra las manos: postura que entre todas parece ser la mas característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad, y se muestran mas dispuestos á sufrir, que á obrar. Mas á Apio nada le impuso, ni le causó admiracion aquella ostentacion teatral, sino que apenas fue admitido á la audiencia, le dijo sin rodeos que el objeto de sumision era reclamar á Mitridates debido á los triunfos de Luculo, ó intimar á Tigranes la guerra: de manera que por mas que este afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oir el mensage, todos echaron de ver que le habia inmutado el desenfado de aquel joven; quizá porque no habia escuchado otra palabra libre en veinte y cinco años, pues otros tantos llevaba de reinar, ó mas bien de tiranizar y oprimir. Respondióle pues que no entregaba á Mitridates, y se defenderia de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Luculo porque en la carta le llamó Rey solamente, y no Rey de reyes, en la respuesta no le dió tampoco el título de Emperador. Envió sin embargo á Apio presentes de gran valor; y como no los recibiese, le envió todavia otros mayores; de los cuales Apio, porque no pareciese que por enemistad los desdeñaba, tomó solamente una

taza, volviéndole los demas, y á toda priesa partió en busca del General.

Tigranes al principio ni siquiera se dignó de ver á Mitridates, ni de admitirle á su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino; sino que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un pais pantanoso y mal sano; pero entonces le envió á llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio de los zelos y sospechas que mutuamente se habian dado el uno al otro, se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles á estos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varon elocuente, de grande instruccion, y que habia llegado á tal grado de amistad, que comunmente se le daba el nombre de padre del Rey; y habiendo sido á lo que parece enviado de Embajador por Mitridates para rogar á Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle este: ¿y tú, Metrodoro, qué es lo que en este punto me aconsejas? y entonces él, bien fuera porque solo atendiese al bien de Tigranes, ó bien porque no desease que Mitridates saliese á salvo, le respondió que como Embajador se lo rogaba, y como su consejero se lo disuadia. Refirióselo Tigranes á Mitridates en el concepto de que no le vendria mal á Metrodoro; pero él al punto le dió muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro: pues realmente no hizo mas que dar nuevo calor á la displicencia y encono con que ya le miraba Mitridates; lo que mas claramente se descubrió cuando ocupados sus papeles reservados, se halló en ellos la orden de hacer perecer á Metrodoro. Dió Tigranes honorífica sepultura á su cadaver, no excusando gasto alguno para con un muerto, á quien vivo habia hecho una traicion. Murió tambien en la corte de Tigranes el orador Anficrates; de quien si

hacemos memoria, es solo por consideracion á Atenas. Dicese pues de él que huyó á Seleucia del Tigris, donde habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiendo que un delfin no cabe en un plato; que habiendo pasado de alli al palacio de Cleopatra, hija de Mitridates y muger de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida; y finalmente que Cleopatra le sepultó con magnificencia, estando enterrado en Safa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

Luculo si procuró dar á las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia, y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo; sino que deteniéndose en Efeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiatores; y ellas en justo retorno celebraron juegos, que llamaron Luculeyos, y le correspondieron con un amor verdadero, mas satisfactorio que aquella honra. Mas luego que llegado Apio se enteró de que habia que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio á Sinope, ó por mejor decir á los Ciliceños súbditos del Rey, que entonces la ocupaban; los cuales dando muerte á muchos sinopenses, y poniendo fuego á la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Luculo luego que lo supo y á unos ocho mil que habian quedado, los pasó al filo de la espada; adjudicando las casas á los demas que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, á causa principalmente de una vision que tuvo, y fue en esta forma. Parecióle entre sueños que se le ponia uno al lado y le gritaba: adelanta, Luculo, un poco, porque viene Autolico que tiene que tratar contigo. Levantándose pues, no supo á qué referir aquella apa-

ricion, ni qué significaba; pero tomando la ciudad en aquel mimo dia, cuando perseguia á los Ciliceños que se embarcaban, vió en la ribera una estatua tendida en el suelo que los Ciliceños con la priesa no pudieron llevarse. Era una de las obras mas primorosas de Estenidas; y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autolico, fundador de Sinope. Dícese de este Autolico que fue hijo de Deimaco, y con Hércules partió de la Tesalia á hacer la guerra á las Amazonas; que navegando de alli despues con Demoleonte y Flogio, perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso, llamado Pedalio; y que habiendo llegado salvo á Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató á los Siros la ciudad: pues la poseyeron, segun se dice, los Siros descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asopide: oida la cual relacion, no pudo menos Luculo de traer á la memoria la advertencia de Sila; quien previene en sus comentarios que nada tenia por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oir alli que Mitridates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Licaonia y la Cilicia para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de aquel Armenio, que si pensaba en hacer frente á los Romanos, no se valió para la guerra de Mitridates todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de este en los dias de su prosperidad; y ahora cuando habia dejado que fuese arruinado y deshecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podian volver en sí.

En esto Macares, hijo de Mitridates, que ocupaba el Bósforo, le envió una corona de valor de mil aureos, pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos; y entonces dando ya por fenecida la primera guerra, dejó á Sornacio en custodia de la region del Ponto con seis mil soldados; y él, con-

duciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió á la segunda guerra, pareciendo que con un arrojo extraño, y en el que no entraba por nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas, entre muchos millares de caballos, y á un pais de interminable extension, circundado de rios profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve: tanto que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguian con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Luculo pasaba de una guerra á otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mando, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas estos con el tiempo al cabo se salieron con su propósito. Luculo en tanto caminó á marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia, tuvo sumo disgusto por la detencion que habia de causarle en reunir barcos y construir lanchas; pero habiendo empezado por la tarde á ceder la inundacion y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el rio se mostró muy recogido. Los del pais, advirtiendo en medio del álveo unas isletas, y que la corriente se detenia plácidamente en ellas, se postraban ante Luculo, porque aquello no habia sucedido antes sino muy pocas veces, y porque el rio se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y facil. Aprovechando pues la ocasion, pasó el ejército; y en el acto mismo de pasar tuvo una señal muy fausta. Críanse vacas sagradas de Diana Pérsica, que es la Diosa de mayor veneracion para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios: por lo demas yerran libres por los pastos, llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa facil ni de pequeño trabajo el echarles mano.

Una de estas, encaminándose mientras el ejército pasaba á una peña consagrada segun se cree á la Diosa, se paró en ella; y bajando la cabeza como las que son tiradas con cuerda, se ofreció asi á Luculo para que la sacrificase; y hecho, sacrificó tambien un toro al Eufrates en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel dia; pero al otro y demas siguientes continuó su marcha por la Sofena, sin causar perjuicio á los habitantes, que saliéndole al encuentro, hacian muy buena acogida al ejército; y aun queriendo los soldados ocupar un fuerte en que á su entender habia grandes riquezas: » aquel, les dijo, es el » fuerte de que nos hemos de apoderar, mostrándo» les el monte Tauro á lo lejos, que este otro reser» vado queda á los vencedores;" y apresurando aun mas la marcha, pasó el Tigris, y entró en la Armenia.

Tigranes al primero que le anunció la venida de Luculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza; con lo que ninguno otro volvió á hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el lenguage de la lisonja, que le decia que aun se mostraria Luculo insigne General si aguardaba en Efeso á Tigranes, y no daba á huir inmediatamente del Asia al ver tantos millares de hombres. Asi, al modo que no es para cualquiera cuerpo el aguantar la inmoderada bebida, en la propia forma no es de cualquiera juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo el primero de sus amigos que se atrevió á decirle la verdad fue Mitrobarzanes; el cual no alcanzó tampoco el mas envidiable premio de su sinceridad: porque al punto se le mandó contra Luculo con tres mil caballos y mucha infantería, llevando la orden de traer vivo al General, y de deshacerse á puntillazos de todos los demas. El ejército de Luculo, parte se hallaba ya acampado, y parte estaba todavía en mar-

cha: anunciándole pues sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de orden. Quedóse por tanto disponiendo el campamento; y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos, y con pocos mas entre infantería y tropas ligeras, dándole orden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer alli alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien queria atenerse á la orden; pero no pudo menos de venir á las manos, precisado de Mitrobarzanes que le cargó con el mayor arrojo. Trabado el combate, Mitrobarzanes murió peleando; y dando á huir los demas, perecieron asimismo todos á excepcion de muy pocos. Tigranes á consecuencia de este suceso, abandonó á Tigranocerta, ciudad populosa, fundada por él mismo; y se retiró al monte Tauro para reunir alli grandes fuerzas de todas partes. Mas Luculo no queriendo dar tiempo á estas disposiciones, envió á Murena para dispersar y cortar á los que trataban de unirse con Tigranes; y á Sextilio para contener una gran muchedumbre de Arabes que se encaminaban tambien al campo del Rey; y á un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Arabes cuando iban á acamparse, acabó con la mayor parte de ellos; y Murena yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes pues huyó, abandonando todo aquel aparato; y de los Armenios muchos murieron, y otros en mayor número quedaron cautivos.

Sucediéndole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en rededor, le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia; muchos bárbaros que habian tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, á los que arruinando sus patrias, y arrancándolos de ellas, los

habia obligado á fijar alli su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al Rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podria desentenderse, sino que con el enojo acudiria á dar batalla contra lo que tenia meditado; y ciertamente no se engañó. Retraiale sin embargo con empeño Mitridates, enviándole mensageros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los víveres con su numerosa caballería, y rogábale tambien encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas Romanas. Y al principio los escuchó benignamente; pero despues que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos; que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo á los Medos y Abiabenos; que vinieron muchos Arabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio é Iberos incorporados con los Albaneses; y que concurrieron no pocos de los que sin ser de nadie regidos apacientan sus ganados en las orillas del Araxes, atraidos con halagos y con presentes: entonces ya en los banquetes del Rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; habiendo estado Taxiles muy á pique de perecer por haber hecho alguna oposicion á la resolucion de pelear; y aun se entró en sospechas de que Mitridates por envidia se oponia á aquella brillante victoria. Asi es que Tigranes no le aguardó para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, segun se dice, con sus amigos, de que aquel combate hubiera de ser con solo Luculo y no con todos los Generales Romanos que se hallasen alli juntos. Y en

verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y reyes como le seguian, tan numerosa infantería, y tantas millaradas de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil, soldados de á caballo cincuenta y cinco mil, y de estos diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, segun lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes, y ya de los que componian la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, azequieros, leñadores y sirvientes para todos los demas ministerios treinta y cinco mil; los cuales formando á espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir á la visualidad y á la fuerza.

Cuando pasado el Tauro llegaron á descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que habia dentro de la ciudad, recibió su aparecimiento con grande alboroto y gritería; y con amenazas mostraba á los Romanos desde la muralla las tropas Armenias. Púsose Luculo á deliberar sobre el partido que deberia tomarse; y unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio, otros que no dejara á la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; mas él, diciéndoles que separados ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando á Murena con seis mil hombres para continuar el asedio; y él tomando el resto, que eran veinte y cuatro cohortes con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al rio en una gran llanura, se mostró á Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban; otros echaban suertes sobre los despojos; y cada uno de aquellos reyes y Generales presentan-

dose á Tigranes le rogaba que aquel negocio lo dejara á él solo, contentándose con ser espectador. Quiso tambien este hacer del gracioso y burlon, pronunciando aquel dicho ya tan vulgar: para embajadores son muchos, para soldados muy pocos: asi estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado: el de los enemigos se hallaba al oriente del rio. Daba alli este un rodeo hacia poniente, y era por aquella parte por donde podia pasarse mejor: asi conduciendo apresuradamente sus tropas en direccion opuesta, se le figuró á Tigranes que huia, y llamando á Taxiles le dijo, riendo á carcajadas: ¿no ves como huye esa invicta infantería Romana? y entonces Taxiles: ¡ojalá hiciera vuestro buen Genio, ó Rey, ese milagro! pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos como ahora, quitando sus fundas á las armas; sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos. Decia esto Taxiles cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, habia dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el rio; y entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos ó tres veces: ¿es posible que vienen contra nosotros? de manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro, y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que á vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Luculo se disponia á pasar el rio, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debia guardarse de aquel dia, por ser uno de los nefastos, á los que llaman negros: por cuanto en él habia perecido el ejército de Cepion en lid con los Cimbros; pero él les dió aquella tan celebrada res-

puesta: pues yo haré este dia afortunado para los Romanos: era el que precedia á las nonas de octubre.

Dicho esto y mandando tener buen ánimo, pasó el rio, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde alli la espada desenvainada, como que tenia que apresurarse á venir á las manos con hombres hechos á pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadizas con la celeridad de la acometida; y viendo á la caballería de coraceros con que se hacia tanto ruido, defendida de un collado, cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que seria de cuatro estadios, no era dificil ni tenia cortaduras, dió orden á los soldados de caballería Tracios y Gálatas que tenia á su mandado, de que acometiéndoles en oblicuo desviaran con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes; no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, á causa de la pesadez é inflexibilidad de su armadura con la que parecian aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero á pie, armado y decidido á batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio mas eminente, vencimos, exclamó en voz alta, vencimos camaradas; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que tirándolas al suelo hirieran á los enemigos en las piernas y los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevencion, porque no aguardaron la llegada de los Romanos; sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron á huir con la mas vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos con sus pesadas armaduras cayeron sobre su

misma infantería antes que esta hubiese entrado en accion: de modo que sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres; y si fue grande la matanza en los que huian, aun fue mayor en los que querian y no podian huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formacion. Tigranes, dando á correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que á su hijo le cabia la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra via se salvara como pudiese. No se atrevió aquel joven á ceñirse con ella las sienes; sino que la dió á guardar á uno de los mancebos de quien mas se fiaba; y como despues este por desgracia cayese cautivo, entre los demas que lo fueron lo fue tambien la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron mas de cien mil hombres, y de los de á caballo se salvaron muy pocos: los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antioco el filósofo, haciendo mencion de esta batalla en su obra sobre los Dioses, dice que el sol no vió otra semejante; Estrabon, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reian de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habian sido tan inferiores en número á los enemigos ;porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los Generales Romanos los mas inteligentes, y que en mas acciones se habian hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido á los reyes mas poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilacion: porque á Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza; y á Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento: siendo

muy pocos los Generales que como él hayan tenido una precaucion activa y un arrojo seguro.

Por esto mismo Mitridates no se halló en la batalla: pues pensando que Luculo hacia la guerra con su acostumbrado sosiego y detencion, caminaba muy despacio á unirse con Tigranes; y desde luego encontrándose en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente dando indicios de miedo, conjeturó lo sucedido; pero despues tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió á buscar á Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y lejos de añadirle afliccion, echó pie á tierra, y llorando las comunes desgracias, le cedió la familia que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro: asi mas adelante volvieron á juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta los Griegos se sublevaron contra los bárbaros, y trataban de abrir las puertas á Luculo, que aprovechando tan oportuna ocasion, tomó la ciudad. Apoderóse de los tesoros del Rey que en ella habia; pero entregó al saqueo de los soldados la ciudad misma; en la que sin la demas riqueza se encontraron ocho mil talentos en moneda acuñada; y sobre todo esto aun distribuyó del botin ochocientas dracmas á cada soldado. Habiéndosele dado cuenta de haberse cogido muchos farsantes y profesores de las artes de Baco, que Tigranes recogia por todas partes con el objeto de abrir un teatro que habia construido, se valió de ellos para los combates y juegos con que celebró su victoria. A los Griegos los remitió á su respectiva patria socorriéndolos con algun viático; y otro tanto ejecutó con los bárbaros, á quienes se habia obligado á emigrar; de lo que resultó que deshecha una ciudad, se repoblaron muchas, volviendo á recibir sus antiguos habitantes: beneficio por el que veneraron á Luculo como á su favorecedor y bienhechor. Sucedian tambien prósperamente todas las demas co-

sas á este insigne varon, que apetecia mas las alabanzas dadas á la justicia y á la humanidad, que no las que se tributaban á sus triunfos militares: porque en estos tiene no pequeña parte el ejército, y la mayor es de la fortuna; cuando los otros hechos son pruebas de un ánimo benigno y bien educado; con cuyo medio iba Luculo conquistando á los bárbaros sin armas. Porque los reyes de los Arabes vinieron á buscarle, haciéndole entrega de sus cosas; la nacion de los Sofenos se hizo de su partido; y la de los Gordianos llegó hasta el punto de querer abandonar sus ciudades y seguirle con sus mugeres con este motivo: Zarbieno, Rey de los Gordianos, trató secretamente con Luculo por medio de Apio, segun que ya digimos, de hacer alianza con los Romanos, no pudiendo sufrir la tiranía de Tigranes; pero habiendo sido denunciado, perdió la vida, y juntamente sus hijos y su muger, antes que aquellos penetrasen en la Armenia. No los echó pues Luculo en olvido; sino que pasando al pais de los Gordianos, celebró las exequias de Zarbieno, y adornando la pira con aparato regio en ropas y en oro, con otras preseas de los despojos de Tigranes, él mismo le prendió fuego, é infundió en ella las libaciones con los deudos y familiares del difunto, apellidándole amigo suyo y aliado de los Romanos. Dispuso tambien que á toda costa se le levantara un suntuoso y magnífico monumento; habiéndose encontrado muchas preciosidades y oro y plata en los palacios de Zarbieno; en los que habia ademas trescientas mil fanegas de trigo, de lo que se aprovecharon los soldados; y Luculo tuvo la gloria de que sin tomar ni una dracma del erario público, con la misma guerra sostenia los gastos de ella.

Alli tambien recibió embajada del Rey de los Partos, implorando su amistad y alianza, cosa muy grata á Luculo; quien á su vez envió otra embajada

al Parto; pero los mensageros le descubrieron que este queria estar á dos haces, y que secretamente pedia á Tigranes la Mesopotamia por precio de sus socorros. Luego que lo entendió Luculo, resolvió dejar por entonces á un lado á Tigranes y Mitridates como ribales ya humillados, y probar sus fuerzas con las de los Partos, marchando contra ellos: teniendo á gran gloria con el ímpetu de una sola guerra postrar uno tras otro, como un atleta, á tres reyes, y salir invicto y triunfante de los tres mas poderosos caudillos que habia debajo del sol. Envió pues cartas á Sornacio, que quedó en el Ponto, mandándole traer aquellas tropas para mover de la Gordiena; pero aquellos gefes que ya antes habian hecho alguna experiencia de la indocilidad é inobediencia de los soldados, entonces recibieron pruebas de su absoluta insubordinacion; pues no pudieron encontrar medio alguno, ni de blandura ni de violencia para hacerles marchar, y antes les gritaron y protestaron que ni alli querian permanecer, sino irse á casa, dejando aquel punto abandonado. Traidas á Luculo estas noticias, hasta los soldados que alli tenia le corrompieron; los cuales se habian vuelto con la riqueza perezosos y delicados para la guerra, clamando por el descanso; pues luego que el desenfado de los otros llegó á sus oidos, decian que aquellos eran hombres, y que era preciso imitarlos, habiendo ya ellos ejecutado bastantes hazañas, por las que merecian se les dejase salvos y descansados.

Sabedor Luculo de estas proposiciones y de otras todavía mas insolentes, tuvo que abandonar la expedicion contra los Partos, y marchó otra vez contra Tigranes en lo mas fuerte del estío; y cuando llegó á pasar el monte Tauro se desanimó al ver los campos todavía verdes: ¡tanto es lo que alli se atrasan las estaciones por la frialdad de la atmósfera! Con todo pasó adelante, y habiendo desbaratado á dos ó

tres gefes Armenios que osaron oponérsele, impunemente corria y asolaba el pais; y habiendo logrado apoderarse de las subsistencias que estaban recogidas para Tigranes, hizo experimentar á los enemigos la carestía y escasez que él habia temido. Provocábalos á batalla abriéndoles fosos delante de sus mismas trincheras y talándoles á su vista el pais; y como ni aun asi pudiese moverlos, por lo intimidados que habian quedado, levantó su campo y marchó contra Artaxata, corte de Tigranes, donde se hallaban sus hijos pequeños y sus mugeres legítimas, juzgando que Tigranes sin una batalla no abandonaria tan interesantes objetos. Dícese que el Cartagines Anibal, vencido que fue Antioco por los Romanos, se acogió á Artaxa, Rey de Armenia, para quien fue un adiestrador y maestro muy útil en otros diferentes ramos; y que habiendo observado un sitio ameno y delicioso, aunque hasta entonces desdeñado é inculto, concibió la idea de una ciudad, y llevando á él á Artaxa, se lo manifestó, exhortándole á su fundacion; en lo que el Rey vino gustoso, y rogándole que dirigiese la obra, habia resultado una magnífica y hermosa ciudad, la que tomó del Rey su dominacion, y fue declarada metrópoli de Armenia. Como Luculo pues se dirigiese contra ella, no pudo sufrirlo Tigranes, sino que haciendo marchar su ejército, al cuarto dia fijó su campo frente al de los Romanos, dejando en medio el rio Arsania, que precisamente tenian que pasar los Romanos para ir contra Artaxata. Hizo Luculo sacrificio á los Dioses; y como si ya tuviera la victoria en la mano pasó sus tropas en doce cohortes, que formó á vanguardia, y las otras doce á retaguardia, para evitar el ser cortado por los enemigos: porque era mucha la caballería y la gente escogida que tenia al frente, y aun delante de estos se hallaban colocados los arqueros de á caballo de los Mardos y los lanceros de Iberia, en quie-

nes tenia Tigranes la mayor confianza como en los mas belicosos; mas ellos sin embargo nada hicieron digno de atencion; pues habiendo tenido una ligera escaramuza con la caballería Romana, no aguardaron á la infantería que los cargaba, y huyendo por uno y otro lado atrajeron á la caballería en su persecucion. Al mismo tiempo que estos desaparecieron, se presentó la caballería de Tigranes, y Luculo al ver su brillantez y su muchedumbre, concibió algun temor; por lo que hizo volver á la suya del seguimiento, y se opuso el primero á la gente de los Sátrapas, que como la mejor formaba contra él, y con solo el miedo que le impuso, la rechazó antes de venir á las manos. Siendo tres los reyes que se hallaron en aquella accion, el que hizo una fuga mas vergonzosa fue Mitridates, Rey del Ponto, que ni siquiera pudo sufrir la vocería de los Romanos. La persecucion fue muy dilatada y de toda la noche, de manera que los Romanos se cansaron de matar, de cautivar y de recoger botin. Livio dice que en la primera batalla pereció mas gente; pero que en esta murieron ó quedaron cautivos los mas ilustres y principales de los enemigos.

Engreido y alentado Luculo con estos sucesos, pensaba pasar adelante y acabar con Tigranes; pero en el equinocio de otoño, cuando menos lo esperaba, le sobrecogieron copiosas lluvias y nieves, á las que siguieron rigurosas escarchas y yelos, poniéndose los rios en estado de no poder beber en ellos los caballos por el exceso del frio, y de no poder pasarlos, porque rompiéndose el yelo, con lo agudo de la rotura les cortaba los nervios. La region por lo mas era sombría, de pasos estrechos y selvosa, lo que hacia que se mojasen sin cesar, llenándose de nieve en las marchas, y pasando muy mal la noche en lugares húmedos. No eran muchos los dias que llevaban de seguir á Luculo despues de la bata-

lla, cuando ya se le resistieron primero con ruegos y enviando el mensage con los tribunos, y despues ya con mayor tumulto y alborotando por las noches en las tiendas, que parece es la señal de un ejército sublevado. Hizo cuanto pudo Luculo para mitigarlos, tratando de inspirar en sus ánimos aliento y confianza, hasta que tomando la Cartago de Armenia destruyesen la obra del mayor enemigo de los Romanos: queriendo significar á Anibal. Cuando vió que no pudo convencerlos, se resignó á retroceder, y repasando el Tauro por otras cumbres, bajó á la region llamada Migdonia, muy fértil y cálida, y se dirigió á una de sus ciudades grande y populosa, que los bárbaros dicen Nisibis, y los Griegos Antioquia Migdonica. Tenia el Gobierno de esta en el título un hermano de Tigranes llamado Gouras; pero en la habilidad y direccion de la maquinaria Calimaco, el mismo que tanto dió que hacer á Luculo en el cerco de Amiso. Circunvalándola pues con su ejército, y empleando todos los medios de un sitio, en poco tiempo se apoderó de ella á viva fuerza; y á Gouras, que el mismo se rindió, le trató con humanidad; pero á Calimaco, aunque le ofreció revelarle depósitos secretos de grandes sumas de dinero, no le dió oidos, sino que mandó se le echasen prisiones para que pagara la pena del incendio con que abrasó la ciudad de los Amisenos: frustrando su beneficencia y el deseo que tenia de dar á los Griegos pruebas de su aprecio.

Hasta aqui parece que la fortuna habia militado con Luculo en sus banderas; pero ya desde este punto, como aquel á quien le falta el viento, encontrando oposicion en todo cuanto intentaba, aunque mostró siempre el valor y magnanimidad de un gran General, sus hechos no encontraron ni aprecio ni gloria; y aun estuvo en muy poco el que no perdiese la antes adquirida, por mas que trabajaba y se afa-

naba en vano; de lo que no fue él mismo pequeña causa, por no ser condescendiente con la soldadesca, y por creer que todo lo que se hace en obsequio de los súbditos es ya un principio de desprecio, y una relajacion de la disciplina: aunque lo principal era no tener un caracter blando, ni aun para con los poderosos é iguales; sino que á todos los miraba con ceño, no creyendo que nadie valia tanto como él. Pues todos convienen en que entre otras muchas calidades buenas tenia esta mala: porque él era de gallarda estatura, de buena presencia y elegante en el decir, asi en la plaza pública como en el ejército. Dice pues Salustio que los soldados estuvieron descontentos con él muy desde luego, en el principio mismo de la guerra contra Cicico, y despues en la de Amiso, por haber tenido que pasar acampados dos inviernos seguidos. Mortificáronlos asimismo los otros inviernos, porque ó los pasaron en tierra enemiga ó en campamento tambien y al raso, aunque entre aliados: pues ni una sola vez entró Luculo con su ejército en una ciudad ó griega ó amiga. Estando ellos de suyo tan indispuestos, les dieron tambien calor desde Roma los tribunos y otros demagogos, que llevados de envidia acusaban á Luculo de que por ambicion y avaricia prolongaba la guerra, y de que sobre reunir él solo en su persona la Cilicia, el Asia, la Bitinia, la Paflagonia, la Galacia, el Ponto y la Armenia hasta el Fasis, ahora habia talado y asolado el reino de Tigranes, como si en lugar de someter á los reyes hubiera sido enviado á despojarlos: que fue lo que dicen le imputó el Tribuno Lucio Quinto, á cuya persuasion se decretó que se diesen á Luculo sucesores de su provincia: determinándose ademas licenciar á muchos de los que militaban en su ejército.

A este mal estado de los negocios de Luculo se agregó otra cosa que los acabó de echar á perder; y

fueron las instigaciones de Publio Clodio, hombre violento, y el complejo de toda alevosía y temeridad. Era hermano de la muger de Luculo, y corrian rumores de mal trato entre ambos, siendo ella muy disoluta. Militaba entonces con Luculo, sin ocupar el puesto á que se presumia acreedor: porque codiciaba tener el primer lugar; y por su conducta era precedido de muchos. Sedujo pues al ejército de Fimbria, y le acaloró contra Luculo, moviendo pláticas muy acomodadas al gusto de unos hombres, á quienes no faltaba ni la voluntad ni la costumbre de sublevarse: porque estos mismos eran los que antes habia concitado Fimbria, para que asesinando al Cónsul Flaco, le eligieran General. Asi oyeron con gran placer á Clodio; á quien llamaron amante del soldado, porque supo fingir que se compadecia de su suerte: »á causa, les decia, de no verse ningun tér» mino de tantas guerras y tantos trabajos, sino que » peleando con todas las naciones y rodando por to» da la tierra, en esto era en lo que habian de gas» tar su vida; sin servirles de otra cosa estas expedi» ciones que de escoltar los carros y acémilas de Lu» culo cargados de preciosas alhajas de oro y pedre» ría. No asi los soldados de Pompeyo que resti» tuidos ya á la clase de pacíficos ciudadanos goza» ban de descanso con sus mugeres y sus hijos, en » una tierra y en unas ciudades felices: no despues » de haber arrojado á Mitridates y á Tigranes á unos » desiertos inhabitables, ó de haber destruido las » opulentas cortes del Asia, sino despues de haber » hecho la guerra, en la España á unos desterrados, » y en la Italia á unos fugitivos. ¿Por qué no habian » de descansar ya de las fatigas de la milicia? ó á » lo menos ¿por qué no reservar lo que les restaba de » fuerza y de aliento para otro General, para quien » el mejor adorno era la riqueza de sus soldados?" Seducido con tales especies el ejército de Luculo, no

quiso seguirle contra Tigranes ni contra Mitridates, que inmediatamente regresó al Ponto, y recobró su imperio. Tomando por pretexto el invierno, se detuvieron en la Gordiena, dando tiempo de que llegara Pompeyo ó alguno otro de los Generales sucesores de Luculo, que ya se esperaban.

Cuando llegó la noticia de que Mitridates, habiendo vencido á Fabio, marchaba contra Sornacio y Triario, entonces siguieron á Luculo. Triario, ansioso de arrebatar la victoria que le parecia segura, antes de que llegara Luculo, que ya estaba cerca, fue completamente derrotado en batalla campal: pues se dice que murieron mas de siete mil Romanos, y entre ellos ciento cincuenta Centuriones y veinte y cuatro Tribunos; habiéndoles Mitridates tomado el campamento. Llegó Luculo pocos dias despues, y sustrajo á Triario de la ira de los soldados que le andaban buscando; y como Mitridates rehusase venir á batalla por esperar á Tigranes que estaba ya en marcha con grandes fuerzas, resolvió antes que se verificara su reunion salir al encuentro á Tigranes, y pelear con él; pero sublevados los Fimbrianos cuando ya estaba en camino, abandonaron estos sus puestos bajo el pretexto de que ya estaban libres del juramento de la milicia, por no corresponder el mando á Luculo despues de conferidas á otros sus provincias. Entonces nada hubo que este no sufriese muy fuera de lo que á su dignidad correspondia: bajándose á ir hablándoles de uno en uno y de tienda en tienda; presentándoseles abatido y lloroso, y aun alargándoles á algunos la mano; mas ellos desdeñaban estas demostraciones, y tirándole los bolsillos vacíos, le decian que peleara él solo con los enemigos, pues que él solo sabia hacerse rico: con todo á súplicas de los otros soldados condescendieron los Fimbrianos en permanecer por aquel estío; mas en el concepto de que si en este tiempo no se pre-

sentaba alguno á pelear con ellos, se marcharian. Por tales condiciones le fue preciso pasar á Luculo, para no abandonar á los bárbaros el pais, si le dejaban desamparado. Retúvolos pues, aunque sin emplearlos en acciones ni conducirlos á batalla: dándose por contento con que se quedasen, y teniendo que sufrir ver asolada por Tigranes la Capadocia, y que impunemente le insultaba otra vez aquel mismo Mitridates, de quien él habia escrito al Senado que quedaba del todo destruido; por lo que habian ya llegado los enviados del mismo Senado para arreglar las cosas del Ponto como enteramente aseguradas; y lo que encontraron fue que ni de sí mismo era dueño, mofado y escarnecido por los Soldados. Llegaron estos á tal extremo de insolencia, que al espirar el estío tomaron las armas, y desenvainando las espadas provocaban á unos enemigos que por ninguna parte se presentaban, hallándose muy escarmentados. Moviendo pues grande algazara y batiéndose con sus sombras, se salieron del campamento, protestando que habian cumplido el tiempo por el que á Luculo habian ofrecido quedarse. A los otros los enviaba á llamar Pompeyo, porque ya habia sido nombrado General para la guerra de Mitridates y Tigranes, por aficion del pueblo hácia él, y por adulacion y lisonja de los Demagogos: mientras que el Senado y los buenos ciudadanos veian la injusticia que se hacia á Luculo dándole sucesor, no de la guerra, sino del triunfo; y obligándosele á dejar y ceder á otros, no el mando, sino el prez de la victoria.

Pues aun parecia esta situacion mas injusta á los que alli presenciaban los sucesos, porque no era Luculo dueño del premio y del castigo como es preciso en la guerra; ni permitia Pompeyo que ninguno pasase á verle, ó que se estuviese á lo que disponia y determinaba con los diez enviados; sino que lo

daba por nulo, publicando edictos, y haciéndose temible por sus mayores fuerzas. Creyeron sin embargo conveniente sus amigos el que tuviesen una conferencia; y habiéndose juntado en una aldea de la Galacia, se hablaron con agrado el uno al otro, y se dieron el parabien de sus respectivas victorias. Era Luculo de mas edad; pero era mayor la dignidad de Pompeyo por haber tenido mas mandos y por sus dos triunfos. Las fasces que á uno y á otro precedian estaban enramadas con laurel por sus victorias; pero habiendo sido muy larga la marcha de Pompeyo por lugares faltos de agua y de humedad, al ver los lictores de Luculo que el laurel de aquellas fasces estaba seco, alargaron con muy buena voluntad á los otros del suyo que estaba fresco y con verdor. Tomaron esto á buen aguero los amigos de Pompeyo: porque en realidad los prósperos sucesos de aquel contribuyeron á dar realce á la expedicion de este; pero de resulta de la conferencia en lugar de quedar mas amigos, se retiraron mas indispuestos entre sí; y Pompeyo, sobre anular todas las disposiciones tomadas por Luculo, se llevó consigo los demas soldados, no dejándole para que le acompañaran en el triunfo sino solos mil y seiscientos, y aun estos se quedaban con él de mala gana. ¡Tan mal amañado, ó tan desgraciado era Luculo en lo que es lo primero y mas importante en un General! de manera que si le hubiera acompañado esta dote con las demas que tanto en él resplandecian, con su valor, su actividad, su prevision y su justicia, el mando de los Romanos en el Asia no habria tenido por límite el Eufrates, sino los últimos términos de la tierra, y el mar de Hircania: habiendo sido ya todas las demas naciones sojuzgadas con Tigranes, y no siendo las fuerzas de los Partos tan poderosas contra Luculo, como se mostraron despues contra Craso, por cuanto no tenian igual union; y antes por las guerras intesti-

nas y de los pueblos inmediatos ni siquiera podian sostenerse con vigor contra los insultos de los Armenios. Mas ahora creo que el bien que por sí hizo á la patria, por otros se convirtió contra esta en mayor daño, á causa de que los trofeos erigidos en la Armenia á la vista de los Partos, Tigranocerta, Nisibis, la inmensa riqueza conducida de ellas á Roma, y la misma diadema de Tigranes traida en cautiverio, impelieron á Craso contra el Asia, en el concepto de que aquellos bárbaros solo eran presa y despojos seguros y ninguna otra cosa; pero bien pronto puesto al tiro de las saetas de los Partos, dió á todos el desengaño de que Luculo, no por impericia ó flojedad de los enemigos, sino por inteligencia y valor propios alcanzó de ellos ventajas. Mas de esto se hablará en otro lugar.[1]

Restituido Luculo á Roma, lo primero que se le anunció fue que su hermano Marco se hallaba acusado por Cayo Memio sobre el manejo que tuvo en la cuestura, prestándose á las órdenes de Sila. Como hubiese sido absuelto, se convirtió Memio contra el mismo Luculo, é inflamó al pueblo, haciéndole creer que se habia reservado cantidades, y habia de intento prolongado la guerra, á que le negara el triunfo. Tuvo por tanto que sufrir una grande contradiccion; y solo mezclándose los principales y de mayor autoridad entre las Tribus pudieron conseguir del pueblo á fuerza de ruegos y de mucha diligencia que le permitiese triunfar. No fue su triunfo tan brillante y ostentoso como el de otros por lo dilatado de la pompa y por el gran número de los objetos que se conducian; sino que con las armas de los enemigos, que eran de muy diversas especies, y con las máquinas ocupadas á los Reyes, adornó el circo Flaminio; espectáculo que no dejaba de lla-

1 En la vida de Craso.

mar la atencion. En la pompa iban unos cuantos de los soldados de caballería armados; de los carros falcados diez; de los amigos y Generales de los Reyes sesenta; naves de gran porte con espolones de bronce se habian traido ciento y diez; una estatua colosal de Mitridates de seis pies, hecha de oro, y un escudo guarnecido de piedras; veinte bandejas con vajilla de plata, y treinta y dos con vasos, armas y monedas de oro. Todas estas cosas eran llevadas por hombres: ocho acémilas conducian otros tantos lechos de oro; cincuenta y seis llevaban la plata en barras, y otras ciento y siete poco menos de dos cuentos y setecientas mil dracmas en dinero. En unas tablas estaban anotadas las sumas entregadas por él á Pompeyo, ó puestas en el tesoro para la guerra de los piratas; y separadamente que cada soldado habia recibido novecientas y cincuenta dracmas. Ultimamente hubo banquete público y abundante para la ciudad y para los pueblos del contorno, á los que llaman vicos ó arrabales.

Habiendo repudiado á Clodia, que era disoluta y de malas costumbres, se casó con Servilia hermana de Caton: matrimonio tambien harto desgraciado: faltábale solamente una de las tachas del de Clodia, que era la infamia de que estaban notados los dos hermanos; en lo demas por respecto á Caton tuvo que sufrir á una muger desenvuelta y perdida, hasta que por fin no pudo mas. Habia fundado en él el Senado grandes esperanzas, pareciéndole que le serviria de escudo contra la tiranía de Pompeyo, y de salvaguardia de la aristocracia, en virtud de haber empezado con tanta gloria y poder; pero él se retiró y dió de mano al gobierno de la república; ó porque ya esta adolecia de vicios, y no era facil de manejar; ó como dicen algunos, porque teniendo grande reputacion se acogió á una vida descansada y cómoda despues de tantos combates y trabajos, que

no tuvieron el fin mas dichoso. Asi algunos aplauden esta conducta, no sujeta á los reveses de Mario, que despues de sus victorias de los Cimbros, y de tantos y tan gloriosos triunfos, no se dió por contento con tan envidiables honores; sino que por desmedida ambicion de gloria y de mando, siendo ya anciano entró á rivalizar con hombres jóvenes, y se precipitó en hechos horribles y en trabajos mas horribles todavía; y á Ciceron le habria estado mucho mejor haber envejecido en el retiro de los negocios despues de sofocada la conjuracion de Catilina; y á Escipion entregarse al reposo despues que al triunfo de Cartago añadió el de Numancia: porque tambien la carrera política tiene su retiro: no necesitando menos de vigor y de cierta robustez los combates políticos que los atléticos. Mas con todo Craso y Pompeyo desacreditaban á Luculo por haberse entregado al lujo y á los placeres, como si estas cosas desdijesen mas de aquella edad, que el meterse en negocios y hacer la guerra.

Sucede con la vida de Luculo lo que con la comedia antigua, donde lo primero que se lee es de gobierno y de milicia; y á la postre de beber, de comer, y casi de francachelas, de banquetes prolongados por la noche y de todo género de frivolidad: porque yo cuento entre las frivolidades los edificios suntuosos, los grandes preparativos de paseos y baños, y todavía mas las pinturas y estatuas, y el demasiado lujo en las obras de las artes; de las que hizo colecciones á precio de cuantiosas sumas, consumiendo profusamente en estos objetos la inmensa riqueza que adquirió en la guerra: puesto que aun hoy, cuando el lujo ha llegado á tanto exceso, los huertos Lucullanos se cuentan entre los mas magníficos de los Emperadores. Asi es que habiendo visto Tuberon el Estoico sus grandes obras en la costa cerca de Nápoles, los collados suspendidos en el aire

por medio de dilatadas minas, las cascadas en el mar, las canales con pescados de que rodeó su casa de campo y las otras diferentes habitaciones que allí dispuso, no pudo menos de llamarle Jerges con toga. Tenia en Tusculo diferentes habitaciones y miradores de hermosa vista; y ademas ciertos claustros abiertos y dispuestos para paseos: viólos Pompeyo, y censuró el que habiendo dispuesto aquella quinta con tanta comodidad para el verano, la hubiera hecho inhabitable para el invierno: á lo que sonriéndose le contestó: ¿pues qué me haces de menos talento que las grullas y las cigueñas para no haber proporcionado las viviendas á las estaciones? Queria un Edil dar brillantes juegos; y habiéndole pedido para uno de los coros ciertos mantos de púrpura, dijo que miraria si los habia en casa, y se los daria: al dia siguiente le preguntó, ¿cuántos habia menester? y respondiéndole el Edil, que habria bastantes con ciento, le dijo que tomara otros tantos mas; que fue lo que dió ocasion á Horacio para exclamar: no puede decirse que hay riquezas donde las cosas abandonadas, y de que no tiene noticia el dueño, no son mas que las que estan á la vista.

En las cenas cotidianas de Luculo se hacia grande aparato de su adquirida riqueza, no solo en paños de púrpura, en bajilla con pedrería, en coros y representaciones, sino en la muchedumbre de manjares, y en la diferencia de guisos, con lo que excitaba la admiracion de las gentes de menos valer. Por tanto fue celebrado aquel dicho de Pompeyo hallándose enfermo. Prescribióle el médico que comiera un tordo; y diciéndole los de su familia que siendo entonces el tiempo del estío no podria encontrarse sino engordado en casa de Luculo, no permitió que fueran alla á buscarlo; sino que dijo al médico, ¿con que si Luculo no fuera un gloton, no podria vivir Pompeyo? y le pidió le mandase cosa

mas facil de encontrar. Caton era su amigo y su deudo; y con todo estaba tan mal con esta conducta suya y con su lujo, que habiendo hablado en el Senado un joven larga é inoportunamente sobre la moderacion y la templanza, se levantó Caton, é interrumpiéndole le dijo: ¿no te cansaras de enriquecer como Craso, de vivir como Luculo, y de hablar como Caton? algunos bien convienen en que esto se dijo, mas no refieren que Caton lo hubiese dicho.

Que Luculo no solo se complacia en este tenor de vida que habia adoptado, sino que hacia gala de él, se deduce de ciertos rasgos que todavía se recuerdan. Dícese que vinieron á Roma unos Griegos, y les dió de comer bastantes dias. Sucedióles lo que era natural en gente de educacion, á saber, que tuvieron cierto empacho, y se excusaron del convite, para que por ellos no se hicieran cada dia semejantes gastos; lo que entendido por Luculo les dijo con sonrisa: algun gasto bien se hace por vosotros; pero el principal se hace por Luculo. Cenaba un dia solo, y no se le puso sino una mesa y una cena moderada: incomodóse de ello, é hizo llamar al criado por quien corrian estas cosas; y como este le respondiese que no habiendo ningun convidado creyó no querria una cena mas abundante: ¿pues cómo, le dijo, no sabias que hoy Luculo tenia á cenar á Luculo? Hablábase mucho de esto en Roma, como era regular; y viéndole un dia desocupado en la plaza, se le llegaron Ciceron y Pompeyo: aquel era uno de sus mayores y mas íntimos amigos; y aunque con Pompeyo habia tenido alguna desazon con motivo del mando del ejército, solian sin embargo hablarse y tratarse con afabilidad. Saludándole pues Ciceron, le preguntó, ¿si podrian tener un rato de conversacion? y contestándole que sí con instancias para ello; pues nosotros, le dijo, queremos cenar hoy en tu compañía, nada mas que con lo que tengas

dispuesto. Procuró Luculo excusarse, rogándoles que fuese en otro dia; pero le digeron que no venian en ello, ni le permitirian hablar á ninguno de sus criados para que no diera la orden de que se hiciera mayor prevencion; y solo á su ruego condescendieron con que dijese en su presencia á uno de aquellos: hoy se ha de cenar en Apolo, que era el nombre de uno de los mas ricos salones de la casa; en lo que no echaron de ver que los chasqueaba: porque, segun parece, cada cenador tenia arreglado su particular gasto en manjares, en música y en todas las demas prevenciones; y asi con solo oir los criados donde queria cenar, sabian ya qué era lo que habian de prevenir, y con qué orden y aparato se habia de disponer la cena; y en Apolo la tasa del gasto era cincuenta mil dracmas. Concluida la cena se quedó pasmado Pompeyo de que en tan breve tiempo se hubiera podido disponer un banquete tan costoso. Ciertamente que gastando asi en estas cosas Luculo, trataba su riqueza con el desprecio debido á una riqueza cautiva y bárbara.

Otro objeto habia digno verdaderamente de diligencia y de ser celebrado, en el que hacia tambien Luculo considerables gastos, que era el acopio de libros: porque habia reunido muchos y muy preciosos, y el uso era todavía mas digno de alabanza que la adquisicion, por cuanto la biblioteca estaba abierta á todos; y á los paseos y liceos inmediatos eran por consiguiente admitidos los Griegos como á un refugio de las musas, donde se juntaban y conferenciaban, recreándose de las demas ocupaciones. Muchas veces se entretenia alli él mismo, paseando y conversando con los literatos; y á los que tenian negocios públicos los auxiliaba en lo que habian menester: en una palabra su casa era un domicilio y un pritaneo griego para todos los que venian á Roma. Estaba familiarizado con toda filosofía, y á

toda se mostraba tan benigno como era inteligente; pero fue particularmente adicto desde el principio á la academia, no á la que se llamaba nueva, sin embargo de que florecia entonces con los discursos de Carneades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenia por maestro y caudillo en aquella era á Antioco Ascalonita, varon elocuente y de grande elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellísimo en defensa de su secta; y en él para la mejor comprension hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula *Luculo*. Eran entre sí, como ya se ha dicho, íntimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Luculo enteramente del gobierno, y solo habia abandonado desde luego á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quien seria el mayor y tendria mas poder, como llena de riesgos y contradicciones: por cuanto los que rezelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á estos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba sin embargo á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: asi invalidó las disposiciones tomadas por este despues de haber vencido á los dos reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados, impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir á la conjuracion de Craso y Cesar; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sa-

caron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Luculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifiesto que aquellos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió mas á las claras, cuando al cabo de muy pocos dias fue Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia dado la muerte: pues viéndose en el cadaver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

Con esto todavía se apartó mas Luculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fue enviado á Chipre, entonces les dió enteramente de mano. Dícese ademas que antes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calístenes uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase mas, creyendo que la bebida tenia esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo apenas murió, como si hubiera fallecido en lo mas floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes mas principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era facil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el her-

mano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que asi como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

COMPARACION DE CIMON Y LUCULO.

En lo que mas debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó antes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que mas conviene y se conforma con Cimon; que tambien murió cuando las cosas de los Griegos no habian decaido aun, sino que estaban en su auge: bien que este acabó sus dias en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar por último premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos los banquetes y las francachelas; que es en lo que Platon reprende á los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en esta, es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno; referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los dias, despues de las guerras y de los mandos, en los festejos de Venus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la academia tan justamente celebrada, ni de un imitador de Jenócrates, sino de uno que se inclina á la escuela de Epicuro. Cosa por cierto bien extraña, pues que por términos contrarios la juventud de Cimon parece haber sido reprensible y suelta, y la de Luculo aplicada y sobria. De estas mudanzas la mas laudable es la que se hizo en mejor, porque tambien es índole mas apreciable aquella en que envejece y decae lo malo, y lo bueno florece y persevera. Con haberse hecho ricos ambos de un mis-

mo modo, no del mismo modo usaron de la riqueza: porque no es razon comparar con la muralla austral de la ciudadela, concluida con los caudales que trajo Cimon, aquellas viviendas de Nápoles y aquellos miradores deliciosos que edificó Luculo con los despojos de los bárbaros; ni debe ponerse en cotejo con la mesa de Cimon la de Luculo: con la que era republicana y modesta, la que era regalada y propia de un Sátrapa; pues la una con poco gasto mantenia diariamente á muchos; y la otra consumia grandes caudales con unos pocos dados á la glotonería: á no ser que el tiempo fuese la causa de esta diferencia, pues no sabemos, á haber caido Cimon despues de sus hazañas y de sus expediciones en una vejez distante de la guerra y de los negocios de república, si habria llevado todavía una vida mas muelle y mas entregada á los placeres: porque era aficionado á beber, amigo de reuniones y censurado, como hemos dicho, en punto á mugeres; y los triunfos y felices sucesos, asi en lo político como en la guerra procurando otros placeres, no dejan lugar á los malos deseos, ni siquiera dejan que nazca la idea en los que son por caracter emprendedores y ambiciosos: por tanto si Luculo hubiera continuado hasta la muerte conbatiendo y mandando ejércitos, me parece que ni el mas severo y rígido censor habia de haber encontrado que reprender en él. Esto por lo que toca al tenor de vida de ambos.

En las acciones de guerra es indudable que uno y otro se acreditaron por mar y por tierra de excelentes caudillos; mas asi como entre los atletas los que en un solo dia y en una sola contienda alcanzan todas las coronas, por una loable costumbre llevan el nombre de periódico-vencedores, de la misma manera Cimon, habiendo coronado á la Grecia en un solo dia por un combate de tierra y otro de mar, es justo que tenga cierto lugar preferente entre los Ge-

nerales. Y á Luculo fue la patria quien le dió el mando; Cimon á la patria: aquel teniendo esta el mando para con los aliados, dominó á los enemigos; y Cimon habiéndose encargado del mando cuando su patria seguia el imperio ageno, hizo que á un tiempo se sobrepusiera á los aliados y á los enemigos: obligando á los Persas con haberlos vencido á separarse del mar, y persuadiendo á los Lacedemonios que voluntariamente se desistieran del imperio de él. Y si la obra mayor de un General es ganarse las voluntades con la benevolencia, Luculo fue despreciado de sus propias tropas; y Cimon venerado y aplaudido de los aliados: aquel se vió abandonado de los suyos; y á este se le unieron los extraños: el uno salio mandando, y volvió solo y desamparado; y el otro regresó dando órdenes á aquellos mismos con quienes al ser enviado obedecia lo que se le mandaba: habiendo alcanzado á un mismo tiempo para su ciudad las tres cosas mas difíciles, con los enemigos la paz, sobre los aliados el imperio, y de los Lacedemonios el reconocimiento voluntario de superioridad. Habiendo tomado por su cuenta uno y otro acabar con estados de gran poder, y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno solo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército, cuando todo le sucedia prósperamente; y al otro nadie podria eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército; ó bien no acertase á cortarlas antes de que llegasen á una abierta rebelion; ¿ó quizá alcanzó tambien algo de esto á Cimon? porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oir en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de caracter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agradarla; sino que mas bien, usando de rigor para corregir, son

molestos á lo perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: asi acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Luculo llevó la guerra mucho mas lejos: pues fue el primero que llegó mas allá del Tauro con un ejército; pasó el Tígris; tomó é incendió las cortes de los reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion Romana por el norte hasta el Fasis, por el oriente hasta la Media, y por el austro hasta el mar Rojo por medio de los reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado mas que la materialidad de coger las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles, y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates: pues que este enflaquecido y acoquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompeyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y alli falleció; y Tigranes él por sí mismo se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus pies, adulando á Pompeyo con una prenda, que mas bien que á él pertenecia al triunfo de Luculo: asi se dió por muy contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenia perdidos: por tanto es mejor General como mejor atleta el que deja mas cansado y debilitado á su contrario. Ademas de esto Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado, y con

las incesantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas: acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fue muy facil triunfar de los cuerpos; pero Luculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no seria tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy dificil el determinarse: pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionada á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

Pues que nos parece que no vamos fuera de razon en comparar con Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportúno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los hechos relativos á ellas, en la que Tucídides excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energía y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisongeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por las arengas, en cuya descripcion aquellos sobresalieron, no siquiera

A pie corriendo cabe el Lidio carro,

como se explica Píndaro; sino mostrándose del todo molesto, pueril, y segun expresion de Difilo, torpe y obeso, engordado en la grasa Siciliana, y por lo mas arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los Atenienses á mal agüero el que el General que tomaba su nombre de la victoria[1], repugnara aquella expedicion; que en la mutilacion de las estatuas de Mercurio les significaron los Dioses que les vendrian muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates hijo de Hermon; y tambien que era natural por una parte que Hércules diera auxilio á los Siracusanos por respeto á Proserpina, que le entregó el Cerbero; y que por otra mirara con odio á los Atenienses por haber salvado á los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él ofendido por Laome-

1 Νιακη en griego significa la victoria; y de este nombre se deriva el de Nicias.

donte asoló su ciudad Mas quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la diccion de Filisto, é insultar á Platon y á Aristóteles. En cuanto á mí la contienda y emulacion con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necedad. Los hechos pues referidos por Tucidides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan á conocer la conducta y disposicion de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en solo lo preciso; pero los que por lo comun no son conocidos, á causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, ó bien por haberse de tomar de presentallas y resoluciones antiguas, estos los recogeré con esmero, para no tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

De Nicias lo primero que se ofrece decir es lo que escribió Aristóteles, á saber, que eran tres los que sobresalian entre los ciudadanos, y tenian benevolencia y amor patrio para con el pueblo, Nicias el de Nicerato, Tucidides el de Milesio, y Teramenes el de Agnon, en menor grado este que los otros: pues que en cuanto á linage le motejaron de extrangero oriundo de Ceo; y en cuanto á gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fue llamado *Coturno*. De estos era Tucidides el de mas edad, y puesto al frente de los mejores y mas principales ciudadanos, contradijo en muchas cosas á Pericles, que afectaba popularidad. El mas joven era Nicias; pero aun en vida de Pericles fue ya tenido en aprecio, hasta llegar á ser General con él, y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fue llamado á ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos

y los nobles, que lo contraponian á la insolencia y osadía de Cleon; y aun tuvo el favor del pueblo, que tambien contribuyó á su adelantamiento: porque si bien Cleon alcanzó grande autoridad con darse aire de anciano, y repartir algun dinero; aun de los mismos á quienes favorecia, al ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los mas se ponian de parte de Nicias; por cuanto, aunque tenia gravedad, no era esta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia que atraia á los mas, por lo mismo que mostraba timidez; y es que siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas para el gobierno su pusilanimidad y su temor á los calumniadores llegaban á parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella, y adelanta á los que la temen: porque en general para la muchedumbre el mayor honor de parte de los mas poderosos es el que no la desprecien.

Mientras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amaños ni de ningun otro prestigio; pero Nicias, que no tenia aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; y ya que le faltaba disposicion para rivalizar con la flexibilidad y las lisonjas de Cleon; con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie logró atraerse el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto á todos los de su tiempo, y aun á cuantos le habian precedido. Subsisten todavía de las ofrendas que hizo, el paladion del alcázar, habiendo perdido el dorado; y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los trípodes ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros, venció muchas veces, y en ninguna fue vencido. Dícese que en uno

de estos coros compareció representando en el adorno á Baco un esclavo suyo de hermosa disposicion y figura, todavía imberbe; y que habiéndose agradado los Atenienses de su presencia, y aplaudido y palmeteado por largo rato, levantándose Nicias, habia expresado que tenia á sacrilegio estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el Dios, y habia dado la libertad á aquel mozo. Tambien se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delos: porque lo regular era que los coros enviados por las ciudades á cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegacion fuesen como á cada uno le cogia, y que acudiendo mucha gente á la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningun orden saltando en tierra en confusion, y tomando las coronas y los trages de la misma manera; mas él cuando condujo la teoría, aportó á Rene con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente construido con las dimensiones convenientes, y adornado magníficamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche le echó sobre el espacio que media entre Rene y Delos, que no es grande. Al dia siguiente al amanecer condujo la procesion que se hacia al Dios, y el coro adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Despues del sacrificio, del combate y del festin presentó al Dios en ofrenda una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas, se lo consagró con destino á que de sus rentas tomaran los de Delos lo necesario para sacrificar y dar un banquete, rogando á los dioses por la prosperidad de Nicias. Porque asi lo hizo escribir en la columna que dejó en Delos como monumento de esta dádiva; y la palma, quebrantada de los vientos, vino á caer sobre la estatua grande de los de Najos, y la hizo pedazos.

En estas cosas suele haber mucho de ostentacion y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el caracter y las costumbres de Nicias para todo lo demas, podia no sin violencia colegirse que aquel esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad; porque le hacian demasiada impresion las cosas superiores, y era dado á la supersticion, segun nos lo dejó escrito Tucidides. Asi se dice en uno de los diálogos de Posifonte, que todos los dias ofrecia sacrificios á los dioses, y que teniendo en casa un agorero, fingia consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata: porque poseia minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecia de peligro. Mantenia alli gran número de esclavos, y en esto consistia la mayor parte de su hacienda; por lo cual tenia siempre al rededor de sí muchos que le pedian, y á quienes socorria: pues no era menos dadivoso con los que podian hacer mal, que con los que eran dignos de sus liberalidades: en una palabra, con él era una renta para los malos su miedo, y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas cómicos: porque Teleclides escribia asi contra un calumniador:

Ni una mina partida por el medio
Le dió Caricles, porque le tapase
Que entre los hijos que su madre tuvo
El fue el primero que salió del saco.
Nicias de Nicerato dióle cuatro;
Mas aunque de este don yo sé la causa,
No la diré, que Nicias es mi amigo,
Y obra á mi juicio con notable acuerdo:

y aquel á quien zahiere Eupolides en su comedia intitulada *Maricas* sacando á la escena á uno de los holgazanes y mendigos, se esplica asi:

¿Cuanto ha que viste á Nicias?

Nunca le habia visto; mas ahora
Ha poco que le vi estar en la plaza.
Notad que este confiesa claramente
Que en la plaza con Nicias se ha encontrado;
Y si de traicion no, ¿qué tratarian?
¿No ois, camaradas, cómo Nicias
Fue en el delito mismo sorprendido?
Andad, menguados: no es para vosotros
En mal caso coger á hombre tan bueno:

y el Cleon de Aristofanes en tono de amenaza dice:

El cuello apretaré á los oradores,
Y á Nicias causaré miedo y espanto.

Tambien Frinico da idea de lo cobarde y espantadizo que era en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,
Y no al modo de Nicias lo verian
Andar siempre con aire asustadizo.

Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistia á sus ordinarias recreaciones: en una palabra no gustaba de semejantes pasatiempos; sino que cuando era Arconte permanecia en el consistorio hasta la noche; y del Senado salia el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenia negocio público alguno, no se dejaba ver ni admitia á nadie, quieto siempre y encerrado en casa. Sus amigos recibian á los que concurrian á hablarle, y les pedian que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia é importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivia para conciliarle autoridad y opinion, era Hieron, que se habia criado en su casa, y á quien el mismo Nicias habia ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, á quien apellidaron Calco, y de quien se conservan todavía algunas poesías; y enviado de comandante de una colonia mandada á Italia, fundó la

ciudad de Turios. Este pues trataba con los agoreros de parte de Nicias en la interpretacion de los prodigios y los arcanos, y hacia correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por solo el bien de la república, una vida infeliz y trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar de los del pueblo; tanto que nunca se acostaba sino cuando los demas habian dormido el primer sueño. De donde provenia estar tambien su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado á perderlos por los negocios públicos juntamente con su hacienda; cuando los demas ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien, y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad tal venia á ser la vida de Nicias; por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamenon:

La magestad preside á nuestra vida;
Mas de la multitud somos esclavos.

Observando que el pueblo se valia á veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos; pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose á su esplendor y su gloria, como se veia bien claro en la condenacion de Pericles, en el destierro de Damon, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre de Antifon Ramnusio, y sobre todo en lo ocurrido con Paquetes el que tomó á Lesbos, que al dar las cuentas de su expedicion, sacando en el mismo tribunal la espada, alli se quitó la vida; procuraba huir de las expediciones arduas y dificiles; y cuando iba de General consultaba mucho á la seguridad, con lo que lograba vencer como era natural; mas con todo no referia estos sucesos ni á su inteligencia, ni á su poder, ni á su valor; sino que los atribuia á la fortuna, y se acogia á los dioses, subtrayéndose

á la envidia que sigue á la gloria. Convienen con esto los mismos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descalabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; sino que cuando en la Tracia fue vencido por los de Calcis, iban de Generales Caliades y Xenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo Arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipocrates; y de la peste la culpa se echó principalmente á Pericles, por haber encerrado en el recinto de la ciudad, á causa de la guerra, á todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquella originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias pues se conservó inculpable en todas estas desgracias, y yendo de General, tomó á Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra á la Laconia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró tambien y atrajo á muchos pueblos de la Tracia que se habian rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros á los de Megara, al punto se apoderó de la isla Minoa; y de alli á poco partiendo de aquel punto, sujetó á Nisea. Bajó de alli á Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y á Licofron su General. Sucedióle en esta ocasion haberse dejado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado menos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió hizo alto con el ejército, y envió un heraldo á los enemigos para tratar de recobrarlos. Segun cierta ley y costumbre con ella conforme, los que recogian los muertos en virtud de convenio se entendia que renunciaban á la victoria, y no les era permitido levantar trofeo: porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, como que no está en su poder tomar lo que piden. Pues con todo mas quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria, que dejar insepultos á dos ciudadanos. Taló pues todo el pais litoral de la

Laconia, y venciendo á los Lacedemonios que se le opusieron, tomó á Turea guarnecida por los Eginetas, y á estos los trajo cautivos á Atenas.

Como Demóstenes hubiese fortificado á Pilos, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios, y trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfacteria hasta cuatrocientos hombres. Parecíales á los Atenienses cosa importante, como lo era en realidad, apoderarse de ellos; pero el cerco se presentaba dificil y trabajoso en un pais que carecia de agua, y para el que el acopio de provisiones aun en verano tenia que hacerse con un rodeo muy largo, hallándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo: teníalos esto disgustados, y estaban pesarosos de haber despedido la legacion que los Lacedemonios les habian enviado para tratar de paz. Habíanla despedido á instigacion de Cleon, principalmente con la mira de mortificar á Nicias, porque era su enemigo; y viendo que se habia puesto de parte de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pueblo á votar contra el tratado. Yendo pues largo el sitio, y recibiéndose noticias de que el ejército padecia una escasez suma, se mostraban muy enconados contra Cleon, el cual se volvia contra Nicias, echándole la culpa, y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba alli aquellos hombres, cuya rendicion no habria costado tanto tiempo á haber él tenido el mando. Ofrecióseles al punto á los Atenienses decirle: » ¿pues por » qué no te embarcas y marchas contra ellos?" Levantóse tambien Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilos, proponiéndole que tomase la fuerza que quisiese, y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. El al principio calló turbado con tan inesperada salida; pero como insistiesen todavía los Atenienses, y Nicias esforzase la voz, acalorado y pi-

cado de pundonor, tomó á su cargo la expedicion; y al dar la vela puso el término de veinte dias, diciendo que dentro de ellos ó habia de acabar alli con los Lacedemonios, ó los habia de traer vivos á Atenas; de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo: porque ya estaban acostumbrados á tomar á diversion y risa sus jactancias y sus sandeces. Pues se cuenta que teniéndose un dia junta pública, el pueblo sentado estuvo esperando largo rato, y ya bien tarde se presentó en la plaza con corona sobre las sienes, y pidió que la junta se dilatase hasta el dia siguiente: »porque hoy, dijo, estoy ocupado »teniendo á cenar á unos forasteros, despues que »he hecho á los dioses sacrificio;" y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.

Favorecióle entonces la fortuna; y habiéndose manejado bien en la expedicion al lado de Demóstenes, dentro del término que prefijó, á cuantos Esparciatas no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido á discrecion. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa mas torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo espontáneamente el mando, y despojándose á sí mismo de la autoridad proporcionar al enemigo la ocasion de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristofanes en su comedia titulada las *Aves*, diciendo:

Pues no, no es tiempo de dormirnos este;
Ni de dar largas imitando á Nicias.

Y en la de los *Labradores* dice asimismo:

Quiero labrar mis campos. ¿Quién te estorba?
Vosotros, y mil dracmas os prometo
Si exento me dejais de todo mando.
Las aceptamos: pues dos mil tendremos
Con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño á la ciudad, dejando que adquiriera Cleon tanto crédito y poder:

con el que tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó á la república, de los que no le cupo á Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos, é introdujo el dar carreras estando hablando; con lo que engendró en los que despues de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad: causa principalísima del trastorno y confusion que de alli á poco sobrevino á la república.

Empezaba ya entonces á mostrarse en Atenas Alcibiades, otro orador no tan descompuesto; pero de quien podia decirse lo que de la tierra de Egipto: pues como esta por su gran fertilidad produce

Muchas utiles plantas, y á su lado
Otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibiades, propensa igualmente al bien que al mal, dió ocasion á grandes innovaciones. Por tanto aunque Nicias llegó á verse desembarazado de Cleon, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república; sino que habiendo conseguido llevarla por el buen camino, le apartó de él la violencia y fogosidad de Alcibiades, impeliéndole otra vez á la guerra, lo que sucedió de esta manera. Los que principalmente se oponian á la paz de la Grecia eran Cleon y Brasidas, aquel porque en la guerra no se descubria tanto su maldad, y este porque en ella resplandecia mas su virtud: como que al uno le dió ocasion para grandes injusticias, y al otro para gloriosos triunfos. Mas como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fue la de Anfipolis, hallando Nicias á los Esparciatas deseosos muy de antemano de la paz, y á los Atenienses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y á unos y á otros fatigados y en disposiciones de deponer con el mayor gusto las armas,

trabajó por ver cómo conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo á los demas Griegos de los males que sufrian, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es á los ancianos, á los ricos y á las gentes del campo desde luego los encontró con disposiciones pacíficas: en cuanto á los demas hablando á cada uno en particular, y procurando convencerlos, logró tambien retraerlos de la guerra; y cuando asi lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas á los Esparciatas, los excitó y movió á que se presentaran á pedir la paz. Fiáronse de él, ya por su conocida probidad, y ya tambien porque á los cautivos y á los rendidos de Pilos, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacia mas llevadera su desgracia. Habian ya antes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso y del trato con los propios y con los extrangeros, se les habia encendido un vivo deseo de aquella vida exenta de inquietudes y de riesgos: asi oian con gusto á los coros cuando cantaban:

Quedate, ó lanza, á ser despojo inutil,
Donde enreden su tela las arañas.

Erales tambien sabroso traer á la memoria aquel gracioso dicho de que á los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos. Abominando pues y maldiciendo á los que suponian tener el hado dispuesto que aquella guerra se lidiara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí é hicieron la paz. Formóse entonces generalmente la idea de que aquella reconciliacion era estable, y todos tenian siempre á Nicias en los labios diciendo que era un hombre amado de los dioses, á quien su buen Genio habia concedido por su piedad que del mayor y mas apreciable bien entre todos hubiera tomado el nombre: porque realmente asi

creian obra suya la paz, como de Pericles la guerra: pareciéndoles que este por muy pequeños motivos habia arrojado á los Griegos en grandes calamidades, y que aquel les habia hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto esta paz hasta el dia de hoy se llama Nicea.

Convínose por los tratados en que se restituirian recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quiénes habian de ser los primeros á restituir: y Nicias compró con su dinero reservadamente la suerte para que fuesen los primeros los Lacedemonios: á lo menos asi lo refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponian dificultades, y que con diferentes achaques y quejas procuraban encender otra vez la guerra, persuadió Nicias á los Atenienses y Lacedemonios á que á la paz añadieran la alianza, como un refuerzo y nuevo vínculo con el que se hicieran mas temibles á los disidentes, y se estrecharan mas entre sí. Verificado esto, Alcibiades, que no tenia genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque no haciendo cuenta de él, y mirándole con desden, se manifestaban adictos á Nicias, desde luego se propuso minar la paz; y aunque por entonces nada pudo adelantar, como de alli á poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenienses, y antes pareciese que empezaban á hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios, y no haber entregado en pie las ciudades de Panacto y Anfipoles, aferrándose en estas causas, procuraba acalorar al pueblo haciéndoselas presentes á toda hora. Finalmente habiendo hecho venir una legacion de Argos para entablar alianza con los Atenienses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como presentándose al Senado hubiesen dado idea de admitir toda condicion justa

y moderada, temeroso Alcibiades de que con sus proposiciones ganaran tambien al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles bajo juramento que hallarian en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni convinieran en que venian plenamente autorizados: porque asi saldrian mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose á él, abandonando á Nicias, los hizo comparecer ante el pueblo, y les preguntó si habian venido con plenos poderes para todo; y como dijesen que no, mudado repentinamente contra todo lo que podian esperar, llamó la atencion del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo á que no diera oidos ni crédito á unos hombres que tan abiertamente mentian, y que ahora decian una cosa y luego la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer; y no teniendo el mismo Nicias nada que decir de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo á llamar y hacer venir á los de Argos para concluir la alianza; pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al dia siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y aun esto con dificultad, fue contener la negociacion de los Argivos, y que á él se le enviase en legacion á los Lacedemonios, con esperanza que dió de que todo se transigiria á satisfaccion. Pasando pues á Esparta, en todo lo demas le honraron como correspondia á un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no solo desairado y con descrédito, sino tambien temeroso de lo que determinarian los Atenienses, disgustados y enfadados de que á su persuasion hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traidos de Pilos eran de las pri-

meras casas de Esparta, y tenian amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron sin embargo en medio de su enojo resolucion ninguna violenta contra él; sino que nombraron General á Alcibiades; hicieron alianza al mismo tiempo que con los Argivos con los de Mantinea y los de Elea, que se habian rebelado á los Lacedemonios, y enviaron piratas á Pilos para molestar la Laconia; con lo que volvieron otra vez á ponerse en guerra.

Estaban Nicias y Alcibiades en lo mas fuerte de su discordia cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, segun costumbre recibida de que á cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de pais por diez años á uno de los que le fuesen sospechosos, ó que le causaran envidia por su gran crédito ó por su riqueza. Estaban ambos en grande agitacion y peligro, como que no podia dejar de ser el que el uno ú el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibiades vituperaban su abandonada conducta y temian de su arrojo; y en Nicias, ademas de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, ó mas bien intratable y oligárquico, que le hacia parecer de otra especie; y como repugnaba muchas veces á los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hácia lo que creia conveniente, habia venido á hacérseles odioso. En una palabra la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre este, y los otros sobre aquel.

Mas si por dos sobre un honor se alterca,
No es nuevo que recaiga en un perverso:

como en esta ocasion, dividido el pueblo entre los dos, dió motivo á que se presentaran en la palestra los hombres mas desvergonzados y corrompidos; de cuyo número era Hipérbolo Peritoide, hombre á quien no fue el poder el que le dió atrevimiento; si-

no que de ser atrevido pasó á tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad á ser su afrenta y su infamia. Este pues, considerándose entonces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondia era un potro, esperaba que cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba á ser el rival del que quedase: asi se veia bien á las claras que se alegraba de su division, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibiades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fue este cambio materia de diversion y risa para el pueblo; pero despues ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se habia deshonrado, empleándose en un hombre indigno: teniendo al ostracismo por una pena que honraba; y juzgando, que si bien era castigo para Tucidides, Aristides y otros semejantes, para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado por su maldad como lo habian sido los varones mas excelentes; segun que ya lo dijo Platon el cómico, hablando de él en estos versos:

Por sus maldades mereció esta pena;
Mas por su calidad de ella era indigno:
Porque no se inventó seguramente
Para tan ruin canalla el ostracismo.

Asi es que despues de Hipérbolo ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fue el último; habiendo sido el primero Hiparco Colarqueo, pariente del Tirano. ¡Mas cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios! pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibiades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando á este de la ciudad, habria quedado

en ella con toda tranquilidad; y en caso de haber sido vencido, él habria tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinion del mejor General. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco y no Nicias el que entraba en disputa con Alcibiades; pero los mas lo refieren de aquella manera.

Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos con la pretension de que los Atenienses enviaran una expedicion contra la Sicilia; mas sin embargo de que Nicias lo contradecia, aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fue ya arrollado por las sugestiones, y sobre todo por la ambicion de Alcibiades, el cual con esperanzas habia ganado á la muchedumbre, y con sus discursos la habia alucinado: hasta tal punto que los jóvenes en las palestras, y los ancianos sentados en sus talleres ó en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describian el mar que la rodea, y los puertos y sitios por donde mas se avecina al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde alli en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa, y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules. Viéndolos pues con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos; pero halló muy pocos hombres de poder é influjo que se pusieran á su lado: porque la gente acomodada, por no dar idea de que huian de servir, y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron ó dijeron. Con todo no desistió ó se dió por vencido; sino que aun despues de resuelta la guerra, y de haber sido nombrado General juntamente con Alcibiades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles á la vista los inconvenientes; y aun

excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambicion y de su utilidad particular trataba de envolver á la república en una guerra dificil y ultramarina; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes teniéndole con esto por mas á propósito á causa de su inteligencia y de su nimia prevision, que contrastarian muy bien con la osadía de Alcibiades y la prontitud de Lamaco, dieron á su eleccion mayor firmeza: porque levantándose Demostrato, que era el orador que mas inflamaba á los Atenienses para aquella expedicion, dijo que él haria callar á Nicias; y escribiendo un decreto, por el que se daban á los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

Dícese que por parte de los Sacerdotes se propusieron tambien muchas cosas que contradecian aquella jornada; pero teniendo Alcibiades otros agoreros, presentó de ciertos oráculos antiguos uno, en que se decia que les vendria á los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia; y ademas le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometia que los Atenienses se apoderarian de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen á mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenian las señales mas visibles y manifiestas, como la mutilacion de los Hermes, que á todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes del rostro, á excepcion de uno solo llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto á la casa en que Andocides habitaba entonces; y como la atrocidad egecutada en el ara de los doce Dioses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y abriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos habia una estatua de oro de la Dio-

sa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas de los despojos tomados á los Medos: á esta pues la picotearon por varios dias unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron á picotazos y lo echaron al suelo; pero ellos decian que esto era invencion de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazon por un oráculo que trajeran de Clazomene la Sacerdotisa de Minerva; y enviándola á buscar, se halló que su nombre era *Hesuquia*, que significa quietud; y en esto parece que el buen Genio de Atenas aconsejaba á aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, ó bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Meton, á quien se habia dado entonces cierto mando, fingió dar fuego á su casa, como que estaba loco: aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió á los ciudadanos que en atencion á tan grande desventura eximieran de la expedicion á su hijo, que estaba nombrado Capitan de galera para pasar á Sicilia. A Sócrates el sabio le anunció su Genio, por los medios que tenia de costumbre, que aquella expedicion se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió á sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran tambien motivo de inquietud los dias en que salió la armada, porque celebraban las mugeres las fiestas de Adonis; y por todas partes se veian tendidos por las calles sus simulacros, y junto á ellos exequias y llantos de mugeres; por lo cual los que dan importancia á estas cosas se mostraban disgustados, y temian no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

El que Nicias se opusiese á la expedicion proyectada, sin dejarse seducir de lisongeras esperanzas, y que no mudase de dictamen deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero despues cuando habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo; sino que mas bien este, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas; entonces ya no era tiempo de detenciones é irresoluciones; indisponiendo á sus colegas, y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atras desde la nave, y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenia era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos á probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fue contradecir al dictamen de Lamaco, que queria se marchara directamente á Siracusa, y que en sus inmediaciones se diera una batalla; y tambien al de Alcibiades, que tenia por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos; y logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la orden de que recorriendo con las naves la isla se hiciera ostension de las tropas y del número de galeras, y se volviesen despues á Atenas, dejando una pequeña guarnicion á los Segestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron de alli á poco los Atenienses á Alcibiades para ser juzgado; y entonces, aunque fue designado segundo General, en el poder quedó de primero, y siempre continuó ó estándose quieto, ó teniendo en movimiento las naves, ó juntando consejos, dando lugar á que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan pode-

rosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibiades bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa; pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera á la vista del puerto, y solo con diez penetraron adentro con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras por medio de un heraldo llamaban para que volviesen á su casa á los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducia unas tablas, en las que los Siracusanos se habian inscrito á sí mismos cada uno en su tribu; y puestas lejos de la ciudad en el templo de Júpiter Olimpio, entonces las habian enviado á buscar para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron á los Generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decía: »Los Atenienses se apoderarán de todos los »Siracusanos:" aunque otros dicen que este oráculo habia tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense, dando muerte á Dion, se apoderó de Siracusa.

Despues que Alcibiades regresó de la Sicilia con unos pocos, toda la autoridad fue ya de Nicias; pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificacion, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedicion se veian precisados los Atenienses á admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y asi Nicias, ya por otras causas y ya tambien por su riqueza y por la gloria que habia adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase por tanto que celebrando en una ocasion consejo de guerra, dió orden al poeta Sófocles para que como el mas anciano de los Generales diera el primero su dictamen; y este le respondió, yo bien soy el mas viejo; pero tú eres el mas anciano. De esta manera

teniendo bajo de sí á Lamaco, sin embargo de ser mejor General que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Sicilia lejos siempre de los enemigos dió á estos mucho aliento; y despues con haber acometido á Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor desprecio. Finalmente se retiró á Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar á Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caido cautiva la célebre ramera Lais todavía mocita, y que vendida con los demas esclavos fue llevada al Peloponeso.

Al fin del verano como entendiese que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos á acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia á su campamento, preguntando si habian venido á aumentar los habitantes de Catana, ó á restituir á sus casas á los Leontinos, determinóse Nicias no sin repugnancia á marchar á Siracusa. Queria sentar con seguridad y sosiego su campamento; y para ello envió cautelosamente desde Catana un hombre que avisara á los Siracusanos de que si querian encontrar desierto el campo de los Atenienses, y tomarle con cuanto contenia, acudieran con todas sus tropas á Catana el dia que les prefijó; pues que no saliendo por lo regular los Atenienses de la ciudad, tenian pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venian, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego á la escuadra: siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando mas que su llegada. Este fue el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia: porque sacando con esta estratagema todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos, y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba ha-

cerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Despues cuando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió subitaneamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entonces Nicias y derribó los puentes; lo que hizo decir á Hermócrates para dar ánimo á los Siracusanos: »¡ridículo General es este Nicias, que »busca medios para no pelear, como sino hubiera »sido enviada á pelear su expedicion!" Con todo fue tan grande la sorpresa y el miedo que causó á los Siracusanos, que en lugar de los quince Generales que entonces tenian, eligieron tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaria obrar con las mas plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olimpio, y los Atenienses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias de intento lo fue dilatando y dejando para otro dia, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnicion, por pensar que si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningun provecho habia de resultar de ello á la república, y sobre él vendria á recaer la nota de impiedad. Ningun partido sacó de una victoria tan celebrada; y pasados pocos dias se retiró á Najos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército, y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habian abrazado su partido. Con esto los Siracusanos cobraron otra vez ânimo, y dirigiéndose á Catana, talaron el pais, é incendiaron el campamento de los Atenienses; y de esto todos ponian la culpa á Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse se le iba el tiempo malogrando las ocasiones; pues lo que es sus hechos nadie los reprendia: siendo despues de determinarse activo y

pronto; pero para decidirse muy detenido y cobarde.

Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto, y fue tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido á Tapso con la escuadra, y haber alli saltado en tierra la tripulacion; ni tampoco de que él mismo se habia adelantado hasta el punto de Epipolas, y le habia tomado; en seguida de lo cual venció á lo mas escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que mas que todo admiró á los Siracusanos, y se hizo increible á los Griegos, fue haber corrido en muy poco tiempo un muro al rededor de Siracusa, ciudad de no menor extension que Atenas, y que por la desigualdad de su terreno, por su inmediacion al mar, y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalada con tan dilatada muralla. Pues con todo faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo, que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente á tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones; al que debe con razon atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluido. No puedo pues admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo, y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, despues de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio:

Ocho victorias los que aqui descansan
De los Siracusanos alcanzaron,
Mientras plugo á los dioses de ambos lados
En igualdad perfecta mantenerse.

Y no ocho victorias solas, sino muchas mas todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos, antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los dioses y por la fortuna oposicion á los Ate-

nienses, cuando habian llegado á la cumbre del poder.

Haciéndose pues violencia acudia Nicias á cuanto se ofrecia; pero habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes; y en tanto mandando el ejército Lamaco hacia frente á los Siracusanos, que construian desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenienses para impedir los efectos de su circunvalacion. Por lo mismo que los Atenienses estaban victoriosos, solian desordenarse al seguirles el alcance; y habiéndose quedado en una ocasion casi solo Lamaco, aguardó á la caballería de los Siracusanos que le cargaba. Era el primero en ella Calicrates, buen militar y de mucho aliento; y como provocase á Lamaco, fuese este para él, y pelearon en singular batalla; en la que fue primero herido Lamaco, y al herir despues este á Calicrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron á correr hácia el muro de los Atenienses, en el que habia quedado Nicias sin tener casi á nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó á los que tenia cerca de sí que á cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas y á las máquinas mismas les pegaran fuego. Sirvió esto para contener á los Siracusanos, y salvó á Nicias con la muralla y los efectos que alli tenian guardados los Atenienses: porque viendo los Siracusanos á la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos quedó Nicias único General, y se formaron grandes esperanzas: porque se pasaban á su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos á aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habian llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de

poder sostener la ciudad. Asi Gilipo, que de Lacedemonia venia en su auxilio, luego que en el curso de su navegacion supo como se hallaban cercados, y la escasez que padecian, continuó su viage en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba mas que hacer sino conservar en la alianza á los Italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba á tiempo. Porque las voces que corrian eran de que todo estaba ya por los Atenienses, y que tenian un General invencible por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente con esta prosperidad á ser confiado contra lo que llevaba su natural; y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya mas principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que para ser suya la ciudad apenas le faltaba mas que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observacion: asi con desatenderle y despreciarle, dió lugar á que sin tener él la menor sospecha aportase en una lancha á la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente sin que los Siracusanos lo supiesen, ni siquiera le esperasen. Por tanto ya se habia convocado para junta pública con el objeto de tratar de la capitulacion con Nicias; y algunos se encaminaban á ella, pareciéndoles que debia hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad: porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

Cuando se hallaban en este conflicto llegó Gonguilo de Corinto con una galera; y corriendo todos á él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento á otro, y aun venian mas fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relacion de Gonguilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan á unirse con él.

Cobraron pues ánimo, y tomando las armas apenas llegó Gilipo, sin detencion marchó en orden de batalla contra los Atenienses. Formó tambien Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo á los Atenienses diciéndoles, que les daria permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia; á lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose á reir, le preguntaron, ¿si por haberse presentado una capa y una vara Lacónicas habia de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar á los Atenienses, que á trescientos mas valientes que Gilipo y con mas cabellera, teniéndolos en prisiones, los habian vuelto á los Lacedemonios? Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio á Gilipo: á la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuando al principio se presentó, porque hacian irrision de su capa y de su cabellera. Dice ademas, que apenas se apareció Gilipo volaron muchos á él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos á hacer la guerra; lo que es mas cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquella vara la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fue obra de solo Gilipo, como lo dice Tucídides, y tambien Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenienses, habiendo dado muerte á algunos Siracusanos, y al Corintio Gonguilo; pero al dia siguiente hizo ver Gilipo cuanto puede la inteligencia y pericia militar; porque con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formacion, venció á los Atenienses, que en fuga se retiraron á su campamento; y habiendo puesto á trabajar á los Siracusanos, con las piedras y materia-

les que aquellos habian allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallon de los Atenienses; de modo que aun con vencer nada adelantarian. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos tripularon sus galeras, y recorriendo el pais con su caballería y la de los aliados, atrajeron á muchos. Dirigiéndose tambien Gilipo á las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias entonces volviendo á su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habian tenido, cayó de ánimo, y escribió á los Atenienses pidiendo que le enviaran otro ejército, ó retiraran aquel de la Sicilia; y en cuanto á sí rogó que le exoneraran del mando á causa de su enfermedad.

Aun antes de esto habian intentado los Atenienses enviar nuevas fuerzas á Sicilia; pero por envidia de la prosperidad con que la fortuna habia hasta aquel punto lisongeado á Nicias, lo habian ido dilatando; mas entonces se apresuraron á mandar los socorros. Estaba dispuesto que pasado el invierno marchara Demóstenes con un poderoso ejército; pero entretanto en el rigor de aquella estacion dió la vela Eurumedonte, llevando caudales, y la designacion de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que alli hacian la guerra; los cuales eran Eutudemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente por mar y por tierra la suerte de los combates; y aunque al principio tuvo en el mar algun descalabro, con todo rechazó y echó á pique muchas de las naves enemigas; pero por tierra, no habiendo podido por sí mismo adelantar sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó á Plemurio, donde hallándose los efectos de arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte á no pocos, y haciendo á otros cautivos; pe-

ro lo mas fue haber quitado á Nicias la proporcion del acopio de víveres: porque este era sumamente seguro y pronto por Plemurio, ocupándole los Atenienses; pero desposeidos de él, ademas de ser dificil, no podia hacerse sino á fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenian surta alli su armada. Aun la victoria contra esta no pareció haberse conseguido de poder á poder, sino por haberse desordenado cuando seguia el alcance: asi volvieron á presentarse en actitud de pelear mejor preparados que antes; pero Nicias no queria aventurar otro combate naval, diciendo que seria gran necedad estando aguardando tan brillantes tropas de refresco, como eran las que á toda priesa conducia Demóstenes, querer arriesgarse á una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutudemo, que acababan de ser elevados al mando, se habia apoderado cierta envidia y emulacion contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algun hecho notable antes que llegase Demóstenes y oscurecer si podian á Nicias. El pretexto sin embargo era el zelo por la gloria de la república, la que decian pereceria y se anublaria del todo, si mostrasen temer á los Siracusanos, que los provocaban á batalla; con lo que le obligaron á combatir. Engañados con una estratagema por Ariston, piloto de Corinto, fue destrozada enteramente su ala izquierda, segun escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobre manera Nicias con este infortunio; pues si mandando solo ya habia empezado á caer, ahora los colegas le habian precipitado.

Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto tan brillante con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable á los enemigos, trayendo en setenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las

naves, y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir á aquellos terror. Volvieron por tanto los Siracusanos á concebir los mayores rezelos, viendo que sus trabajos no tenian término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró de otra parte á Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas: pues apenas entró en conferencia con Demóstenes, cuando le vió resuelto á que al punto se acometiera á los enemigos; y sin perder momento se pusiera todo al tablero, para tomar á Siracusa y volverse á casa; de lo que concibió gran temor; y maravillado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperacion y sin maduro consejo. Decíale que la dilacion era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podian contar con que los auxiliares se mantuvieran á su lado largo tiempo, y que si de nuevo sentian los apuros de la escasez y la hambre, acudirian á él como antes con proposiciones de paz. Porque habia no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos á Nicias, y le inclinaban á permanecer, á causa de que aquellos habitantes padecian mucho con la guerra, y no podian aguantar á Gilipo: y á poco que la miseria se aumentase, enteramente habian de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacia Nicias mas que indicarlas, no teniendo por conveniente decirlas á las claras, dió motivo á los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvia á sus precauciones, á sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino procrastinando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al dictamen de Demóstenes, al cabo convino tambien Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo De-

móstenes por la noche las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epipolas á algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, les dió muerte; y á otros que se defendieron los desbarató; mas aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante hasta que dió con los Beocios: porque estos fueron los primeros que animándose unos á otros, y corriendo á los Atenienses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte á muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusion y terror en todo el ejército, llenando de él el que huia al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometia en la que se retiraba despavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huian eran perseguidores, y tratando á los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusion, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento; y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente oscura, ni tenia una luz cierta, como era preciso estando ya para ponerse la luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo hasta el propio se hacia sospechoso, cayendo los Atenienses en la situacion y perplegidad mas terrible. Avínoles tambien el que tenian la luna por la espalda, con lo que enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas; cuando en los contrarios el resplandor de la luna que daba en los escudos, hacia que pareciera en mayor número y con ventaja. Finalmente cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos luego que cedieron, unos fueron muertos por estos en la fuga, otros perecieron á manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el dia, los acabó la caballería: habiendo sido

dos mil los que murieron; y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

Habiendo recibido Nicias este golpe muy contra su esperanza, se quejaba de la precipitacion de Demóstenes; y este, despues de haber pretendido excusarse, fue de parecer que debian retirarse cuanto antes, pues que ya no habian de venirles nuevas fuerzas, ni con aquellas podian vencer á los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre habia de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo, segun se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo: porque se hallaban á la entrada del otoño, tenian muchos enfermos, y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias á la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese á los Siracusanos, sino porque temia mas á los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: porque aqui, añadió, no espero nada de muy adverso; y aun cuando sucediera, quiero mas recibir la muerte de los enemigos, que no de mis conciudadanos: al contrario de como pensó mas adelante Leon Bizantino, que dijo á los suyos: mas quiero morir de vuestra mano, que con vosotros. En cuanto al punto y pais adonde trasladarian el campamento, dijo que ya deliberarian con mas sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le habia salido tan mal su primer dictamen, no insistió mas en el que proponia; y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias por esperar y confiar en los de adentro resistia el embarque con tanto teson, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se encrueleciese la enfermedad en los Atenienses, entonces aun Nicias condescendió en la retirada, y dió orden á los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

Cuando todo estaba á punto, sin que ninguno de

los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la luna: cosa de gran terror para Nicias, y para todos aquellos que por ignorancia y supersticion se asustan con tales acontecimientos: porque en cuanto á oscurecerse el sol hácia el dia trigésimo, ya casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la luna; pero en cuanto á esta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no era facil de comprender; sino que lo tenian por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacia la Diosa de grandes calamidades: pues el primero que con mas seguridad y confianza habia puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la luna habia sido Anaxagoras; y este no era antiguo, ni su escrito tenia celebridad; sino que no se habia divulgado, y solo corria entre pocos con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos lus físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuian á causas destituidas de razon, á potencias incomprensibles, y á fuerzas que no pueden resistirse. Así es que Protagoras fue desterrado; Anaxagoras fue puesto en prision, de la que le costó mucho á Pericles sacarle salvo; y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofía. Ya mas adelante resplandeció la fama de Platon; y tanto con su conducta, como con haber subordinado las fuerzas físicas á principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrian contra estos estudios, y les abrió á todos camino para la instruccion. Así su amigo Dion, aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio, sobrevino un eclipse de luna, no por eso se inquietó, ni dejó de partir, y apoderándose de Siracusa, expelió al Tirano. Hizo ademas la casualidad que Ni-

cias no tuviese á su lado un adivino diestro; porque Estilbides, su gran confidente, y que procuraba desimpresionarle de la superstición, habia muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filocoro, para los que querian huir no era adversa, sino muy favorable: porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto asi en los eclipses de sol como en los de luna se estaba en observacion por tres dias, como en sus comentarios lo expuso Anticlides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de luna, como sino la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas luego que salió de la oscuridad con que la tierra impedia su luz.

Olvidado casi de todo lo demas, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento, y cercando enrededor el puerto con sus naves; y no solo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban é insultaban á los Atenienses. Uno de estos, hijo de padres distinguidos, llamado Heraclides, que se habia adelantado con su barquichuelo, fue cogido por una nave Atica, que salió en su persecucion; y como temiese por él Polico su tio, corrió para librarle con diez galeras que mandaba; y los demas, temiendo por Polico, movieron igualmente. Trabóse una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos con muerte de Eurumedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar mas los Atenienses, y empezaron á gritar contra los Generales, clamando porque dispusieran la retirada por tierra; pues por otra parte los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolucion, porque le parecia cosa terrible abandonar un grandísimo número de transportes y

muy pocas menos de doscientas galeras: embarcando pues lo mas escogido de la infantería y los mas robustos entre los tiradores, ocupó con ellos ciento y diez galeras; porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demas tropa la situó á la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules: de manera que no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo habia los acostumbrados sacrificios, entonces saltando en tierra cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

Cuando ya estaban listas las naves anunciaron los agoreros á los Siracusanos que las víctimas les prometian prosperidad y victoria, sino eran los primeros á empezar el combate, y solamente se defendian; pues Hércules alcanzó todas sus victorias, poniéndose en defensa cuando se veia amenazado; y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los mas empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño á los Atenienses de su estado y disposicion que de mano de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que estando vacías y ligeras, con facilidad discurrian por todas partes; siendo ademas ofendidos con piedras, que donde quiera que cayesen hacian gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleage no tenian golpe seguro, ni siempre podian herir de punta. Esta fue leccion que dió á los Siracusanos Ariston, el piloto de Corinto, el cual habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habian vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenienses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar; y

como viesen tambien muy dificil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron á los enemigos que remolcasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavía por mas triste y miserable el abandono que se veian precisados á hacer de los enfermos y heridos; y considerándose á sí mismos en un estado aun mas lastimoso, porque habian de llegar al mismo fin por entre mayores males.

Intentaban evadirse aquella noche; y Gilipo, viendo á los Siracusanos entregados á sacrificios y banquetes en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones ni con esfuerzo alguno, á que persiguieran á los enemigos, que no dudaba iban á retirarse; pero Hermocrates por movimiento propio excogitó contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijesen venir de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenian armadas celadas, y les habian tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció despues con verdad de parte de los enemigos lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque saliendo á la mañana siguiente al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cercas delante de los vados de los rios, cortaron los puentes, y en el terreno llano y sin tropiezos situaron la caballería, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate. Aguardaron estos todo aquel dia hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande afliccion y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veian, y el abandono de los amigos y deudos; y sin embargo estos males les parecian mas ligeros que los que les aguardaban. Pues con

todo de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningun espectáculo era mas triste y miserable que el ver á Nicias, debilitado por sus males, y reducido en medio de su dignidad á lo mas preciso, sin poder usar de los alivios que por el màl estado de su salud le eran mas necesarios; y que con todo hacia y toleraba en aquella situacion lo que no sufrian muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que no por sí mismo, ni por apego á la vida aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor á sus conciudadanos el que le hacia no dar por perdida toda esperanza. Asi cuando los demas prorumpian en lágrimas y sollozos por el miedo y el dolor, si alguna vez se veia forzado á dar por el mismo término muestras de su afliccion, se advertia que era á causa de comparar la afrenta é ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que habian esperado conseguir. Aun sin tenerle á la vista, con solo recordar sus discursos y las exhortaciones que habia hecho para impedir la expedicion, se les ofrecia que muy sin causa sufria aquellas calamidades; tanto que hasta su esperanza en los dioses llegó á debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso y en las cosas de la religion tan puntual y magnífico, no era mejor tratado de la fortuna que los mas perversos y ruines del Ejército.

Esforzábase Nicias á mostrarse en la voz, en el semblante, y en el modo de saludar superior á tanta desgracia; y en los ocho dias de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenia consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes con su division junto á la quinta llamada Policele, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió á sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos, y le echaron mano.

Adelantáronse unos cuantos Siracusanos á enterar á Nicias del suceso; y habiendo mandado algunos de los suyos de á caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquellos, manifestó deseo de tratar con Gilipo para que dejaran partir á los Atenienses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serian indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oidos, sino que tratándole con vilipendio, y haciéndole amenazas é insultos, le lanzaron tiros, no obstante que le veian reducido al último extremo de miseria. Con todo aun aguantó aquella noche, y al dia siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el rio Asinaro. Alli estos alcanzaron á algunos, y los arrojaron á la corriente; otros habian llegado antes, y compelidos de la sed se habian echado de bruces á beber; y fue grande el estrago y crueldad contra los que á un mismo tiempo bebian y recibian la muerte: hasta que Nicias, echándose á los pies de Gilipo le hizo este ruego: "Hallen "compasion, ó Gilipo, en vosotros los vencedores, "no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme "el nombre y la gloria que me dan tamañas desgra- "cias, sino los demas Atenienses, haciéndoos cargo "de que son comunes los infortunios de la guerra, "y que en ellos se hubieron con vosotros benigna- "mente los Atenienses, cuando les fue favorable la "fortuna." Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo; pues sabia que los Lacedemonios habian sido de él favorecidos en el último tratado; y ademas echaba cuenta de que importaria mucho para su gloria el conducir prisioneros á los dos generales enemigos. Por tanto tomando de la mano á Nicias, procuró alentarle, y dió orden para que á los demas los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacer correr esta orden, fueron menos que los muertos los

que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los mas altos y hermosos arboles de la orilla del rio las armas ocupadas á los enemigos; pusieron coronas sobre sus sienes, y enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las clines á los de los enemigos, se dirigieron á la ciudad despues de haber terminado la mas celebrada contienda que griegos contra griegos tuvieron jamas, y de haber alcanzado la victoria mas completa con grande poder y teson, y con las mayores muestras de resolucion y de virtud.

Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Eurucles propuso primero que el dia en que habian hecho prisionero á Nicias seria sagrado y dedicado á hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaria Asinaria del nombre del rio: el dia fue el veinte y siete del mes Carneo, al que los Atenienses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenienses serian vendidos, y tambien sus aliados; pero los Atenienses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serian puestos en custodia, destinándolos á los trabajos de las minas, á excepcion de los generales; y que á estos se les daria muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender, que mas glorioso que el vencer es saber usar con moderacion de la victoria; pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenienses para conducirlos á Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente; y sin esto fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar verdaderamente Lacónico; y segun dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre Clean-

drides en causa de soborno fue desterrado; y él mismo, habiendo sustraido treinta talentos de los que Lisandro envió á Esparta, y escondídolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con mas detencion en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que habiéndoles avisado Hermócrates cuando todavía duraba la junta por medio de uno de la guardia que alli se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida; y que los cadáveres se expusieron públicamente á la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura primorosamente entremezclados.

De los Atenienses los mas fallecieron en las minas de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por dia mas que dos cotilas[1] de cebada y una de agua. No pocos fueron vencidos, ó porque habian sido de los robados, ó porque no se les tuvo por ciudadanos Atenienses; sino que pasaron por esclavos, y como tales los vendian imprimiéndoles en la frente un caballo: teniendo que sufrir esta miseria mas sobre la esclavitud. Fueron para estos de gran socorro su vergüenza y su educacion, porque ó alcanzaron luego la libertad, ó permanecieron siendo tratados con distincion en casa de sus amos. Debieron otros su salud á Eurípides; porque eran los Sicilianos, segun parece, entre los Griegos de afuera los que mas gustaban de su poesía; y aprendian de memoria las muestras, y digámoslo asi, los bo-

1 La cotila griega hacia medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.

cados que les traian los que arribaban de todas partes, comunicándoselos unos á otros. Dícese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesías, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir; y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increible á los Atenienses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debia saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los Arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los Arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisfaciese, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ¡Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

MARCO CRASO.

Marco Craso, cuyo padre habia sido Censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su muger, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes Vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aqui tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidad con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedicion con-

tra los Partos, halló que ascendia á la suma de siete mil y cien talentos; y si aunque sea en oprobio suyo hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra: siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, despues de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que habia proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos; y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese á los mas que fuese posible y á los mas poderosos, no se vió que Craso rehusase ninguna donacion, ni ninguna subasta. Ademas de esto, teniéndose por continuas y connaturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras; y luego que los tuvo, habiendo llegado á ser hasta quinientos, procuró hacerse con los edificios quemados y los contiguos á ellos, dándoselos los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero; por cuyo medio la mayor parte de Roma vino á ser suya. Y sin embargo de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitacion; porque decia, que los amigos de obras ellos se arruinaban á sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenia, posesiones de gran precio en sí, y por las muchas manos que las cultivaban; y á pesar de eso, todo era nada en comparacion del valor de sus esclavos; ¡tantos y tales eran los que tenia! lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendian, cuidando de ellos y enseñándoles; porque llevaba la regla de que al amo era á quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. ¡Excelente pensamiento! si Craso juzgaba, como lo decia, que las demas cosas debian administrarse por los esclavos, y él gobernar á estos:

porque vemos que la economía en lás cosas inanimadas no pasa de lucrosa, y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razon fue en decir que no debia ser tenido por rico el que no pudiera mantener á sus expensas un ejército: porque *la guerra no se mantiene con lo tasado*, segun Arquidamo; sino que la riqueza respecto de la guerra y los guerreros tiene que ser indefinida: muy distante de la sentencia de Mario; porque como habiendo distribuido catorce yugadas de tierra á cada soldado le hubiesen informado que todavía codiciaban mas; no quiera Dios, dijo, que ningun Romano tenga por poca la tierra que basta á mantenerlo.

Picábase sin embargo Craso de acoger bien á los forasteros, estando abierta su casa á todos ellos, y á los amigos les daba prestado sin interes; pero vencido el plazo exigia con tanto rigor el pago, que la primera gracia venia á hacerse mas inaguantable que habrian sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular; y aunque esta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacia mas apetecible, que hubiera podido hacerla el ser mas exquisita y costosa. En cuanto á instruccion, se ejercitó en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y mas extensa utilidad; y habiendo llegado á sobresalir en esta arte entre los mas aventajados de Roma, en el trabajo y en el zelo excedió aun á los mas facundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella; y muchas veces repugnando Pompeyo y Cesar, y aun el mismo Ciceron, levantarse y tomar la palabra, él concluia la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono solicito y diligente. Ganósele tambien con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso saludado de un ciudadano Romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle

por su nombre. Dícese que fue muy instruido en la historia, y aun algo dado á la filosofia, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro á Alejandro, varon dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era mas pobre antes de ir á su compañía, ó despues de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viages, para el camino se le daba una capa, la que se le recogia á la vuelta. ¡Esta sí que es paciencia! y se ve que este infeliz no solo no tenia por mala, mas ni aun por indiferente la pobreza; pero de esto hablaremos mas adelante.

Desde luego que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban á entrar en la ciudad, no para bien de la patria, sino al contrario para destruccion y ruina de los buenos ciudadanos; y por decontado cuantos pudieron haber á las manos todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano El mismo Craso, que todavía era muy joven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes le perseguian y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados huyó con estraordinaria celeridad á España, donde en otro tiempo habia estado con su padre en ocasion de ser este Pretor, y habia granjeado amigos; pero habiendo observado que todos estaban llenos de rezelo temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió á presentarse á ninguno; sino que dirigiéndose á unos campos que en la inmediacion del mar tenia Vibio Pacieco, donde habia una gran cueva, alli se ocultó. A Vibio envió uno de sus esclavos para que le tanteara; y mas que ya empezaban á faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relacion de este que se habia salvado; é informado de cuantos eran los que tenia

consigo y del sitio, aunque no pasó á verle, llamó al punto al administrador de aquella hacienda, y le dió orden de que haciendo todos los dias aderezar una comida, la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse á examinar ni inquirir lo que habia; y le anunció que el ser curioso le costaria la vida; y el desempeñar fielmente lo que se le mandaba, le valdria la libertad. La cueva está no lejos del mar; y las rocas que la circundan envian una aura delgada y apacible á los que se hallan dentro: si se quiere pasar adelante, aparece una elevacion maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal; y unas hendeduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el dia. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso á la humedad y á los vapores, haciéndoles dirigirse hacia la fuente.

Mientras alli se mantenia Craso, el administrador les llevaba todos los dias el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veian, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; y la comida con que se les asistia no se limitaba á lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabia agasajar á Craso con toda delicadeza: tanto que hasta sus pocos años le ocurrieron; y viendo que era muy joven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad: pues ceñirse á lo puramente necesario, mas es de quien solo tira á cumplir, que de quien sirve con voluntad. Encaminándose pues á la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando á estas la puerta de la cueva, les dió orden de que entrasen en ella sin

rezelo. Craso y los que con él estaban al ver que alla se dirigian, empezaron á temer no fuese que se hubiera descubierto, ó que se hubiera denunciado su retiro: preguntáronles pues qué querian, y quiénes eran; mas luego que respondieron, cómo se les habia prevenido, que buscaban á su amo que se hallaba alli refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dió entrada á las esclavas; las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte á Vibio de lo que les hacia falta. Dícese que Fenestela alcanzó á ver á una de ellas ya muy anciana, y que muchas veces la oyo referir y traer á la memoria estas cosas con sumo placer.

Pasó alli Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la muerte de Cina, como acudiesen á él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos, recorrió con ellos las ciudades; de las cuales solo saqueó á Málaga segun opinion de muchos; pero se dice que él lo negaba, y que impugnó á aquellos escritores. Recogió despues de esto algunas embarcaciones, y pasando al Africa se dirigió á Metelo Pio, varon de grande autoridad, y que habia juntado un ejército respetable; pero con todo no permaneció largo tiempo á su lado, sino que habiéndose indispuesto con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distincion. Regresó Sila á Italia de alli á poco, y queriendo tener en actividad á todos los jóvenes que con él servian, les fue dando diferentes encargos; y como enviase á Craso al pais de los Marsos á reclutar gente, este le pidió escolta, porque tenia que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: ¡y tanto! pues te doy en escolta á tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy á tomar venganza: corrido é inflamado con semejante expresion, partió

sin detenerse; atravesó resueltamente por entre los enemigos; reunió considerables fuerzas, y en los combates dió pruebas á Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulacion y contienda de gloria con Pompeyo; porque con ser este de menor edad, é hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el mas implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente, y compareció grande en estos reencuentros; tanto que Sila cuando entraba Pompeyo se levantaba, se descubria la cabeza, y le saludaba con el dictado de emperador: distinciones de que no solia usar ni con varones mas ancianos que él, ni con sus colegas. Quemábase é irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor á sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, á saber, su ansia de adquirir y su sórdida codicia: así es que habiendo tomado en la Umbria la ciudad de Tuder, se creyó que se habia apropiado la mayor parte del botin, y de ello fue acusado ante Sila. Luego en la batalla de Roma, que fue la mas encarnizada y decisiva, Sila fue vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de los que estaban á su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció á los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche, envió á pedir á Sila cena para sus soldados, y le anunció la victoria; pero en las proscripciones y subastas volvió á desacreditarse, comprando grandes rentas á precio muy bajo, y pidiendo dadivas. En la Calabria se dice que proscribió á uno, no de orden de Sila, sino por codicia; por lo que reprobando este su conducta, no volvió á valerse de él para ningun negocio público. Tenia la partida de ser tan diestro para ganarse las gentes con la adulacion, como sujeto á que con la adulacion se le llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, segun se dice,

el que siendo el mas codicioso de los hombres, aborrecia y censuraba á los que adolecian del mismo vicio.

Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas; el que hubiese triunfado antes de ser Senador, y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasion dijese uno, ahi viene Pompeyo el grande, sonriéndose le preguntó, ¿como qué es de grande? Desconfiando pues de poder igualarle por la milicia, recurrió á las artes del gobierno, llegando á conseguir con su zelo, sus defensas, sus empréstitos, y con dar pareceres, y auxiliar en cuanto le pedian á los que tenian negocios públicos, un poder y una gloria que competian con los que habian granjeado á Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucedíales una cosa singular; y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, á causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente quedaba muchas veces inferior á Craso por su entonamiento y por su método de vida, huyendo de la muchedumbre, retirándose de la plaza pública, y no tomando bajo su amparo, y aun esto no con gran empeño, sino á pocos de los que á él acudian: á fin de conservar mas vigente su autoridad, cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocia la importancia de ser útil á los demas, y que no se hacia desear, ni escaseaba su trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popular y humano triunfaba de aquel ceño y magestad. Por lo que hace á la nobleza de la persona, á la facundia en el decir, y á la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenian bastante atractivo. Ni aquella emulacion de que hemos hablado producia en Craso enemistad ó malquerencia, sino que sintiendo ver que Pompeyo y Cesar le eran antepuestos en los honores

no por eso acompañaban á este ajamiento de su amor propio, ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto César, cuando en el Asia fue cautivado y puesto en custodia por los piratas: "¡con cuanto gozo, "exclamó, recibirás, ó Craso, la noticia de mi cau-"tividad!" Ello es que mas adelante contrajeron entre sí cierta amistad; y teniendo en una ocasion Cesar que pasar de Pretor á España, como le faltasen fondos, y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las prevenciones de la expedicion, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso (porque en Caton era mas la gloria que la autoridad, y mas bien era admirado que tenido por poderoso); la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo; y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso puesto entre ambos ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; y siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedian con frecuencia, ni era amigo seguro, ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedia en la gracia y en el odio segun la utilidad lo exigia, siendo muchas veces en poco tiempo defensor é impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuian á darle poder el favor y el miedo; pero este mas todavia: asi es que Sicinio, que tanto dió en que entender á todos los Magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con solo Craso no se metia, sino que le dejaba en paz, "este, le respondió, tiene heno en el cuerno," aludiendo á la costumbre que tenian los Romanos, cuando habia un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno, para que se guardasen los que le vieran.

La sedicion de los gladiatores, y la devastacion de la Italia, á la que muchos dan el nombre de guerra Espartacense ó de Espartaco, tuvo entonces origen, con el motivo siguiente: un cierto Lentulo Baciato mantenia en Capua gladiatores, de los cuales muchos eran Galos y Traces; y como para el objeto de combatir, no porque hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse: hubo quien los denunciara; mas con todo los que llegaron á traslucirlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores, lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos carros que conducian á otra ciudad armas de las que son propias de los gladiatores; robáronlos, y ya mejor armados tomando un sitio naturalmente fuerte, eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espartaco, natural de Tracia, de un pueblo nomade; pero no solo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aun en el juicio y en la dulzura muy superior á su suerte; y mas propiamente Griego que de semejante nacion. Se cuenta que cuando fue la primera vez traido á Roma para ponerle en venta, estando en una ocasion dormido, se halló que un dragon se le habia enroscado en el rostro; y su muger, que era de su misma gente, dada á los agüeros é iniciada en los misterios orgicos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible, que habia de venir á un término feliz. Hallábase tambien entonces en su compañía, y huyó con él.

La primera ventaja que alcanzaron fue rechazar á los que contra ellos salieron de Capua; y tomándoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiatores. Vino despues de Roma en su persecucion el Pretor Clodio

con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenia sino una sola subida muy agria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demas partes, el sitio no tenia mas que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados, los sarmientos mas fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extension, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, á excepcion de uno solo, que fue preciso se quedara á causa de las armas. Mas este las descolgó luego que los otros bajaron, y despues tambien él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos; y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron á huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles alli muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gente de expeditas manos y de ligeros pies: asi armaron á unos, y á otros los destinaron á comunicar avisos, ó á las tropas ligeras. El segundo Pretor enviado contra ellos, fue Publio Voreno; y en primer lugar derrotaron á su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Despues, habiendo Espartaco sobrecogido bañándose junto á Salenas al consultor y colega de aquel, Cosinio, enviado con mas fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro: pero Espartaco le tomó el bagage, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño tambien del campamento; y por último cayó en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al Pretor en persona en diferentes encuentros; y habiéndose apoderado de sus lictores y de su propio caballo, con esto adquirió ya gran fama, y se hizo

temible. Con todo echó como hombre prudente sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército á los Alpes, pareciéndole que debian ponerse al otro lado, y encaminarse todos á sus casas, unos á la Tracia y otros á la Galia; mas ellos fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oidos, sino que se entregaron á talar la Italia. En este estado no fue solo la humillacion y la vergüenza de aquella rebelion la que irritó al Senado, sino que por temor y por consideracion al peligro, como á una de las guerras mas arriesgadas y dificiles, hizo salir á aquella á los dos Cónsules. De estos Gelio, á las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habian separado de las de Espartaco, cayendo sobre ellas repentinamente, del todo las deshizo y desbarató. Propúsose Lentulo envolver á Espartaco con grandes divisiones; pero él se decidió á hacerle frente, y dándole batalla, venció á sus legados, y se apoderó de todo el bagage. Retirado á los Alpes, fue en su busca Casio, Pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenia; pero trabada batalla, fue igualmente vencido, perdiendo mucha gente, y salvándose él mismo con gran dificultad.

Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado á los Cónsules que nada emprendiesen, y se nombró á Craso General para aquella guerra; al cual por amistad y por su grande opinion acudieron muchos de los jóvenes mas principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debia situarse en la region Picena, y esperar á Espartaco, que por alli habia de pasar; pero envió para observarlo á su legado Mumio con dos legiones, dándole orden de que puesto á su espalda siguiera á los enemigos, sin que de ningun modo viniera á las manos con ellos, ni aun hiciera la guerra de avanzadas; pero él apenas pudo concebir alguna esperanza, cuando trabó com-

bate y fue vencido; habiendo perecido muchos, y habiéndose otros muchos salvado, arrojando las armas en la fuga. Craso recibió á Mumio con la mayor aspereza; y armando de nuevo á los soldados, les hizo dar fianzas de que conservarian mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los mas cobardes, los repartió en cincuenta décadas, y de cada una de ellas hizo quitar la vida á uno, á quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados interrumpido tiempo habia; el cual, ademas de ir acompañado de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse á la vista de todo el ejército. Despues de dado este ejemplo de severidad guió contra los enemigos; mas en tanto Espartaco se encaminaba por la Lucania hácia el mar; y encontrándose en el puerto con unos piratas Cilicianos intentó pasar á la Sicilia, é introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habria vuelto á encender en ella la guerra servil, poco antes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de Cilicia, y recibieron algunas dádivas; pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él á la vela. Movió otra vez del mar, y sentó sus reales en la península de Regio; adonde acudió al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio que estaba indicando lo que habia de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio á los soldados, y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y dificil; pero contra toda esperanza la acabó y completó en muy poco tiempo, abriendo de mar á mar por medio del estrecho un foso, que tenia de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo quince pies; y sobre el foso construyó un muro de maravillosa altura y espesor. Espartaco al principio no hacia caso, y aun se burlaba de estos trabajos; pero llegando á faltarle el botin, y querien-

do salir, entonces echó de ver que estaba cercado; y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando á que viniera una noche de nieve y ventisca, cegó una pequeña parte del foso con tierra, con leños y con ramage, y por alli pudo pasar el tercio de su ejército.

Temió Craso no fuera que Espartaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó, habiendo sabido que muchos le habian abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habian acampado junto al lago Lucano; del que se cuenta que por tiempos se muda, teniendo unas veces el agua dulce, y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra estos, los retiró de la laguna; pero le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espartaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenia escrito al Senado que era preciso hacer venir á Luculo de la Tracia, y á Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró á dar concluida la guerra antes que aquellos llegasen; conociendo que la victoria se atribuiria al recien venido que habia dado socorros. Resolvió por tanto acometer primero á los que se habian separado de Espartaco, y que hacian campo á parte, siendo sus caudillos Cayo Canicio y Casto; y para ello envió á unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mugeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos; y hubieran corrido gran peligro, á no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso y empeñado una de las mas recias batallas; en la que habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la

espalda, habiendo perecido los demas en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espartaco despues de la derrota de estos hácia los montes Petelinos; y Quinto y Escrofas, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguian muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fue grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar mal herido al cuestor; y justamente este pequeño triunfo fue el que perdió á Espartaco, porque inspiró osadía á sus fugitivos; los cuales ya se desdeñaban de batirse en retirada, y no querian obedecer á los gefes, sino que poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron á volver atras y á conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy á medida de los deseos de Craso; porque ya habia noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacian correr en los Comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada; pues lo mismo seria llegar que dar una batalla, y poner fin á aquella guerra. Dándose por tanto priesa á combatir y á situarse para ello al lado de los enemigos, hizo abrir un foso, el que vinieron á asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos á la defensa, viéndose Espartaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traido el caballo, lo primero que hizo fue desenvainar la espada, y diciendo si venciere tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos, mas si fuere vencido no lo habré menester, lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida á dos centuriones que se opusieron á su paso. Finalmente dando á huir los que consigo tenia, él permaneció inmoble; y cercado de muchos, se defendió hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte á la for-

tuna: llenó todos los deberes de un buen General, y no dejó de poner á riesgo su persona; y sin embargo aun sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo; porque los que de aquel huian dieron en las manos de este, y los deshizo. Asi es que escribiendo al Senado le dijo, que Craso en batalla campal habia vencido á los fugitivos; pero él habia arrancado la raiz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra de Sertorio y de la España; pero Craso lo que es el triunfo solemne ni siquiera se atrevió á pedirlo; mas ni aun el menos solemne, á que llaman ovacion, parecia propio y digno por una guerra de esclavos. En que se diferencie este del otro, y de donde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

Naturalmente parecia despues de esto ser llamado al Consulado Pompeyo; y aunque Craso tenia alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió no obstante á pedirle su intercesion. Tomó este con gusto el encargo, porque deseaba ocasion de dejar obligado con algun favor á Craso: asi trabajó con eficacia, y por último llegó á decir en la junta pública que no seria menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada esta, no se mantuvieron en los mismos sentimientos de union y concordia, sino que antes oponiéndose como quien dice en todos los negocios el uno al otro, y estando en continua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado; sin otra cosa notable que haber hecho Craso un gran sacrificio á Hércules, dando con ocasion de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses á los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del orden ecuestre, oscuro y retirado en su método de vida, llamado Onacio

Aurelio, subiendo á la tribuna, y llamando la atencion, se puso á explicar este sueño que habia tenido: » porque Júpiter, dijo, se me ha aparecido, y me ha » mandado os diga en público, que no deis lugar á » que los Cónsules dejen el mando antes de haberse » hecho amigos." Dicho esto, clamó el pueblo que debian reconciliarse; á lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo, no me parece, ó ciudadanos, que hago nada que me degrade, ó que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto á dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, á quien vosotros llamasteis *grande* cuando apenas tenia bozo, y á quien decretasteis el triunfo antes de ser admitido en el Senado.

Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de alguna atencion: pues la censura todavía fue mas oscura é inactiva; porque ni hizo investigacion del Senado, ni pasó revista á los caballeros, ni impuso nota á ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega á Luctacio Catulo, varon el mas dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto á la obediencia del pueblo Romano por un medio inicuo y violento, se le opuso Catulo con el mayor esfuerzo; y que habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha; y aun uno de los conjurados pronunció en público su nombre; pero nadie le dió crédito. Con todo Ciceron en una oracion claramente echó la culpa de aquel atentado á Craso y á César: bien es que este escrito no salió á luz hasta despues de la muerte de ambos. El mismo Ciceron en la oracion del Consulado dice que

Craso fue á su casa por la noche, y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina, y con la que se confirmaba la sospechada conjuracion. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio á Ciceron con este motivo; y si manifiestamente no se vengó, fue precisamente por su hijo Publio; el cual, siendo muy dado á las buenas letras y á la filosofía, estaba siempre al lado de Ciceron: de manera que cuando se vió su causa, mudó con él de vestidura, é hizo que ejecutaran otro tanto los demas jóvenes; y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

César luego que regresó de la provincia, se disponia para pedir el consulado; pero viendo otra vez á Craso y á Pompeyo indispuestos entre sí, ni queria, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató pues de reconciliarlos, no dejándolos de la mano, y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban á los Cicerones, á los Catulos y Catones, de quienes nadie haria cuenta, si teniendo ellos á unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espíritu. Convenciólos, y logró unirlos; con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fue la ruina del Senado y la disolucion del pueblo, no tanto hizo mayores á los otros, cuanto por medio de ellos mismos consiguió quedarles superior; pues que á virtud de los esfuerzos de ambos fue al punto elegido Cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducia perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos; y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creidos de que todo lo demas se lo repartirian á su gusto entre sí con mantenerle á aquel firme y estable la provincia que le habia cabido en suerte. Prestábase á todo esto Pompeyo por su ilimitada

ambicion; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulacion con motivo de los trofeos y triunfos de César, en los que no llevaba á bien ser inferior, cuando sobresalia en todo lo demas: de manera que no paró ni sosegó hasta causar á la patria las mayores calamidades, y precipitarse él mismo en una afrentosa perdicion. Habiendo pues bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca, acudieron allá muchos desde Roma; y pasando tambien reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios, y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no habia mas que un camino, que era otra peticion del Consulado; y presentándose estos por candidatos, debia prestarles ayuda César, escribiendo á sus amigos y enviando á muchos de sus soldados para asistir á los comicios.

Vueltos á Roma Pompeyo y Craso despues de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha, y corrió de boca en boca la voz de que su entrevista no habia sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marcelino y Domicio á Pompeyo, ¿si pediria el consulado? á lo que respondió, que quizá lo pediria, y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediria para ciudadanos hombres de bien, mas no para ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas, Craso contestó con mas moderacion, diciendo que si habia de ser para bien de la república pediria el consulado, y si no se abstendrian; por lo cual algunos se resolvieron á presentarse tambien candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demas desistieron de la pretension; pero

Caton sostuvo á Domicio, que era su deudo, y lo alentó á que tuviera esperanza, y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado á lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino á la tiranía; ni aquello era peticion de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Caton, casi no le faltó mas que llevar á empujones á Domicio hasta la plaza, siendo por otra parte muchos los que se pusieron á su lado. Preguntábanse unos á otros con no pequeña admiracion, ¿para qué querrian estos un segundo consulado? ¿por qué otra vez juntos? ¿y por qué no con otros? pues tenemos, decian, muchos hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo. Cobraron miedo los del partido de este con tales voces, y no hubo vileza ni violencia á que no se propasasen; sino que armando asechanzas, sobre todo á Domicio, que todavía de noche bajaba á la plaza con otros, dieron muerte al criado que le precedia con el hacha, é hirieron á varios, entre ellos á Caton. Ahuyentando pues á estos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar Cónsules; y de alli á poco tiempo, rodeando de armas el Senado, echando á Caton de la plaza, y dando muerte á algunos que les hicieron oposicion, prorogaron á César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria, y una y otra España: despues echadas suertes, tocó á Craso la Siria, y las Españas á Pompeyo.

Habia salido la suerte puede decirse que á gusto de todos: porque habia muchos que no querian que Pompeyo se alejase á gran distancia de la ciudad; y este, que amaba con exceso á su muger, se veia que se detendria cuanto pudiese. A Craso desde el punto en que cayó la suerte se le conoció la gran satisfaccion que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que

apenas podia contenerse aun ante los extraños y la muchedumbre; pero lo que es con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacias de sentido, contra lo que pedian su edad y su caracter, que nunca habia sido hueco y jactancioso; mas entonces acalorado y fuera de tino, no ponia por término á su ventura la Siria ó los Partos; sino que mirando como niñería los sucesos de Luculo con Tigranes, y los de Pompeyo con Mitridates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el mar exterior. Nada en verdad se decia de guerra Pártica en el decreto que se sancionó; pero todo el mundo sabia que esto era lo que ansiaba Craso; y César le escribió desde las Galias celebrando su designio, y dándole priesa para partir á la guerra. Mas luego se vió que el tribuno de la plebe Ateyo iba á oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte á muchos que no entraban bien en que se fuese á hacer la guerra á unos hombres que en nada habian faltado, y con quienes intercedian tratados de paz; de miedo de lo cual rogó á Pompeyo que se pusiera á su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo; y aunque habia muchos que estaban dispuestos á impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquel con semblante risueño: de manera que sin el menor obstáculo los dejaron pasar. Ateyo con todo se les puso delante, y primero le dió en voz, tomando testigos, la orden de que no partiese, y despues mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidiéronlo los otros Tribunos: asi el ministro no llegó á asir á Craso; pero Ateyo corrió á la puerta, y puso en ella una escalfeta con lumbre; y cuando llegó Craso, echando aromas, y haciendo libaciones, prorumpió en las imprecaciones mas horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres á unos die-

ses terribles tambien y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables y antiguas, tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal aun al mismo que las emplea: por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Asi entonces reconvenian á Ateyo de que hubiese atraido sobre la república, por cuya causa se habia manifestado contrario á Craso, semejantes maldiciones, y semejante ira de los dioses.

Marchó pues Craso, y llegó á Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo á la vela, perdiendo algunos buques. Recogió las fuerzas que le habian quedado, y por tierra siguió su viage atravesando la Galacia. Alli vió al Rey Deyotaro, que siendo ya de edad avanzada, estaba fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chanceó con él diciéndole ¿cómo es esto, ó Rey, despues de las doce del dia empiezas á edificar? y el Gálata sonriéndose, óla pues, le repuso, tú tampoco, ó Emperador, has madrugado mucho para invadir á los Partos: porque Craso habia ya pasado de los sesenta años, y á la vista aun parecia mas viejo de lo que era. Al principio los negocios se le presentaron muy segun sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates; condujo sin tropiezo el ejército, y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolonio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército, la rindió, la entregó al saqueo, y vendió los habitantes: los Griegos llamaban á esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase Emperador; incurriendo en gran vergüenza, y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante triunfo

se pagaba. Puso de guarnicion en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró á la Siria á tomar cuarteles de invierno. Estando alli llegó el hijo que iba de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios, y llevándole mil soldados de á caballo escogidos. Y de los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedicion, fuera de la expedicion misma, parece que este fue el primero: á saber, el que cuando era menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo á los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detencion en la Siria hubiese sido mas bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas, ni reunió las tropas para ejercitarlas; y solo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos dias en poner en pesos y balanzas la riqueza de la Diosa que se veneraba en Hierapolis. Escribia á los pueblos y á las autoridades, señalándoles el número de soldados que habian de presentar; y como luego los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo, fue de parte de aquella Diosa, la cual piensan unos que fue Venus, otros Juno, y otros la causa y naturaleza que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas, y mostró á los hombres el origen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el joven, y despues el padre cayó en pos de él.

Cuando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del Rey Arsaces, trayéndole un mensage muy breve, porque le dijeron: que si aquel ejército era enviado por los Romanos, la guerra seria perpetua é irreconciliable; pero que si Craso habia llevado contra ellos las

armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y por sus intereses particulares, que era lo que se les habia informado, Arsaces estaba dispuesto á usar de moderacion, compadeciéndose de la ancianidad de Craso; y que le restituiria los soldados, que mas bien se hallaban en custodia que en guarnicion. Díjoles Craso con altanería que en Seleucia les daria la respuesta; y el mas anciano de los embajadores llamado Vagises, echándose á reir, y mostrando la palma de la mano: aqui, ó Craso, le dijo, nacerá pelo antes que tú veas á Seleucia. Retiráronse pues cerca de su Rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecian los Romanos pudieron escapar algunos contra toda esperanza, y trajeron nuevas propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos, y de los combates que habian sostenido en las ciudades; y como suele suceder, todo lo pintaban del modo mas terrible: que eran hombres, de quienes si perseguian, no habia como librarse, y si huian, no habia como alcanzarlos; que sus saetas eran voladoras y mas prontas que la vista, y el que las lanzaba antes de ser observado habia penetrado por do quiera; y finalmente que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas á todo resistian sin abollarse. Los soldados al oir esta relacion cayeron de ánimo: pues cuando creian que los Partos serian como los Armenios y Capadocios, á los que Luculo llevó como quiso hasta cansarse, y que lo mas dificil de aquella guerra seria lo mucho que habria que andar en persecucion de unos hombres que nunca venian á las manos, se encontraban contra lo que se habian prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros: asi es que aun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debia contenerse, y de-

liberar de nuevo sobre el partido que convendria tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle tambien reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y repugnantes señales; mas ni á estos quiso dar oidos, ni á ninguno que no le hablase de ir adelante.

Vino en esto á confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, Rey de Armenia, porque pasó á su campo con seis mil soldados de á caballo, que dijo constituian su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas, y treinta mil infantes que mantendria á su costa. Aconsejaba á Craso que se dirigiera por la Armenia á la Partia, pues no solo tendria su ejército abundantemente provisto por su cuidado, sino que caminaria con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles á la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros; mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde habia dejado muchos y buenos soldados Romanos; y el Armenio á esto cedió, y se retiró. Cuando Craso conducia su ejército cerca de Zeugma se desgajaron frecuentes y terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos enfrente del ejército; y un huracan violento con nubes y torbellino, hiriendo en el ponton que preparaba, derribó y destrozó la mayor parte. Fue tambien dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba á establecer su campamento. El caballo de uno de los gefes, vistosamente enjaezado, derribó al ginete, y arrojándose al rio, se sumergió, y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atras. Quiso tambien la casualidad que al repartir á los soldados sus raciones despues de haber pasado el rio, lo primero que se les dió fueron lentejas y sal, cosas

que son entre los Romanos de luto, y se ponen á los muertos. Habló Craso á las tropas, y en el discurso se dejó caer una expresion, que en gran manera disgustó al ejército: porque dijo que romperia el puente para que ninguno pudiese volver; y cuando convenia, luego que conoció el mal efecto que habia producido, recogerla y alentar á los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente haciendo la acostumbrada expiacion del ejército, y presentándolo el agorero las entrañas de la víctima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él, sonriéndose, estas son cosas de la vejez, les dijo; pero á bien que las armas no se me caerán de la mano.

Movió de alli por la orilla del rio, llevando siete legiones de infantería, cerca de cuatro mil caballos, é igual número de tropas ligeras. En esto vinieron á darle parte algunos de los exploradores de que el pais estaba desierto de hombres; pero se advertian huellas de gran número de caballos, que mudando de direccion, se habian vuelto atras; con lo que se encendieron mas las esperanzas en Craso, y los soldados empezaron tambien á mirar con desprecio á los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos á las manos; pero Casio volvió sin embargo á representar á Craso que seria bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias mas ciertas de los enemigos; ó cuando no, marchar á Seleucia constantemente por la margen del rio, pues con esto los transportes que no se apartarian nunca de la vista del campamento, los surtirian abundantemente de provisiones; y sirviéndoles el rio mismo de defensa para no ser cortados, podrian pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas sobrevino un principe Ara-

be llamado Acbaro, hombre doloso y astuto, y que entonces fue para ellos el mayor y mas consumado mal de cuantos para su perdicion amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habian servido con Pompeyo de que habia disfrutado de su favor, y tenia concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entonces á Craso por dictamen de los generales del Rey, para que viera si acompañándolo podria llevarlo lejos del rio y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque á todo se determinaban, menos á combatir de frente con los Romanos. Venido pues Acbaro á la presencia de Craso, como elocuente que tambien era, empezó á celebrar á Pompeyo que habia sido su bienhechor; y dando á Craso el parabien de mandar tales fuerzas, culpó su detencion en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos, y no tuviera mas bien necesidad de pies ligeros contra unos hombres, que lo que buscaban tiempo habia era robar lo mas precioso que pudieran en riquezas y en personas, y retirarse á la Escitia ó la Hircania; »y si vuestro ánimo, decia, »es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y »prontitud, antes que el Rey cobre aliento, y re»una en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora »no tenemos contra nosotros mas que á Surena y »Silaces, que han tomado á su cargo el resistirnos; »y aquel no se sabe dónde para." Todo esto era falso, porque Hirodes habia hecho desde luego dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, habia opuesto á Surena contra los Romanos; no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podia desdeñarse de tener por antagonista á Craso, varon muy principal entre los Romanos, é irse á pelear con Artabaces, haciendo correrías por el pais de los Armenios; sino que lo que se conjetura es que temeroso del peligro

se propuso estar en zelada y esperar el éxito, y que Surena se adelantara á tentar la batalla y detener á los enemigos. Porque tampoco Surena era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linage y en opinion el segundo despues del Rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad; y ademas en la talla y belleza de cuerpo no habia nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipage en mil camellos, y en doscientos carros conducia sus concubinas, acompañándole mil soldados de á caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que entre dependientes y esclavos suyos podria reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nombrado Rey de los Partos; y él mismo habia vuelto á colocar en el trono á Hirodes, arrojado de él, y le habia reconquistado á Seleucia, siendo el primero que escaló el muro, y quien rechazó con su propia mano á los que se le opusieron. No tenia entonces todavía treinta años, y con todo gozaba de una grande opinion de juicio y de prudencia: dotes que no fueron las que contribuyeron menos á la ruina de Craso, mas expuesto á engaños que otro alguno; primero, por su confianza y orgullo; y despues por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cargaron.

Luego que Acbaro le hubo seducido apartándole del rio, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo; pero molesto despues á causa de los montones de arena, y por ser el terreno escueto, falto de agua, y tal que no ofrecia término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no solo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba afliccion á unos hombres que no veian ni una planta, ni un arroyuelo, ni la falda de un monte, ni yerba que empezase á brotar;

sino una vasta planicie, que á manera de la del mar envolvia al ejército entre arena, con lo que ya empezaron á sospechar del engaño. Presentáronse á este tiempo mensageros de Artavasdes, Rey de Armenia, avisando que se veia oprimido de una violenta guerra, por haber caido sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba á Craso que retrocediera, pues trasladándose á la Armenia combatirian juntos contra Hirodes; mas que cuando á esto no se determinase, caminara con cuidado y procurara acamparse retirándose de todo terreno á propósito para obrar la caballería, y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito; pero de palabra respondió, que por entonces no estaba para pensar en los Armenios; pero que luego volveria á tomar venganza de la traicion de Artavasdes. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponia ó advertia ya á Craso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios á Acbaro, á quien decia: »¿qué mal »Genio, ó el mas malvado de todos los hombres, es »el que te ha traido entre nosotros? ¿con qué yer»bas ó con qué hechizos pudiste mover á Craso á »que arrojara el ejército en una soledad vasta y pro»funda, haciéndole andar un camino mas propio de »un nomade, capitan de bandoleros, que de un Em»perador Romano?" El bárbaro que sabia plegarse á todo, con este usaba de blandura, animándole y exortándole á que tuviera todavía un poco de paciencia; pero á los soldados con quienes se juntaba como para darles algun alivio, los insultaba, diciéndoles con risa y escarnio; ¿pues qué creeis que esto es caminar por la Campania, y echais menos sus fuentes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿no os acordais de que nuestra marcha es por los linderos de los Arabes y los Asirios? De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro;

el cual antes que mas á las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, á quien todavía hizo creer que iba á introducir la confusion y el desorden en el ejército enemigo.

Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel dia, como es costumbre entre los Romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las insignias no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta, anunciando que todos los demas habrian perecido á manos de los enemigos, y ellos solos habian podido huir, no sin gran trabajo; y que aquellos en gran número y con el mas decidido arrojo venian en disposicion de dar batalla. Turbáronse todos; y Craso, que tambien se sobrecogió enteramente, á toda priesa y sin detenerse, puso en orden el ejército: primero como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, estendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero despues mudó de propósito, y apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, componiéndose cada lado de doce cohortes, y á cada cohorte le agregó una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dió una á mandar á Casio, y la otra á Craso el joven, reservando para sí el centro. Caminando en este orden llegaron á un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante; cuya vista causó el mayor placer á los soldados fatigados, y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los mas de los gefes

eran de opinion que debian alli hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y orden de los enemigos, y al dia siguiente al amanecer marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenia cerca de sí, le inclinaban á seguir adelante y trabar combate, dió orden de que los que quisiesen comieran y bebieran manteniéndose en formacion. Y aun antes que esto pudiera tener cumplidamente efecto, volvió á ponerse en marcha, no poco á poco ni con la pausa que conviene cuando se va á dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos, á la vista no en gran número ni en disposicion de inspirar terror; y es que Surena habia cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y habia ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se pusieran sobreropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca, y el General dió la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan á la pelea con trompas ó clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido; y el que causan tiene no sé qué de ronco y terrible, como si fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oido es el que influye mas en el terror del ánimo, y que sus sensaciones son las que mas pronto conmueven y perturban la razon.

Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobreropas que cubrian las armas, aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro margiano de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jaeces de bronce y de acero. Apareció asimismo Surena alto y hermoso sobre todos, aun-

que no correspondia lo femenil de su belleza á la opinion que tenia de valor, por usar á estilo de los Medos de afeites para el rostro, y llevar arreglado el cabello; cuando los demas Partos para hacerse mas terribles dejan que este crezca á lo Escita desordenadamente. Su primera intencion era acometer con las lanzas, y poner en desorden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formacion y la firmeza é inmovilidad de los soldados Romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el orden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Asi Craso mandó á las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero estas no fue mucho lo que se retiraron, sino que acosadas y molestadas de las saetas, volvieron á ponerse bajo la proteccion de la infantería de línea, siendo las primeras que causaron alguna conmocion y miedo en los que ya habian visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas, y que pasaban todas las defensas, por mas resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algun tanto, empezaron á tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la union y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas; como que aquellos tiros partian de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedian la saeta con la mayor fuerza. Era por tanto terrible la suerte de los Romanos, pues si permanecian en aquella formacion, recibian crueles heridas, y si intentaban moverse unidos, perdian el poder hacer lo que hacian en su defensa, y padecian lo mismo: por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre; lo que despues de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo, quitan á la fuga lo que tiene de vergonzosa.

Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirian de aquel modo de pelear, ó vendrian á las manos, tuvieron constancia; pero cuando supieron que habia infinidad de camellos cargados de ellas, á los que corrian los que estaban mas cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó á acobardarse; y enviando ayudantes á su hijo, le dió orden de que viera cómo precisar á los enemigos á entrar en combate antes de ser envuelto; porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre este, y le andaba al rededor, como para ponérsele á la espalda. Tomando pues aquel joven mil y trescientos caballos, de los cuales los mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenia mas á la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que mas se habian adelantado, ó porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, ó porque quisiesen llevar con maña al joven Craso lejos del padre, volvieron grupa, y dieron á huir. Entonces alzando aquel el grito exclamó: los enemigos huyen, y aceleró el paso y con el Censorino y Megabaco[1], sobresaliente este en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales, y adornado aquel con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso y de su misma edad. Como hubiesen pues movido en la forma dicha los de á caballo, resplandeció tambien en la infantería la decision y gozo de la esperanza; porque creian haber vencido, y que iban en persecucion de los enemigos; hasta que á pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huian, y con ellos mucho ma-

1 Aqui conocidamente hay yerro, porque este nombre no es Romano; pero se ignora cual fuese el de este joven.

yor número que se les habia reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerian, al ver que eran tan pocos; pero estos lo que hicieron fue formar al frente de los Romanos á los coraceros; y corriendo con la demas caballería al rededor de ellos moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena, y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podian verse ni articular palabra; y encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibian crudas heridas y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas, y encrudeciendo las heridas, ó despedazándose y destruyéndose á sí mismos, si querian sacar las puntas con anzuelo, que habian dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida, estaban sin accion para nada: asi es que animándolos Publio para que acometiesen á los coraceros, le mostraron las manos pegadas á los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces dirigiéndose á los de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos; mas esta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro; y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en estos confiaba principalmente, y con ellos obró maravillas; pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas y trabando de los ginetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos saltando de sus caballos se metian debajo de los caballos enemigos, y los atravesaban por los ijares: tiraban estos botes en fuerza del dolor, y pisoteando á un tiempo á los ginetes y á sus contrarios, unos

y otros morian juntos cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó á los Galos fue el calor y la sed, á que no estaban acostumbrados; y ademas habian perdido la mayor parte de los caballos, á causa de que ellos mismos se metian por las lanzas enemigas. Viéronse por tanto en la precision de haber de acogerse á la infantería, teniendo ya á Publio por sus muchas heridas en el mas deplorable estado; y como advirtiesen cerca un alto monton de arena, corrieron á él, colocaron en medio los caballos, y cubriéndose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrian asi defenderse mejor de los bárbaros; mas sucedióies lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen á los que estan á la espalda; pero alli por la desigualdad del sitio los unos estaban mas altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podian evitar los tiros, sino que á todos se dirigian del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel pais en la ciudad de Carras, llamados Geronico y Nicomaco: persuadíanle que se retirara con ellos y huyera á Iena, ciudad que seguia el partido de los Romanos, y estaba de alli á corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por mas cruel que fuese podria hacer que Publio abandonara á los que morian por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entonces no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenia atravesada con una flecha, mandó á su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió á sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los mas principales y esforzados. A los demas que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas: no habiendo tomado vivos, segun se dice,

arriba de quinientos. Cortáronle á Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

El estado de este era el siguiente. Luego que dió al hijo la orden de acometer á los Partos, como alguno le anunciase que estos iban en derrota, y que se les perseguia con teson, y viese que los que contra sí tenia no obraban como antes, porque la mayor parte habia marchado con los que huyeron, se alentó algun tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puestos ventajosos, esperando alli que el hijo volviese de seguir el alcance. Publio luego que se vió en peligro envió quien avisase al padre; pero los primeros mensageros perecieron. De los últimos algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido sino se le daba pronto y grande socorro. Combatieron á un tiempo muchos afectos el corazon de Craso: asi ya no obró en él la razon, é impelido ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedia, se resolvió por fin á mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos mucho mas terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos á los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traian la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose mas que los otros, la mostraban preguntando con escarnio por sus padres y su linage; pues no parecia posible que Craso, hombre el mas cobarde y el mas perverso, fuera padre de un jóven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fue el que mas que cuantos males habian pasado quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedia, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior á sí mismo: porque corriendo las filas habló de este modo á los sol-

dados: » este luto, ó Romanos, es privadamente mio; » pero la eminente fortuna y gloria de Roma intacta é ilesa permanece en vosotros, á quienes veo salvos. Si alguna compasion teneis de mí por la pérdida de mi virtuoso hijo, manifestadla en vuestro enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo, vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los que acometen grandes empresas. Ni Luculo derrotó sin sangre á Tigranes, ni Escipion á Antioco. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil naves, y en la Italia muchos Emperadores y Pretores; pero no impidieron las derrotas de estos, que al cabo triunfasen de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado á tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia y virtud de los que no rehusaron los peligros."

Este fue el lenguage que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante; y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se desengañó aun mas acerca de su abatimiento: porque aquel fue débil, apocado y desigual; cuando el de los bárbaros fue claro y esforzado. Venidos á la contienda, la caballería de estos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó á lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron á los Romanos á un recinto estrecho, á excepcion de aquellos que por huir de la muerte que los tiros causaban, prefirieron arrojarse desesperadamente sobre estos, haciendo á la verdad poco daño; pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles, pasaban con el hierro á los que se les ponian delante, y aun muchas veces atravesaban á dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se

retiraron, diciendo que de gracia concedian á Craso una noche para llorar á su hijo; á no que lo pensara mejor, y por sí mismo se fuera á presentar á Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron alli cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; pero para los Romanos la noche fue terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura á los muertos, ni de prestar auxilios á los heridos y moribundos; sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran alli el dia, ó bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolucion los heridos; pues si determinaban llevarlos, serian un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darian indicio de la partida; y aunque conocian que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oir su voz. Mas él se habia retirado solo, y yacia en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los mas de las mudanzas de fortuna; pero para los hombres prudentes de temeridad y de ambicion, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecia que todo le faltaba, porque tenia el último lugar respecto de dos solos. Entonces el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron á los Tribunos y Centuriones, y habiendo convenido en que no debian quedar alli, movieron el ejército sin toque de trompetas, y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados de seguir percibieron que se les abandonaba, fue terrible el desorden y la confusion que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Despues cuando ya estaban en marcha les sobrevino nueva turbacion y terror, creyendo que se acercaban los enemigos: muchas veces retrocedian; otras muchas tomaban el or-

den de formacion; y de los heridos que los seguian, ya poniendo en los bagages á unos y ya bajando á otros, fue larga la detencion que tuvieron, á excepcion de trescientos de caballería mandados por Gnacio, que arribaron á Carras como á la media noche. Habló este á los centinelas en lengua Romana; y como le hubiesen entendido, les encargó digeran á su Comandante Coponio que Craso habia tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir mas, ni descubrir quién era, se apresuró á llegar al puente, y salvó aquella tropa; mas fue muy vituperado por haber abandonado á su General. Con todo aprovechó á Craso aquella ligera expresion suya referida á Coponio; porque conjeturando este que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traia buenas nuevas, mandó inmediatamente á los soldados tomar las armas; y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió á recibirle, y acompañó á su ejército hasta la ciudad.

Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero á la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habian quedado, que no bajarian de cuatro mil; y á muchos que se habian perdido por aquellas llanuras, les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo habia separado del cuerpo del ejército, y que habian errado el camino, las sorprendieron en un collado; y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas á cuchillo, á excepcion solamente de veinte hombres: pues maravillados de que estos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran á Carras. Diósele á Surena un aviso falso, diciéndosele que Craso habia huido con los principales, y que la muchedumbre que se habia refugiado á Carras, era una mezcla de hombres

de quienes no se debia hacer ninguna cuenta. Creyó pues haber perdido el blanco principal de su victoria; mas dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar á Craso si alli estaba, ó perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Cartras, envió á esta ciudad uno de los que estaban con él que sabia ambos idiomas, dándole orden de que en lengua romana llamara al mismo Craso ó á Casio, manifestando que Surena venia á tratar con ellos. Díjolo este como se le habia mandado, y luego que se dió parte á Craso, aceptó la convocacion. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Arabes, que conocian de vista á Craso y á Casio, por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y estos viendo á Casio sobre la muralla, le dijeron que Surena estaba dispuesto á tratar de paz, y les concedia ir salvos, con tal que admitieran la amistad del Rey y abandonaran la Mesopotamia; porque consideraba que esto era lo que á unos y á otros convenia mas que llegar á los últimos extremos. Admitiendo la proposicion Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surena tendrian su entrevista, prometieron que asi lo harian, y marcharon.

Contento Surena con tenerlos sujetos á un sitio, al dia siguiente condujo alla sus tropas, las que desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron á proponerles que si querian alcanzar capitulacion les habian de entregar atados á Craso y á Casio. Indignáronse de verse asi engañados, y diciendo á Craso que era necesario dar de mano á las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los carreños lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andromaco, hombre entre todos el mas infiel y desleal, á quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Asi nada ignoraron

los Partos, porque Andromaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen á que pelearan de noche, ni esto ademas les fuese facil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquellos no se atrasaran mucho en su persecucion, discurrió Andromaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, hasta que por último los condujo á un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacian la marcha penosa y tarda para los que aun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andromaco no podia hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; sino que Casio se volvió otra vez á Carras, y diciéndole sus guias, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar á que la luna pasara del escorpion: pues yo, les respondió, mas temo al sagitario; y se encaminó á la Siria con unos quinientos caballos. Otros, que tambien tuvieron fieles conductores, arribaron á las montañas llamadas Sinacas, y se pusieron en seguridad antes del dia. Eran estos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varon de singular probidad. A Craso le cogió el dia engañado todavía de Andromaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenia consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenia encima á los enemigos. Faltábanle solo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio; pero tuvo que refugiarse á otro montecillo no tan inaccesible á la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que solo le dividia una serie de collados, que desde la llanura se extendian hasta aquellas: asi las tropas de Octavio podian muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fue el primero que bajó con unos pocos á darle auxilio: despues partieron los demas avergonzados de

su detencion; y cargando á los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio á Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolucion que no tendrian los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su Emperador, sin que primero murieran todos peleando por defenderle.

Viendo pues Surena que los Partos se batian ya con menos ardor, y que si venia la noche y los Romanos se metian mas en los montes, le seria imposible darles alcance, armó á Craso otro engaño. Dejó ir libres á algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran á otros en el campamento que el Rey no queria que la guerra con los Romanos fuese perpetua; y daria pruebas de estar pronto á restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente á Craso. Abstuviéronse por tanto los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surena hácia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando á Craso á conferenciar con él, y diciendo en alta voz que el Rey habia hecho muestra muy contra su voluntad de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles tambien su dulzura y benevolencia, les dejaria ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surena, los demas le escucharon muy placenteros, y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no habia habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó á esta invitacion, sino que se paró á reflexionar. Mas como los soldados empezasen á gritar y á decirle que fuese, y despues pasasen á insultarle y echarle en cara que á ellos los ponia á pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados queria tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba del

dia, y por la noche podrian libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino, y exhortándolos á que no perdieran la esperanza de una salud que tenian tan cerca; pero viendo que todavía se le oponian, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir sin decir mas que estas palabras: »vosotros »Octavio, Petronio y todos los caudillos Romanos »que estais presentes, sois testigos de la necesidad »de esta partida, y sabeis por qué cosas tan vio»lentas y afrentosas se me hace pasar; mas con to»do, si llegais á salvaros, decid ante todos los hom»bres que Craso pereció engañado de los enemigos, »no entregado á la muerte por sus ciudadanos."

No pudo contenerse Octavio, sino que bajó del collado con Craso; quien despidió á los lictores que tambien le seguian. De los bárbaros los primeros que salieron á recibirle fueron dos Griegos mestizos, que le hicieron acatamiento apeándose de los caballos; y saludándole en lengua Griega, le propusieron que enviara personas que vieran como Surena y los que traia consigo venian sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que si tuviera en algo la vida, no habria venido á ponerse en sus manos. Con todo envió á dos hermanos llamados Roscios á informarse de cuántos eran los que venian, y con qué objeto. Surena al punto les echó mano y los detuvo, siguiendo á caballo con los principales de los suyos; y ¿cómo es esto, gritó, un Emperador de los Romanos viene á pie y nosotros montados? mandando que sin dilacion le trajesen un caballo. Contestándole Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno segun la costumbre de su patria, dijo entonces Surena que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el Rey Hirodes y los Romanos; pero que habian de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el rio: porque vosotros los Romanos, dijo,

no soleis acordaros de los convenios; y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo; á lo que repuso: no es menester, porque el Rey te da este; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que cogiéndole en volandas, le pusieron los palafreneros, y empezaron á dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fue el primero que asió del freno, y despues de él Petronio, uno de los Tribunos, cercándole en seguida los demas y procurando todos contener el caballo, y retirar á los que pòr uno y otro lado querian á fuerza llevarse á Craso. Suscitándose con esto confusion y alboroto, vínose al fin á los golpes, y desenvainando Octavio su espada, atravesó á uno de aquellos palafreneros; haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos que se hallaba á su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxitres; aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató, y que este fue el que despues de caido le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron alli, y los otros á toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya habia sufrido su castigo; pero respecto de los demas manifestaba Surena que podian bajar con seguridad: unos bajaron efectivamente y se entregaron; y otros se dispersaron por la noche; de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y á los restantes salieron á cazarlos los Arabes, y alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

Surena envió al Rey Hirodes, que se hallaba en

la Armenia, la cabeza y la mano de Craso; y haciendo correr en Seleucia la voz por medio de mensageros de que conducia vivo á Craso, dispuso una pompa ridícula, á la que dió el nombre de triunfo. Porque al mas parecido á Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso ó Emperador; de este modo le llevaban á caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendian ceñidores, y entre las hachas se veian cabezas de Romanos recien cortadas. Seguian despues rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridículas contra la cobardía y afeminacion de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Arístides llamados Milesiacos; y esto ya no fue inventado, porque se encontraron realmente en el equipage de Roscio, y dieron ocasion á Surena para motejar é infamar á los Romanos de que ni en la guerra podian estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fue que Esopo habia sido un sabio: viendo que Surena presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenian las disoluciones Milesiacas, cuando en pos de sí traia una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducia en sus carros; siendo su ejército al parecer como las víboras y las escitalas, porque las partes anteriores y que primero aparecian eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos; y luego la cola remataba en rameras, en crotalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mugercillas. No merecia ciertamente disculpa Roscio; pero no estaba bien á los Partos vituperar en los Romanos la pasion por los libros Milesiacos, cuando muchos de los Arsacidas que reinaban sobre

ellos, habian sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

Entre tanto que esto pasaba, Hirodes habia ya hecho la paz con el Rey de Armenia Artavasdes, y habia convenido en tomar la hermana de este para muger de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los recíprocos banquetes y festines de uno á otro, y se entretenian con las representaciones teatrales de la Grecia; porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas: y Artavasdes componia tragedias, y habia escrito oraciones é historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fue conducida á las puertas del palacio, no se habian levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jason, natural de Trallis, estaba cantando el pasage de Agave de la tragedia de Eurípides *las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban, se presentó Silaces ante el Rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fue con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento á Silaces de orden del Rey, Jason dió las ropas y ornato de Penteo á uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano, se puso á hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte á nuestro techo
Esta dichosa caza
Traemos ahora mismo
De flecha traspasada.

Esto fue de diversion para todos; pero cantándose en seguida los otros versos alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?
Mio, mio es el premio:

entonces levantándose Pomaxítres, que tambien asistia á la cena, echó mano á la cabeza, diciendo que aquello mas le tocaba á él que al actor; lo que ca-

yó muy en gracia al Rey; y habiéndole remunerado segun la costumbre patria, dió á Jason un talento. Este término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio: porque á Surena de alli á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria; y á este despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fue vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesía, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino mas corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.

COMPARACION DE NICIAS Y DE CRASO.

Viniendo á la comparacion, la riqueza de Nicias puesta en paralelo con la de Craso tiene una adquisicion y un origen menos culpable: pues aunque nadie tenga por irreprensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales ó de bárbaros, de los cuales algunos estan alli aprisionados, y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos é insalubres: con todo es mas tolerable que la que se grangeó con las confiscaciones de Sila, y con los destrozos del fuego: porque de estos dos medios se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo ó de egercer el cambio. Por decontado de los graves cargos que á este se hacian, aunque él los negaba, de que por dinero defendia causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba á mugercillas, y finalmente de que era encubridor de gente mala, ninguno ni aun con falsedad se hizo jamas á Nicias. Burlábanse sí de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo á los calumniadores; pero en esto hacia una cosa que quizá no habria estado bien á Pericles y á Arístides; pero que en él era necesaria, por no tener caracter para sostenerse con firmeza; sobre lo que posteriormente habló á las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero á uno de los calumniadores: pues se refiere haber usado de estas palabras: »me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se »me acuse de haber dado, y no de que he recibi»do." En sus gastos fue mas ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros; cuando todo lo que Nicias tuvo fue muy pequeña parte de lo que impendió Craso en dar un banquete á tantos millares de hombres, y en

abastecerlos despues; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres: y asi se ve que los que allegan por malos medios, suelen despues invertirlo en buenos usos; y por lo que hace á la riqueza de ambos baste lo dicho.

En cuanto á gobierno nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento ó arrebatado, sino que mas bien fue engañado por Alcibiades; y con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento; cuando á Craso en sus continuos tránsitos del odio al amor se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al Consulado, asalariando hombres que se atrevieran á poner las manos en Caton y en Domicio. En la distribucion de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro; y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la vida, expelió de la plaza bañado en sangre al senador Lucio Analio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas asi como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprension su irresolucion y atamiento en el gobierno, y su condescendencia con los malos. Y Craso fue de grande y elevado ánimo, no en contraposicion con los Cleones ó los Hipérbolos, no á fe mia, sino con la gran nombradía de Cesar y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo á Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria: porque en las grandes cosas no se ha de atender á que hacen envidiosos, sino á la gloria que acarrean, anublando la envidia. Y si sobre todo te hallas bien con la seguridad y el reposo, y temes á Alcibiades en la tribuna, en Pilos á los Lacedemonios y en la Tracia á Perdicas, la ciudad deja un

ancho campo á la vacacion de todo negocio, en medio del cual te puedes sentar, y tejer para tu frente la corona de la imperturbabilidad, como se explican algunos sofistas. Porque el amor de la paz es verdaderamente divino, y el hacer cesar la guerra el mayor servicio que podia hacerse á la Grecia: asi en este punto no podria con Nicias competir dignamente Craso, aunque hubiera puesto al mar Caspio ó al Océano Indico por término de la dominacion Romana.

El que mandaba en una ciudad que tenia ideas de virtud, y era el primero en poder, no debió dar lugar á los malos, ni poner la autoridad en manos no ejercitadas, ni confiar en quien no merecia confianza, que fue lo que Nicias ejecutó, colocando él mismo al frente del ejército á Cleon, que fuera de su gritería y desvergüenza en la tribuna, por lo demas en nada era tenido en la ciudad. No alabo en Craso el que en la guerra de Espartaco hubiese consultado mas á la prontitud que á la seguridad para dar la batalla; sin embargo de que interesaba su ambicion en que no llegara Pompeyo y le arrebatara su gloria, como Mumio quitó á Metelo de las manos á Corinto; pero lo que hemos dicho de Nicias fue del todo extraño é indisculpable. Porque no cedió al enemigo una ambicion y un mando rodeados de esperanzas y de facilidad; sino que viendo el gran peligro de aquella expedicion, por ponerse á sí mismo en seguridad, miró con abandono los intereses de la república. No asi Temístocles, que para que en la guerra Médica no mandase un hombre ruin y sin talentos y perdiese la ciudad, á costa de su dinero le hizo desistir de la empresa; ni Caton, que previendo que el tribunado de la plebe habia de dar mucho en que entender y acarrear peligros, por lo mismo, en servicio de la república, se presentó á pedirlo. Mas Nicias, conservando el Generalato

mientras se trató de Minoa, de Citera y de los infelices Melios; cuando tuvo rezelo de haber de contender con los Lacedemonios, desnudándose de la púrpura, y entregando á la impericia y temeridad de Cleon las naves, el ejército, las armas y un mando que requeria una consumada inteligencia, no fue de su gloria de lo que hizo entrega, sino de la seguridad y salud de la patria. Por lo mismo cuando despues se le precisó á hacer guerra á los Siracusanos contra toda su voluntad y sus deseos, pareció que queria privar á la ciudad de la adquisicion de la Sicilia; no por reflexion de lo que convenia y debia hacerse, sino por desidia y flojedad suya. Lo que en él arguye mucha rectitud es el que nunca dejasen de nombrarle General como el mas inteligente y mas capaz, á pesar de la oposicion y resistencia que oponia; cuando Craso que siempre se andaba presentando para aspirar al Generalato, no tuvo la dicha de alcanzarle sino para la guerra servil; y eso por necesidad, á causa de estar ausentes Pompeyo, Metelo y los dos Luculos: sin embargo de que aquella era la época de su mayor autoridad y poder: y es que, segun parece, aun sus mas apasionados le reputaban segun el cómico,

Hombre útil y apto para todo
Fuera del ejercicio de las armas:

cosa que no les estuvo bien á los Romanos, á quienes hicieron violencia su avaricia y su ambicion. Porque los Atenienses enviaron á la guerra contra su voluntad á Nicias; y Craso llevó forzados á los Romanos; viniendo por este la república á grandes infortunios, y por la república aquel.

Mas acerca de estos sucesos, si bien Nicias merece alabanzas, no hay razon para reprender á Craso: porque aquel, haciendo uso de su experiencia, y acreditándose de General prudente, no se dejó seducir de las esperanzas de sus ciudadanos, sino que cono-

cio la imposibilidad, y desconfió de que se tomara la Sicilia; y este padeció equivocacion en tomar sobre sí, como una cosa fácil, la guerra Pártica; pero sus miras eran grandes; y habiendo Cesar sujetado las naciones de Occidente, los Galos, los Germanos y la Bretaña, él concibió el proyecto de encaminarse al Oriente y al mar de la India y sojuzgar el Asia; en lo que ya habia puesto mano Pompeyo, y habia trabajado Luculo, hombres para todos apreciables y de gran juicio, sin embargo de que habian intentado lo mismo que Craso, y se habian propuesto los mismos fines. Y sin embargo de que dado el mando á Pompeyo, el Senado lo repugnó; y de que habiendo Cesar derrotado á trescientos mil Germanos, fue Caton de dictamen de que aquel fuera entregado á los vencidos para que recayera sobre él la ira del cielo por el quebrantamiento de la paz, el pueblo no haciendo cuenta de Caton, ofreció sacrificios de victoria por quince dias seguidos, y se mostró muy contento. ¿Pues qué habria hecho, y por cuántos dias habria sacrificado, si Craso hubiera escrito desde Babilonia que era vencedor, y yendo de alli mas adelante, hubiera puesto la Media, la Perside, la Hircania, á Susa y á Bactra en el número de las provincias Romanas? Porque si, segun Eurípides, tienen que ser injustos los que no pueden estarse quietos, ni saben gozar de lo presente, no ha de ser para arrasar á Escandia ó á Mendes, ni para cazar á los Eginetas, que como las aves abandonan su territorio, y se refugian en otro pais; sino que se ha de tener en mucho el ser injustos, y no con ligero motivo se ha de faltar á la justicia como si fuera una cosa pequeña y despreciable; y los que celebran la espedicion de Alejandro, y reprenden la de Craso, juzgan desacertadamente, mirando solo al xito que tuvieron.

En las espediciones mismas hubo de Nicias haza-

ñas y rasgos muy generosos: porque en muchas batallas venció á los enemigos, y estuvo en muy poco el que tomase á Siracusa; y si hubo faltas, no fueron suyas, sino que provinieron de su enfermedad y de los enemigos que en Atenas tenia; siendo asi que Craso por el gran número de sus yerros ni siquiera dió lugar á que pudiera mostrarse en su favor la fortuna; de manera que es preciso admirarse de que fuese tal su torpeza, que ella sola venciera la buena suerte de Roma, y no el poder de los Partos. En orden á que no despreciando el uno nada de cuanto pertenece á la adivinacion, y mirándolo todo el otro con indiferencia, ambos sin embargo hubiesen tenido desgraciado fin, en esto el juicio es aventurado y difícil: bien que merece mas disculpa el que peca por sobra de precaucion, siguiendo la costumbre y la opinion recibida, que no el que por temeridad se aparta de la ley. En el modo de acabar sus dias hay menos que vituperar en Craso, que no se entregó, no sufrió prisiones ni afrentas; sino que se resignó con los ruegos de los suyos, y fue víctima de la traicion de los enemigos; cuando Nicias con la esperanza de una salud torpe y vergonzosa sufrió caer en manos de los enemigos, haciendo asi mas ignominiosa su muerte.

No es maravilla quizá que en un tiempo indeterminado, inclinándose ora á una parte y ora á otra la fortuna, los acontecimientos vuelvan á repetirse muchas veces con las mismas circunstancias. Porque si no hay una muchedumbre determinada de accidentes, la fortuna tiene un poderoso artífice de la semejanza de los sucesos en lo indefinido de la materia; y si los acontecimientos estan contraidos á un número prefijado, es necesario tambien que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas. Hay algunos por tanto que complaciéndose en cotejar los que han leido ú oido de esta clase de accidentes, forman una coleccion de los que parecen hechos de intento y con meditado discurso: como por ejemplo, que habiendo habido dos Atis, personages ilustres, el uno Siro y el otro Arcade, ambos fueron muertos por jabalíes. De dos Acteones, el uno fue despedazado por sus perros, y el otro por sus amadores. De dos Escipiones, por el uno fueron primero vencidos los Cartagineses, y por el otro fueron despues arruinados del todo. Troya fue tomada por Hércules á causa de los caballos de Laomedonte; por Agamenon mediante el caballo llamado de madera; y tercera vez por Caridemo, á causa del accidente de haberse caido un caballo en las puertas, y no haber podido los Troyanos cerrarlas prontamente. De dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, Ios y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero, y haber muerto en la otra. Ea pues, añadamos á estos acasos el que entre los grandes generales, los mas guerreros, y que mas grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad, todos fueron tuertos, Filipo, Antigono, Anibal, y este de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido mas

contenido que Filipo en el trato con mugeres; mas fiel que Antigono con sus amigos; mas humano que Anibal con los contrarios; y que no habiendo sido inferior á ninguno en la prudencia, fue muy inferior á todos en la fortuna, la que siempre le fue mas adversa que sus mas poderosos enemigos; y sin embargo desterrado y extrangero, nombrado caudillo de unos bárbaros, fue digno competidor de la pericia de Metelo, de la osadía de Pompeyo, de la fortuna de Sila y de todo el poder de los Romanos. A este el que encontramos mas semejante entre los Griegos es el Cardiano Eumenes: porque ambos eran nacidos para mandar ejércitos; ambos eran fecundos en estratagemas; ambos, arrojados de su pais, fueron caudillos de gentes extrañas; y á ambos finalmente fue en su muerte muy dura y violenta la fortuna: porque perecieron traidoramente á manos de aquellos mismos con quienes habian vencido á los enemigos.

Nació Quinto Sertorio en la ciudad de Nurcia, pais de los Sabinos, de oscuro linage. Criado con esmero por su madre viuda, habiendo quedado huérfano de padre, parece que fue con extremo amante de aquella; de la cual se dice haber tenido por nombre el de Rea. Egercitóse en las causas con bastante aplauso, y siendo aun joven, llegó, segun es fama, á adquirir cierto poder en Roma por su elegancia en el decir; pero su sobresaliente mérito y sus hazañas en la milicia llamaron hácia esta parte su ambicion.

En primer lugar cuando los Cimbros y los Teutones invadieron la Galia, militó con Cepion; y habiendo los Romanos peleado débilmente, y entregádose á la fuga, no obstante haber perdido su caballo y hallarse herido, pasó el Ródano á nado, costándole mucho el vencer, embarazado con la coraza y el escudo, la contraria corriente: ¡tan fuerte y

robusto era su cuerpo, y tan sufridor del trabajo en fuerza del egercicio! En segundo lugar, cargando aquellos con numerosísimo ejército y terribles amenazas, de manera que se reputaba por cosa extraordinaria que un Romano se mantuviera en formacion y obedeciera al General, Mario guiaba tranquilo, y Sertorio se quedó en observacion de los enemigos. Vistióse el trage de los Galos, y aprendiendo lo mas comun del idioma para poder contestar oportunamente, se metió entre los bárbaros; de donde, habiendo visto por sí unas cosas, y preguntado otras á los que tenia á mano, regresó al campamento. Concediósele entonces el prez del valor; y habiendo dado durante toda la expedicion muchas pruebas de prudencia y de arrojo, adquirió fama, y se ganó la confianza del General. Despues de esta guerra de los Cimbros y Teutones fue enviado á España de Tribuno con el Pretor Didio, y se hallaba en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los Celtíberos. Sucedió que insolentes los soldados con la abundancia, y dados á la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros; los cuales enviaron á llamar á sus vecinos de Orisia; y estos yendo de casa en casa, acabaron con ellos: pudo sin embargo Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo á otros que tambien huian, dió la vuelta en rededor á la ciudad, y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habian entrado secretamente, no cayó en el error de estos, sino que poniendo guardias, y tomando todas las avenidas, dió muerte á todos los que estaban en edad de llevar armas. Ejecutado esto, mandó á todos los soldados que dejaran sus propias armas y vestidos, y adornándose con los de los bárbaros, le siguieran á la otra ciudad, de donde salieron los que en la noche los habian sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta, se le vinieron á las manos

gran número de habitantes que creian salir á recibir á sus amigos y conciudadanos, que volvian despues de conseguido su intento: asi fue que muchos recibieron la muerte en la misma puerta, y otros que se entregaron, fueron vendidos por esclavos.

Hízose con esto Sertorio muy celebrado en España; y apenas volvió á Roma, fue nombrado Cuestor de la Galia Cispadana, en ocasion de urgencia, porque amenazando la guerra Mársica se le dió el encargo de levantar tropas y de reunir armas; y como hubiese puesto mano á la obra con una diligencia y prontitud muy diferente de la pesadez y delicadeza de los demas jóvenes, adquirió fama de hombre activo y eficaz. Mas no por haber sido promovido á la dignidad de caudillo aflojó en el denuedo militar; sino que ejecutando brillantes hazañas, y arrojándose sin tener cuenta de su persona á los peligros, quedó privado del un ojo, habiéndosele sacado en un encuentro. De esta pérdida hizo despues vanidad toda la vida: porque decia que los demas no llevaban siempre consigo el testimonio de los premios alcanzados, siéndoles forzoso dejar los collares, las lanzas y las coronas, cuando él tenia siempre consigo las señales de su valor; y los que eran espectadores de su infortunio, lo eran al mismo tiempo de su virtud. Tributóle tambien el pueblo el honor que le era debido: porque al verle entrar en el teatro le recibieron con aplausos y con expresiones de elogio: distincion de que con dificultad gozaban aun los mas provectos en edad y mas recomendados por sus méritos. Pidió el Tribunado de la plebe; pero oponiéndosele la faccion de Sila, quedó desairado; por lo que parece fue desde entonces enemigo de este. Despues cuando Mario, vencido por Sila, tuvo que huir, y este se ausentó para hacer la guerra á Mitridates, como el uno de los Cónsules, Octavio, mantuviese el partido de Sila; y Cina, que aspiraba á

cosas nuevas, tratase de suscitar la faccion vencida de Mario, arrimóse á este Sertorio; y mas viendo que el mismo Octavio estaba fluctuante, y solo no se atrevia á fiarse de los amigos de Mario. Trabóse una accion reñida en la plaza entre ambos Cónsules, en la que quedó vencedor Octavio, y Cina y Sertorio, que habian perdido poco menos de diez mil hombres, huyeron; pero como hubiesen podido reunir con sus persuasiones la mayor parte de las tropas esparcidas por la Italia, volvieron muy pronto en estado de poder medir las armas con Octavio.

Habiendo regresado Mario del Africa, y puéstose á las órdenes de Cina, como correspondia lo hiciese un particular respecto de un Consul, los demas eran de opinion de que convenia recibirle; pero Sertorio se opuso, bien fuera por creer que Cina le atenderia menos luego que tuviese cerca de sí á un militar de mas nombre, ó bien por la dureza de Mario, no fuera que lo echara todo á perder, abandonándose á una ira que pasaba todos los términos de lo justo cuando quedaba superior. Decia pues que era muy poco lo que les quedaba que hacer hallándose ya vencedores; y que si recibian á Mario, este se abrogaria toda la gloria y todo el poder, siendo hombre desabrido y muy poco de fiar para la comunion de mando. Respondióle Cina, que discurría con acierto; pero que él estaba entre avergonzado y dudoso para alejar a Mario, á quien él mismo habia llamado á tener parte en la empresa; á lo que le repuso Sertorio, pues yo en el concepto de que Mario habia venido á Italia por impulso propio, reflexionaba sobre el partido que convendria tomar; pero tú no has debido conferenciar sobre este negocio, cuando llega el que tú deseabas que viniese, sino admitirle y valerte de él, pues que la palabra empeñada no debe dejar lugar á reflexiones. Resolvióse por tanto Cina á llamar á Mario; y habiendo repartido las tropas

en tres divisiones, las mandaron los tres. Terminóse la guerra; y entregados Cina y Mario á toda crueldad é injusticia, tanto que á los Romanos les parecian ya oro los males de la guerra, se dice que solo Sertorio no quitó á nadie la vida por enemiga, ni se ensoberbeció con la victoria; sino que antes se mostró irritado de la conducta de Mario; y hablando á solas á Cina é intercediendo con él, logró ablandarlo. Finalmente, como á los esclavos que tuvo Mario por camaradas en la guerra, y de quienes se valió despues como ministros de tiranía, les hubiese dado este mas soltura y poder de lo que convenia, concediéndoles ó mandándoles unas cosas, y propasándose ellos á otras con la mayor injusticia, dando muerte á sus amos, solicitando á sus amas, y usando de toda violencia con los hijos, no pudo Sertorio llevarlo en paciencia; y hallándose reunidos en un mismo campamento, los hizo asaetar á todos, que no bajaban de cuatro mil.

Falleció luego Mario; Cina fue muerto de alli á poco, y Mario el joven se abrogó contra la voluntad de Sertorio, y con quebrantamiento de las leyes, el Consulado; los Carbones, los Norbanos y los Escipiones hacian tibiamente la guerra á Sila, que llegaba; perdíanse unas cosas por cobardía y desidia de los generales, y otras por traicion se malograban. En este estado era inútil su presencia para unos negocios enteramente desesperados, por el poco tino de los que tenian en sus manos el poder. Por colmo de desorden Sila, que tenia su campo al frente del de Escipion, y hacia correr la voz de que se gozaria de paz, corrompió el ejército, y aunque Sertorio se lo previno y advirtió á Escipion, no pudo hacérselo entender. Entonces pues dando por enteramente perdida la ciudad, partió para España con la mira de anticiparse á ocupar en ella el mando y la autoridad, y preparar alli un refugio á

los amigos desgraciados. Sobrecogiéronle malos temporales en paises montañosos, y tuvo que comprar de los bárbaros, á costa de subsidios y exacciones, que le dejaran continuar el camino. Incomodábanse los suyos, y le decian no ser digno de un Pro-Cónsul Romano pagar tributo á unos bárbaros despreciables; mas él, no poniendo la atencion en lo que á estos les parecia una vergüenza, lo que compro, les respondió, es la ocasion, que es lo que mas suele escasear á los que intentan cosas grandes: asi continuó ganando á los bárbaros con dádivas; y apresurándose, ocupó la España. Halló en ella una juventud floreciente en el número y en la edad; pero como la viese mal dispuesta á sujetarse á toda especie de mando, á causa de la codicia y malos tratamientos de los Pretores que les habian cabido, con la afabilidad se atrajo á los mas principales; y con el alivio de los tributos á la muchedumbre; pero con lo que principalmente se hizo estimar fue con librarlos de las molestias de los alojamientos. Porque obligó á los soldados á armarse barracas en los arrabales de los pueblos, siendo él el primero que se hospedaba en ellas. Mas sin embargo no se debió todo á la benevolencia de los bárbaros; sino que habiendo armado de los Romanos alli domiciliados á los que estaban en edad de tomar las armas, y habiendo construido naves y máquinas de todas especies, de este modo tuvo sujetas á las ciudades; siendo benigno cuando se disfrutaba de paz, y apareciendo temible á los enemigos con sus prevenciones de guerra.

Habiéndole llegado noticia de que Sila dominaba en Roma, y la faccion de Mario y Carbon habia sido arruinada, al punto rezeló que el ejército vencedor iba á venir contra él con alguno de los caudillos, y se propuso cerrar el paso de los montes Pirineos por medio de Julio Salinator, que mandaba

seis mil infantes. Fue con efecto enviado de allí á poco por Sila Cayo Anio, el cual viendo que la posicion de Julio era inexpugnable, se quedó en la falda sin saber qué hacerse; pero habiendo muerto á traicion á Julio un tal Calpurnio, dicho por sobrenombre Lanario, y abandonando los soldados las cumbres del Pirineo, seguia su marcha Anio con grandes fuerzas, arrollando los obstáculos. Considerábase Sertorio muy desigual, y retirándose con tres mil hombres á Cartagena, allí se embarcó, y atravesando el Mediterráneo aportó al Africa por la parte de la Mauritania. Sorprendieron los bárbaros á sus soldados, mientras, sin haber puesto centinelas, se proveian de agua; y habiendo perdido bastante gente, se dirigia otra vez á España; pero fue apartado de ella por haber tenido la desgracia de dar con unos piratas de Cilicia, y arribó á la isla Pitiusa, donde desembarcó, habiendo desalojado la guarnicion que allí tenia Anio. Acudió este bien pronto con gran número de naves y cinco mil hombres de infantería; y Sertorio se preparaba á pelear con él en combate naval, sin embargo de que sus buques eran de poca resistencia, dispuestos mas bien para la ligereza que para la fuerza; pero alborotado el mar con un violento zéfiro, perdió la mayor parte de ellos, estrellados en las rocas por su falta de peso; y con solo unos pocos, arrojado del mar por la tempestad, y de la tierra por los enemigos, anduvo fluctuando por espacio de diez dias; y luchando contra las olas y contra tan deshecha borrasca, se vió en mil apuros para no perecer.

Habiendo por fin cedido el viento, aportó á unas islas entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, doblando á la derecha, tocó en la parte exterior de España, poco mas arriba de la embocadura del Bétis, que desagua en el mar Atlántico,

dando nombre á la parte que baña de esta region. Diéronle alli noticia unos marineros con quienes habló, de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venian. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del Africa diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras; pero los vientos apacibles, y provistos de rocío proporcionan que aquella tierra muelle y crasa, no solo se preste al arado y á las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos, que por su abundancia y buen sabor basten á alimentar sin trabajo y afan á aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas: porque los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio, van decayendo y pierden su fuerza; y los de mar, el ábrego y el zéfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo comun con una serenidad humectante es con la que refrigeran, y con la que mantienen las plantas: de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinion, que corre muy válida, haber estado alli los campos Eliseos, aquella mansion de los bienaventurados que tanto celebró Homero.

Engendró esta relacion en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas, y vivir con sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de la Cilicia, que ninguna codicia tenian de paz y de quietud, sino de riqueza y de despojos, le dejaron con sus deseos, y se dirigieron al Africa para restituir á Ascalis, hijo de Ifta, al trono de la Mauritania. No pudo tampoco contenerse Sertorio, sino que resolvió ir en auxilio de los que peleaban contra Ascalis, para que sus tropas, concibiendo nuevas esperanzas, y teniendo ocasion de nuevas hazañas, no se le desbandasen por la falta de recur-

sos. Habiendo sido su llegada de gran placer para los Mauritanos, puso mano á la obra; y vencido Ascalis, le puso sitio. Sila en tanto envió en socorro de este á Paciano con las correspondientes fuerzas; mas habiendo venido Sertorio á batalla con él, le dió muerte, y quedando vencedor, agregó á las suyas estas tropas, poniendo despues cerco á la ciudad de Tingis, adonde Ascalis se habia retirado con sus hermanos. Dicen los Tingitanos que está alli enterrado Anteo; y Sertorio hizo abrir su sepulcro, no queriendo dar crédito á aquellos bárbaros, á causa de su desmedida grandeza; pero visto el cadáver que tenia de largo sesenta codos, se quedó pasmado, y sacrificando victimas volvió á cerrar la sepultura, habiéndole dado con esto mayor honor y fama. Añaden los Tingitanos á esta fábula, que muerto Anteo, su muger Tingis se ayuntó con Hércules; y habiendo tenido en hijo á Sofazes, reinó este en el pais, y puso á la ciudad el nombre de la madre; y que de este Sofazes fue hijo Diodoro, á quien obedecieron muchas gentes del Africa, por tener á sus órdenes un ejército Griego, compuesto de los que fueron alli trasladados por Hércules de Olbia y de Micenas. Mas todo esto sea dicho en honor de Juba, el mejor historiador entre los reyes, por cuanto se dice que su linage traia origen de Diodoro y Sofazes. Sertorio, aunque logró triunfar de todos, en nada ofendió á los que le suplicaron y se pusieron en sus manos; sino que les restituyó los bienes, las ciudades y el Gobierno, recibiendo solo lo que buenamente habia menester, y aun esto por pura dádiva.

Meditaba adonde se dirigiria desde alli, cuando le llamaron los Lusitanos, brindándole, por medio de Embajadores, con el mando; pues hallándose faltos de un General de opinion y de experiencia, que pudieran oponer al temor que los Romanos les inspiraban, en este solo tenian confianza, por haber

sabido de los que le habian tratado, cual era su índole: pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni del deleite ni del miedo, siendo por naturaleza inalterable en los peligros, y moderado en la prosperidad; que trabado el combate, no fue inferior en arrojo á ninguno de los generales de su tiempo; y que cuando en la guerra se trataba de merodear y hacer presas, de ocupar puestos ventajosos, ó de meterse por entre los enemigos, necesitándose para ello de dolos y de engaños, era en tales casos de los mas sagaces y astutos. En premiar los servicios usaba de largueza y magnificencia, siendo benigno en castigar las faltas: sin embargo lo ejecutado cruel y sañudamente con los rehenes hácia el fin de sus dias parece que descubre que su caracter no era el de la mansedumbre; sino que por reflexion lo sabia comprimir, cediendo á la necesidad. Por lo que hace á mí nunca creeré que una virtud decidida y bien cimentada en la razon pueda por ningun caso de fortuna degenerar en el vicio opuesto; mas con todo no considero imposible que los mejores propósitos, y los caracteres mas formados á la virtud, hagan mudanza en sus costumbres por desgracias y calamidades injustamente padecidas; y esto es lo que me parece le sucedió á Sertorio; que cuando se vió abandonado de la fortuna, irritado por los mismos acontecimientos, se hizo cruel contra los que le ofendian.

Como le llamasen pues los Lusitanos, movió del Africa, y poniéndose al frente de ellos, constituido su General con absoluto imperio, sujetó á su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los mas voluntariamente, á causa en la mayor parte de su dulzura y actividad: aunque tambien usó de artificios para engañarlos y embaucarlos: siendo el mas señalado entre todos el de la cierva, que fue de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espa-

no, que vivia en el campo, se encontró con una cierva recien parida que huia de los cazadores; y á esta la dejó ir; pero á la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones; y como recibiese con afabilidad á los que le llevaban algun presente, bien fuese de caza, ó de los frutos del campo, recompensando con largueza á los que asi le hacian obsequio, se le presentó tambien este para regalarle la cervatilla. Admitióla; y al principio no fue grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y docil, que acudia cuando la llamaba, y le seguia á do quiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco á poco la fue divinizando, digámoslo asi, haciendo creer que aquella cierva habia sido un presente de Diana; y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas; por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados á la supersticion. Para acreditarlo mas se valia de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba á entender que los enemigos iban á invadir su territorio, ó trataban de separar de su obedencia á una ciudad, fingia que la cierva le habia hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas á punto. Por otra parte si se le daba aviso de que alguno de sus generales habia alcanzado una victoria, ocultaba al que lo habia traido, y presentaba á la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos á mostrarse alegres, y á sacrificar á los Dioses, porque en breve habia de llegar una fausta noticia.

Despues que los hubo hecho tan dóciles, los tenia dispuestos para todo, estando persuadidos de que no eran mandados por el discurso de un hombre extrangero, sino por un Dios: dando ademas los hechos mismos testimonio de que su poder se habia

aumentado fuera de lo que podia pensarse; porque con solo haber reunido cuatro mil broqueleros y setecientos caballos de los Lusitanos con dos mil y seiscientos, á quienes llamaba Romanos, y con unos setecientos Africanos que se le habian agregado, siguiéndole desde aquella region, hacia la guerra á cuatro Generales Romanos, que tenian á sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil hombres de caballería, dos mil entre arqueros y honderos, y un grandísimo número de ciudades; cuando él al principio no tuvo entre todas mas de veinte; y sin embargo de haber empezado con tan escasas y apocadas fuerzas, no solo sujetó á numerosos pueblos, y tomó muchas ciudades, sino que de los generales contrarios, á Cota lo venció en combate naval cerca del puerto de Melaria, y á Aufidio, Gobernador de la Bética, lo derrotó á las orillas del Bétis, matándole doscientos Romanos. Venció asimismo por medio de su Cuestor á Domicio, y á Lucio, Proconsul que era de la otra España; y dió muerte á Toranio, otro de los generales que Metelo habia enviado con fuerzas contra él; y aun al mismo Metelo, varon de los primeros y mas acreditados de su edad, habiéndose aprovechado de los no pequeños yerros que este cometió, le puso en tanto aprieto, que fue preciso que Lucio Lolio viniera desde la Galia Narbonense en su socorro, y que de Roma misma fuera enviado Pompeyo Magno con considerables fuerzas. Porque Metelo no sabia que hacerse con un hombre arrojado, que huia de toda batalla campal, y usaba de todo género de estratagemas por la prontitud y ligereza de la tropa Española; cuando él no estaba ejercitado sino en combates reglados y en riguroso orden, y solo sabia mandar tropas apiñadas, que combatiendo á pie firme, estaban acostumbradas á rechazar y destrozar á los enemigos que venian con ellas á las manos; pero no á trepar por los montes

siguiendo el alcance en sus incansables fugas á unos hombres veloces como el viento, ni á tolerar como ellos el hambre, y un género de vida, en la que para nada echaban menos el fuego ni las tiendas.

Ademas de esto Metelo, que era ya hombre de bastante edad, despues de muchos y peligrosos combates, habia empezado á tratarse con mas delicadeza y regalo que antes; y las habia con Sertorio, lleno de vigor y robustez, y que tenia muy ejercitadas las fuerzas, la ligereza y la frugalidad. Porque ni aun en el mayor ocio se dió jamas al vino, y se habia acostumbrado á tolerar grandes fatigas, largas marchas y frecuentes vigilias, bastándole para todo esto escasos y groseros alimentos. Entreteníase siempre cuando estaba desocupado en andar por el campo y en cazar, haciendo como que se libertaba con la fuga, y como que envolvia al enemigo siguiendo un alcance; y asi habia adquirido conocimiento de los lugares inaccesibles, y de los que daban franco paso. Por tanto, sucediendo por lo comun que el que quiere evitar batalla padece lo mismo que el que es vencido; para este el huir era como si él persiguiese, porque cortaba á los que iban á tomar agua; interceptaba los víveres; si el enemigo queria marchar, le impedia el paso; cuando iba á acamparse no le dejaba sosiego; y cuando queria sitiar, se aparecia él, y le sitiaba por hambre, tanto que los soldados llegaron á aburrirse; y como Sertorio provocase á Metelo á un desafio, empezaron á gritar, incitándole á que peleara General contra General, Romano contra Romano; y cuando vieron que no lo admitia, le insultaron; pero él se rió de ellos, é hizo muy bien: pues como dice Teofastro, un General debe hacer muerte de General, y no de un miserable soldado. Viendo pues Metelo que los de Lacobriga estaban muy de parte de Sertorio, y que seria facil tomarlos por la sed, á causa de que dentro

de la ciudad no habia mas que un solo pozo, y entraba en su proyecto apoderarse de las fuentes y arroyos que habia de murallas afuera, marchó contra este pueblo, persuadido de que el sitio seria cosa de dos dias, faltándoles el agua: asi á sus soldados les dió orden de que para solos cinco dias tomaran bastimento. Mas Sertorio, acudiendo al punto en su auxilio, dispuso que se llenaran de agua dos mil odres, señalando por cada uno una gruesa cantidad de dinero; y habiéndose presentado al efecto muchos españoles y muchos mauritanos, escogió á los mas robustos y mas ligeros, y los envió por la montaña, con orden de que cuando entregaran los odres en la ciudad sacaran á la gente inútil, para que con aquel repuesto de agua tuvieran bastante los defensores. Llegó esta disposicion á oidos de Metelo, y le fue de mucho desagrado, porque ya los soldados casi habian consumido los víveres, y tuvo que enviar, para que hiciesen nuevo acopio, á Aquilio que mandaba seis mil hombres. Entiéndelo Sertorio, y adelantándose á tomar el camino, cuando ya Aquilio volvia, hace salir contra él tres mil hombres de un barranco sombrío; y acometiendo él mismo de frente, le derrota, y da muerte á unos, y toma á otros cautivos. Metelo, cuando vió que Aquilio volvia sin armas y sin caballo, tuvo que retirarse ignominiosamente, escarnecido de los españoles.

Por estas hazañas miraban á Sertorio con grande amor aquellos bárbaros; y tambien porque acostumbrándolos á las armas, á la formacion, y al orden de la milicia Romana, y quitando de sus incursiones el aire furioso y terrible, habia reducido sus fuerzas á la forma de un ejército, de grandes cuadrillas de bandoleros que antes parecian. Ademas de esto, no perdonando gastos, les adornaba con oro y plata los morriones; les pintaba con distintos colores los escudos; enseñábales á usar de mantos y túnicas bri-

llantes; y fomentando por este medio su vanidad, se ganaba su aficion. Mas lo que principalmente les cautivó la voluntad fue la disposicion que tomó con los jóvenes: porque reuniendo en Huesca, ciudad grande y populosa, á los hijos de los mas principales é ilustres entre aquellas gentes, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones Griegas y Romanas, en la realidad los tomaba en rehenes; pero en la apariencia los instruia para que en llegando á la edad varonil participasen del Gobierno y de la Magistratura. Los padres en tanto estaban sumamente contentos viendo á sus hijos ir á las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios; los examinaba por sí muchas veces, les distribuia premios, y les regalaba aquellos collares que los Romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los Españoles que los que hacian formacion aparte con el General, perecieran con él si venia á morir, á lo que aquellos bárbaros llamaban consagracion: al lado de los demas generales solo se ponian algunos de sus asistentes y de sus amigos; pero á Sertorio le seguian muchos millares de hombres, resueltos á hacer por él esta especie de consagracion. Asi se refiere que en ocasion de retirarse á una ciudad, teniendo ya á los enemigos cerca, los Españoles, olvidados de sí mismos, salvaron á Sertorio, tomándolo sobre los hombros, y pasándolo asi de uno á otro hasta ponerlo encima de los muros; y luego que tuvieron en seguridad á su general, cada uno de ellos se entregó á la fuga.

Ni eran solos los Españoles á quererle por su caudillo, sino que este mismo deseo tenian los soldados venidos de la Italia. Llegó pues tambien á España con grandes caudales y mucha gente Perpena Venton, del mismo partido que Sertorio, con ánimo de hacer de por sí la guerra á Metelo; pero los

soldados empezaron á indisponerse, y haciendo frecuentemente conversacion de Sertorio, pensaban ya en abandonar á Perpena, de quien decian que estaba muy hinchado con su linage y su riqueza: asi cuando ya se supo que Pompeyo pasaba los Pirineos, tomando los soldados las armas y las insignias de las legiones, gritaron á Perpena para que los condujese al campo de Sertorio, amenazándole que de lo contrario le dejarian por ir en busca de un hombre que podia salvarse y salvarlos; y Perpena tuvo que condescender con sus ruegos, y marchando al frente de ellos, juntó con las de Sertorio sus tropas, que consistian en cincuenta y tres cohortes.

Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro; con lo cual en el número era poderoso, porque de todas partes acudian y se le presentaban gentes; pero mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir á las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilacion, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexion y del discurso. Mas cuando vió que no cedian, sino que insistian tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran á estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendria en adelante mas sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba; y marchando entonces en su socorro, los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó á todos al cabo de pocos dias á junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal el

hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla; y el otro pequeño una á una fue arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasion de risa á los espectadores, teniendo que darse por vencido, mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: "Ved hay, les dijo, ó camaradas, como la paciencia "puede mas que la fuerza; y como cosas que no "pueden acabarse juntas, ceden y se acaban poco á "poco: porque nada resiste á la continuacion; con "la que el tiempo en su curso destruye y consume "todo poder, siendo un excelente auxiliador de los "que saben aprovechar la ocasion que les presenta, "é irreconciliable enemigo de los que fuera de sazon "se precipitan." Inculcando continuamente Sertorio á los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponia para esperar la oportunidad.

Entre sus acciones de guerra no fue lo que menos admiracion excitó lo ejecutado con los llamados Caracitanos. Este es un pueblo situado mas alla del rio Tajo, que no se compone de casas como las ciudades ó aldeas, sino que en un monte de bastante extension y altura hay muchas cuevas y cavidades de rocas que miran al norte. El pais que le circunda produce un barro arcilloso, y una tierra muy deleznable por su finura, incapaz de sostener á los que andan por ella, y que con tocarla ligeramente se deshace como la cal ó la ceniza. Era por tanto imposible tomar por fuerza á estos bárbaros; porque cuando temian ser perseguidos, se retiraban con las presas que habian hecho á sus cuevas, y de alli no se movian. En ocasion pues en que Sertorio se retiraba de Metelo, y habia establecido su campo junto á aquel monte, le insultaron y despreciaron, mirándole como vencido; y él bien fuese de cólera, ó bien

por no dar idea de que huia, al dia siguiente muy de mañana movió con sus tropas, y fue á reconocer el sitio. Como por ninguna parte tenia subida, anduvo dando vueltas, haciéndoles vanas amenazas; mas en esto advirtió que de aquella tierra se levantaba mucho polvo, y que por el viento era llevado á lo alto: porque, como hemos dicho, las cuevas estaban al norte, y el viento que corre de aquella region, al que algunos llaman *Cecias*, es alli el que mas domina, y el mas impetuoso de todos, soplando de paises húmedos, y de montes cargados de nieve. Estábase entonces en el rigor del verano, y fortificado el viento con el deshielo que en la parte setentrional se experimentaba, le tomaban con mucho gusto aquellos naturales, porque en el dia los refrigeraba á ellos y á sus ganados. Habíalo discurrido asi Sertorio, y se lo habia oido tambien á los del contorno; por lo cual dió orden á los soldados de que recogiendo aquella tierra suelta y cenicienta, la fueran acumulando en diferentes puntos delante del monte; y como creyesen los bárbaros que el objeto era formar trincheras contra ellos, lo tomaron á burla. Trabajaron en esto los soldados hasta la noche, hora en que se retiraron; pero por la mañana siguiente empezó desde luego á soplar una aura suave, que levantó lo mas delgado de aquella tierra amontonada esparciéndola á manera de humo; y despues, arreciándose el cecias con el sol, y poniéndose ya en movimiento los montones, los soldados que se hallaban presentes, los revolvian desde el suelo y ayudaban á que se levantase la tierra. Algunos corrian con los caballos arriba y abajo, y contribuian tambien á que la tierra se remontase en el aire, y á que hecha un polvo todavía mas delgado fuese de aquel impelida á las casas de los bárbaros, que recibian el cierzo por la puerta. Estos como las cuevas no tenian otro respiradero que aquel sobre el que se precipita-

ba el viento, quedaron muy luego ciegos, y ademas empezaron á ahogarse, respirando un aire incómodo y cargado de polvo; por lo cual apenas pudieron aguantar dos dias, y al tercero se entregaron: aumentando, no tanto el poder como la gloria de Sertorio, por verse que lo que no estaba sujeto á las armas, lo alcanzaba con la sabiduría y el ingenio.

Mientras que hizo la guerra á Metelo parecia que su buena suerte era en gran parte debida á la vejez y torpeza de este, que no podia contrarestar á un hombre osado, y caudillo mas bien de una tropa de bandoleros que de un ejército reglado; pero cuando despues de haber pasado Pompeyo los Pirineos contrapuso al de este su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vió que sobresalia Sertorio asi en acometer, como en saber guardarse, entonces enteramente fue declarado aun en Roma mismo como el mas diestro para dirigir la guerra entre los Generales de su edad. Y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entonces en lo mas florido de su gloria de resulta de sus hazañas en el partido de Sila, por las que este le apellidó *Magno*, que quiere decir grande; y mereció los honores del triunfo aun antes de salirle la barba. Asi es que muchas de las ciudades sujetas á Sertorio, volviendo á aquel la vista, pensaban en mudanzas; sino que recedieron despues de este propósito por el suceso de Lauron, que salió muy al reves de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fue Pompeyo en su socorro con todas sus fuerzas. Habia un collado en la mejor situacion contra la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio; y Pompeyo entonces, acudiendo con su ejército, lo tuvo á gran ventura, porque creyó que iba á coger á Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando

á los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo, y salieran á las murallas á ver sitiado á Sertorio. Mas este cuando lo supo se echó á reir; y ya le enseñaré yo, dijo, al discípulo de Sila, porque asi llamaba por burla á Pompeyo, que el General debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí; y en seguida hizo advertir á los sitiados que habia dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde habia salido para tomar el collado, á fin de que cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen estos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo: asi no se atrevió á combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza á retirarse y abandonar á los Lauronitas en aquel peligro; mas fuele preciso estar presente y ser testigo de su perdicion: porque aquellos bárbaros desmayaron, y se entregaron á Sertorio. No tocó este á las personas: antes los dejó ir libres; pero lo que es la ciudad la abrasó; no por cólera ó por crueldad, porque entre todos los Generales parece que fue este el que menos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban á Pompeyo: pues correria la voz entre los bárbaros de que con estar presente, y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dió socorro.

Sufrió Sertorio bastantes derrotas, no obstante que en sí mismo y en los que con él peleaban se conservó siempre invicto, sino que fue quebrantado en otros Generales suyos; pero aun era mas admirado por el modo de reparar estos descalabros, que sus contrarios por la victoria: como sucedió en la batalla del Júcar con Pompeyo, y en la del Turia con el mismo y con Metelo. De la del Júcar se dice haberse dado acometiendo Pompeyo, para que Metelo no tuviese parte en la victoria. Sertorio queria tambien combatir con Pompeyo antes que llegara Metelo; y reuniendo su gente, se presentó á la pe-

lea entrada ya la tarde, reflexionando que las tinieblas serian á los enemigos, extrangeros é ignorantes del terreno, un estorbo para huir, ó para seguir el alcance. Trabada la batalla, hizo la casualidad que no estuviera él al principio opuesto á Pompeyo, sino á Afranio, que mandaba la izquierda, hallándose él colocado en su derecha; pero habiendo entendido que los que contendian con Pompeyo aflojaban y eran vencidos, encargó la derecha á otros de sus Generales, y pasó corriendo á la parte vencida. Reunió y alentó á unos que ya se retiraban, y á otros que se mantenian en formacion, y cargando de recio á Pompeyo que perseguia á los primeros, le puso en desorden, y estuvo en muy poco que no pereciese, habiendo salido herido, y salvádose prodigiosamente; y fue que los Africanos que estaban al lado de Sertorio, cuando cogieron el caballo de Pompeyo engalanado con oro, y adornado de preciosos arreos, al partirlos altercaron entre sí, y abandonaron el alcance. Afranio, desde el momento que Sertorio partió en socorro de la otra ala, rechazó á los que tenia al frente, y los llevó hasta el campamento, en el que se precipitó con ellos, y empezó á saquearlo. Era ya de noche, y no sabia que Pompeyo habia sido puesto en fuga, ni podia contener á los suyos en el pillage. Vuelve en esto Sertorio, que por su parte habia vencido, y sorprendiendo á los de Afranio, que se aturdieron por hallarse desordenados, hizo en ellos gran matanza. A la mañana temprano armó sus tropas, y bajó de nuevo á dar batalla; pero noticioso de que Metelo estaba cerca, mudó de propósito, y se retiró al campamento, diciendo: á fe que al mozuelo este, si la vieja no hubiera llegado, le habria yo dado una zurra, y lo habria enviado á Roma.

Andaba muy decaido de ánimo, á causa de que no parecia por ninguna parte la cierva, y se sentia

falto de este artificio para con aquellos bárbaros, entonces mas que nunca necesitados de consuelo. Por casualidad unos que discurrian por el campo con otro motivo, dieron con ella; y conociéndola por el color, la recogieron. Habiéndolo entendido Sertorio, les prometió una crecida suma, con tal que á nadie lo dijesen; y ocultando la cierva, pasados unos cuantos dias se encaminó al sitio de las juntas públicas con un rostro muy alegre, manifestando á los caudillos de los bárbaros que de parte de Dios se le habia anunciado en sueños una señalada ventura; y subiendo despues al tribunal se puso á dar audiencia á los que se presentaron. Dieron á este tiempo suelta á la cierva los que estaban encargados de su custodia, y ella que vió á Sertorio, echando á correr muy alegre hácia la tribuna, fue á poner la cabeza entre las rodillas de aquel, y con la boca le tocaba la diestra, como antes solia ejecutarlo. Correspondió Sertorio con cariño á sus halagos, y aun derramó alguna lágrima, lo que al principio causó admiracion á los que se hallaban presentes; pero despues acompañaron con aplauso y regocijo hasta su habitacion á Sertorio, teniéndole por un hombre extraordinario y amado de los Dioses, y cobrando ánimo concibieron faustas esperanzas.

En los campos Seguntinos habia reducido á los enemigos á la última escasez; y le fue preciso combatir con ellos en ocasion que bajaban á merodear y hacer provisiones. Peleóse denodadamente por una y otra parte; y Memio, el mejor caudillo de los que militaban bajo Pompeyo, murió en lo mas recio de la batalla. Vencia por tanto Sertorio, y con gran mortandad de los que se le oponian trataba de penetrar hasta Metelo, el cual sosteniéndose y peleando alentadamente, fuera de lo que permitia su edad, fue herido de un bote de lanza. Los Romanos, que vieron el hecho, ó llegaron á oirle, se cubrieron de

vergüenza, de que pudiera decirse abandonaban á su General, y al mismo tiempo se encendieron en ira contra los enemigos. Protegiéronle pues con los escudos, y combatiendo esforzadamente, no solo le retiraron, sino que rechazaron á los españoles. Mudóse con esto la suerte de la victoria; y Sertorio, para proporcionar á los suyos una fuga segura, y dar tiempo á que le llegaran nuevas tropas, se retiró á una ciudad montuosa y bien fortificada, cuyos muros empezó á reparar, y á barrear sus puertas, sin embargo de que en todo pensaba mas que en aguantar alli un sitio; sino que asi engañó á los enemigos. Porque atendiendo á él solo, y esperando que sin dificultad se apoderarian de la ciudad, no pensaron en perseguir á los bárbaros en su fuga, ni hicieron caso de las fuerzas que de nuevo acudian á Sertorio. Reuníalas en tanto, enviando caudillos á las ciudades que estaban por él, y dándoles orden de que cuando tuvieran bastante número, se lo avisaran por expreso. Cuando ya tuvo estos avisos, saliendo sin trabajo por medio de los enemigos, fue á unirse con su gente; y presentándose otra vez con respetables fuerzas, les interceptaba á aquellos los víveres; los que podian venirles por tierra, armándoles celadas, cortando sus partidas, y apareciéndose por todas partes, sin darse ni darles reposo; y los del mar, por medio de barcos corsarios, con los que era dueño de la marina, en términos que precisados los generales Romanos á separarse, Metelo se retiró á la Galia, y Pompeyo hubo de invernar con incomodidad en los Vaceos por falta de fondos; escribiendo al Senado, que regresaria con el ejército, si no se le enviaba dinero; porque ya habia gastado todo su caudal peleando por la Italia; y en Roma no se hablaba de otra cosa sino de que Sertorio llegaria antes á la Italia que Pompeyo: ¡á este punto trajo la pericia y destreza de Sertorio á los

primeros y mas hábiles generales de aquel tiempo!

Manifestó el mismo Metelo cuanto le imponia este insigne varon, y cuan ventajoso era el concepto que de él tenia: porque hizo publicar por pregon que si algun Romano le quitaba la vida, le daria cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra; y si fuese algun desterrado, le concederia la vuelta á Roma; lo que era desesperar de poderlo conseguir en guerra abierta, poniéndolo en almoneda para una traicion. Ademas, habiendo vencido en una ocasion á Sertorio, se envaneció tanto, y lo tuvo á tan grande dicha, que se hizo saludar Emperador, y las ciudades por donde transitaba le recibian con sacrificios y con aras. Dícese que consintió le ciñeran las sienes con coronas, y que se le dieran banquetes suntuosos, en los que brindaba adornado con ropa triunfal. Teníanse dispuestas victorias con tal artificio, que por medio de resortes le presentaban trofeos y coronas de oro; y habia coros de mozos y doncellas que le cantaban epiniquios ó himnos de victoria: haciéndose justamente ridículo con semejantes demostraciones, pues que tanto se vanagloriaba, y tal contento habia concebido de haber quedado vencedor (por haberse él retirado espontáneamente) respecto de un hombre á quien llamaba el fugitivo de Sila, y el último resto de la fuga de Carbon. De la grandeza de ánimo de Sertorio son manifiestas pruebas, lo primero el haber dado el nombre de Senado á los que de este cuerpo habian huido de Roma, y se le habian unido, y el elegir entre ellos los Cuestores y Pretores, procediendo en todas estas cosas segun las leyes patrias; y lo segundo, el que valiéndose de las armas, de los bienes y de las ciudades de los españoles, ni en lo mas mínimo partia con ellos el sumo poder; y á los Romanos los establecia por sus generales y magistrados, como queriendo reintegrar á estos en su libertad, y no aumentar á aque-

llos en perjuicio de los Romanos. Porque era muy amante de la patria, y ardia en el deseo de la vuelta; sino que viéndose maltratado, se mostraba hombre de valor; mas nunca hizo contra los enemigos cosa que desdijese; y despues de la victoria enviaba á decir á Metelo y á Pompeyo, que estaba pronto á deponer las armas, y á vivir como particular, si alcanzaba la restitucion; porque mas queria ser en Roma el último de los ciudadanos, que no que se le declarara Emperador de todos los demas, teniendo que estar desterrado de su patria. Dícese que era gran parte la madre para desear la vuelta, porque habia sido criado por ella siendo huérfano, y en todo no tenia otra voluntad que la suya. Así es que llamado ya por sus amigos al mando en España, cuando supo que su madre habia muerto, estuvo en muy poco que no perdiese la vida de dolor; porque siete dias estuvo tendido en el suelo sin dar la señal á los soldados, ni dejarse ver de ninguno de sus amigos; y con dificultad los demas caudillos y otras personas de autoridad, rodeándole en su tienda, pudieron precisarle á que saliera y hablara á los soldados, y se encargara de los negocios que iban prósperamente; por lo cual muchos entienden que él era naturalmente de condicion benigna, é inclinado al reposo; y que por accidentes que sobrevinieron, tuvo que recurrir contra su deseo á mandos militares; y no encontrando seguridad sino en las armas, que sus enemigos le forzaron á tomar, le fue preciso hacer de la guerra un resguardo y defensa de su persona.

Mostróse asimismo su grandeza de ánimo en la conducta que tuvo con Mitridates: porque cuando este Rey, rehaciéndose como para una segunda lucha del descalabro que sufrió con Sila, quiso de nuevo acometer al Asia, era ya grande la fama que de Sertorio habia corrido por todas partes; y los na-

vegantes como de mercancías extrangeras habian llenado el Ponto de su nombre y sus hazañas. Tenia resuelto enviarle embajadores, acalorado principalmente con las exageraciones de los lisonjeros, que comparando á Sertorio con Anibal, y á Mitridates con Pirro, decian que los Romanos, dividiendo su atencion á dos partes, no podrian resistir á tanta fuerza y destreza juntas, si el mas habil General llegaba á unirse con el mayor de todos los Reyes. Envia pues Mitridates embajadores á España con cartas para Sertorio, y con el encargo de decirle que le daria fondos y naves para la guerra, sin solicitar mas de él sino que le hiciera segura la posesion de toda aquella parte del Asia que habia tenido que ceder á los Romanos conforme á los tratados ajustados con Sila. Convocó Sertorio á consejo, al que como siempre llamó Senado; y siendo los demas de dictámen de que se accediera á la propuesta como muy admisible, pues que no pidiéndosele mas que nombres y letras vanas sobre objetos que no estaban en su facultad, iban en cambio á recibir cosas positivas, que les hacian gran falta; no vino en ello Sertorio, sino que dijo que no repugnaria el que Mitridates ocupase la Bitinia y la Capadocia, provincias dominadas siempre por el Rey, y que no pertenecian á los Romanos; pero en cuanto á una provincia que poseida por estos con el mejor título, Mitridates se la habia quitado y retenido, perdiéndola despues, primero por haberla reconquistado Fimbria con las armas, y luego por haberla cedido aquel á Sila en el tratado, no consentiria que volviera otra vez á ser suya: porque mandando él, debia tener aumentos la república, y no hacer pérdidas á trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honra; pero con ignominia ni siquiera salvar la vida.

Oyó Mitridates esta respuesta con grande admi-

racion; y se dice haber exclamado ante sus amigos: ¿qué mandará Sertorio sentado en el palacio, si ahora relegado al mar Atlántico, señala límites á mi reino, y porque tengo miras sobre el Asia me amenaza con la guerra? Mas con todo hágase el tratado, y convéngase con juramento en que Mitridates tendrá la Capadocia y la Bitinia, enviándole Sertorio un General y soldados; y en que Sertorio percibirá de Mitridates tres mil talentos y cuarenta naves. En consecuencia fue enviado de General al Asia por Sertorio Marco Mario, uno de los Senadores fugitivos que habian acudido á él; y habiendo tomado Mitridates con su auxilio algunas ciudades en el Asia, entrando aquel en ellas con las fasces y las bachas, iba él en pos tomando voluntariamente el segundo lugar, y haciendo como quien dice el papel de criado. Marco concedió la libertad á algunas ciudades, y á otras la exencion de tributos, anunciándoles que lo ejecutaba en obsequio de Sertorio; de manera que el Asia, molestada otra vez por los exactores, y agoviada con las extorsiones é insolencias de los alojados, se levantó á nuevas esperanzas, y empezó á desear la mudanza de gobierno que ya se entreveia.

En España los Senadores y personas de autoridad que estaban con Sertorio, luego que entraron en alguna confianza de resistir, y se les desvaneció el miedo, empezaron á tener zelos y necia emulacion de su poder. Incitábalos principalmente Perpena, á quien con loca vanidad hacia aspirar al primer mando el lustre de su linage, y dió principio por sembrar insidiosamente entre sus confidentes estas especies sediciosas: ¿qué mal Genio es el que se ha apoderado de nosotros para arrojarnos de mal en peor? nos desdeñábamos de ejecutar, sin salir de nuestra casa, las órdenes de Sila, que lo dominaba todo por mar y por tierra; y por una extraña obcecacion, queriendo vivir libres, nos hemos puesto en una vo-

luntaria servidumbre, haciéndonos satélites del destierro de Sertorio; y aunque se nos llama Senado, nombre de que se burlan los que lo oyen, en realidad pasamos por insultos, por mandatos y por trabajos en nada mas tolerables que los que sufren los Iberos y Lusitanos. Seducian á los mas estos discursos; y aunque no desobedecian abiertamente por miedo de su poder, bajo mano desgraciaban los negocios, y agraviaban á los bárbaros, tratándolos ásperamente de obra y de palabra, como que era de orden de Sertorio; de donde se originaban tambien rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos desórdenes, volvian habiendo suscitado mayores inquietudes, y habiendo aumentado las sediciones que ya existian: tanto que haciendo salir á Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se encrueleció con los hijos de los Iberos educados en Huesca, dando muerte á unos, y vendiendo á otros en almoneda.

Teniendo ya Perpena muchos conjurados para su proyecto, agregó ademas á él á Manio, uno de los caudillos. Amaba este á un jovencito de tierna edad, y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiracion, encargándole que no hiciera caso de los demas amadores, y solo se aficionase á él, que dentro de breves dias ocuparia un gran puesto. El joven descubre este secreto á Aufidio, otro de sus amadores, á quien él apreciaba mas. Quedóse Aufidio suspenso, porque tambien él entraba en la conjuracion contra Sertorio; pero ignoraba que Manio tuviese en ella parte; y turbado despues al ver que aquel mozo le nombraba á Perpena, á Gracino y á otros que él sabia ser de los conjurados, lo primero que hizo fue desvanecerle aquella idea, exhortándole á que despreciara á Manio, que no tenia mas que vanidad y orgullo; y despues se fue á Perpena, á quien manifestó el peligro y la necesidad que habia de apro-

vechar cuanto antes la oportunidad, instándole á la ejecucion. Convinieron en ello; y disponiendo que uno se presentase con cartas para Sertorio, le condujeron ante él. En las cartas se anunciaba una victoria conseguida por uno de sus lugartenientes con gran mortandad de los enemigos; y como Sertorio se hubiese mostrado muy contento, y hubiese hecho sacrificios por la buena nueva, Perpena le convidó á un banquete con los amigos que se hallaban presentes, que eran todos del número de los conjurados; y haciéndole grandes instancias, le sacó la palabra de que asistiria. Siempre en los banquetes de Sertorio se observaba grande orden y moderacion, porque no podia ni ver ni oir cosa indecente: y estaba acostumbrado á que los demas que á ellos asistian, en sus chistes y entretenimientos guardaran la mayor moderacion y compostura. Entonces cuando se estaba en medio del festin, para buscar ocasion de reyerta, empezaron á usar de expresiones del todo groseras; y fingiendo estar embriagados, se propasaron á otras insolencias para irritarle. El entonces, ó porque le incomodase aquel desorden ó porque llegase á colegir su intento del precipitado modo de hablar, y de la poca cuenta que contra la costumbre se hacia de su persona, mudó de postura, y se reclinó en el asiento, como que no atendia, ni oia lo que pasaba; pero habiendo tomado Perpena una taza llena de vino, y dejádola caer de las manos en el acto de estar bebiendo, se hizo gran ruido, que era la señal dada; y entonces Antonio, que estaba sentado al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse este al golpe, y se fue á levantar; pero Antonio se arrojó sobre él y le cogió de ambas manos; con lo que hiriéndole muchos á un tiempo, murió sin haberse podido defender.

La mayor parte de los Españoles al punto abandonaron aquel partido, y se entregaron á Pompeyo

y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron, se puso al frente Perpena con resolucion de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenia tomadas; pero no fue mas que para desacreditarse, y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado; pues que habiendo acometido á Pompeyo, fue en el momento derrotado por este; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio como á un General correspondia; sino que habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció á Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personages de gran poder en Roma, que llamaban á Sertorio á la Italia, con deseo de trastornar el orden existente, y mudar el gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasion, no como un joven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando á Roma de grandes sustos y calamidades. Porque recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos, ni dejar que otro los leyera; y á Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos, y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traidos ante Pompeyo, y perdieron la vida; y otros, habiendo huido al Africa, fueron asaeteados por los Mauritanos. Ninguno escapó sino Aufidio, el rival en amores de Manio; el cual, ó porque se escondió, ó porque no se hizo cuenta de él, mendigo y odiado de todos, llegó á hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

Del padre de Eumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza carretero en el Quersoneso; sin embargo de lo cual habia recibido el hijo una honesta educacion, asi en las letras, como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viage, y se detuvo algun tiempo, concurrió á ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos; y como entre estos se distinguiese Eumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él, se le llevó consigo. Parece no obstante estar mas en lo cierto los que atribuyen al hospedage y á la amistad con el padre aquella demostracion de Filipo. Despues de la muerte de este á ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro aparecia inferior ni en prudencia ni en lealtad; y aunque no tenia otro título que el de Gefe de los amanuenses, estaba en igual honor que los mas amigos y allegados: tanto que fue enviado á la India con un ejército de único General, y se le dió el mando de la caballería que antes tenia Perdicas, cuando este, muerto Hefestion, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo cuando el escudero mayor Neoptolemo dijo despues de la muerte de Alejandro, que él le seguia llevando el escudo y la lanza, y Eumenes llevando el punzon y las tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber que Eumenes, ademas de otras distinciones, habia merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera á quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Hércules, de las hermanas de esta, á Atama la casó con Tolomeo, y á la otra Barsine con Eumenes, cuando hizo aquel reparto de las Persianas, y las colocó con sus amigos.

Con todo tuvo altercados en muchas ocasiones con Alejandro, y corrió peligro á causa de Hefestion. En primer lugar repartió este á Ebio el flautista una casa, de la que para Eumenes habian antes tomado posesion sus criados; é irritándose con este motivo Eumenes contra Alejandro, exclamó, llevando en su compañía á Mentor, que mas valia ser flautista ó farsante, arrojando las armas de la mano; de resulta de lo cual Alejandro tomó parte en el enfado de Eumenes, y reprendió á Hefestion. Mas arrepintióse muy luego, y volvió su enojo contra Eumenes, por parecerle que mas bien que libre con Hefestion, habia andado descomedido con él. Envió despues á Nearco con una expedicion al mar exterior, para lo que pidió caudales á sus amigos, por no haberlos en el erario real. A Eumenes le pidió trescientos talentos; pero como no le diese mas que ciento, y aun estos de mala gana, y diciendo que con trabajo los habia recogido de sus administradores, no se mostró ofendido, ni los recibió; pero reservadamente dió orden á algunos de su familia de que pusieran fuego á la tienda de Eumenes, con el designio de cogerlo en mentira al tiempo de hacer la traslacion de su dinero. Ardió la tienda antes de tiempo, con sentimiento de Alejandro, por haberse quemado los escritos de secretaría; pero el oro y plata fundido por el fuego se halló que pasaba de mil talentos. No tomó nada sin embargo; y antes escribiendo á todos los Sátrapas y generales para que le enviaran copias de los originales que se habian perdido, mandó á Eumenes que los recogiese. En otra ocasion tuvo con Hefestion contienda por cierto presente, en la que dijo y oyó muchos denuestos; y no por eso recibió entonces menos; pero habiendo muerto Hefestion de alli á poco, el Rey, que lo sintió mucho, se mostraba desabrido y grave con todos aquellos que le parecia haber mirado

con envidia á Hefestion mientras vivió, y haberse alegrado de su muerte; entre los cuales era de Eumenes de quien tenia mayores sospechas, y muchas veces recordaba aquellas contiendas y reprensiones; mas este, que era astuto y habil, trató de salvarse por aquel mismo lado por donde era ofendido: porque se acogió al zelo y empeño con que Alejandro queria honrar á Hefestion, proponiendo aquellos honores que mas habian de ensalzar al difunto, y gastando de su dinero en la construccion del monumento con profusion y largueza.

Muerto Alejandro, como las tropas no quisiesen obedecer á sus validos, Eumenes en su ánimo favorecia á estos; pero de palabra se mostraba indiferente entre unos y otros, porque siendo extrangero no le correspondia mezclarse en las disputas de los Macedonios; mas luego cuando los demas favoritos salieron de Babilonia, habiéndose él quedado en la ciudad, aplacó á una gran parte de la infantería, y la hizo mas docil para la reconciliacion. Aviniéronse despues entre sí los generales, sosegadas que fueron aquellas primeras discordias; y repartiéndose las Satrapías y Comandancias, á Eumenes le tocaron la Capadocia, y la Paflagonia por donde confina con el mar Póntico hasta Trapezunte, que todavía no pertenecia á los Macedonios, reinando Ariarates en aquella region: por tanto era necesario que Leonato y Antígono acompañasen á Eumenes con poderosas fuerzas para darle á reconocer por Sátrapa de ella. Como Antígono, que pensaba ya en bandearse por sí, y miraba con desprecio á los demas, no se prestase á ejecutar las órdenes de Perdicas, Leonato bajó con Eumenes á la Frigia, tomando á su cargo aquella expedicion; pero habiéndose unido con él Hecateo, tirano de los Cardianos, y rogádole que auxiliase con preferencia á Antipatro, y á los que se hallaban sitiados en Lamia, se decidió á

esta marcha, llamando á Eumenes, á quien reconcilió con Hecateo: porque habia entre ellos ciertos rezelos, nacidos de disensiones políticas; y Eumenes en muchas ocasiones habia acusado abiertamente la tiranía de Hecateo, excitando á Alejandro á que diera la libertad á los Cardianos. Por tanto repugnando Eumenes aquella expedicion contra los Griegos, y confesando que rezelaba de Antipatro, no fuera que en obsequio de Hecateo, y aun por satisfacer su odio propio, le quitara la vida, Leonato usó con él de confianza, y nada le ocultó de cuanto meditaba: revelándole, que el auxilio aquel á que parecia prestarse, no era mas que apariencia y pretexto, siendo su designio apoderarse inmediatamente que llegara de la Macedonia; y aun le mostró algunas cartas de Cleopatra que le llamaba á Pela, al parecer para casarse con él; pero Eumenes, ó por temor de Antipatro, ó por desconfianza de Leonato, que era arrebatado y se gobernaba por ímpetus precipitados, movió de noche el campo, llevándose cuanto le pertenecia, que eran trescientos hombres de caballería, doscientos jóvenes de los de su familia armados, y en oro reducido á la cuenta de la plata hasta cinco mil talentos. De este modo huyó en busca de Perdicas, á quien participó los intentos de Leonato, y con quien gozó desde luego de mucho poder, habiéndole este hecho de su consejo. De alli á poco volvió á marchar á la Capadocia con bastantes fuerzas, acompañándole el mismo Perdicas, que en persona iba acaudillándolas; y habiendo sido tomado cautivo Ariarates, y rendídose toda la provincia, fue en ella reconocido por Sátrapa. Puso pues las ciudades en manos de sus amigos; estableció gobernadores en las fortalezas, y nombró los jueces y procuradores que le pareció, sin que Perdicas se mezclara en ninguno de estos negocios; hecho lo cual se restituyó en su compañía, ya por mostrársele

agradecido, y ya tambien porque no queria dejar la corte.

Estaba confiado Perdicas en que podria por sí mismo poner en ejecucion sus planes; pero entendiendo que para tener guardadas las espaldas necesitaba de un centinela activo y de fidelidad, despachó de la Cilicia á Eumenes, en la apariencia, á su satrapía; pero en realidad para tener á raya á la Armenia, que confinaba con sus estados, y en la que andaba promoviendo sediciones Neoptolemo. A este, aunque era de genio orgulloso y altanero, procuró atraerle Eumenes por medio de amistosas conferencias; y él en tanto, hallando inquieta é insolente á la falange Macedonia, dispuso prepararle como rival una fuerza de caballería; para lo cual concedió á los naturales que podian servir en esta arma, exencion de pechos y tributos; y entre estos á aquellos de quienes vió podria fiarse, les repartió caballos que compró á su costa: alentando sus ánimos con honores y distinciones, y haciendo sus cuerpos al trabajo por medio del ejercicio y las evoluciones: tanto que de los Macedonios unos se quedaron asombrados y otros cobraron ánimo, viendo que en tan corto tiempo habia reunido bajo sus órdenes una tropa de caballería, que no bajaría de seis mil trescientos hombres.

Mas adelante cuando Cratero y Antipatro, despues de sojuzgados los Griegos, pasaron al Asia con designio de disipar el poder de Perdicas, y se dijo que primero invadirian la Capadocia, Perdicas, que estaba haciendo la guerra á Tolomeo, nombró á Eumenes General en gefe de todas las tropas de la Armenia y la Capadocia; y al mismo tiempo dirigió cartas, en que mandaba que Alquetas y Neoptolemo estuvieran á las órdenes de Eumenes, y que este se condujera en los negocios como viera que convenia; pero Alquetas desde luego se negó á concurrir por

su parte, diciendo que los Macedonios que militaban bajo su mando contra Antipatro, se avergonzaban de pelear, y á Cratero aun estaban dispuestos á recibirlo con la mejor voluntad. Por lo que hace á Neoptolemo no se le ocultó á Eumenes que le estaba fraguando una traicion: llamóle pues, y en lugar de obedecer se dispuso á combate. Entonces por la primera vez sacó Eumenes fruto de su prevision y sus aprestos: porque vencida ya su infantería, rechazó con la caballería á Neoptolemo, tomándole todo su bagage; y cargando con fuerza sobre las tropas enemigas, dispersas con motivo de seguir el alcance, las obligó á rendir las armas, y á que prestado nuevo juramento, sirvieran con él. Neoptolemo pues recogiendo de la fuga unos cuantos, se fue á amparar de Cratero y Antipatro; de parte de los cuales se habia ya enviado una embajada á Eumenes, proponiéndole que se pasara á su partido, y recogeria el fruto, no solo de conservar las Satrapías que ya tenia, sino de recibir ademas de ellos mas estados y tropas, haciéndose amigo de Antipatro, de enemigo que antes era, y no convirtiéndose de amigo en contrario de Cratero. Oida la embajada, respondió Eumenes, que siendo antiguo enemigo de Antipatro no se haria ahora su amigo, y mas cuando veia que él no hacia diferencia entre unos y otros; y en cuanto á Cratero estaba pronto á reconciliarle con Perdicas, y á que se avinieran á lo justo y equitativo; pero que si empezaba á ofenderle, estaria por él agraviado mientras tuviese aliento, y antes perderia su persona y su vida que faltar á su lealtad.

Recibida por Antipatro esta respuesta, pusiéronse á deliberar sobre sus negocios muy despacio: y llegando á este tiempo Neoptolemo en consecuencia de su retirada, les dió cuenta de la batalla, requiriéndolos, sobre que le diesen ayuda, con encarecimiento á entrambos; pero sobre todo á Cratero: di-

ciendo que era muy deseado de los Macedonios, y que con solo ver su sombrero ú oir su voz, corriendo se pasarian á él con las armas. Porque en verdad era grande la reputacion de Cratero, y muchos los que anhelaban por él despues de la muerte de Alejandro, trayendo á la memoria que repetidas veces á causa de ellos habia sufrido de este notables desvios; oponiéndosele al verle inclinado á imitar el fasto Persiano, y defendiendo las costumbres patrias, que por el lujo y el orgullo eran ya miradas con desden. Entonces pues Cratero envió á Antipatro á la Cilicia, y él tomando la mayor parte de las fuerzas, marchó con Neoptolemo contra Eumenes, creyendo cogerle desprevenido, en momentos en que sus tropas estarian entregadas al desorden y á la embriaguez, acabando de conseguir una victoria. El que Eumenes hubiese previsto su venida, y se hubiera apercibido, podria decirse que era mas bien efecto de un mando vigilante, que no de una pericia suma; pero el haber no solamente evitado que los enemigos entendieran que era en lo que él flaqueaba, sino haber hecho tomar las armas contra Cratero á los que con él militaban, sin saber contra quién contendian, ni dejarles conocer quién era el General contrario; tal ardid parece que exclusivamente fue propio de este General. Hizo pues correr la voz de que volvia Neoptolemo, y con él Pigris, trayendo soldados de á caballo Capadocios y Paflagonios. Era su intento mover de noche; y en la que habia de ejecutarlo, cogiéndole el sueño, tuvo una vision extraña. Parecióle ver dos Alejandros que se disponian á hacerse mutuamente la guerra, mandando cada uno un ejército; y que despues se aparecieron Minerva para auxiliar al uno, y Céres para auxiliar al otro. Trabóse un recio combate; y habiendo sido vencido el favorecido de Minerva, Céres cortando unas espigas, tegió una corona al vencedor. Por aqui infirió que el

sueño se dirigia á él, pues que peleaba por el mas delicioso pais, en el que se veia mucha espiga que apuntaba del cáliz: porque todo estaba sembrado; y ofrecia el aspecto propio de la paz, estando de una y otra parte muy vistosos los campos con aquella verde cabellera. Aseguróle todavía mas el saber que la seña de los enemigos era Minerva y Alejandro; y él dió tambien por seña Céres y Alejandro, mandando que todos tomasen espigas, y con ellas cubriesen y coronasen las armas. Muchas veces estuvo para descubrir y anunciar á los demas Gefes y caudillos quien era aquel con quien iban á pelear, no siendo él solo depositario de un arcano que tanto convenia guardar y encubrir; pero al cabo se atuvo á su primer discurso, y no confió aquel peligro á otro juicio que el suyo.

No puso al frente de Cratero á ninguno de los Macedonios, sino dos cuerpos de caballería extrangera mandados por Farsabazo hijo de Artabazo, y por Fénix Tenedio, á quienes dió la orden de que en viendo á los enemigos les acometieran, y vinieran con ellos á las manos con toda presteza, sin darles tiempo alguno, y sin admitirles parlamentario: porque temia en gran manera á los Macedonios no fuese que conociendo á Cratero desertaran y se pasaran á él. Por su parte formando un escuadron con los mas esforzados, tambien de caballería, en número de trescientos, y colocándose á la derecha, se dispuso á combatir contra Neoptolemo. Luego que pasada una loma que habia en medio, los descubrieron, como cargasen con mucha velocidad y extraordinario ímpetu, sorprendido Cratero, se quejó amargamente con Neoptolemo por haberle engañado acerca de pasársele los Macedonios; y exhortando á los caudillos que le asistian á portarse con valor, acometió igualmente contra los enemigos. Habiendo sido sumamente violento este primer choque, y quebrá-

dose las lanzas, con lo que se hubo de venir á las espadas, Cratero no hizo afrenta á la memoria de Alejandro, sino que derribó á gran número de enemigos, y rechazó muchas veces á los que se le oponian; pero herido al fin por un Tracio, que le acometió de costado, cayó del caballo. Estando en tierra muchos pasaron de largo sin reparar en él; pero Gorgias, uno de los caudillos de Eumenes, le conoció, y apeándose, le puso guardia por verle muy mal parado y casi moribundo. En esto tambien Neoptolemo trabó combate con Eumenes; porque aborreciéndose mútuamente de antiguo, y ardiendo en ira, en dos encuentros no se habian visto; pero al tercero se conocieron, y se vinieron al punto el uno para el otro, metiendo mano á las espadas y alzando grande vocería. Habiéndose encontrado los caballos con la mayor violencia, al modo de galeras, dejaron caer ambos las riendas, y se asieron con las manos, quitándose los yelmos, y pugnando por desatar de los hombros las corazas. Mientras asi bregaban, huyeron el cuerpo los dos caballos y ellos vinieron á tierra agarrados como estaban, y empezaron otra lucha; en la cual Eumenes partió á Neoptolemo una pierna al irse á levantar el primero, y se apresuró á ponerse en pie; mas Neoptolemo, apoyándose en la una rodilla perdida la otra, se defendia valerosamente, hiriendo de abajo para arriba; pero sus golpes no eran mortales, y herido en el cuello, cayó desfallecido. Eumenes, llevado de la ira y de su antiguo odio, se puso á quitarle las armas y á decirle injurias, y él, que todavía tenia la espada en la mano, sin que aquel lo percibiera le hirió por debajo de la coraza por la parte que toca á la ingle; pero la herida mas fue para asustar que para ofender á Eumenes, habiendo sido muy leve por la falta de fuerza. Despojó pues el cadáver, y aunque se sintió en mal estado por sus heridas, teniendo pasados los muslos y los bra-

zos, montó sin embargo á caballo, y dió á correr á la otra ala, creyendo que todavía se sostenian los enemigos; mas enterado de la muerte de Cratero, pasó al sitio donde yacia, y hallándole con aliento y en su acuerdo, echó pie á tierra, y prorumpiendo en lágrimas, dijo mil imprecaciones contra Neoptolemo, y se lamentó, tanto de la desgracia de Cratero, como de la precision en que á él se le habia puesto de tener que sufrir y ejecutar tales cosas con un amigo y compañero de su mayor amor y confianza.

Ganó esta batalla Eumenes unos diez dias despues de la primera, resultándole de ella la mayor gloria, al ver que en sus hazañas tenian igual parte la prudencia y el valor; pero atrajóle al mismo tiempo igual envidia y odio de parte de los aliados que de parte de los enemigos, por cuanto un advenedizo y un extrangero con las manos y las armas de los mismos Macedonios los habia privado del primero y mas aventajado entre ellos. Y si Perdicas con noticia de la muerte de Cratero hubiera podido adelantarse, ninguno otro hubiera ocupado el lugar preeminente entre los Macedonios; pero ahora muerto Perdicas, con motivo de una sedicion en el Egipto dos dias antes, habia llegado al campamento la nueva de esta batalla; é irritados con ella los Macedonios habian decretado la muerte de Eumenes, nombrando en caudillo de la guerra contra él á Antígono juntamente con Antipatro. En este tiempo, llegando Eumenes á las dehesas donde pacian los caballos de Alejandro, tomó los que habia menester; y como cuidase de enviar recibo á los encargados, se cuenta que Antipatro se puso á reir, diciendo ser admirable la prevision de Eumenes, que esperaba ó darles á ellos cuenta de los intereses del Rey, ó haber de tomarla. Era el ánimo de Eumenes, siendo superior en caballería, darles batalla en las llanuras

de Sardis, mirando ademas con complacencia poder hacer al mismo tiempo ante Cleopatra alarde de sus fuerzas; pero á peticion de esta, que temia excitar sospechas en el ánimo de Antipatro, pasó á la Frigia superior, é invernó en Celainas; donde queriendo competir con él sobre el mando Alcetas, Polemon y Docimo, esto es, les dijo, lo del proverbio: *con el fin nadie cuenta.* Habiendo prometido á los soldados que dentro de tres dias les daria el prest, puso en venta las quintas y castillos de aquella region, llenos de gentes y ganados. El General de division ó Comandante de tropa extrangera que habia sido comprador de alguno, recibia de Eumenes las máquinas y demas instrumentos necesarios, y tomándolo por sitio, los soldados se repartian la presa en pago de lo que se les debia. Con esto volvió Eumenes á adquirir estimacion; y habiendo aparecido en el campamento diferentes bandos que habian hecho arrojar los generales de los enemigos, por los cuales se ofrecian honores y cien talentos al que diera muerte á Eumenes, se indignaron terriblemente los Macedonios, é hicieron acuerdo sobre que mil de los principales formaran su guardia, custodiándole siempre asi de dia como de noche. Obedecíanle pues, y tenian placer en recibir de él los mismos honores que de los Reyes: porque consideraban á Eumenes con facultad de regalarles sómbreros de diversos colores y mantos de púrpura, que era el presente mas regio para los Macedonios.

La prosperidad hincha y ensoberbece aun á los de ánimo mas pequeño: tanto que al verlos en medio de sus faustos sucesos parece que realmente estan dotados de grandeza y gravedad; pero el hombre verdaderamente magnánimo y fuerte donde se ve y resplandece principalmente es en la adversidad, y en los reveses, como Eumenes: porque vencido de Antígono por una traicion en Orcinios de Capadocia,

y siendo de este perseguido, no dió lugar á que el traidor se refugiara á los enemigos, sino que echándole mano, le ahorcó; y huyendo por el camino opuesto de los que le perseguian, le torció sin que estos lo entendiesen; y dando un rodeo, llegado que fue al sitio donde se dió la batalla, acampó en él, recogió los cadáveres, y con las puertas de las casas de las aldeas vecinas que hizo traer, quemó con separacion á los caudillos, y con separacion á las tropas; y habiéndoles hecho sus cementerios, se retiró: de manera que habiendo ido despues allá Antígono, no pudo menos de maravillarse de su arrojo y su serenidad. Cayó despues sobre el bagage de Antígono, y estando en su mano tomar muchas personas libres, muchos esclavos, y gran riqueza amontonada de tantas guerras y tan cuantiosos despojos, temió que sus soldados cargados con tanto botin y tanta presa se hicieran demasiado pesados para la fuga, y muy delicados para llevar las continuas marchas, y aguantar la dilacion y el tiempo, que era en el que principalmente ponia la esperanza de aquella guerra, pensando en cansar y fatigar á Antígono. Mas conociendo la dificultad de apartar á los Macedonios por medio de una orden directa de una riqueza que podian contar por suya, mandó que tomaran ellos alimento y dieran pienso á los caballos, y en seguida marcharan contra los enemigos. En tanto envió secretamente quien á Menandro, Gefe encargado del bagage de los enemigos, le advirtiese de su parte, como si se interesara por él convertido en su amigo y deudo, de que estuviese apercibido y se retirara cuanto antes de aquellas llanuras y lugares bajos á la falda de los montes vecinos inaccesibles á la caballería, y poco propia para las sorpresas. Notó Menandro inmediatamente el peligro, y partió de alli: y Eumenes entonces á presencia de todos envió descubridores, dando ya la orden á los soldados de que se ar-

masen y pusieran los frenos á los caballos como para acometer inmediatamente á los enemigos; pero trayéndole los descubridores noticia de que Menandro se habia puesto en plena seguridad con haberse retirado á lugares ásperos, fingiendo que se enfadaba, marchó de alli con sus tropas. Dícese que dando parte Menandro á Antígono de esta ocurrencia, como los Macedonios alabasen á Eumenes, y se mostrasen mas benignos con él, porque siéndole facil cautivar á sus hijos, y afrentar á sus mugeres, se habia ido á la mano, y tenídoles consideracion, replicó Antígono: »No lo ha hecho por amor á nosotros, ó simples; sino por temor de que estas riquezas fuesen grillos para su fuga."

Andando pues Eumenes fugitivo y errante, persuadió á muchos de sus soldados que se retirasen, bien fuera por compasion que les tuviese, ó bien por que no quisiera llevar consigo menos de los que eran menester para pelear, y mas de los que convenian para no ser descubierto. Refugiándose pues á la fortaleza de Nora, puesta en el confin de la Licaonia y la Capadocia, con quinientos caballos y doscientos infantes, otra vez despidió de alli á aquellos de sus amigos que se lo habian rogado, por no poder sufrir la aspereza del pais y la escasez de víveres, saludándolos á todos y tratándolos con la mayor afabilidad. Sobrevino Antígono, y como le llamase á una conferencia antes de llegar al extremo de ponerle sitio, respondió que Antígono tenia muchos amigos y muchos caudillos que le relevasen; pero si él faltaba, no les quedaba nadie á los que habia tomado bajo su amparo, proponiéndole que le enviara rehenes si tenia por conveniente el que conferenciasen; y como insistiese Antígono en que fuera á hablarle por ser superior, repuso que él no reconocia como superior á ninguno mientras fuera dueño de su espada. Con todo, habiéndole Antígono enviado

á la fortaleza á su sobrino Tolomeo, como el mismo Eumenes lo habia exigido, entonces bajó, y abrazándose se saludaron con amor y cariño, obsequiándose entre sí, y tratándose como amigos. Hablaron largamente; y no habiendo Eumenes ni siquiera hecho mencion de seguridad y de paz, y antes sí pedido que se le sanearan sus satrapías, y se le hiciesen presentes; todos los que allí se hallaban se quedaron pasmados, no acertando á ponderar su resolucion y osadía. Al mismo tiempo corrieron muchos de los Macedonios con el deseo de ver qué hombre era Eumenes: porque despues de la muerte de Cratero de ninguno se hablaba tanto en el ejército. Llegando pues Antígono á temer por él no se le hiciera alguna violencia, primero hizo publicar que nadie se le acercase, y aun ahuyentó con piedras á los que concurrian: al fin cogió entre sus brazos á Eumenes, y haciendo que sus guardias retirasen á la muchedumbre, con gran trabajo pudo ponerle en seguridad.

Levantó en seguida trincheras contra Nora, y dejando la fuerza correspondiente se retiró. Sitiado Eumenes guardaba aquel recinto; dentro del cual tenia trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto ningun otro comestible, ni con que condimentarle. Mas á pesar de todo aun hizo alegre la vida á los que le acompañaban, teniéndolos por dias á su mesa, y sazonando la comida con una conversacion y afabilidad llena de gracia. Su semblante era tambien dulce y en nada parecido al de un guerrero agoviado con las armas, sino alegre y risueño; y en fin en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte guardaban entre sí una admirable simetría todos los miembros. No era elegante en el decir; pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que mas mortificaba á los que tenia consigo era la angostura á que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir api-

ñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenia mas que dos estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningun egercicio, manteniendo tambien ociosos á los caballos. Queriendo pues no solo librarlos del fastidio que en la inaccion los consumia, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, á los hombres les señaló para paseo el edificio mas capaz de todo aquel terreno; que sin embargo no tenia mas que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas que pasando por el arranque del cuello los tenian en el aire, levantándolos mas ó menos por medio de una polea: púsolos pues de modo que con los pies traseros se apoyaban en el suelo; pero con los delanteros cuanto tocaban en él con la puntita del casco. Soliviados en esta disposicion, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos; con lo que llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los pies; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento tenian que poner en contorsion todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos; y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, asi para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran mas fácilmente, y la cocieran mejor.

Prolongábase demasiado el sitio; y como tuviese noticia Antígono de haber muerto Antipatro en Macedonia, y de estar todo revuelto á causa de las disensiones de Casandro y Polipercon, no limitó ya á poco sus esperanzas, sino que en su ánimo se propuso aspirar á la universalidad del mando, bien que contando con tener á Eumenes por amigo y por auxiliador de sus empresas. Para ello envió á Gerónimo á tratar con Eumenes, remitiendo extendida la fórmula del juramento; pero este la corrigió, y dejó

al arbitrio de los Macedonios que le cercaban el que declarasen cuál era mas justa. Porque Antígono hacia al principio alguna mencion de los reyes por cumplimiento, y por lo demas referia á sí mismo todo el juramento; y Eumenes puso en primer lugar á Olimpiada con los reyes; y despues juró que abrazaria los mismos intereses y tendria á los mismos por amigos y por enemigos, no respecto de Antígono solamente, sino respecto tambien de Olimpiada y de los reyes. Túvose esto por lo mas justo, y haciendo los Macedonios que bajo esta fórmula jurase Eumenes, levantaron el sitio, y enviaron mensageros á Antígono para que prestara igual juramento á Eumenes. Luego que este se vió libre, restituyó los rehenes de los Capadocios que tenia en Nora, recibiendo de los que se entregaban de ellos, caballos, acémilas y tiendas. Reunió al mismo tiempo de sus antiguos soldados á cuantos habiéndose dispersado en la fuga andaban errantes por el pais: tanto que llegó á juntar poco menos de mil hombres de á caballo, con los cuales desapareció y huyó, temiendo con razon á Antígono: porque no solo dió orden de que volvieran á sitiarle, restableciendo las trincheras, sino que contestó ásperamente á los Macedonios por haber admitido la correccion del juramento.

Mientras asi andaba fugitivo Eumenes, le llegaron cartas de los que en Macedonia temian los adelantamientos de Antígono: de Olimpiada, que le llamaba para que tomara bajo su amparo, y educara al hijo de Alejandro, á quien se armaban acechanzas; y de Poliporcon y el Rey Filipo, que confiriéndole el mando del ejército de Capadocia, le daban orden de hacer la guerra á Antígono y de tomar del tesoro de Cindos quinientos talentos para restablecer su fortuna, y para la guerra cuanto hubiera menester; y sobre estos mismos objetos escribieron tambien á Antigenes y Teutamo, caudillos

de los Argiraspidas. Como estos, leidas las cartas, en la apariencia recibiesen con agrado á Eumenes; pero en realidad se viese que estaban devorados de envidia y emulacion, desdeñándose de ser sus segundos: á la envidia ocurrió Eumenes con no recibir la cantidad designada, como que nada le hacia falta; y á la emulacion y ambicion de mando de unos hombres que ni valian para mandar, ni querian obedecer, opuso la supersticion. Porque les refirió habérsele aparecido Alejandro entre sueños, y haberle mostrado un pabellon magnificamente adornado, en el que habia un trono real; y que despues le dijo, que cuando se reunieran á despachar en aquel sitio, él estaria en medio de ellos, y tomaria parte en todo consejo y en toda empresa que se comenzara bajo sus auspicios. Fácilmente hizo entrar en esta idea á Antigenes y Teutamo, que no querian concurrir á su posada; asi como él se desdeñaba de que se le viera llamar en puerta agena. Armando pues un pabellon real y un trono destinado para Alejandro, alli se reunian á tratar los negocios de importancia. Dirigíanse á las provincias superiores; y Peucestas, que era amigo, se le agregó en el camino con todos los demas Sátrapas. Juntaron en uno todas las tropas; y lo que es con el gran número de armas y la brillantez de los preparativos dieron gran fuerza á los Macedonios; pero habiéndose hecho indóciles por sus riquezas, y delicados por el regalo despues de la muerte de Alejandro; y teniendo ademas pervertidos sus ánimos y dispuestos á la tiranía con las insolencias de los bárbaros, entre sí no podian ni avenirse ni aguantarse; y por otra parte con lisonjear sin tasa á los Macedonios, gastando con ellos en banquetes y sacrificios, en breve tiempo convirtieron el campamento en un meson de pública destemplanza, é infundieron ideas demagógicas á los soldados sobre la eleccion de Generales, como en las democracias. Observando Eu-

menes que unos á otros se miraban con desprecio, y que á él le temian y trataban de quitarle de en medio, si se les presentaba ocasion, fingió hallarse falto de fondos, y tomó á rédito muchos talentos de los que mas le aborrecian: para que confiaran de él, y se abstuvieran de su mal propósito por el cuidado de no perder su dinero: de manera que la riqueza agena vino á convertirse en defensa de su persona; y asi como otros dan para que los dejen en sosiego, en él solo se verificó que al recibir debiese su seguridad.

Es verdad que los Macedonios en el tiempo de serenidad se dejaban corromper por los que los agasajaban, que frecuentaban las puertas de estos, y les hacian la guardia como á sus caudillos; pero cuando Antígono vino á acamparse inmediato á ellos con grandes fuerzas, y los negocios les arrancaron la confesion ingénua de que necesitaban un verdadero General, no solamente los soldados se sometieron á Eumenes, sino que cada uno de aquellos, que en la paz y el regalo se ostentaban grandes, cedió entonces, y se prestó á ponerse sin chistar en el lugar que se le señaló; y en el rio Pasitigris como Antigono intentase pasarle, los demas que habian sido apostados en diferentes puntos, ni siquiera le sintieron, y solo se le opuso Eumenes; el cual, trabando con él batalla, hizo en sus tropas gran destrozo, llenando de cadáveres la corriente, y le tomó cuatro mil cautivos. Mas habiéndole sobrevenido una enfermedad, entonces fue cuando principalmente se vió que si los Macedonios acariciaban á los otros por sus brillantes banquetes y fiestas, para mandar y hacer la guerra, en él solo tenian confianza. Porque habiéndoles dado una espléndida comida Peucestas, repartiendo á víctima por cabeza para el sacrificio, esperó por este medio hacerse el primero; pero al cabo de pocos dias sucedió lo siguiente. Estaban los soldados en

marcha contra los enemigos, y fue preciso que á Eumenes, que habia enfermado gravemente, se le condujese en litera á cierta distancia del campamento por la falta de sueño: á poco que habian andado se les aparecieron repentinamente los enemigos, que vencidos unos collados descendian á la llanura, y luego que desde las cumbres resplandeció con el sol el brillo de las armas de oro de una tropa que caminaba en orden, y vieron las torres de los elefantes y las ropas de púrpura, que era el adorno de que usaban cuando se presentaban á batalla, parándose los que iban los primeros en la marcha, empezaron á gritar que se llamara á Eumenes, porque no mandando él no pasaban adelante; y fijando las armas en el suelo, se daban unos á otros la voz de hacer alto, y á los gefes la de que tambien se detuvieran, y sin Eumenes no se peleara ni se aventurara accion con los enemigos. Habiéndolo entendido Eumenes, vínose á ellos con celeridad, dando priesa á los que le conducian, y descorriendo de uno y otro lado las cortinas de la litera, les alargaba la mano con el semblante mas placentero. Ellos por su parte luego que le vieron, le saludaron en lengua macedónica, levantaron en alto los escudos, y haciendo ruido con las azconas, provocaron con algazara á los enemigos, manifestando que ya habia llegado su General.

Noticioso Antigono por los cautivos de que Eumenes se hallaba doliente, y que por su mal estado era preciso le llevaran en litera, creyó que no seria de gran trabajo derrotar á los demas durante su enfermedad: asi se apresuró á darles batalla. Mas cuando al estar cerca de los enemigos, que ya se hallaban prestos, observó su formacion y su admirable orden, se quedó parado por un rato. Vióse luego la litera, que era conducida de la una ala á la otra; y entonces, echándose á reir Antigono á carcajadas, como solia, dijo á sus amigos: aquella litera segun se vé,

es la que nos hace la guerra; y al punto retrocedió con sus fuerzas, y se volvió al campamento. Los del otro partido apenas respiraron un poco perdieron de nuevo la subordinacion, y dándose al regalo, á ejemplo de los gefes, ocuparon para invernar casi toda la region de los Gabenos: de manera que los últimos tenian sus tiendas á cerca de mil estadios de distancia de los primeros. Luego que lo supo Antígono, marchó otra vez contra ellos de sorpresa por un camino áspero y desprovisto de agua, pero corto, y por el que se atajaba mucha tierra, esperando que si los sobrecogia tan desparramados en sus cuarteles de invierno, ni siquiera les habia de ser fácil á los caudillos el reunirlos. Mientras asi caminaban por un terreno inhabitado, sobrevinieron huracanes fuertes y crudos hielos, que estorbaron la rapidez de la marcha, molestando y fatigando al ejército: fue pues recurso preciso el encender muchas hogueras. De aqui nació el ser descubiertos por los enemigos: porque aquellos bárbaros, que apacentaban sus ganados en los montes que miraban hácia el desierto, admirados de ver tantos fuegos, despacharon mensageros en dromedarios para dar aviso á Peucestas. Luego que recibió esta noticia con el temor salió fuera de sí, y viendo á los demas en igual disposicion, determinó huir, llevándose tras sí á los soldados que encontraba al paso; pero Eumenes desvaneció su turbacion y su miedo, ofreciéndoles que contendria la celeridad de los enemigos, de manera que llegarian tres dias mas tarde de lo que se esperaba. Diéronle asenso, y al mismo tiempo que envió órdenes para que todas las tropas se reunieran sin dilacion desde sus respectivos cuarteles, montó á caballo con los demas caudillos, y escogiendo en las cumbres un lugar que estuviera bien á la vista de los que caminaban por el desierto, midió en él las distancias, y mandó que de trecho en trecho encendieran fuegos

del mismo modo que si hubiera un campamento. Hízose asi, y descubiertas las hogueras por Antígono desde los montes, le sobrevino gran pesar y desaliento, por parecerle que muy de antemano lo habian sabido los enemigos, y marchaban en su busca. Para no verse pues en la precision de haber de pelear cansado y fatigado del camino contra tropas prevenidas y descansadas, abandonando el atajo hizo la marcha por las aldeas y ciudades, para reponer de esta manera su ejército. Como no encontrase ningun estorbo de los que se encuentran siempre cuando los enemigos se hallan cerca, y los paisanos le dijesen que no se habia visto ningun ejército, y sí todo aquel sitio lleno de hogueras, conoció que habia sido burlado por Eumenes; y mortificado sobremanera continuó con ánimo de que la contienda se decidiese en formal batalla.

En esto, reunida la mayor parte de la tropa del ejército de Eumenes, celebrando su gran talento, resolvió que él solo tuviera el mando. Disgustados y resentidos de ello los caudillos de los Argiraspidas, Antigenes y Teutamo, empezaron á pensar en los medios de perderle, y teniendo una junta con los mas de los otros Sátrapas y caudillos, trataron de cómo y cuándo habian de acabar con Eumenes. Como conviniesen todos en que para la batalla se valdrian de él, y terminada le quitarian del medio, Eudamo, conductor de los elefantes, y Faidimo dieron secretamente parte á Eumenes de lo determinado; no por amistad ó inclinacion, sino por el cuidado de no perder el dinero que le tenian dado á logro. Mostróseles agradecido Eumenes; retiróse á su tienda; y diciendo á sus amigos que estaba rodeado de una caterva de fieras, ordenó su testamento. Rasgó despues y rompió las cartas y escritos que conservaba, no queriendo que despues de su muerte se suscitaran pleitos y calumnias contra sus autores. Ar-

regladas estas cosas, estuvo perplejo entre poner la victoria en manos de los enemigos, y huir por la Media y Armenia para meterse en la Capadocia; pero á nada se resolvió cercado de los amigos; sino que impelido su ánimo por el mismo conflicto á mil diversos pensamientos, por fin ordenó el ejército, exhortando á los Griegos y á los bárbaros; y siendo á su vez alentado por la falange y los Argiraspidas con la voz de que no los esperarian los enemigos. Eran estos los soldados veteranos del tiempo de Filipo y de Alejandro, atletas nunca vencidos en la guerra, y que habian llegado hasta esta época, teniendo los mas de ellos setenta años, y no bajando ninguno de sesenta. Por esta causa al acercarse á los soldados de Antígono les gritaron: »¿contra vuestros »padres haceis armas, malas cabezas?", y cargando con furia, en un momento destrozaron toda su falange, no haciéndoles nadie resistencia, y pereciendo casi todos á sus manos: asi en esta parte fue Antígono enteramente derrotado; pero con la caballería quedó vencedor; y como Peucestas hubiese peleado floja y cobardemente, tomó todo el bagage, ya porque en el peligro obró con el mayor cuidado y vigilancia, y ya tambien por favorecerle el terreno: porque este era una llanura vasta, no profunda, ni dura y firme, sino arenosa y llena de un salitre seco y enjuto, que pisoteado por tantos caballos y tantos hombres todo el tiempo que duró la accion, levantaba un polvo parecido á la cal viva, que emblanquecia el aire, y quitaba la vista; con lo que pudo mas facilmente Antígono sin ser visto apoderarse de los equipages de los enemigos.

No bien se hubo terminado la batalla cuando Teutamo y los de su faccion enviaron embajadores en reclamacion del bagage; y habiéndoles Antígono ofrecido la restitucion de este, y que en todo los complaceria con tal que consiguiese tener en sus manos

á Eumenes, tomaron los Argiraspidas una resolucion dura y terrible, que fue la de entregar á Eumenes vivo en manos de sus enemigos. Empezaron por presentársele sin causar sospecha, para tenerle asi en observacion, y con este objeto unos se lamentaban de la pérdida de los equipages; otros le daban ánimo, pues que habia quedado vencedor; y otros culpaban á los demas caudillos; pero despues, arrojándose sobre él, le quitaron la espada, y con su mismo ceñidor le ataron las manos á la espalda. Como viniese luego Nicanor, enviado por Antigono para entregarse de él, pidió que pasándole por entre los Macedonios, se le permitiera hablar, no para interponer ruegos ó disculpas, sino para advertirles de lo que les convenia. Habiéndose impuesto silencio subió á un sitio un poco elevado, y tendiendo las manos atadas[1], ¿» podria ni por sueño, exclamó, ó los » mas malvados de los Macedonios, levantar contra » nosotros Antígono un trofeo como el que levan» tais vosotros contra vosotros mismos, entregando » cautivo á vuestro General? ¿puede darse cosa mas » vergonzosa que el que siendo vosotros vencedores, » os confeseis vencidos á causa del bagage, como si » el vencer pendiera de las riquezas y no de las ar» mas, y aun entregueis á vuestro General por res» cate de unos equipages? Yo por mí sufro esta vio» lencia invicto, porque he vencido á los enemigos, » y mi ruina me viene de mis propios aliados; mas » vosotros, por Júpiter poderoso, y por los Dioses » que presiden á los juramentos, dadme aqui la muer» te en obsequio de ellos. Si aqui me quitais la vida, » me reconozco hechura vuestra; y no temais las

1 Justino dice que antes de hablar se le habian aflojado las ataduras; y solo habiéndosele ligado de otro modo pudo tenderlas á los Macedonios. Plutarco en la narracion suele ser demasiado rápido y conciso.

»quejas de Antígono, porque como quiere á Eu-»menes es muerto, no vivo. Sino quereis emplear »vuestras manos, una de las mias desatada bastará pa-»ra cumplir la obra; y si desconfiais de poner en »mi mano una espada, arrojadme atado á las fieras: »que si asi lo haceis, yo os doy por libres de toda »venganza, considerándoos como los hombres mas »piadosos y justos que haya habido jamas para con »su General."

Al hablarles asi Eumenes, las tropas se mostraban oprimidas de dolor, y prorumpieron en llanto; pero los Argiraspidas gritaron: »que marcharan con »él, y no se diera oidos á aquellas chocheces, pues »no debia atenderse á las quejas de un miserable »Quersonesita, que en mil guerras habia dejado des-»nudos á los Macedonios; sino á que los primeros »entre los soldados de Alejandro y de Filipo des-»pues de tantos trabajos no quedaran privados del »premio en su vejez, teniendo que recibir el susten-»to de otros, y siendo ya tres las noches en que sus »mugeres eran afrentadas por los enemigos;" y al mismo tiempo se le llevaron á toda priesa. Antígono, temiendo á la muchedumbre que acudia, porque no habia quedado nadie en el campamento, envió diez de los mas valientes elefantes, y gran número de lanceros Medos y Partos, para oponerse al tropel. Por su parte no pudo resolverse á ver á Eumenes, á causa de su antiguo trato y amistad; y habiéndole preguntado los que se habian encargado de su persona cómo le guardarian, como á un elefante, les respondió, ó como á un leon. Túvole despues alguna lástima, y dió orden de que se le quitaran las prisiones pesadas, y se le consintiera tener á su lado un joven de su confianza para ungirse: permitiendo ademas que de sus amigos le visitasen los que quisieran, y le proveyesen de lo que hubiera menester. Como hubiese estado muchos dias pensando

qué haria de él, escuchó los ruegos y las ofertas que en su favor hacian Nearco Cretense, y su hijo Demetrio, que aspiraban á salvar á Eumenes, cuando todos los demas se oponian y le instaban para que se deshiciera de él. Refiérese haber preguntado Eumenes á Onomarco, encargado de su custodia, por que Antígono, teniendo en su mano á un hombre que era su enemigo y su contrario, ó no le quitaba la vida cuanto antes, ó no le dejaba libre usando de generosidad; y que habiéndole Onomarco respondido con desden, que no era entonces cuando habia de mostrar arrogancia y desprecio de la muerte, sino en la batalla, le replicó Eumenes, por Júpiter que tambien entonces le tuve: pregunta sino á los que han venido conmigo á las manos; porque no he encontrado ninguno que me haga ventaja; á lo que habia repuesto Onomarco: pues ya que ahora le has encontrado, ¿por qué no aguardar su disposicion?

Cuando ya Antígono se resolvió á que se acabara con Eumenes, mandó que se le quitara el alimento; y por dos ó tres dias se le tuvo sin comer para que asi falleciese; pero habiendo sido preciso levantar repentinamente el campo, introdujeron un hombre que le quitó la vida. El cadaver lo entregó Antígono á sus amigos, permitiéndoles quemarlo, y que recogieran en una urna de plata sus despojos, para ponerla en manos de su muger y de sus hijos. Habiendo sido de este modo asesinado Eumenes, la divinidad por sí no dió castigo alguno á los demas caudillos y soldados que fueron traidores contra él; pero el mismo Antígono, habiendo echado lejos de sí á los Argiraspidas como impíos y feroces, los entregó á Iburcio, Gobernador de Aracosia, con orden de que por todos medios los atormentara y destruyera, para que ninguno de ellos volviera á poner el pie en la Macedonia, ni á ver el mar de Grecia.

COMPARACION DE SERTORIO Y EUMENES.

Hemos referido lo que en cuanto á Eumenes y Sertorio hemos podido recoger digno de memoria; y viniendo á la comparacion, es comun á entrambos el que siendo extrangeros, advenedizos y desterrados, hubiesen llegado á ser y se hubiesen mantenido generales de naciones diversas, de tropas aguerridas y de poderosos ejércitos. Tuvieron de particucular; Sertorio el haber egercido un mando que le fue conferido por sus aliados, á causa de su grande reputacion; y Eumenes, el que contendiendo muchos con él por el mando, á sus hazañas debió la primacía: al uno le siguieron voluntariamente los que querian ser mandados en justicia; y al otro le obedecieron por su propia conveniencia los que eran incapaces de mandar. Porque el uno siendo Romano mandó á los Iberos y Lusitanos; y el otro, siendo del Quersoneso, mandó á los Macedonios; de los cuales aquellos hacia tiempo que servian á los Romanos, y estos traian entonces sujetos á todos los hombres. Al generalato ascendieron, Sertorio siendo admirado en el Senado y en el ejército; y Eumenes siendo despreciado á causa de no ser mas que un escribiente: asi Eumenes no solo tuvo menos proporciones para el mando, sino que tuvo tambien mayores obstáculos para sus adelantamientos; porque hubo muchos que abiertamente se le opusieron, y muchos que solapadamente le armaron asechanzas; no como el otro, á quien á las claras nadie, y á lo último solo unos pocos de sus confederados ocultamente se le sublevaron. Por tanto para el uno era el fin de todo peligro el vencer á los enemigos; y para el otro el mismo vencer era un peligro de parte de los que tenia envidiosos.

Los hechos de guerra fueron parecidos y semejantes; pero en diverso modo, siendo Eumenes por

caracter belicoso y pendenciero, y Sertorio amante de la paz y del reposo. Porque aquel, habiendo podido vivir en seguridad, disfrutando grandes honores, si hubiera amado el retiro, estuvo en perpetua contienda y peligro con los principales; y á este que huia de los negocios, para la seguridad de su persona, le fue preciso estar en guerra con los que no le dejaban vivir en paz: pues Antígono de buena voluntad se habria avenido con Eumenes, si absteniéndose de contender por la primacía, se hubiera contentado con el segundo lugar despues de él; y á Sertorio ni siquiera queria permitirle Pompeyo el vivir apartado de todo negocio. Por tanto el uno voluntariamente se arrojó á la guerra y al mando; y el otro tomó este contra su voluntad, porque le hacian la guerra. Era pues apasionado de esta el que tenia en mas la ambicion que la seguridad; y guerrero solamente el que con la guerra adquiria su salud. La muerte al uno le cogió enteramente desprevenido; y al otro cuando ya esperaba su fin; por lo que en el uno hubo candidez, pues parece se fió de unos amigos; y en el otro debilidad, porque habiendo querido huir, dió sin embargo lugar á que le echaran mano. La muerte del uno no afrentó su vida, habiendo sufrido de mano de unos amigos lo que ninguno de los enemigos pudo ejecutar jamas; y el otro no habiéndose resuelto á huir antes de ser cautivo, y queriendo vivir despues de la cautividad, ni evitó ni sufrió la muerte con la grandeza de ánimo que convenia; sino que con humillarse y suplicar al que parecia que solo dominaba su cuerpo, lo hizo tambien dueño de su espíritu.

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, despues de haber reinado con gran crédito en Esparta, de Lampito, muger apreciable por su conducta, dejó un hijo llamado Agis; y otro mas joven de Eupolia la de Melisipides, llamado Agesilao. Como por la ley correspondia el reino á Agis, Agesilao que habia de vivir como particular, se sujetó á la educacion recibida en Lacedemonia, que era dura y trabajosa en cuanto al tenor de vida; pero muy propia para enseñar á los jóvenes á ser bien mandados. Por esto se dice que Simonides llamaba á Esparta domadora de hombres, á causa de que con el auxilio de las costumbres hacia dóciles á los ciudadanos, y sumisos á las leyes, como potros domados bien desde el principio; de cuyo rigor libertaba la ley á los jóvenes que se educaban para el trono. Asi hasta esto tuvo en su favor Agesilao, entrar á mandar no ignorando cómo se debia obedecer; por lo cual fue entre los reyes el que en su genio se avino y acomodó mas con los súbditos, juntando con la gravedad y elevacion de ánimo propias de un Rey, la popularidad y humanidad que le inspiró la educacion.

En las llamadas greyes de los jóvenes que se educaban juntos, tuvo por amador á Lisandro, prendado principalmente de su carácter modesto: pues aunque muy sensible á los estímulos de la emulacion, y el de genio mas pronto entre los de su edad, por lo que en todo aspiraba á ser el primero, y se mostraba irreducible é inflexible en la vehemencia de lo que emprendia, era por otra parte de aquellos con quienes pueden mas la persuasion y la dulzura que el miedo, y de los que por pundonor ejecutan cuanto se les manda; siéndoles de mas mortificacion las reprensiones, que de cansancio los trabajos. El defecto de una de sus piernas lo encubrió en la flor de su

edad la belleza de su halagueño semblante; y el llevarlo con facilidad y alegría, usando de chistes y burlas contra sí mismo, lo disimulaba, y como que lo desvanecia en gran parte; y aun por él sobresalia y brillaba mas su emulacion, pues que ningun trabajo ni fatiga le acobardaba no obstante su cojera. No tenemos su retrato, porque no lo permitió, y antes al morir encargó que no se hiciera ningun vaciado, ni ninguna especie de imagen que representara su persona. La memoria que ha quedado es que fue pequeño y de figura poco recomendable; pero su festividad y su alegre y buen humor en todo tiempo, sin manifestar nunca enfado ni cólera, ni en la voz ni en el semblante, le hizo hasta la vejez mas amable que los de la mas gallarda disposicion. Refiere sin embargo Teofrasto, que los Eforos impusieron una multa á Arquidamo por haberse casado con una muger pequeña: porque no nos dará reyes, decian, sino reyezuelos.

Reinando Agis vino Alcibiades de Sicilia á Lacedemonia en calidad de desterrado, y á poco de residir en la ciudad se le culpó de tener trato menos decente con Timea, muger del Rey; y el niño que de ella nació no quiso Agis reconocerlo, diciendo que lo habia tenido de Alcibiades; de lo que escribe Duris no haber tenido gran pesar Timea; sino que antes bien al oido con las criadas le daba al niño el nombre de Alcibiades, y no el de Leotuquidas. De Alcibiades se refiere tambien haber dicho, que si habia tenido aquel trato con Timea, no habia sido por hacer afrenta á nadie, sino por la vanidad de que descendientes suyos reinaran sobre los Esparciatas. Mas al cabo por esta causa salió Alcibiades de Lacedemonia, temiendo á Agis. El niño causó siempre sospecha á este, y no le miró nunca como legítimo; pero hallándose enfermo se arrojó á sus pies con lágrimas, y alcanzo que le declarara por

hijo delante de muchas personas. Mas sin embargo despues de la muerte de Agis, Lisandro, que ya habia vencido á los Atenienses en el combate naval, y gozaba del mayor poder en Esparta, colocó á Agesilao en el trono, por no corresponder á Leotuquidas, que era bastardo; y ademas otros muchos ciudadanos que tenian en mucho la virtud de Agesilao y el haberse criado juntos, participando de la misma educacion, estuvieron de su parte tambien con el mayor empeño. Mas habia en Esparta un hombre dado á la adivinacion, llamado Diopeites, el cual tenia en la memoria muchos oráculos antiguos, y pasaba por muy sabio y profundo en las cosas divinas. Dijo pues que era cosa impía el que un cojo fuera Rey de Lacedemonia; acerca de lo cual en el juicio recitó este oráculo:

Por mas, ó Esparta, que andes orgullosa
Y sana de tus pies, yo te prevengo
Que de un reinado cojo te precavas:
Pues te vendrán inesperados males,
Y de devastadora y larga guerra
Seras con fuertes olas combatida.

A esto contestó Lisandro, que si los Esparciatas daban valor al oráculo, de quien se habian de guardar era de Leotuquidas: porque al Dios le era indiferente el que reinara uno á quien le flaqueasen los pies; pero que si reinaba quien no fuese ni legítimo, ni Heraclida, esto era estar cojo el reino; á lo que añadió Agesilao, que Neptuno habia testificado la ilegitimidad de Leotuquidas, haciendo á Agis saltar del lecho conyugal con un terremoto, desde el cual se habian pasado mas de diez meses hasta el nacimiento de Leotuquidas.

Declarado Rey de este modo y por estas causas Agesilao, al punto heredó tambien la hacienda de Agis, excluyendo como bastardo á Leotuquidas; pero viendo que los parientes de aquel por parte de

madre, siendo hombres de mucha probidad, se hallaban sumamente pobres, les repartió la mitad de los bienes, granjeándose de esta manera benevolencia y fama, en lugar de envidia y ojeriza con motivo de esta herencia. Lo que dice Genofonte, que obedeciendo á la patria llegó á lo sumo del poder, tanto que hacia lo que queria, se ha de entender de esta manera. La mayor autoridad de la república residia entonces en los Eforos y en los Ancianos, de los cuales aquellos ejercen la suya un año solo, y los Ancianos disfrutan este honor por toda la vida: siendo esto asi dispuesto, á fin de que los reyes no se creyeran con facultad para todo, como en la vida de Licurgo lo declaramos. Por esta causa solian ya de antiguo los reyes estar con aquellos en una especie de heredada disension y contienda; pero Agesilao tomó el camino opuesto, y dejándose de altercar y disputar con ellos, les tenia consideracion, procediendo con su aprobacion á toda empresa. Si le llamaban, se apresuraba á acudir, y cuantas veces sucedia que estando sentado para despachar en el regio trono pasasen los Eforos, les hacia el honor de levantarse. Cuando habia eleccion de Ancianos para el Senado, á cada uno le enviaba como muestra de parabien una sobrevesta y un buey. Con estos obsequios parecia que honraba y ensalzaba la autoridad de aquellos magistrados, y no se echaba de ver que acrecentaba la suya, dando aumento y grandeza á la prerogativa real con el amor y condescendencia que asi se granjeaba.

En su trato con los demas ciudadanos habia menos que culpar en él considerado como enemigo, que como amigo: porque injustamente no ofendia á los enemigos; y á los amigos los favorecia aun en cosas injustas. Si los enemigos se distinguian con alguna singular hazaña, se avergonzaba de no tributarles el honor debido; y á los amigos no solamente no los

reprendia, cuando en algo faltaban, sino que se complacia en ayudarles y en faltar con ellos: porque creia que no podia haber nada vituperable en los obsequios de la amistad. Siendo el primero á compadecerse de los de otro partido si algo les sucedia, y favoreciéndolos con empeño si acudian á él, se ganaba la opinion y voluntad de todos. Viendo pues los Eforos esta conducta suya, y temiendo su poder, le multaron: dando por causa, que á los ciudadanos que debian ser del comun, los hacia suyos. Porque asi como los físicos piensan que si de la universalidad de los seres se quitara la contrariedad y contienda, se pararian los cuerpos celestes, y cesarian la generacion y movimiento de todas las cosas por la misma armonia que habria entre todas ellas: de la misma manera le pareció conveniente al legislador Lacedemonio mantener en su gobierno un fomento de emulacion y rencilla como incentivo de la virtud: queriendo que los buenos estuviesen siempre en choque y disputa entre sí; y teniendo por cierto que la union y amistad, que parece fortuita y sin eleccion, y es ociosa y no disputada, no merece llamarse concordia. Y esto mismo piensan algunos haberlo tambien conocido Homero; porque no presentaria á Agamenon alegre y contento por los acalorados dicterios con que se zahieren é insultan Ulises y Aquiles, á no haber creido que para el bien comun era muy conveniente aquella emulacion de ambos, y aquella disension entre los mas aventajados. Bien que no faltará quien no apruebe asi generalmente este modo de pensar; porque el exceso en tales contiendas es perjudicial á las ciudades, y acarrea grandes peligros.

A poco de haberse encargado del reino Agesilao, vinieron algunos del Asia, anunciando que el Rey de Persia preparaba grandes fuerzas para excluir á los Lacedemonios del mar. Deseaba Lisandro ser envia-

do otra véz al Asia, y dar auxilio á aquellos de sus amigos que habia dejado por Gobernadores y tiranos de las ciudades, y que por haberse conducido despótica y violentamente, habian sido expelidos ó muertos por los ciudadanos. Persuadió pues á Agesilao que se pusiera al frente del ejército, y que pasando á hacer la guerra lejos de la Grecia, se anticipara á los preparativos del bárbaro. Al mismo tiempo dió aviso á sus amigos del Asia para que enviaran á Lacedemonia á pedir por General á Agesilao. Presentándose este ante la muchedumbre, tomó á su cargo la guerra, si le concedian treinta entre generales y consejeros Esparciatas, dos mil ciudadanos nuevos escogidos de los Hilotas, y de los aliados una fuerza de seis mil hombres. Con el auxilio de Lisandro se decretó todo prontamente, y enviaron al punto á Agesilao, dándole los treinta Esparciatas, de los cuales fue desde luego Lisandro el primero, no solo por su opinion y su influjo, sino tambien por la amistad de Agesilao, á quien le pareció que en proporcionarle esta expedicion le habia hecho mayor favor que en haberle sentado en el trono. Reuniéronse las fuerzas en Gerasto, y él pasó con sus amigos á Aulide, donde hizo noche; y le pareció que entre sueños le decia una voz: » Bien sabes, ó Rey de los Lacedemonios, » que ninguno ha sido General de toda Grecia, si- » no antes Agamenon, y tú ahora despues de él: » en consideracion pues de que mandas á los mismos » que él mandó; que haces á los mismos la guerra, » y que partes á ella de los mismos lugares, es puesto » en razon que hagas á la Diosa el sacrificio que él » hizo aqui al dar la vela;" é inmediatamente se presentó á la imaginacion de Agesilao la muerte de la doncella que el padre degolló á persuasion de los adivinos. Mas no le asombró esta aparicion, sino que levantándose y refiriéndola á los amigos, dijo que honraria á la Diosa con aquellos sacrificios que por

lo mismo de ser Diosa le habian de ser mas agradables, y en ninguna manera imitaria la insensibilidad de aquel General; y coronando una cierva, dió orden de que la inmolara su adivino, y no el que solia ejecutarlo, destinado al efecto por los Beocios. Habiéndolo sabido los Beotarcas, encendidos en ira, enviaron heraldos, que denunciasen á Agesilao no hiciera sacrificios contra las leyes y costumbres patrias de la Beocia; y habiéndole hecho estos la intimacion, arrojaron del ara las piernas de la víctima. Fue de sumo disgusto á Agesilao este suceso, y se hizo al mar irritado contra los Tebanos, y decaido de sus esperanzas, á causa del agüero, pareciéndole que no llevaria á cabo sus empresas, ni su expedicion tendria el éxito conveniente.

Llegados á Efeso desde luego fue grande la dignidad de Lisandro, y su poder se hizo odioso y molesto, acudiendo en tropel las gentes en su busca, y siguiéndole y obsequiándole todos; de manera que Agesilao, tenia el nombre y el aparato de General por la ley; pero en el hecho Lisandro era el árbitro y el que todo lo podia y ejecutaba. Porque de cuantos Generales habian sido enviados al Asia, ninguno habia habido ni mas capaz, ni mas terrible que él; ni hombre ninguno habia favorecido mas á sus amigos, ni habia hecho á sus enemigos mayores males. Como aquellos habitantes se acordaban de estas cosas, que eran muy recientes, y por otra parte veian que Agesilao era modesto, sencillo y popular en su trato, y que aquel conservaba sin alteracion su dureza, su irritabilidad y sus pocas palabras, á él acudian todos, y él solo se llevaba las atenciones. En consecuencia de esto desde el principio se mostraban disgustados los demas Esparciatas, teniéndose mas por asistentes de Lisandro, que por consejeros del Rey; y despues el mismo Agesilao, aunque no tenia nada de envidioso, ni se incomodaba de que se honrase á

otros; como no le faltasen ni ambicion, ni carácter, temió no fuera que si ocurrian sucesos prósperos se atribuyesen á Lisandro por su fama. Manejóse pues de esta manera: primeramente en las deliberaciones se oponia á su dictámen, y si lo veia empeñado en que se hiciese una cosa, dejándole á un lado, y desentendiéndose de ella, hacia otra muy diferente. En segundo lugar si acudian con algun negocio los que sabia eran mas de la devocion de Lisandro, en nada los atendia. Finalmente aun en los juicios si veia que Lisandro se ponia contra algunos, estos eran los que habian de salir mejor; y por el contrario aquellos á quienes manifiestamente favorecia podian tenerse por bien librados, si sobre perder el pleito no se les multaba. Con estos hechos, que se veia no ser casuales, sino sostenidos con igualdad y constancia, llegó Lisandro á comprender cuál era la causa, y no la ocultó á sus amigos; antes les dijo que por él sufrian aquellos desaires, y los exhortó á que hicieran la corte al Rey, y á los que podian mas que él.

Echábase de ver que con esta conducta y estas expresiones procuraba excitar odio contra Agesilao; y este para humillarle mas le nombró repartidor de la carne; y segun se dice, al anunciar el nombramiento añadió delante de muchos: ¡qué vayan ahora estos á hacer la corte á mi carnicero! Mortificado pues Lisandro se presentó y le dijo: sabes muy bien, ó Agesilao, humillar á tus amigos; y este le respondió: si, á los que aspiran á poder mas que yo; y Lisandro entonces: quizá es mas lo que tú has querido decir que lo que yo he ejecutado; mas señálame puesto y lugar donde sin incomodarte pueda serte útil. De resulta de esto, enviado al Helesponto, trajo á presentar á Agesilao al persa Espitridates, de la provincia de Farnabazo, con ricos despojos y doscientos hombres de á caballo; pero no se le pasó el enojo; sino que llevándole siempre en su ánimo, pen-

só en el modo de quitar el derecho al reino á las dos casas, y hacerlo comun para todos los Esparciatas; y es probable que habrian resultado grandes novedades de esta disension, á no haber muerto antes haciendo la guerra contra la Beocia. De este modo los caracteres ambiciosos, que no saben en la república guardar un justo medio, hacen mas daño que provecho: pues si Lisandro era insolente, como lo era en verdad, no guardando modo ni tiempo en su ambicion, no dejaba Agesilao de saber que podia haber otra correccion mas llevadera que la que usó con un hombre distinguido y acreditado que se olvidaba de su deber; sino que arrebatados ambos del mismo afecto, el uno parece haber desconocido la autoridad del General, y el otro no haber podido sufrir los yerros de un amigo.

Sucedió que Tisafernes, temiendo al principio á Agesilao, capituló con él, concediéndole que las ciudades griegas se gobernasen por sus leyes con independencia del Rey; pero pareciéndole despues que tenia bastantes fuerzas, se decidió por la guerra; y Agesilao admitió gustoso la provocacion: porque confiaba mucho en el ejército, y tenia á menos que los diez mil mandados por Genofonte hubiesen llegado hasta el mar, venciendo al Rey cuantas veces quisieron; y que él, al frente de los Lacedemonios, que daban la ley por mar y por tierra, no presentara á los Griegos ningun hecho digno de conservarse en la memoria. Pagando pues á Tisafernes su perjurio con un justo engaño, dió á entender que se dirigia á la Caria, y cuando el bárbaro tuvo reunidas allí sus fuerzas, levó anclas, é invadió la Frigia. Tomó muchas ciudades, y se apoderó de inmensas riquezas, manifestando á sus amigos que quebrantar injustamente la fe de los tratados es insultar á los Dioses; pero que en usar de estratagemas que induzcan en error á los enemigos, no solo no hay injusticia, si-

no acrecentamiento de gloria, acompañada de placer y provecho. Era inferior en soldados de á caballo, y al hígado de una víctima se halló faltarle uno de los lóbulos; retiróse pues á Efeso, y juntó prontamente caballería por el medio de proponer á los hombres acomodados que si no querian servir en la milicia, dieran cada uno un caballo y un hombre; y como estos fuesen muchos, en breve tiempo tuvo Agesilao muchos y valientes soldados de á caballo en lugar de inútiles infantes. Porque los que no querian servir, pagaban jornal á los que á ello se prestaban; y los que no querian cabalgar, á los que tenian gusto en ello: pues tambien de Agamenon se dice haber obrado muy cuerdamente en recibir una excelente yegua por librar de la milicia á un hombre cobarde y rico. Ocurrió asimismo que los encargados del despacho del botin pusieron de su orden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, á causa de haberse criado siempre á la sombra, hiciesen irrision, teniéndolos por inútiles y de ningun valor; Agesilao, que se hallaba presente: estos son, dijo, contra quienes peleais, y estas las cosas por que peleais.

Cuando fue tiempo de volver otra vez á la guerra, anunció que se dirigia á la Lidia, no ya con ánimo de engañar á Tisafernes, sino que él mismo se engañó, no queriendo dar crédito á Agesilao, á causa del pasado error: pensó por tanto que su marcha seria á la Caria, por ser terreno poco á propósito para la caballería, en la que estaba escaso. Mas cuando Agesilao se encaminó, como lo habia dicho al principio, á los campos de Sardis, le fue preciso á Tisafernes correr á aquella parte; y moviendo con la caballería, acabó al paso con muchos de los Griegos que andaban desordenados asolando el pais. Refle-

xionando pues Agesilao que no podia llegar tan presto la infantería de los enemigos, cuando á él nada le faltaba de sus fuerzas, se dió priesa á venir á combate; é interpolando con la caballería algunas tropas ligeras, les dió orden de que acometieran rápidamente á los contrarios; y él cargó tambien al punto con la infantería. Pusiéronse en fuga los bárbaros; y yendo en su persecucion los Griegos, les tomaron el campamento, é hicieron en ellos gran matanza. De resultas de esta batalla no solo se hallaron en disposicion de correr y talar á su arbitrio toda aquella provincia del imperio del Rey, sino tambien de presenciar el castigo de Tisafernes, hombre malo, y enemigo implacable de la nacion Griega; porque el Rey envió sin dilacion contra él á Titraustes, quien le cortó la cabeza; y con deseo de que Agesilao, haciendo la paz, se retirara á su pais, envió quien se lo propusiera, ofreciéndole grandes intereses; pero este dijo que la paz dependia solo de la república; y por su parte mas se alegraba de que se enriquecieran sus soldados, que de enriquecerse él mismo; y que ademas los Griegos tenian por mas glorioso que el recibir presentes, tomar despojos de los enemigos. Con todo queriendo manifestar algun reconocimiento á Titraustes por haber castigado al enemigo comun de los Griegos Tisafernes, condujo el ejército á la Frigia, recibiendo de aquel en calidad de viático treinta talentos. Estando en marcha, le fue entregado un decreto de los que ejercian la autoridad suprema en Esparta, por el que se le daba tambien el mando de la armada naval: distincion de que solo gozó Agesilao, el cual era sin disputa el mayor y mas ilustre de cuantos vivieron en su tiempo, como lo dijo tambien Teopompo; pues que mas queria ser apreciado por su virtud, que por sus dignidades y mandos. Sin embargo entonces, habiendo hecho Gefe de la armada á Pisandro, pareció apartarse de estos

principios: porque no obstante haber otros mas antiguos y de mas capacidad, sin atender al bien comun, y dejándose llevar del parentesco y del influjo de su muger, de la que era hermano Pisandro, puso á este al frente de la armada.

Situando Agesilao su campo en la provincia sujeta á Farnabazo, no solo le mantuvo en la mayor abundancia, sino que recogió imponderable riqueza; y adelantándose hasta la Paflagonia, atrajo á su amistad al Rey de los Paflagonios Cotis, deseoso de ella por su virtud y su fidelidad. Espitridates, desde que revelándose á Farnabazo se pasó al partido de Agesilao, marchaba siempre y se acampaba con él, llevando en su compañía á un hijo muy hermoso que tenia llamado Megabates (del que siendo todavía muy niño, se prendó con la mayor pasion Agesilao) y á una hija doncella, tambien hermosa, en edad de casarse. Persuadió Agesilao á Cotis que se casase con ella; y recibiendo de él mil caballos y dos mil hombres de tropa ligera, se retiró otra vez á la Frigia, donde corria y talaba la provincia de Farnabazo, que nunca le esperaba ni fiaba en sus fortalezas; sino que conduciendo siempre consigo la mayor parte de sus presas y tesoros, andaba huyendo de una parte á otra, mudando continuamente de campamentos, hasta que puesto en su observacion Espitridates, que llevaba consigo al Esparciata Heripidas, le tomó el campamento, y se apoderó de toda su riqueza. De aqui nació que siendo Heripidas un denunciador rígido de lo que se habia tomado, como obligase á los bárbaros á presentarlo, registrándolo é inspeccionándolo él todo, irritó de tal manera á Espitridates, que le obligó á marcharse á Sardis con los Paflagónios: suceso que se dice haber sido á Agesilao sumamente desagradable. Porque ademas de sentir la pérdida de un hombre de valor como Espitridates, y de la fuerza que consigo tenia, que no era despre-

ciable, le causaba rubor la nota que le resultaba de avaricia y mezquindad; la que no solo queria alejar de sí mismo, sino mantener de ella pura á su república. Fuera de estas causas manifiestas, punzábale tambien no ligeramente el amor que tenia impreso del joven; sin embargo de que aun estando presente, poniendo en accion su caracter firme, pugnó resueltamente para resistir á todo deseo que desdijese. Asi es que en una ocasion, acercándose á él Megabates para saludarle con ósculo, se retiró; y como este avergonzado se contuviese é hiciese en adelante sus salutaciones desde lejos, pesaroso á su vez y arrepentido Agesilao de haberse hurtado al beso, hizo como que se admiraba de la causa que podia haber habido para que Megabates no presentase ya la boca al saludarle: á lo que, tú tienes la culpa, le contestaron sus amigos, no aguardando, sino antes bien precaviéndote y temiendo el beso de aquel mozo; pero si tú quieres, él vendrá y te le dará, bajo la condicion de que no has de temerle segunda vez. Detúvose algun tiempo Agesilao, pensando entre sí y guardando silencio; y despues dijo: paréceme que no hay necesidad ninguna de que le persuadais, porque mas gusto he tenido en sostener por segunda vez esta misma pelea del beso, que en que se me convirtiera en oro cuanto tengo á la vista. Asi se manejó con Megabates mientras estuvo presente; pero despues que marchó, al ver hasta qué punto se inflamó, es dificil asegurar que si hubiese regresado y presentádosele, hubiera podido hacer igual resistencia á dejarse besar.

A este tiempo quiso Farnabazo tener una entrevista con él, y Apolófanes de Cicico, que era huesped de ambos, los reunió. El primero que concurrió con sus amigos al sitio aplazado fue Agesilao, y en una sombra encima de la yerba, que estaba muy crecida, se tendió á esperar á Farnabazo; llegado el

cual, aunque se le pusieron alfombras de diferentes colores y pieles muy suaves, avergonzado de ver asi tendido á Agesilao, se reclinó tambien en el suelo sobre la yerba; sin embargo de que llevaba un vestido rico y sobresaliente por su delgadez y sus colores. Saludáronse mutuamente, y á Farnabazo no le faltaron justas razones para quejarse de que habiendo sido muy util en diferentes ocasiones á los Lacedemonios durante la guerra con los Atenienses, ahora aquellos mismos le talaban su pais; pero Agesilao, sin embargo de ver que los Esparciatas que le habian acompañado, de vergüenza tenian los ojos bajos, sin saber qué decirse, porque realmente consideraban ser Farnabazo tratado con injusticia: » nosotros, ó Far» nabazo, le dijo, siendo antes amigos del Rey, to» mábamos amistosamente parte en sus negocios; y » ahora, que somos enemigos, nos habemos con él » hostilmente. Viendo pues que tú quieres ser uno » de los bienes y propiedades del Rey, con razon le » ofendemos en tí; pero desde el dia en que quieras » mas ser amigo y aliado de los Griegos, que esclavo » del Rey, ten entendido que estas tropas, nuestras » armas, nuestras naves y todos nosotros seremos » defensores y guardas de tus bienes y de tu liber» tad; sin la cual nada hay para los hombres ni ho» nesto ni apetecible." Manifestóle en consecuencia de esto Farnabazo su modo de pensar, diciéndole: » si el Rey encargase el mando á otro que á mí, es» taré con vosotros; pero si á mí me le confia, no » omitiré medio ni diligencia alguna para defender» me y ofenderos por su servicio." No pudo menos Agesilao de oirlo con placer: tomóle la diestra; y levantándose, ¡ójalá, ó Farnabazo, le dijo, teniendo tales prendas, fueras mas bien mi amigo que mi enemigo!

Al retirarse Farnabazo con sus amigos se detuvo su hijo, y corriendo hácia Agesilao, le dijo con son-

risa: yo te hago, ó Agesilao, mi huesped; y teniendo en la mano un dardo, se le presentó: tomóle Agesilao, y causándole placer su aspecto y su obsequio, miró si entre los que le rodeaban tendria alguno cosa con que pudiera remunerar á aquel gracioso y noble joven; y viendo que el caballo de su secretario Adeo tenia preciosos jaeces, se los quitó, é hizo á aquel con ellos un regalo. En adelante le tuvo siempre en memoria; y como pasado algun tiempo fuese privado de su casa, y arrojado por los hermanos al Peloponeso, le amparó con el mayor zelo; y aun en ciertos amores le prestó su auxilio. Porque se habia prendado de un mocito atleta de Atenas; y siendo ya grande, como fuese de mala condicion, y se temiese que iba á ser expelido de los juegos Olímpicos, el Persa acudió á Agesilao, pidiéndole por aquel joven; y él queriendo servir á este, aunque con mucha dificultad y trabajo, salió con su intento: porque en todo lo demas era prolijo y ajustado á ley; pero en los negocios de los amigos creia que el querer parecer nimiamente justo no solia ser mas que una excusa. Corre pues en prueba de esto una carta suya á Hidrieo de Caria en que le decia: á Nicias, si no ha delinquido, absuélvele; si ha delinquido, absuélvele por mí; y de todas maneras absuélvele. Esta solia ser en general la conducta de Agesilao en las cosas de sus amigos. Con todo en ocasiones obraba segun lo que el tiempo pedia, sin atender mas que á lo que era conveniente: como se vió cuando habiendo tenido que levantar el campo con precipitacion, se dejó enfermo á un joven que amaba: porque rogándole este y llamándole al tiempo de marchar, volvió la cabeza y le dijo: cosa dificil es tener á un tiempo juicio y compasion: segun que asi nos lo ha trasmitido Gerónimo el filósofo.

Pasado ya el segundo año de su expedicion, era mucho lo que en la corte del Rey se hablaba de Age-

silao, y grande la fama de su moderacion, de su sobriedad y de su modestia. Porque armaba para sí solo su pabellon en los templos de mayor veneracion, á fin de tener á los Dioses por espectadores y testigos de aquellas cosas que no solemos hacer en presencia de los hombres; y entre tantos millares de soldados no seria facil que se viese lecho ninguno mas desacomodado ó mas pobre que el de Agesilao. Con respecto al calor y al frio se habia acostumbrado de manera que parecia formado exprofeso para las estaciones tales cuales por los dioses eran ordenadas; y era para los Griegos que habitaban en el Asia, el espectáculo mas agradable ver á los gobernadores y generales, que antes eran molestos é insufribles, y que estaban corrompidos por la riqueza y el regalo, temer y lisonjear á un hombre que se presentaba con una pobre túnica; y hacer esfuerzos por mudarse y trasformarse á una sola expresion breve y lacónica; de manera que á muchos les venia á la memoria aquel dicho de Timoteo:

Tirano es el Dios Marte; mas á Grecia
El oro corruptor no la intimida.[1]

Conmovida ya el Asia, y dispuesta en muchos puntos á la sublevacion, arregló aquellas ciudades; y poniendo en su gobierno el correspondiente orden sin muertes ni destierros, resolvió ir mas adelante; y marchar trasladando la guerra del mar de Grecia, á hacer que el Rey combatiese por la seguridad de su propia persona y por las comodidades de Ecbatana y Susa; y á sacarle ante todas cosas del ocio y del regalo, para que ya no fuese desde su escaño el árbitro de las guerras de los Griegos, ni corrompiese á los demagogos. Mas cuando iba á poner por obra es-

1 ¿Cómo no ha de ser tirano quien obliga á tales mudanzas? lo demas es bien claro. Este Timoteo fue poeta ditirámbico.

tos pensamientos, vino en su busca el Esparciata Epicudidas, anunciándole que Esparta tenia sobre sí una formidable guerra de parte de los Griegos, y los Eforos le llamaban para que acudiese á socorrer la propia casa.

¡O mengua! y como en vuestra ruina, ó Griegos,
Sois de bárbaros males inventores. [1]

¿porque qué otro nombre podrá darse á aquella envidia, y á aquella conjuracion y reunion de los Griegos unos contra otros, por la cual renunciaron á la fortuna, que á otra parte los llamaba, y trajeron otra vez sobre sí mismos aquellas armas que estaban vueltas contra los bárbaros, y la guerra que podia mirarse como desterrada de la Grecia? Pues yo no puedo conformarme con Demarato de Corinto, que decia haber carecido del mayor placer los Griegos que no habian visto á Alejandro sentado en el trono de Dario; sino que mas bien creo que deberian los que le vieron haber llorado, reflexionando que dejaron para Alejandro y los Mecedonios aquellos triunfos los que en Leuctras, en Coronea, en Corinto y en la Arcadia vencieron y acabaron á los generales Griegos. En cuanto á Agesilao ninguna accion hubo en su vida mas ilustre ó mas grande que esta retirada; ni jamas se dió un ejemplo mas glorioso de obediencia y de justicia. Pues si Anibal, cuando ya estaba en decadencia y casi se veia arrojado de la Italia, con gran dificultad obedeció á los que le llamaban á sostener la guerra en casa; y si Alejandro aun tomó á burla la noticia que se le dió de la batalla de Antipatro contra Agis, diciendo: parece, ó soldados, que mientras nosotros venciamos aqui á Dario, ha habido en Arcadia una guerra de ratones; ¿cómo podremos dejar de dar el parabien á Esparta por el honor con que la trató Agesilao, y por su

1 Es un verso de Euripides en las Troyanas.

respeto y sumision á las leyes? el cual, apenas recibió la orden, abandonando y arrojando de las manos la singular fortuna y gran poder que de presente tenia, y las brillantes esperanzas que veia próximas, al punto se embarcó, á la mitad de su empresa; dejando gran deseo de su persona á los aliados, y falsificando aquel dicho de Demostrato de Feacia: de que en comun son mejores los Lacedemonios, y en particular los Atenienses; pues habiéndose mostrado Rey y General excelente, aun fue mejor y mas apacible amigo y compañero para los que en particular le trataron. Como la moneda de Persia tuviese gravado un arquero ó sagitario, al mover su campo, dijo, que el Rey lo expelia del Asia con diez mil arqueros; y es que otros tantos se habian llevado á Atenas y á Tebas, y se habian distribuido á los demagogos; con lo que estos pueblos habian declarado la guerra á los Esparciatas.

Pasado el Helesponto, caminaba por la Tracia, sin hablar de permiso á ninguno de aquellos bárbaros; y lo único que hacia era enviar á preguntar á cada uno de qué manera habia de atravesar su territorio, si como amigo ó como enemigo. Los mas le recibieron amistosamente y le acompañaron, cada uno en proporcion á sus fuerzas; solo los llamados Tralios, de quienes se dice que Jerjes negoció con ellos el paso con dádivas, le pidieron en pago de él cien talentos en plata y cien mugeres. Tomólo él á burla, y diciéndoles que por qué no habian acudido desde luego á cobrarlo, pasó adelante, y hallándolos en orden de batalla, los acometió y derrotó con muerte de un gran número. Hizo al Rey de los Macedonios la misma pregunta; y habiendo respondido que lo pensaria: que lo piense, replicó; pero nosotros en tanto pasaremos. Admirado el Rey de tamaña osadía, y llegando á cobrar miedo, le envió á decir que transitara como amigo. Hacian los Te-

salianos causa comun con los enemigos; por lo que les taló el pais; y como habiendo enviado á Larisa á Jenocles y Escita para tratar de amistad, hubiesen sido estos detenidos y puestos en custodia, todos los demas eran de dictámen de que haciendo alto, pusiese sitio á Larisa; pero él les dijo que ni la Tesalia toda querria tomar con la pérdida de cualquiera de los dos; y los recobró por capitulacion: cosa que no era de admirar en Agesilao, que habiendo sabido haberse dado junto á Corinto una gran batalla, en la que en medio del rebato habian perecido algunas personas principales, y de los Esparciatas muy pocos, cuando la mortandad de los enemigos habia sido muy grande, no por eso mostró alegría y satisfaccion, sino que antes dando un profundo suspiro, exclamó: ¡triste de la Grecia, que en daño suyo ha perdido unos varones tan esclarecidos, que si vivieran, bastarian para vencer en combate á todos los bárbaros juntos! Como los de Farsalia se pusiesen en persecucion de su ejército y le causasen daños, les acometió con quinientos caballos, y habiéndolos puesto en fuga, erigió un trofeo al pie del monte Nartacio; dando á esta victoria la mayor importancia, á causa de que habiendo creado por sí aquella caballería, con ella sola habia derrotado á los que mas pagados estaban de sobresalir en esta arma.

Alcanzóle allí el Eforo Difridas, que le traia la orden de invadir inmediatamente la Beocia; y aunque tenia determinado ejecutar despues esto mismo mas bien preparado, no creyó que debia apartarse en nada de lo que las autoridades le prescribian; sino que vuelto á sus gentes, les dijo estar cerca el dia por el que habian venido del Asia, y envió á pedir dos cohortes de las tropas que militaban en las inmediaciones de Corinto. Los Lacedemonios que permanecian en la ciudad, para darle pruebas de

su aprecio pregonaron que de los jóvenes se alistaran los que quisiesen ir en auxilio del Rey; y habiéndose alistado todos con la mayor prontitud, las autoridades escogieron cincuenta de los mas valientes y robustos, y se los mandaron. Púsose Agesilao al otro lado de las Termopilas, y pasando por la Focide, que era amiga, luego que entró en la Beocia y sentó sus reales junto á Queronea, al mismo tiempo ocurrió un eclipse de sol, presentándose á sus ojos parecido á la luna, y recibió la noticia de haber muerto Pisandro, vencido en un combate naval junto á Gnido por Farnabazo y por Conon. Apesadumbróse con estos sucesos como era natural, tanto á causa del cuñado, como de la república; mas con todo para que á los soldados en la marcha no les sobrecogiese el desaliento y el terror, encargó á los que habian venido de parte del mar que dijesen por el contrario haber vencido en el combate; y presentándose con corona en la cabeza, sacrificó á la buena nueva, y partió con sus amigos la carne de las víctimas.

Adelantóse á Queronea; y habiendo descubierto á los enemigos, y sido tambien de ellos visto, ordenó su batalla, dando á los Orcomenios el ala izquierda, y conduciendo él mismo el ala derecha. Los Tebanos tuvieron asimismo por su parte la derecha; y los Argivos la izquierda. Dice Genofonte que aquella batalla fue mas terrible que ninguna otra de aquel tiempo, habiéndose hallado presente en auxilio de Agesilao despues de su vuelta del Asia. El primer encuentro no halló resistencia, ni costó gran fatiga, porque los Tebanos al punto pusieron en fuga á los Orcomenios, y á los Argivos Agesilao; pero habiendo oido unos y otros que sus izquierdas estaban en derrota, y huian, volvieron atras. Allá la victoria era sin riesgo, si Agesilao prosiguiendo en acuchillar á los que se retiraban, hubiera querido

contenerse de ir á dar de frente con los Tebanos; pero arrebatado de cólera y de indignacion, corrió contra ellos, con deseo de rechazarlos tambien de poder á poder. Como ellos no los recibieron con menos valor, se trabó una recia batalla de todo el ejército, mas empeñada todavía contra el mismo Agesilao, que se hallaba colocado entre sus cincuenta; cuyo ardor le fue muy oportuno, debiéndoles su salud. Porque aun peleando y defendiéndole con el mayor denuedo, no pudieron conservarle ileso, habiendo recibido en el cuerpo por entre las armas diferentes heridas de lanza y espada, sino que con gran dificultad le retiraron vivo; y entonces, protegiéndole con sus cuerpos, dieron muerte á muchos, y tambien de ellos perecieron no pocos. Hiciéronse cargo de lo dificil que era rechazar á los Tebanos, y conocieron la necesidad de ejecutar lo que no habian querido en el principio: porque les abrieron claro, partiéndose en dos mitades; y cuando hubieron pasado, lo que ya se verificó en desorden, corrieron en su persecucion, hiriéndolos por los flancos; mas no por eso consiguieron ponerlos en fuga, sino que se retiraron al monte Helicon, orgullosos con aquella batalla, á causa de que por su parte salieron invictos.

Aunque Agesilao se hallaba muy mal parado de sus heridas, no permitió retirarse á su tienda antes de hacerse llevar en litera al sitio de la batalla, y de ver conducir á los muertos sobre sus armas. A cuantos enemigos se acogieron al templo dió orden de que se les dejara marchar libres: porque está alli inmediato el templo de Minerva Itonia; y delante de este templo volvió á poner en pie el trofeo que en otro tiempo erigieron los Beocios, al mando del General Esparton, por haber vencido en aquel mismo sitio á los Atenienses, y dado muerte á Tolmides. Al dia siguiente al amanecer, queriendo Agesilao probar

si los Tebanos saldrian á batalla, dió orden de que se coronasen sus soldados, que los flautistas tocasen sus instrumentos, y que se levantara y adornara un trofeo, como que habian vencido; pero luego que los enemigos enviaron á pedir el permiso de recoger los muertos, lo concedió; y asegurada de esta manera la victoria, marchó á Delfos: porque iban á celebrarse los juegos Píticos. Concurrió pues á la fiesta hecha en honor del Dios, y le ofreció el diezmo de los despojos traidos del Asia, que ascendió á cien talentos. Restituido de alli á casa, todavía se ganó mas la aficion y admiracion de sus conciudadanos por su conducta y por su método de vida: porque no volvió nuevo de la tierra extrangera, como sucedia con los mas de los Generales, ni habia mudado sus costumbres por las agenas, mirando con fastidio y desden las de la patria; sino que apreciando y honrando las cosas del pais, tanto como los que nunca habian pasado el Eurotas, no hizo novedad en el banquete, ni en el baño, ni en el tocador de su muger, ni en el adorno de las armas, ni en el menage de casa; y aun dejó intactas las puertas, tan antiguas y viejas que parecia ser las mismas que puso Aristodemo: diciendo Genofonte que el canatro de su hija no tenia particularidad ninguna en que se diferenciase de los demas. Llaman canatros á unas figuras de madera de grifos y de hircocerbos, en las que llevan las niñas en las procesiones. Genofonte no nos dejó escrito el nombre de la hija de Agesilao; y Dicearco lleva muy á mal que no sepamos quién fue la hija de este Rey, ni la madre de Epaminondas; mas nosotros hallamos en las memorias Lacónicas que la muger de Agesilao se llamaba Cleora, y sus hijas Apolia y Proluta; y aun se muestra su lanza conservada hasta el dia de hoy en Esparta, la que en nada se diferencia de las demas.

Como observase que algunos de los ciudadanos

tenian vanidad y se daban importancia con criar y adiestrar caballos, persuadió á su hermana Cúnica á que sentada en carro contendiera en los juegos Olímpicos; queriendo con esto hacer patente á los Griegos que semejante victoria no se debia á virtud alguna, sino á sola la riqueza y profusion. Tenia en su compañía para servirse de su ilustracion al sabio Genofonte, y le dijo que trajera á sus hijos á que se educaran en Lacedemonia, para que aprendieran la mas importante de todas las ciencias, que es la de ser mandados y mandar.

Despues de la muerte de Lisandro halló que este habia formado una grande liga contra él, en lo que habia trabajado inmediatamente despues de su vuelta del Asia; y tuvo el pensamiento de hacer ver cuál habia sido la conducta de este ciudadano mientras vivió; y como hubiese leido un discurso escrito en un cuaderno, del que fue autor Cleon de Halicarnaso, pero que habia de ser pronunciado ante el pueblo por Lisandro, tomándolo para este efecto de memoria, en el que se proponian novedades y mudanzas en el gobierno, estaba en ánimo de darle publicidad. Mas leyó el discurso uno de los Senadores, y temiendo la habilidad y artificio con que estaba escrito, le aconsejó que no desenterrará á Lisandro, sino que antes enterrara con él el tal discurso; y convencido, desistió de aquel propósito.

A los que se le mostraban contrarios nunca les hizo el menor daño abiertamente; sino que negociando el que se les enviara de generales ó de gobernadores, demostraba que en los empleos se habian habido mal y con falta de integridad, é intercediendo despues en su favor y defendiéndolos, si eran puestos en juicio, de este modo los hacia sus amigos, y los traia á su partido; de modo que llegó á no tener ningun rival. Porque el otro Rey Agesipolis, sobre ser hijo de un desterrado, era en la edad todavia muy

joven y de un caracter apacible y blando, por lo que tomaba muy poca parte en los negocios públicos, y aun asi procuró atraerlo y hacerlo mas docil: por cuanto los reyes comen juntos, asistiendo al mismo banquete mientras permanecen en la ciudad. Sabiendo pues que Agesipolis estaba como él sujeto á contraer facilmente amores, le movia siempre la conversacion de algun joven amable, y le inclinaba hácia él, y le acompañaba y auxiliaba: pues tales amores entre los Lacedemonios no tenian nada de torpe; sino que antes promovian el pudor, el deseo de gloria y una emulacion de virtud, como digimos en la vida de Licurgo.

Como era tan grande su poder en la república, negoció que á su hermano de madre Teleucias se le diera el mando de la armada; y habiendo dispuesto una expedicion contra Corinto, él tomó por tierra la gran muralla, y Teleucias con las naves. Estaban entonces los Argivos apoderados de Corinto, y celebraban los juegos Istmicos: sorprendiólos pues, y les hizo salir de la ciudad cuando acababan de hacer el sacrificio al Dios, dejando abandonadas todas las prevenciones. Entonces cuantos Corintios acudieron de los que se hallaban desterrados le rogaron que presidiese los juegos; pero á esto se resistió; y siendo ellos mismos los presidentes y distribuidores de los premios, se detuvo únicamente para darles seguridad. Mas despues que se retiraron volvieron los Argivos á celebrar los juegos, y algunos vencieron segunda vez; pero otros hubo que habiendo antes vencido fueron vencidos despues, sobre lo cual los notó Agesilao de excesiva cobardía y timidez, pues què teniendo la presidencia de estos juegos por tan excelente y gloriosa, no se atrevieron á combatir por ella. Por su parte creia que en estas cosas no debia ponerse mas que mediano esmero; y en Esparta fomentaba los coros y los combates con presenciarlos

siempre, con manifestar zelo y cuidado acerca de ellos, y con no faltar ni á las reuniones de los jóvenes ni á las de las doncellas; pero en cuanto á objetos que excitaban la admiracion de los demas, hacia como que ni siquiera sabia lo que eran. Asi en una ocasion Calipides, célebre actor de tragedias, que tenia en toda la Grecia grande nombre y fama, y á quien todos guardaban consideracion, primero se presentó á saludarlo; despues se mezcló con sobrada confianza entre los demas compañeros de paseo, procurando que fijara en él la vista, creido de que le daria alguna muestra de aprecio; y últimamente le preguntó: ¿cómo? ¿no me conoces, ó Rey? y entonces volviéndose á mirarle dijo: ¿no eres Calipides el *diquelicta* ó remedador? porque los Lacedemonios dan este nombre á los cómicos. Llamáronle una vez para que oyera á uno que imitaba el canto del ruiseñor; y se excusó diciendo que muchas veces habia oido á los ruiseñores. Al médico Menecrates, por haber acertado casualmente con algunas curas desesperadas, dieron en llamarle Júpiter, y él mismo no solo se daba neciamente este sobrenombre, sino que se atrevió á escribir á Agesilao de este modo: *Menecrates Júpiter al Rey Agesilao salud y contentamiento;* y él le puso en la contestacion: *el Rey Agesilao á Menecrates juicio.*

Habiéndose detenido en el pais de Corinto, y tomado el templo de Juno, mientras estaba ocupado en ver cómo los soldados conducian y custodiaban los cautivos, le llegaron embajadores de Tebas solicitando su amistad; pero como siempre hubiese estado mal con este pueblo, y aun entonces le pareciese que convenia ajarlo, hizo como que no los veia ni entendia cuando se le presentaron. Mas sobrevínole un accidente desagradable que pudo parecer castigo: porque antes de retirarse los Tebanos le llegaron mensageros con la nueva de que la armada ha-

bia sido derrotada por Ificrates: descalabro de que les quedó sensible memoria por largo tiempo, porque perdieron los varones mas excelentes, siendo vencida la infantería de línea por unas tropas ligeras, y los Lacedemonios por unos mercenarios. Marchó pues sin dilacion Agesilao en su socorro; mas cuando se convenció de que no habia remedio, regresó al templo de Juno, y dando orden de que se presentaran los Tebanos, se puso á darles audiencia; mas como ellos á su vez le hiciesen el insulto de no volver á hablar de paz, sino solo de que los dejara pasar á Corinto, encendido en cólera Agesilao, si quereis les dijo, ver lo orgullosos que estan nuestros amigos por sus ventajas, mañana podreis gozar de este espectáculo con toda seguridad; y llevándolos al dia siguiente en su compañía, taló los términos de Corinto, y llegó hasta las mismas puertas de la ciudad. Como sobrecogidos de miedo los Corintios no se atreviesen á emplear medio ninguno de defensa, despidió ya los embajadores. Recogió antes los tristes restos de la brigada, y partió para Lacedemonia, tomando la marcha antes del dia, y haciendo alto cuando era ya de noche, para que aquellos Arcades, que los miraban con envidia y encono, no los insultasen. De alli á poco en obsequio de los Aqueos emprendió con ellos una expedicion contra los de Acarnania; y habiéndolos vencido, les tomó un rico botin. Rogábanle los Aqueos que deteniéndose hasta el invierno estorbara á los enemigos hacer la simienza, y él les contestó, que antes lo haria al reves, porque les seria mas sensible la guerra habiendo de tener sembrados sus campos hasta el verano; lo que asi efectivamente sucedió, porque formada nueva expedicion contra ellos, se reconciliaron con los Aqueos.

Despues como Conon y Farnabazo hubiesen quedado dominando en el mar con la armada de Persia,

y tuviesen sitiadas, por decirlo asi, las costas de la Laconia, al mismo tiempo que los Atenienses levantaban las murallas de su ciudad, dándoles Farnabazo los fondos para ello, parecióles á los Lacedemonios conveniente hacer la paz con los Persas. Comisionaron pues á Antalcidas para que pasara á tratar con Tiribazo; y el resultado fue abandonar tan vergonzosa como injustamente á los Griegos habitantes del Asia, por quienes Agesilao habia hecho la guerra, dejándolos sujetos al Rey. De aqui es que de la vergüenza de este ignominioso acuerdo participó Agesilao, á causa de que Antalcidas estaba enemistado con él, y asi nada omitió para negociar la paz, en vista de que con la guerra crecia el poder de Agesilao, y cada dia ganaba crédito y opinion. Con todo á uno que con ocasion de esta paz se dejó decir que los Lacedemonios *medizaban* ó abrazaban los intereses de los Medos, le respondió Agesilao que mas bien los Medos *laconizaban*; y amenazando y denunciando la guerra á los que no querian admitir el tratado, los obligó á suscribir á lo que el Rey habia dictado: conduciéndose asi principalmente en odio de los Tebanos, para que fueran mas débiles por el hecho mismo de quedar independiente toda la Beocia; lo que pareció mas claro poco despues. Porque cuando Febidas cometió aquel atroz atentado de tomar, vigentes los tratados y en tiempo de paz, el alcazar Cadmeo, los Griegos todos se mostraron indignados, y los Esparciatas mismos lo llevaron á mal, especialmente los que no eran de la parcialidad de Agesilao, que llegaron á preguntar á Febidas con enfado, qué orden habia tenido para tal proceder, manifestando con bastante claridad sobre quién recaian sus sospechas; pero el mismo Agesilao no tuvo reparo en tomar la defensa de Febidas, diciendo sin rodeo que no habia mas que examinar, sino si la accion era en sí misma util, porque todo lo que á La-

cedemonia fuese provechoso, debia hacerse espontáneamente, aunque nadie lo mandara. Y eso que de palabra siempre estaba dando la preferencia á la justicia sobre todas las virtudes: porque decia que la fortaleza nada servia sin la justicia; y que si todos los hombres fueran justos, de mas estaria la fortaleza. A uno que usó de la expresion: asi lo dispone el gran Rey, le replicó, ¿cómo será mas grande que yo, si no es mas justo? Creyendo con razon que lo justo debe ser la medida real con que se regule la mayoría y excelencia del poder. La carta que hecha la paz le envió el Rey con objeto de hospitalidad y amistad, no quiso recibirla, diciendo que le bastaba la amistad pública, sin haber menester para nada la particular, mientras aquella subsistiese. Mas en las obras no acreditó esta opinion; sino que arrebatado del deseo de gloria, y del de satisfacer sus resentimientos, especialmente contra los Tebanos, no solo sacó á salvo á Febidas, sino que persuadió á la ciudad que tomara sobre sí aquella injusticia; que conservara bajo su mando el alcazar, y que pusiera al frente de los negocios á Arquias y Leontidas, por cuyo medio Febidas habia entrado en el mencionado alcazar, y se habia apoderado de él.

Vínose pues desde luego por estos antecedentes en sospecha de que aquella injusticia, si bien habia sido obra de Febidas, habia procedido de consejo de Agesilao; y los hechos posteriores confirmaron este juicio. Porque apenas con el auxilio de los Atenienses se arrojó del alcazar á la guarnicion, y quedó la ciudad libre, hizo cargo á los Tebanos de haber dado muerte á Arquias y Leontidas, que en la realidad eran unos tiranos, aunque tenian el nombre de Polemarcas, y les declaró la guerra. Reinaba ya entonces Cleombroto, por haber muerto Agesipolis, y fue aquel enviado á esta guerra con las correspondientes fuerzas; porque Agesilao hacia cuaren-

ta años que habia salido de la pubertad, y como por ley tuviese ya la exencion de la milicia, rehusó tomar á su cargo esta expedicion; y es que se avergonzaba, habiendo hecho poco antes la guerra á los Fliasios en favor de los desterrados, de ir ahora á causar daños y molestias á los de Tebas por unos tiranos. Hallábase en Tespias de gobernador un Esparciata llamado Esfodrias, del partido contrario al de Agesilao, hombre que no carecia de valor ni de ambicion; pero en quien podian mas que la prudencia las alegres esperanzas. Ansioso pues de adquirir nombradía, y persuadido de que Febidas se habia hecho célebre y afamado por la empresa de Tebas, se figuró que seria todavía hazaña mas ilustre y gloriosa si conseguia, sin inspiracion de nadie, tomar el Pireo, y excluir del mar á los Atenienses, acometiéndolos por tierra cuando menos lo esperaban. Hay quien diga que este fue pensamiento de los Beotarcas Pelopidas y Melon; los que habian enviado personas que, mostrándose aficionadas á Esparta, habian hinchado con alabanzas á Esfodrias, haciéndole creer que él solo era capaz de semejante designio, y le habian incitado y acalorado á un hecho injusto al igual de aquel; pero que no tuvo tan de su parte á la osadía y la fortuna. Porque le cogió y amaneció el dia en el campo Triasio, cuando esperaba introducirse todavía de noche en el Pireo; y como los soldados hubiesen advertido cierta luz que salia de algunos de los templos de Eleusine, se dice haberse sobresaltado y llenádose de miedo. Faltóle á él tambien la resolucion cuando vió que no podia ocultarse: por lo que sin haber hecho mas que una ligera correría, tuvo que retirarse á Tespias oscura y vergonzosamente. A consecuencia de este intento enviáronse acusadores contra él de Atenas; pero encontraron que los magistrados de Esparta no habian necesitado de esta diligencia, pues que sin ella le te-

nian ya intentada causa capital; á la que desconfió presentarse temeroso de sus conciudadanos; los cuales, por huir de la afrentosa inculpacion de los Atenienses, se dieron por ofendidos é injuriados, para librarse de la sospecha de que trataban de injuriar.

Tenia Esfodrias un hijo llamado Cleonumo, joven de bella persona, á quien amaba Arquidamo, hijo del Rey Agesilao; y entonces le tenia compasion viéndole angustiado por el peligro de su padre; pero no se creia en disposicion de favorecerle y auxiliarle abiertamente, porque Esfodrias era de la parcialidad contraria á Agesilao. Buscándole pues Cleonumo, y rogándole con lágrimas le alcanzara el favor de Agesilao, porque á él era á quien mas temian; por tres ó cuatro dias no hacia Arquidamo mas que seguir al padre sin hablarle palabra, detenido por el pudor y el miedo; pero por último acercándose la vista de la causa, se resolvió á decir á Agesilao que Cleonumo le habia interesado por su padre. Aunque Agesilao habia echado de ver que Arquidamo era amador de Cleonumo, no pensó en retraerle, porque desde luego comenzó este á tener mas opinion que ninguno otro entre los jóvenes, dando muestras de que seria hombre de probidad; pero tampoco por entonces respondió al hijo de manera que pudiera tener esperanza de éxito favorable y fausto; sino que diciéndole que miraria lo que pudiera ser útil y conveniente, le despidió. Avergonzado con esto Arquidamo se abstuvo de buscar la compañía de Cleonumo, sin embargo de que antes solia solicitarla diferentes veces al dia; y tambien se desanimaron los demas que trabajaban por Esfodrias: hasta que Etumocles, amigo de Agesilao, les reveló en una conferencia, cual era el modo de pensar de este: pues el hecho lo vituperaba como el que mas; pero al mismo tiempo reputaba á Esfodrias por buen ciudadano, y se ha-

ca cargo de que la república necesitaba soldados como él; y es que esta conversacion la hacia con unos y con otros antes del juicio, queriendo condescender con los ruegos del hijo: tanto que Cleonumo conoció que Arquidamo le habia servido, y los amigos de Esfodrias cobraron ánimo para sostenerle. Porque era Agesilao amante con exceso de sus hijos; y acerca de sus juegos con ellos se dice que solia, cuando eran pequeños, correr por la casa montado como en caballo en una caña; y que habiéndole sorprendido uno de sus amigos, le rogó que no lo dijese á nadie hasta que hubiera tenido hijos.

Fue efectivamente absuelto Esfodrias; y como los Atenienses, luego que lo supieron, les moviesen guerra, clamaban todos contra Agesilao, por parecerles que cediendo á un deseo inconsiderado y pueril habia estorbado un juicio justo, y que habia hecho á la república objeto y blanco de quejas con semejantes atentados cometidos contra los Griegos. En este estado notó que Cleombroto no se mostraba pronto á hacer la guerra á los Tebanos; y dejando entonces á un lado la ley de que se habia valido antes para no ir á la otra expedicion, invadió en persona la Beocia, haciendo á los Tebanos cuanto daño pudo, y recibiéndolo á su vez; de manera que retirándose en una de estas ocasiones herido, le dijo Antalcidas: » Bien te pagan los Tebanos su aprendi» zage, habiéndoles tú enseñado á pelear, cuando » ellos ni sabian ni querian." Y en realidad se dice que en estos encuentros los Tebanos se mostraron sobremanera diestros y esforzados, como ejercitados con las continuas guerras que contra ellos movieron los Lacedemonios. Por lo mismo previno el antiguo Licurgo en sus tres series de leyes, llamadas *Retras*, que no se hiciera la guerra muchas veces á unos mismos enemigos, para que no la aprendiesen. Estaban tambien mal con Agesilao los aliados, porque inten-

taba la ruina de los Tebanos, no á causa de alguna ofensa comun contra los Griegos, sino por encono y enemiga particular que contra aquellos tenia. Decian pues que los gastaba y maltraia sin objeto de su parte, haciendo que los mas concurrieran alli todos los años, para estar á las órdenes de los que eran menos; sobre lo que se dice haber recurrido Agesilao á este artificio, á fin de hacerles ver que no eran tantos hombres de armas como creian. Mandó que todos los aliados juntos se sentaran de una parte, y los Lacedemonios solos de otra: dispuso despues que á la voz del heraldo se levantaran primero los alfareros; puestos estos en pie, llamó en segundo lugar á los latoneros; despues á los carpinteros; luego á los albañiles; y asi á los de los otros oficios. Levantáronse pues casi todos los aliados, y de los Lacedemonios ninguno, porque les estaba prohibido ejercer y aprender ninguna de las artes mecánicas; y por este medio echándose á reir Agesilao: ¿veis, les dijo, con cuantos mas soldados contribuimos nosotros?

En Megara cuando volvia con el ejército de Tebas, al subir al alcázar y palacio del Gobierno le acometió una fuerte convulsion y dolores vehementes en la pierna sana, que apareció muy hinchada, y como llena de sangre con una terrible inflamacion. Un cirujano natural de Siracusa le abrió la vena que está mas abajo del tobillo, con lo que se le mitigaron los dolores; pero saliendo en gran copia la sangre, sin poder restañarla, le sobrevinieron desmayos, y se puso muy de peligro, mas al cabo se contuvo la sangre, y llevado á Lacedemonia, quedó por largo tiempo muy débil é imposibilitado de mandar el ejército. Sufrieron en este tiempo frecuentes descalabros los Esparciatas por tierra y por mar; de los cuales fue el mayor el de Leuctras, donde por la primera vez fueron vencidos y derrotados de poder á poder por los Tebanos. Aun antes de esta derrota

habia parecido á todos conveniente hacer una paz general; y concurriendo de toda la Grecia embajadores á Lacedemonia para ajustar los tratados, fue uno de estos Epaminondas, varon insigne por su educacion y su sabiduría; pero que no habia dado todavía pruebas de su pericia militar. Como viese pues que todos los demas deferian á Agesilao, él solo manifestó con libertad su dictámen, haciendo una proposicion útil, no á los Tebanos, sino á la Grecia: pues les manifestó que con la guerra crecia el poder de Esparta, cuando todos los demas no sentian mas que perjuicios; y los inclinó á que fundaran la paz sobre la igualdad y la justicia: porque solo podria ser duradera quedando todos iguales.

Observando Agesilao que todos los Griegos le habian oido con gusto, y adherian á él, le preguntó, ¿si creia justo y equitativo que la Beocia quedase independiente? y repreguntándole Epaminondas con gran prontitud y resolucion, ¿si tenia él por justo quedara independiente la Laconia? levantándose Agesilao con enfado, le propuso que dijera terminantemente si dejarian independiente la Beocia. Volvió otra vez Epaminondas á replicarle, ¿si dejarian independiente á la Laconia? con lo que se irritó Agesilao, de manera que aprovechando la ocasion borró de los tratados el nombre de los Tebanos, y les declaró la guerra: diciendo á los demas Griegos, que avenidos ya entre sí, podian retirarse, en el concepto de que por lo que pudiera aguantarse regiria la paz, y lo que pareciese insufrible se quedaria á la decision de la guerra; pues que era sumamente dificultoso aclarar y concertar todas las desavenencias. Hallábase casualmente por aquel tiempo Cleombroto con su ejército en la Focide, y los Eforos le enviaron al punto orden de que marchase con sus tropas contra los Tebanos. Convocaron tambien á los aliados; y aunque con disgusto, por hacérseles muy

molesta la guerra, acudieron sin embargo en gran número, porque todavía no se atrevian á contradecir ó disgustar á los Lacedemonios. Hubo muchas señales infaustas, como dijimos en la vida de Epaminondas; y aunque Protoo el Esparciata se opuso á la expedicion, no cedió Agesilao, sino que llevó adelante la guerra, con la esperanza de que habiendo quedado fuera de los tratados los Tebanos, al mismo tiempo que toda la Grecia gozaba de la independencia, habia de ser aquella la oportunidad de vengarse de ellos; pero la oportunidad lo que declaró fue que en decretar aquella expedicion tuvo mas parte la ira que la reflexion y el juicio: porque en el dia catorce del mes Esquiroforion se hicieron los tratados en Lacedemonia y en el cinco del mes Hecatombeon fueron vencidos en Leuctras: no habiendo pasado mas que veinte dias. Murieron mil de los Lacedemonios, y el Rey Cleombroto, y alrededor de él los mas alentados de los Esparciatas. Dícese que entre estos murió tambien Cleonumo, aquel joven gracioso hijo de Esfodrias; y que habiendo caido en tierra tres veces delante del Rey, otras tantas se volvió á levantar para combatir con los Tebanos.

Habiendo experimentado entonces los Lacedemonios una derrota inesperada, y los Tebanos una dicha y acrecentamiento de gloria, cuales nunca habian experimentado antes los Griegos peleando unos contra otros, no es menos de admirar y aplaudir por su virtud la ciudad vencida, que la vencedora. Y si, dice Genofonte, que de los hombres excelentes aun las conversaciones y palabras de que usan en medio del solaz y los banquetes tienen algo digno de recuerdo, en lo que ciertamente tiene razon: aun es mas digno de saberse y quedar en memoria lo que los hombres formados á la virtud hacen y dicen con decoro cuando les es contraria la fortuna. Porque ha-

cia la casualidad de que Esparta solemnizase una de sus festividades, y fuese grande en ella el concurso de forasteros con motivo de celebrarse combates gimnásticos, cuando llegaron de Leuctras los que traian la nueva de aquel infortunio; y los Eforos, aunque desde luego entendieron haber sido terrible el golpe, y que habian perdido el imperio y superioridad, ni permitieron que el coro se retirase, ni que se alterase en nada la forma de la fiesta; sino que enviando por las casas á los interesados los nombres de los muertos, ellos continuaron en el espectáculo, atendiendo al combate de los coros. Al dia siguiente al amanecer, sabiéndose ya de público quiénes se habian salvado y quiénes habian muerto, los padres, tutores y deudos de los que habian fallecido bajaron á la plaza, y unos á otros se daban la mano con semblante alegre, mostrándose contentos y risueños; mas los de aquellos que habian quedado salvos, como en un duelo se mantenian en casa con las mugeres; y si alguno tenia que salir por necesidad, en el gesto, en la voz y en las miradas se mostraba humillado y abatido. Todavía se echaba esto mas de ver en las mugeres, observando á la madre que esperaba á su hijo salvo de la batalla, triste y taciturna; y á las de aquellos que se decia haber perecido, acudir al punto á los templos, y buscarse y hablarse unas á otras con alegría y satisfaccion. Sin embargo de todo esto á muchos, luego que se vieron abandonados de los aliados, y tuvieron por cierto que Epaminondas, vencedor y lleno de orgullo con el triunfo, trataria de invadir el Peloponeso, les vinieron á la imaginacion los oráculos y la cojera de Agesilao, propendiendo al desaliento y á la supersticion, por creer que aquellas desgracias le habian venido á la ciudad á causa de haber desechado del reino al de pies firmes, y haber preferido á un cojo y lisiado; de lo que el oráculo les habia avisado se guardasen

sobre todo. Mas aun en medio de esto, atendiendo al poder que habia adquirido, á su virtud y á su gloria, todavía acudian á él, no solo como á Rey y General para la guerra, sino como á director y á médico en los demas apuros políticos, y en el que entonces se hallaban; porque no se atrevian á usar de las afrentas autorizadas por ley contra los que habian sido cobardes en la batalla, á los que llaman *medrosos*, temiendo por ser muchos y de gran poder que pudieran causar un trastorno: pues á los así notados, no solo se les excluye de toda magistratura, sino que no hay quien no tenga á menos el darles, ó el tomar de ellos muger. El que quiere los hiere y golpea cuando los encuentra, y ellos tienen que aguantarlo, presentándose abatidos y cabizbajos. Llevan túnicas rotas y teñidas de cierto color; y afeitándose el bigote de un lado, se dejan crecer el otro. Era por lo mismo cosa terrible desechar á tantos cuando justamente la ciudad necesitaba de no pocos soldados. Nombran pues legislador á Agesilao, el cual se presenta á la muchedumbre de los Lacedemonios; y sin añadir, quitar, ni mudar nada, con solo decir que por aquel dia era preciso dejar dormir las leyes, sin perjuicio de que en adelante volvieran á mandar, conservó á un tiempo á la ciudad sus leyes, y á aquellos ciudadanos la estimacion. Queriendo en seguida borrar de los ánimos aquel temor y amilanamiento invadió la Arcadia; pero tuvo buen cuidado de no presentar batalla á los enemigos; sino que limitándose á tomar un pueblezuelo que pertenecia á los de Mantinea, y hacer correrías por sus términos, con esto solo alentó ya con esperanzas á la ciudad, y le volvió la alegría, no dándose por perdida del todo.

Presentóse á poco Epaminondas en la Lacedemonia con los aliados, no trayendo menos de cuarenta mil hombres de infantería de línea, seguidos

ademas de tropas ligeras y de otros muchos desarmados para el pillage: de manera que al todo serian unos setenta mil los que invadieron el pais. Habríanse pasado á lo menos seiscientos años desde que los Dorios vinieron á poblar la Laconia, y despues de tanto tiempo entonces por la primera vez se vieron enemigos en aquella region, pues antes nadie se habia atrevido; mas ahora estos entraron incendiando y talando un terreno nunca antes violado ni tocado hasta el rio, y hasta la ciudad misma, sin que nadie los contuviese. Porque, segun dice Teopompo, no permitió Agesilao que los Lacedemonios pugnaran contra semejante torrente y tormenta de guerra; sino que esparciendo la infantería dentro de la ciudad por los principales puestos, aguantaba las amenazas y provocaciones de los Tebanos, que lo desafiaban por su nombre, y le llamaban á pelear en defensa de su patria, ya que era la causa de todos los males, por haber dado calor á la guerra. No menos que estos insultos atormentaban á Agesilao las sediciones y alborotos de los ancianos, que le daban en cara con tan tristes acontecimientos; y de las mugeres que no podian estarse quietas, sino que salian fuera de sí con el fuego y algazara de los enemigos. Afligíale ademas el punto de la honra, porque habiéndose encargado de la república floreciente y poderosa, veia conculcada su dignidad y ajada su vanagloria, de la que él mismo habia hecho gala muchas veces, diciendo que ninguna Lacona habia visto jamas el humo enemigo. Cuéntase asimismo de Antalcidas, que contendiendo con él un Ateniense sobre el valor, y diciéndole, nosotros os hemos perseguido muchas veces desde el Cefiso, le contestó, pues nosotros nunca hemos tenido que perseguiros desde el Eurotas. Por este mismo término respondió á un Argivo uno de los mas oscuros Esparciatas: pues diciéndole aquel, muchos de vosotros reposan

en la Argolide, le replicó; para eso ninguno de vosotros en la Laconia.

Refieren algunos haber Antalcidas, que era á la sazon Eforo, enviado sus hijos á Citera, temeroso de aquel peligro; en el cual Agesilao, viendo que los enemigos intentaban pasar el rio y penetrar en la poblacion, abandonando todo lo demas, formó delante del centro de la ciudad y al pie de las alturas. Iba entonces el Eurotas muy caudaloso y fuera de madre por haber nevado; y el pasarlo les era á los Tebanos mas dificil todavía por la frialdad de las aguas, que por la rapidez de su corriente. Marchando Epaminondas al frente de sus tropas, se le mostraron algunos á Agesilao; y este, mirándole largo rato, poniendo una y otra vez los ojos en él, ninguna otra cosa dijo, segun se cuenta, sino lo siguiente: ¡qué hombre tan resuelto! Aspiraba Epaminondas á la gloria de trabar batalla dentro de la ciudad y erigir un trofeo; pero no habiendo podido atraer y provocar á Agesilao, levantó el campo y taló el pais de nuevo. En Esparta algunos ya de antemano sospechosos y de dañada intencion, como unos doscientos en número, se sublevaron y tomaron el Hisorio, donde está el templo de Diana, lugar bien defendido y muy dificil de ser forzado; y como los Lacedemonios quisieran ir desde luego á desalojarlos, temeroso Agesilao de que sobreviniesen otras turbaciones, mandó que todos guardasen sus puestos, y él envuelto en su manto con solo un criado se adelantó hácia ellos, gritándoles que habian entendido mal su orden; pues no les habia dicho que fueran á aquel puesto, ni todos juntos, sino alli, señalando distinto sitio, y otros á otras partes de la ciudad. Ellos, cuando lo oyeron, se alegraron, creyendo que nada se sabia, y separándose, marcharon á los lugares que les designó. Agesilao al punto mandó otros que ocuparan el Hisorio; y respecto de los sublevados, ha-

biendo podido haber á las manos unos quince de ellos, por la noche les quitó la vida. Denunciáronle otra conjuracion todavía mayor de Esparciatas que se reunian y congregaban secretamente en una casa con designio de trastornar el orden; y teniendo por muy expuesto, tanto el juzgarlos en medio de aquellas alteraciones, como el dejarlos continuar en sus asechanzas, tambien á estos les quitó la vida sin formacion de causa, con solo el dictámen de los Eforos, no habiéndose antes de entonces dado muerte á ningun Esparciata sin que precediese un juicio. Ocurrió tambien que muchos de los ascripticios é hilotes, que estaban sobre las armas, se pasaban desde la ciudad á los enemigos; y como esto fuese tambien muy propio para causar desaliento, instruyó á sus criados para que por las mañanas antes del alba fuesen á los puestos donde dormian, y recogiendo las armas de los desertores, las enterrasen, á fin de que se ignorara su número. Dicen algunos que los Tebanos se retiraron de la Laconia á la entrada del invierno, por haber empezado los Arcades á desertar y á escabullirse poco á poco; pero otros dicen que permanecieron tres meses enteros, y que asolaron y arrasaron casi todo el pais. Teopompo es de otra opinion, diciendo, que resuelta ya por los Beotarcas la partida, pasó á su campo un Esparciata llamado Frixo, llevándoles de parte de Agesilao diez talentos por premio de la retirada: de manera que con hacer lo mismo que tenian determinado, aun recibieron un viático de mano de los enemigos.

No alcanzo como pudo ser que esta circunstancia se ocultase á los demas, y que solo llegase á noticia de Teopompo. En lo que todos convienen es en que á Agesilao se debió el que entonces se salvase Esparta, por haber procedido con gran miramiento y seguridad en los negocios, no abandonándose á la ambicion y terquedad, que eran sus pasiones ingé-

nitas. Con todo no pudo hacer que la república convaleciera de su caida, recobrando su poder y su gloria; sino que á la manera de un cuerpo robusto que hubiera usado constantemente de un régimen de sobra delicado y metódico, un solo descuido y una pequeña falta bastó para corromper el próspero estado de aquella ciudad, y no sin justa causa: por cuanto con un gobierno perfectamente organizado para la paz, para la virtud y la concordia, quisieron combinar mandos é imperios violentos, de los que no creyó Licurgo podia necesitar la república, para vivir en perpetua felicidad; y esto fue lo que causó su daño.

Desconfiaba ya entonçes Agesilao de poderse poner al frente de los ejércitos á causa de su vejez; y su hijo Arquidamo con el socorro que de Sicilia le envió voluntariamente el tirano, venció á los Arcades en aquella batalla, que se llamó *la sin lágrimas*: porque no murió ninguno de los suyos, habiendo perecido muchos de los enemigos. Hasta entonces habian tenido por cosa tan usual y tan propia suya vencer á los enemigos, que ni sacrificaban á los dioses por la victoria, sino solamente un gallo de vuelta á la ciudad; ni se mostraban ufanos los que se habian hallado en la batalla, ni daban señales de especial alegría los que oian la noticia; y despues de la célebre batalla de Mantinea, escrita por Tucídides, al primero que trajo la nueva, el agasajo que le hicieron las autoridades fue mandarle del banquete comun una pitanza de carne, y nada mas; pero en esta ocasion, cuando despues de anunciada la victoria volvió Arquidamo, no hubo quien pudiera contenerse; sino que el padre corrió á él el primero llorando de gozo, siguiéndole los demas magistrados; y la muchedumbre de los ancianos y mugeres bajó hasta el rio, tendiendo las manos, y dando gracias á los dioses porque Esparta habia borrado su afren-

ta, y volvia á lucirle un claro dia: pues hasta este momento se dice que los hombres no habian alzado la cabeza para mirar á las mugeres, avergonzados de sus pasadas derrotas.

Reedificada Mesena por Epaminondas, acudian de todas partes á poblarla sus antiguos ciudadanos, y no se atrevieron á disputarlo con las armas, ni pudieron impedirlo; mas indignábanse con Agesilao, porque poseyendo una provincia no menos poblada que la Laconia, ni de menor importancia, despues de haberla disfrutado largo tiempo la perdian en su reinado. Por lo mismo no admitió la paz propuesta por los Tebanos, no queriendo en las palabras reconocer como dueños de aquel pais á los que en la realidad lo eran; con lo que no solo no lo recobró, sino que estuvo en muy poco que perdiese á Esparta, burlado con un ardid de guerra. Porque separados otra vez los de Mantinea de los Tebanos llamaron en su auxilio á los Lacedemonios; y habiendo entendido Epaminondas que Agesilao marchaba allá, y estaba ya en camino, partió por la noche de Tegea sin que los Mantineenses lo rastreasen, encaminándose con su ejército á Lacedemonia; y faltó muy poco para que tomase por sorpresa la ciudad que se hallaba desierta, trayendo otro camino que el de Agesilao; pero avisado este por Eutimo de Tespias, segun dice Calistenes, ó por un Cretense segun Genofonte, envió inmediatamente un soldado de a caballo que lo participara á los que habian quedado en la ciudad, y él mismo volvió rápidamente á Esparta. Llegaron á poco los Tebanos, y pasando el Eurotas, acometieron á la ciudad, la que defendió Agesilao con un valor extraordinario fuera de su edad: porque no le pareció que aquel era tiempo de seguridad y precauciones como el pasado, sino mas bien de intrepidez y osadía, en las que antes no habia confiado; pero á las que únicamente debió ahora

el haber alejado el peligro, sacándole á Epaminondas la ciudad de entre las manos, erigiendo un trofeo, y haciendo ver á los jóvenes y á las mugeres unos Lacedemonios que pagaban á la patria los cuidados y desvelos de su educacion. Entre los primeros á un Arquidamo, que combatia con el mayor ardimiento, y que pronto, por el valor de su ánimo y por la agilidad de su cuerpo, volaba por las calles á los puntos donde se hallaba mas empeñada la pelea, oponiendo por todas partes con unos pocos la mayor resistencia á los enemigos; y á un Isadas, hijo de Febidas, que no solo para los ciudadanos, sino aun para los enemigos fue un espectáculo agradable y digno de admiracion: porque era de bella persona y de grande estatura, y en cuanto á edad se hallaba en aquella en que florecen mas los mocitos, que es cuando hacen tránsito á contarse entre los hombres. Este pues, desnudo de toda arma defensiva y de toda ropa, ungido con abundante aceite, salió de su casa, llevando en la una mano la lanza y en la otra la espada, y abriéndose paso por entre los que combatian, se metió en medio de los enemigos, hiriendo y derribando á cuantos encontraba, sin que de nadie hubiese sido ofendido; ó porque algun Dios le protegiese, ó porque hubiese parecido mas que hombre á los enemigos. Por esta hazaña se dice que los Eforos primero le coronaron, y luego le impusieron una multa de mil dracmas, en castigo de haberse atrevido á salir á batalla sin las armas defensivas.

Al cabo de pocos dias tuvieron otra batalla junto á Mantinea; y cuando Epaminondas llevaba ya de vencida á los primeros, y aun acosaba y seguia el alcance, el Espartano Anticrates pudo acercársele, y le hirió de un bote de lanza, segun lo refiere Dioscorides: aunque los Lacedemonios llaman todavía *Macarenos* en el dia de hoy á los descendientes de Anticrates, dando á entender que lo hirió con la es-

pada, á la que los Griegos dicen *macaira*. Porque fue tanto lo que le admiraron y aplaudieron por el miedo de Epaminondas si viviera, que le decretaron grandes honores y presentes, y á su descendencia le concedieron exencion de tributos, la que aun disfruta en nuestros dias Calicrates uno de sus descendientes. Despues de esta batalla y de la muerte de Epaminondas hicieron paz entre sí todos los Griegos; pero Agesilao excluyó del tratado á los Mesenios, porque no tenian ciudad. Admitiéronlos los demas, y les tomaron el juramento; y entonces se apartaron los Lacedemonios, quedando ellos solos en guerra, por la esperanza de recobrar á Mesena. Pareció pues Agesilao á todos con este motivo hombre violento, terco y viciado en la guerra; pues socavaba y destruia por todos los medios posibles la paz general, no obstante verse reducido, por falta de caudales, á molestar á los amigos que tenia en la ciudad, á tomar dinero á logro, y á exigir contribuciones; cuando debiera hacer cesar los males de la república, pues que la ocasion le brindaba, y no perder un poder y autoridad que habia venido á ser tan grande, y las ciudades amigas, la tierra y el mar, por solo el empeño de querer recobrar á viva fuerza las posesiones y tributos de Mesena.

Desacreditóse todavia mucho mas poniéndose á servir al Egipcio Taco; pues no creian digno de un varon que era tenido por el primero de la Grecia, y que habia llenado el mundo de su fama, entregar su persona á un bárbaro, rebelde á su Rey, y vender por dinero su nombre y su gloria, pasando plaza de mercenario, y de caudillo de gente colecticia. Pues si siendo ya de mas de ochenta años, y teniendo el cuerpo acribillado de heridas, hubiera vuelto á tomar aquel decoroso mando por la libertad de los Griegos, aun no habria sido del todo irreprensible su ambicion y el olvido de sus años: porque aun para *lo*

honesto y bueno deben ser propios el tiempo y la edad; y en general lo honesto en la justa medianía se diferencia de lo torpe; pero de nada de esto hizo cuenta Agesilao, ni creyó que habia cargo ninguno público que debiera desdeñarse al par de vivir en la ciudad, y esperar la muerte estando mano sobre mano.

Recogiendo pues gente estipendiaria con fondos que Taco puso á su disposicion, y embarcándola en trasportes, dió la vela, llevando consigo, como en años pasados, treinta Esparciatas en calidad de consejeros. Luego que aportó al Egipto, se apresuraron á ir á la nave los primeros generales y oficiales del Rey para ofrecérsele: siendo ademas grande la curiosidad y expectacion de todos los Egipcios por la nombradía y fama de Agesilao: asi es que todos corrieron á verle. Mas luego que no advirtieron ninguna riqueza ni aparato, sino un hombre anciano, tendido sobre la yerba en la orilla del mar, pequeño de cuerpo, y sin ninguna distincion en su persona, envuelto en una mala y despreciable capa, dióles gana de reir y de burlarse, repitiendo lo que dice la fábula: el monte estaba de parto, y parió un raton; pero todavía se maravillaron mucho mas de lo extraño de su porte, cuando habiéndole traido y presentado diferentes regalos, recibió la harina, las terneras y gansos, apartando de sí los pasteles, los postres y los ungüentos. Hiciéronle ruegos é instancias para que los recibiese, y entonces dijo á los que los traian que los entregaran á los hilotes. Lo que dice Teofrasto haber sido muy de su gusto fue el papel de que hacian coronas, por lo ligero de estas; y que por tanto lo pidió y alcanzó del Rey al disponer su regreso.

Reunido con Taco, que se hallaba disponiendo los preparativos de guerra, no fue nombrado General de todas las tropas, como lo habia esperado, si-

no solo de los estipendiarios; y de la armada naval Cabrias Ateniense, siendo Generalísimo de todas las fuerzas el mismo Taco. Esto fue ya lo primero que mortificó á Agesilao, á quien incomodó ademas el orgullo y vanidad de aquel Egipcio; mas fuéle preciso sufrirlo, y con él se embarcó contra los Fenicios, teniendo que obedecerle y aguantarle, muy contra lo que pedian su dignidad y su caracter, hasta que se le presentó ocasion. Porque Nectanebo, que era sobrino de Taco, y que á sus órdenes mandaba parte de las tropas, se le rebeló, y declarado Rey por los Egipcios, envió á rogar á Agesilao que tuviera á bien auxiliarle; é igual súplica hizo á Cabrias, prometiendo á ambos magníficos presentes. Entendiólo Taco, y como les hiciese tambien ruegos, Cabrias tentó el conservar á Agesilao en la amistad de Taco, persuadiéndole y dándole satisfacciones; pero Agesilao le respondió de esta manera: » á tí, ó » Cabrias, que has venido aqui por tu voluntad, te » es dado obrar segun tu propio dictamen; mas yo » he sido enviado como General á los Egipcios por » la patria, y no puedo por mí hacer la guerra á » aquellos mismos en cuyo auxilio he venido, si de » la misma patria no recibo otra orden." Dicho esto envió á Esparta mensageros que acusasen á Taco, é hiciesen el elogio de Nectanebo. Tambien los enviaron estos para negociar con los Lacedemonios, el uno como aliado y amigo de antemano, y el otro como que les seria mas agradecido y mas dispuesto á servirlos. Los Lacedemonios, oidas las embajadas, á los Egipcios les respondieron en público que lo dejaban todo al cuidado de Agesilao; pero á este le contestaron que viera de hacer lo que mas util hubiera de ser á Esparta. Con esta orden tomó consigo á sus estipendiarios, y se pasó á Nectanebo, valiéndose del pretexto de la utilidad de la patria para cubrir una accion fea y reparable: pues quitado este

velo, el nombre que justamente le convenia era el de traicion. Los Lacedemonios, dando á lo que es util á la patria el primer lugar en lo honesto, ni saben ni aciertan tener por justo, sino lo que es en aumento de Esparta.

Abandonado Taco de los estipendiarios, huyó; pero de Mendeto salió contra Nectanebo otro que fue declarado Rey; y allegando cien mil hombres, se presentó en la palestra. Mostrábase confiado Nectanebo, diciendo que aunque aparecia grande el número de los enemigos eran gente colecticia y menestral, despreciable por su indisciplina; pero Agesilao le respondió que no era el número lo que temia, sino aquella misma indisciplina é impericia que hacia muy dificil el poderlos engañar. Porque los engaños obran por medio de una cosa extraordinaria en el ánimo de los que se preparan á defenderse con conocimiento y esperanza de lo que ha de suceder; pero el que ni espera ni medita nada, no da asidero á que se le haga ilusion, asi como en la lucha no presenta flanco por donde entrarle el que no se mueve; y á este tiempo envió tambien el Mendesio quien esplorara á Agesilao. Temió pues Nectanebo, y previniéndole Agesilao que diera cuanto antes la batalla, y no creyera que podia pelear con el tiempo contra hombres inegercitados en la guerra, que con el gran número podrian envolverle, tenerle cercado, y anticipársele en muchas cosas, concibió mayor sospecha y miedo contra él, y se retiró á una ciudad ventajosamente situada y rodeada de murallas en una gran circunferencia. Sintió vivamente Agesilao, y llevó muy á mal que se desconfiara de él; pero causándole vergüenza el haberse de pasar segunda vez á otro, y retirarse al fin sin hacer nada, siguió y se encerró tambien dentro de aquel recinto.

Acercándose los enemigos, y formando trincheras para poner el sitio, concibió otra vez miedo el

Egipcio, y queria salir á darles batalla, en lo que estaban muy de acuerdo con él los Griegos, porque en aquel terreno se carecia de víveres; pero como Agesilao no viniese en ello, y antes mostrase resistencia, era todavía mas insultado y denostado de los Egipcios, que le llamaban traidor al Rey. Sufria con gran paciencia estas calumnias, teniendo puesta su atencion en el momento en que podria usar de su inteligencia en el arte de la guerra, lo que era de este modo. Habíanse propuesto los enemigos hacer un foso profundo alrededor de las murallas, para dejarlos enteramente encerrados. Pues cuando ya los dos extremos de la zanja estaban cerca, yéndose á buscar el uno al otro para ceñir en círculo á la ciudad, esperando que llegara la noche, y dando orden de que se armasen á los Griegos, se fue para el Egipcio: »y esta es, le dijo, ó joven, la ocasion »que para no malograrla, no he querido anunciar »hasta que ha llegado. Los enemigos mismos han pro- »visto á vuestra seguridad con sus manos abriendo »este foso, del cual la parte ya hecha es un impe- »dimento para su gran número, y la parte que res- »ta, nos da la proporcion de pelear con una exacta »igualdad contra ellos. Ea pues, muéstrate ahora »varon esforzado, y cargando impetuosamente con »nosotros, sálvate á tí mismo y salva al ejército: »pues los enemigos que tendremos al frente no nos »resistirán; y los otros, á causa del foso no podrán »ofendernos." Maravillóse Nectanebo de la prevision de Agesilao, y puesto en medio de los Griegos, acometió y rechazó facilmente á los que se le opusieron. Cuando una vez tuvo ya Agesilao dócil y obediente á Nectanebo, lo condujo segunda vez á usar, como de una misma treta en la palestra, del mismo ardid con los enemigos. Porque ora huyendo y apareciéndose, y ora haciendo como que los perseguia, atrajo aquella muchedumbre á un sitio en que habia una

gran profundidad, rodeada de agua por uno y otro lado. Cerrando pues el medio, y ocupándolo con el frente de su batalla, arrojó sobre la muchedumbre á los enemigos que quisieron pelear, viendo que no tenian medio de envolverle y cercarle: asi murieron muchos, y los que pudieron huir se dividieron y dispersaron.

Desde entonces empezaron ya los negocios del Egipcio á ir en bonanza, y á ofrecer seguridad; por lo que mostrándose aficionado y reconocido á Agesilao, le rogaba que aguardase todavía, y pasase con él el invierno; pero Agesilao se propuso marchar â la guerra en que se veia la patria, sabedor de que esta se hallaba sin recursos, y tenia á su sueldo tropas extrangeras. Despidióle pues aquel con el mayor aprecio y agasajo, haciéndole las mayores honras y magníficos presentes, y dándole para la guerra doscientos y treinta talentos. Mas levantóse una recia tempestad, por la que volvió á tierra con sus naves, y arrojado á un punto desierto del Aftica, al que llaman el puerto de Menelao, alli falleció: habiendo vivido ochenta y cuatro años, y reinado en Esparta cuarenta y uno; de los cuales por mas de treinta fue tenido por el varon mayor y mas poderoso de la Grecia, y casi reputado General y Rey de toda ella hasta la batalla de Leuctras. Era costumbre de los Espartanos que cuando los particulares morian en tierra extraña quedaran y se enterraran alli sus cadáveres; y que los de los Reyes fuesen llevados á Lacedemonia: asi los Esparciatas que se hallaron presentes barnizaron con cera el de Agesilao, á falta de miel, y lo condujeron á Esparta. El trono le ocupó su hijo Arquidamo, y permaneció en su descendencia hasta Agis, á quien por tratar de restablecer el antiguo Gobierno, dió muerte Leonidas: siendo este Agis el quinto despues de Agesilao.

Respecto de Pompeyo parece haberle sucedido al pueblo Romano lo mismo que respecto de Hércules le sucedió al Prometeo de Esquilo, cuando viéndose desatado por él, exclamó:

¡Hijo querido de enemigo padre!

porque contra ninguno de sus generales manifestaron los Romanos un odio mas terrible y encarnizado que contra el padre de Pompeyo, Estrabon; durante cuya vida temieron su poder en las armas, porque era gran soldado; pero despues de cuya muerte, causada por un rayo, arrojaron del féretro y maltrataron su cadáver; cuando le llevaban á darle sepultura; ni Romano ninguno por el otro extremo gozó de un amor mas vehemente, ni que hubiese tenido mas pronto principio, que Pompeyo: con ninguno otro se mostró este amor mas vivo y floreciente mientras le lisongeó la fortuna; ni permaneció tampoco mas firme y constante despues de su desgracia. Para el odio de aquel no hubo mas que una sola causa, que fue su codicia insaciable de riqueza; y para el amor de este concurrieron muchas: su templado método de vida, su ejercicio en las armas, su elegancia en el decir, su igualdad de costumbres, y su afabilidad en el trato: porque á ninguno se le pedia con menos reparo, ni nadie manifestaba mas placer en que se le pidiese, yendo los favores libres de toda molestia cuando los otorgaba, y acompañados de cierta gravedad cuando los recibia.

Su aspecto fue desde luego muy afable, y que le conciliaba atencion aun antes que hablase: porque era amable con dignidad, sin que esta excluyese el parecer humano; y en la misma flor y brillantez de la juventud resplandeció ya lo grave y regio de sus costumbres. Ademas el cabello un poco levantado, y el movimiento compasado y blando de los ojos

daban motivo mas bien á que se digese que habia cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro, que no á que se percibiese en realidad; mas por ella empezaron muchos á darle este nombre, lo que él al principio no rehusaba; pero luego se valieron de esto algunos para llamarle por burla Alejandro; hasta tal punto que habiendo tomado su defensa Lucio Filipo, varon consular, dijo como por chiste, que no debia parecer extraño si se mostraba amante de Alejandro siendo Filipo. Dícese de la cortesana Flora, que siendo ya anciana, solia hacer frecuente mencion de su trato con Pompeyo, refiriendo que no le era dado, habiéndose entretenido con él, retirarse sin llevar la impresion de sus dientes en los labios. Añadia á esto, que Geminio, uno de los mas íntimos amigos de Pompeyo, la codició, y ella le hizo penar mucho en sus solicitudes, hasta que por fin tuvo que responderle que se resistia á causa de Pompeyo; que Geminio se lo dijo á este, y Pompeyo condescendió con su deseo, y de allí en adelante jamas volvió á tratarla ni verla, sin embargo de que parecia que le conservaba amor; y finalmente que ella no llevó este desvío como es propio á las de su profesion, sino que de amor y de pesadumbre estuvo por largo tiempo enferma. Fue tal y tan celebrada, según es fama, la hermosura de Flora, que queriendo Cecilio Metelo adornar con estatuas y pinturas el templo de los Dioscuros, puso su retrato entre los demas cuadros á causa de su belleza. Mas volviendo á Pompeyo, con la muger de su liberto Demetrio, que tuvo con él gran valimiento, y dejó un caudal de cuatro mil talentos, se condujo contra su costumbre desabrida é inhumanamente, por temor de su hermosura, que pasaba por irresistible, y era tambien muy aplaudida, no se dijese que ella era la que le dominaba. Mas sin embargo de vivir con tan excesivo cuidado y precaucion

en este punto, no pudo librarse de la censura de sus enemigos; sino que aun con mugeres casadas le calumniaron de que por hacerles obsequio solia usar de indulgencia y remision en algunos negocios de la república. De su sobriedad y parsimonia en la comida se refiere este hecho memorable: estando enfermo de algun cuidado, le prescribió el médico por alimento que comiese un tordo: anduviéronle buscando los de su familia, y no encontraron que se vendiese en ninguna parte, porque no era tiempo; pero hubo quien dijo que lo habria en casa de Luculo, porque los conservaba todo el año; á lo que él contesto: ¿con que si Luculo no fuera un gloton, no podria vivir Pompeyo? y no haciendo cuenta del precepto del médico, tomó por alimento otra cosa mas fácil de tenerse á la mano; pero esto fue mas adelante.

Siendo todavía muy jovencito, militando á las órdenes de su padre, que hacia la guerra á Cina, tuvo á un tal Lucio Terencio por amigo y camarada. Sobornado este con dinero por Cina, se comprometió á dar por sí muerte á Pompeyo, y á hacer que otros pegasen fuego á la tienda del General. Denunciada esta maquinacion á Pompeyo hallándose á la mesa, no mostró la menor alteracion, sino que continuó bebiendo alegremente y haciendo agasajos á Terencio; pero al tiempo de irse á recoger pudo, sin que este lo sintiera, escabullirse de la tienda; y poniendo guardia al padre, se entregó al descanso. Terencio cuando creyó ser llegada la hora, se levantó, y tomando la espada, se acercó á la cama de Pompeyo, pensando que reposaba en ella, y descargó muchas cuchilladas sobre la ropa. De resultas hubo, en odio del General, grande alboroto en el campamento y conatos de desercion en los soldados, que empezaron á recoger las tiendas y tomar las armas. El General se sobrecogió con aquel tumulto, y no se atrevió á salir; pero Pompeyo, puesto en me-

dio de los soldados, les rogaba con lágrimas; y por último, tendiéndose boca abajo delante de la puerta del campamento, les servia de estorbo, lamentándose y diciendo que le pisaran los que quisieran salir; con lo que se iban retirando de vergüenza; y por este medio se logró el arrepentimiento de todos, y su sumision al General, á excepcion de unos ochocientos.

Al punto de haber muerto Estrabon sufrió Pompeyo á nombre suyo causa de malversacion de los caudales públicos; y habiendo Pompeyo cogido en fraganti al liberto Alejandro, que tomaba para sí la mayor parte de ellos, dió la prueba de este hecho ante los jueces. Acusábasele sin embargo de tener en su poder ciertos lazos de caza y ciertos libros de la presa de Asculo; y ciertamente los habia recibido de mano del padre cuando Asculo fue tomado; pero los perdió despues, con motivo de que al volver Cina á Roma, los de su guardia allanaron la casa de Pompeyo, y la robaron. Tuvo durante el juicio diferentes confrontaciones con el acusador, en las que, habiéndose mostrado mas expedito y firme de lo que su edad prometia, se granjeó grande opinion y el favor de muchos: tanto que Antistio, que era el Pretor y ponente de la causa, se aficionó de él, y ofreció darle su hija en matrimonio, tratando de ello con sus amigos. Admitió Pompeyo la proposicion; y aunque los capítulos se hicieron en secreto, no se ocultó á los demas el designio en vista de la solicitud de Antistio. Finalmente al publicar este la sentencia de los jueces, que era absolutoria, el pueblo como si fuese cosa oonvenida, prorumpió en la exclamacion usada por costumbre con los que se casan, diciendo, *Talasio.* Dícese haber sido el origen de esta costumbre, el siguiente; cuando en ocasion de haber venido á Roma al espectáculo de unos juegos las hijas de los Sabinos, las robaron para mugeres los mas esforzados y valientes

de los Romanos, algunos pastores, vaqueros y otra gente oscura llevaban tambien robada á una doncella, ya en edad y sumamente hermosa. Estos, para que alguno de los mas principales con quien pudieran encontrarse no se la quitara, iban corriendo y gritando á una voz, á Talasio. Era este Talasio uno de los jóvenes mas conocidos y estimados; por lo que los que oian su nombre aplaudian y gritaban como regocijándose y celebrando el hecho; y de aqui dicen que provino, por cuanto aquel matrimonio fue muy feliz para Talasio, el que por fiesta se dirija esta exclamacion á los que se casan. Esta es la historia mas probable de cuantas corren acerca de la exclamacion de *Talasio*. De alli á pocos dias casó Pompeyo con Antistia.

Marchó entonces en busca de Cina á su campamento; pero habiendo concebido temor con motivo de cierta calumnia, muy luego se ocultó, y se quitó de delante. Como no se supiese de él, corrió en el campamento la hablilla de que Cina habia dado muerte á aquel joven. Con esto los que ya antes le mirablan con aversion y odio se armaron contra él: dió á huir, y habiéndole alcanzado un capitan que le perseguia con la espada desnuda, se echó á sus pies, y le presentó su anillo, que era de gran valor; pero contestándole el capitan con gran desden: yo no vengo á sellar ninguna escritura, sino á castigar á un abominable é inicuo tirano, le pasó con la espada. Muerto de esta manera Cina, entró en su lugar y se puso al frente de los negocios Carbon, tirano todavía mas furioso que aquel: asi es que Sila, que ya se acercaba, era deseado de los mas á causa de los males presentes, por los que miraban como un bien no pequeño la mudanza de dominador: ¡á tal punto habian traido á Roma sus desgracias, que ya no buscaba sino una esclavitud mas llevadera, desconfiando de ser libre!

Hizo entonces mansion Pompeyo en el campo Piceno de la Italia, por tener alli posesiones, y por hallarse muy bien en aquellas ciudades, cuyo afecto y estimacion parecia haber heredado. Mas viendo que los ciudadanos de mayor distincion y autoridad abandonaban sus casas, y de todas partes acudian como á un puerto al campo de Sila, no tuvo por digno de sí el presentarse con trazas de fugitivo, sin contribuir con nada y como mendigando auxilio; sino mas bien con dignidad y con alguna fuerza, como quien va á hacer favor, para lo que iba echando especies, á fin de atraer á los Picenos. Oíanle estos con gusto, al mismo tiempo que no hacian caso de los que venian de parte de Carbon; y como un tal Vindio digese por desprecio que de la escuela se les habia aparecido de repente el brillante orador Pompeyo, de tal modo se irritaron, que cayendo repentinamente sobre Vindio le dieron muerte. Con esto Pompeyo á los veinte y tres años de edad, sin que nadie le hubiese nombrado General, dándose el mando á sí mismo, puso su tribunal en la plaza de la populosa ciudad de Auximo; y dando orden por edicto á los hermanos Ventidios, ciudadanos de los mas principales que favorecian el partido de Carbon, para que saliesen del pueblo, reclutó soldados, nombrando por el orden de la milicia capitanes y tribunos, y recorrió las ciudades de la comarca ejecutando otro tanto. Retirábanse y cedian el puesto cuantos eran de la faccion de Carbon; con lo que, y con presentársele gustosos todos los demas, en muy breve tiempo formó tres legiones completas; y surtiéndolas de víveres, de acemilas y de carros, y de todo lo demas necesario, marchó en busca de Sila; no precipitadamente, ni procurando ocultarse, sino deteniéndose en la marcha con el fin de molestar á los enemigos, y tratando en todos los puntos de Italia adonde llegaba, de separar á los naturales del partido contrario.

Marcharon pues contra él á un tiempo tres caudillos enemigos, Carina, Celio y Bruto, no de frente todos, ni juntos, sino formando una especie de círculo con sus divisiones, como para echarle mano; pero él no se intimidó, sino que llevando reunidas todas sus fuerzas cargó contra sola la division de Bruto con la caballería, al frente de la cual se puso. Vino tambien á oponérsele la caballería enemiga de los Galos; y adelantándose á herir con la lanza al primero y mas esforzado de estos, acabó con él. Volvieron caras los demas, y desordenaron la infantería dando todos á huir; y como de resultas se indispusiesen entre sí los tres caudillos, se retiraron por donde cada uno pudo. Acudieron entonces las ciudades á Pompeyo en el supuesto de que habia nacido de miedo la dispersion de los enemigos. Dirigióse tambien contra él el Cónsul Escipion; pero antes de que los dos ejércitos hubiesen empezado á hacer uso de las lanzas, saludando los soldados de Escipion á los de Pompeyo, se le pasaron, y aquel huyó. Finalmente, habiendo colocado el mismo Carbon grandes partidas de caballería á las orillas del rio Arsis, acometiéndolas y rechazándolas vigorosamente, fue persiguéndolas hasta encerrarlas en lugares ásperos, donde no podia obrar la caballería; por lo cual, considerándose sin esperanzas de salud, se le entregaron con armas y caballos.

Todavía no tenia Sila noticia de estos sucesos; pero al primer rumor que le llegó de ellos, temiendo por Pompeyo rodeado de tantos y tan poderosos Generales enemigos, se apresuró á ir en su socorro. Cuando Pompeyo supo que se hallaba cerca, dió orden á los Gefes de que pusieran sobre las armas y acicalaran sus tropas, á fin de que se presentasen con gallardía y brillantez ante el Emperador, porque esperaba de él grandes honras; pero aun las recibió mejores: pues luego que Sila le vió venir, y á su

tropa que le seguia con un aire imponente, y que se mostraba alegre y ufano con sus triunfos, se apeó del caballo; y siendo, como era justo, saludado Emperador, hizo la misma salutacion á Pompeyo, cuando nadie esperaba que á un joven, que todavía no estaba inscrito en el Senado, le hiciera Sila participante de un nombre, por el que hacia la guerra á los Escipiones y á los Marios. Todo lo demas correspondió y guardó conformidad con este primer recibimiento: levantándose cuando llegaba Pompeyo, y descubriéndose la cabeza: distinciones que no se le veia facilmente hacer con otros, sin embargo de que tenia á su lado á muchos de los principales ciudadanos. Mas no por esto se ensoberbeció Pompeyo; sino que enviado por el mismo Sila á la Galia, de la que era Gobernador Metelo, y donde parecia que este no hacia cosa que correspondiese á las fuerzas con que se hallaba, dijo no ser puesto en razon que á un anciano que tanto le precedia en dignidad se le quitara el mando; pero que si Metelo venia en ello, y lo reclamaba, por su parte estaba dispuesto á hacer la guerra y auxiliarle. Prestóse á ello Metelo; y habiéndole escrito que fuese, desde luego que entró en la Galia empezó á ejecutar por sí brillantes hazañas, y fomentó y encendió otra vez en Metelo el caracter guerrero y resuelto que estaba ya apagado por la vejez: al modo que se dice, que el metal derretido y liquidado á la lumbre, si se vacia sobre el compacto y frio pone en él mayor encendimiento y calor que el mismo fuego. Mas asi como de un atleta que se distingue entre todos, y ha dado fin glorioso á todos sus combates, no se refieren las victorias pueriles, ni se les da la menor importancia: de la misma manera con haber sido brillantes en si los hechos de Pompeyo en aquella época, habiendo quedado enterrados bajo la muchedumbre y grandeza de los combates y guerras que vinieron despues,

no nos atrevemos á moverlos, no sea que deteniéndonos demasiado en los principios, nos falte despues tiempo para las insignes hazañas y sucesos que mas declaran el caracter y costumbres de este esclarecido varon.

Despues que Sila sujetó toda la Italia, y se le confirió la autoridad de Dictador, dió recompensas á los demas Gefes y caudillos, haciéndolos ricos, y promoviéndolos á las magistraturas, y agraciándolos larga y generosamente con lo que cada uno codiciaba; pero prendado particularmente de Pompeyo por su virtud, y juzgando que podria ser un grande apoyo para sus intentos, procuró con grande empeño introducirle en su familia. Ayudado pues con los consejos de su muger Metela, hace condescender á Pompeyo en que despida á Antistia, y se case con Emilia, entenada del mismo Sila, como hija de Metela y Escauro, casada ya con otro, y que á la sazon se hallaba en cinta. Era por tanto tiránica la disposicion de este matrimonio, y mas propia de los tiempos de Sila, que conforme con la conducta de Pompeyo, á quien se hacia traer á Emilia á su casa en cinta de otro, y arrojar de ella á Antistia ignominiosa y cruelmente; y mas cuando por él acababa entonces de quedarse sin padre: porque habian dado muerte á Antistio en el Senado, por parecer que promovia los intereses de Sila á causa de Pompeyo; y ademas la madre, cuando llegó á entender semejantes designios, voluntariamente se quitó la vida; de manera que se agregó esta desgracia á la tragedia de tales bodas; y tambien por complemento la de haber muerto Emilia de sobreparto en casa de Pompeyo.

Llegaron en esto nuevas de que Perpena se habia apoderado de la Sicilia, haciendo de aquella isla un punto de apoyo para los que habian quedado de la faccion contraria, mientras que Carbon daba tam-

bien calor por aquella parte con la armada; Domicio habia pasado al Africa, y acudian hácia el mismo punto todos los desterrados de cuenta, que con la fuga se habian podido libertar de la proscripcion. Fue pues contra ellos enviado Pompeyo con grandes fuerzas; y Perpena al punto le abandonó la Sicilia. Halló las ciudades muy quebrantadas, y las trató con suma humanidad, á excepcion solamente de la de los Mamertinos de la Mesena: pues como recusasen su tribunal y su jurisdiccion, inhíbidos, decian, por una ley antigua de Roma: ¿no cesareis, les respondió, de citarnos leyes, viendo que ceñimos espada? Parece asimismo que insultó con poca humanidad á los infortunios de Carbon, pues si era preciso, como lo era quizá, el quitarle la vida, debió ser luego que se le prendió; y entonces la odiosidad recaeria sobre el que lo habia mandado; pero él hizo que le presentaran aprisionado á un ciudadano Romano que habia sido tres veces Consul; y colocándolo delante del tribunal, sentado en su escaño le condenó, con disgusto é incomodidad de cuantos lo presenciaron. Despues mandó que quitándosele de alli, le diesen muerte; y se dice que despues de retirado, cuando vió ya la espada levantada, pidió que le permitieran apartarse un poco y le dieran un breve instante para hacer cierta necesidad corporal. Cayo Opio, amigo de Cesar, refiere que Pompeyo se condujo igualmente con inhumanidad con Quinto Valerio: pues teniendo entendido que era hombre instruido como pocos, y muy dado al estudio, luego que se lo presentaron, le saludó, y se pusieron á pasear juntos; y cuando ya le hubo preguntado y aprendido de él lo que deseaba saber, dió orden á los ministros de que le llevaran de alli y le quitaran del medio; pero á Opio, cuando habla de los enemigos ó de los amigos de Cesar, es necesario oirle con gran desconfianza; y en esta parte

Pompeyo á los mas ilustres entre los enemigos de Sila, que constaba públicamente haber sido presos, no pudo menos de castigarlos; pero de los demas, pudiendo hacer otro tanto, disimuló con muchos que lograron mantenerse ocultos; y aun á algunos les dió puerta franca. Teniendo resuelto escarmentar á la ciudad de los Himerios, que habia estado con los enemigos, pidió el orador Estenis permiso para hablarle, y le dijo que no obraria en justicia si dejando libre al que era la causa, perdia á los que en nada habian delinquido. Preguntóle Pompeyo quién era el que decia ser causa; y como le respondiese que él mismo, pues á los amigos los habia persuadido, y á los enemigos los habia obligado; prendado Pompeyo de su franqueza y su determinacion, le absolvió y dió por libre á él el primero, y despues á todos los demas. Habiendo oido que los soldados cometian insultos por los caminos, les selló las espadas; y el que no conservaba el sello era castigado.

Sosegadas y arregladas de este modo las cosas de Sicilia, recibió un decreto del Senado y cartas de Sila, en que se le mandaba navegar al Africa, y hacer poderosamente la guerra á Domicio, que habia allegado mayores fuerzas que aquellas con que poco antes habia pasado Mario del Africa á Italia, y convertido de desterrado en tirano, habia puesto en confusion á la república. Haciendo pues Pompeyo con la mayor celeridad sus preparativos, dejó por Gobernador de la Sicilia á Memio, marido de su hermana, y él zarpó del puerto con ciento y veinte naves de guerra y ochocientos transportes, en que conducia las provisiones, las armas arrojadizas, los caudales y las máquinas. Cuando parte de las naves tomaban puerto en Utica y parte en Cartago, siete mil de los enemigos, abandonando el otro partido, se le pasaron. Las fuerzas que él llevaba eran seis legiones completas; y se dice haberle alli sucedido una

cosa graciosa; porque algunos soldados, dando por casualidad con un tesoro, se hicieron con bastante dinero; y como este encuentro se hubiese divulgado, les pareció á todos los demas que el sitio aquel estaba lleno de caudales, que los Cartagineses habian en él depositado en el tiempo de sus infortunios. Por tanto en muchos dias no pudo Pompeyo hacer carrera con los soldados, ocupados en buscar tesoros, y lo que hacia era irse donde estaban, y reirse de ver á tantos millares de hombres cavar y revolver todo aquel terreno; hasta que desesperados ellos mismos, le pidieron que los llevara donde gustase, pues que ya habian pagado la pena merecida de su necedad.

Preparóse Domicio para el combate, queriendo poner delante de sí un barranco áspero y dificil de pasar; pero como desde la madrugada empezase á caer copiosa lluvia con viento, se detuvo, y desconfiando de que pudiera ser en aquel dia la batalla, dió órden para la retirada. Pompeyo por el contrario creyó ser aquel el momento oportuno, y marchando con rapidez, pasó el barranco; con lo que sorprendidos en desorden los enemigos, no pudieron hacer frente todos y en union; y aun el viento continuaba dándoles con el agua de cara. No dejó sin embargo de incomodar tambien á los Romanos aquella tempestad, porque no les permitia verse bien unos á otros; y el mismo Pompeyo estuvo para perecer por no ser conocido, á causa de que habiéndole preguntado uno de sus soldados la seña, tardó en responder. Mas rechazaron con gran mortandad á los enemigos, pues se dice que de veinte mil solos tres mil pudieron huir, y á Pompeyo le proclamaron Emperador; pero como este no quisiese admitir aquella distincion, mientras se mantuviera enhiesto el campamento de los enemigos, diciéndoles que para que le tuviesen por digno de aquel título era preciso que antes lo derribaran; al punto se arrojaron sobre

el valladar, peleando Pompeyo sin casco, por temor de que le sucediera lo que antes. Tomóse pues el campamento, pereciendo alli Domicio. De las ciudades unas se sometieron inmediatamente, y otras fueron tomadas por fuerza. Tomó tambien cautivo al Rey Iarbas, que auxiliaba á Domicio, y dió su reino á Hiemsal. Sacando partido de la buena suerte y del denuedo de sus tropas, invadió la Numidia, y haciendo por ella muchos dias de marcha, sujetó á cuantos se le presentaron; con lo que volviendo á dar tono y fuerza al terror y miedo con que aquellos bárbaros miraban antes á los Romanos, que ya se habia debilitado, dijo que ni las fieras que habitaban el Africa se habian de quedar sin probar el valor y la fortuna de los Romanos. Dióse pues á la caza de leones y elefantes por algunos dias; y en solos cuarenta derrotó á los enemigos, sujetó al Africa, y dispuso de reinos, teniendo entonces veinte y cuatro años.

A su regreso á Utica se encontró con cartas de Sila, en que le prevenia que despachara el resto del ejército, y con una sola legion esperara alli al Pretor que iba á sucederle. No dejó de causarle novedad semejante orden, y se desazonó con ella interiormente; pero el ejército se disgustó muy á las claras; y rogándoles Pompeyo que marchasen, prorumpieron en expresiones ofensivas contra Sila, y á aquel le dijeron que de ningun modo le abandonarian, ni permitirian que se confiase de un tirano. Procuró Pompeyo al principio sosegarlos y tranquilizarlos; pero cuando vió que no se aquietaban, bajándose de la tribuna, quiso retirarse á su tienda desconsolado y lloroso; pero ellos, conteniéndole, le volvieron á colocar en la tribuna, y se perdió gran parte del dia, pidiéndole los soldados que permaneciera y los mandase, y rogándoles él que obedecieran y no se sublevasen; hasta que instándole y gritándole todavía,

les juró que se daria muerte si continuaban en hacerle violencia; y aun asi con dificultad los aquietó. El primer aviso que tuvo Sila fue de haberse sublevado Pompeyo, y dijo á sus amigos: está visto que es hado mio, siendo viejo, tener que lidiar lides de mozos, aludiendo á Mario, que siendo muy joven, le dió mucho en que entender, y puso en gravísimos riesgos. Mas cuando supo la verdad y observó que todos recibian y acompañaban á Pompeyo con demostraciones de amor y benevolencia, corriendo á obsequiarle, se propuso excederlos. Salió pues á recibirlo, y abrazándolo con la mayor fineza, le llamó *Magno* en voz alta, y dió orden á los que alli se hallaban de que le saludaran de la misma manera; y magno quiere decir grande. Otros son de sentir que esta salutacion le fue dada la primera vez por el ejército en el Africa; y que adquirió mayor fuerza y consistencia confirmada por Sila. Como quiera él fue el último que al cabo de mucho tiempo, cuando fue enviado de Proconsul á España contra Sertorio, empezó á darse en las cartas y en los edictos la denominacion de Pompeyo Magno: porque ya no era odiosa, á causa de estar muy admitida en el uso; y mas bien son de apreciar y admirar los antiguos Romanos, que condecoraban con estos títulos y sobrenombres, no solo los ilustres hechos de armas, sino tambien las acciones y virtudes políticas: habiendo sido el mismo pueblo el que dió á dos el nombre de Maximos, que quiere decir muy grande: á Valerio por su reconciliacion con el Senado, que estaba en oposicion con él; y á Fabio Rulo, porque ejerciendo la censura, á algunos ricos que siendo de condicion libertina se habian hecho inscribir en el Senado, los arrojó ignominiosamente de él.

Pidió Pompeyo por estos últimos sucesos el triunfo, y fue Sila el que le hizo oposicion: porque la ley no lo concede sino al Cónsnl ó al Pretor, y á

ninguno otro; y por lo mismo el primero de los Escipiones, que consiguió en España de los Cartagineses mas señaladas victorias, no pidió el triunfo; porque no era ni Cónsul ni Pretor: decia pues que si entraba triunfante en la ciudad Pompeyo, que todavía era imberbe, y por razon de la edad no tenia cabida en el Senado, se harian odiosos, en el mismo Sila la autoridad, y en Pompeyo este honor. De este modo le hablaba Sila para que entendiera que no se lo consentiria, sino que le seria contrario, y reprimiria su temeridad si no desistia del intento. Mas no por esto cedió Pompeyo; sino que previno á Sila observase que mas son los que saludan al sol en su oriente que en su ocaso; dándole á entender que su poder florecia entonces y el de Sila iba decreciendo y marchitándose. No lo percibió bien Sila; y observando, por los semblantes y el gesto de los que lo habian oido, que les habia causado admiracion, preguntó qué era lo que habia dicho; é informado, aturdiéndose de la resolucion de Pompeyo, dijo por dos veces seguidas: que triunfe, que triunfe. Como otros muchos mostrasen tambien disgusto é incomodad, queriendo Pompeyo, segun se dice, mortificarlos mas, intentó ser conducido en la pompa en carro tirado por cuatro elefantes, porque en la presa habia traido muchos del Africa de los que pertenecian al Rey; pero por ser la puerta mas estrecha de lo que era menester, abandonó esta idea, y hubo de contentarse con caballos.

No habian los soldados conseguido todo lo que se habian imaginado; y como por esto tratasen de revolver y alborotar, dijo que nada le importaba, y que antes dejaria el triunfo que usar con ellos de adulacion y bajeza. Entonces Servilio, varon muy principal, y uno de los que mas se habian opuesto al triunfo de Pompeyo: ahora veo, dijo, que Pompeyo es verdaderamente grande y digno del triunfo;

Es bien claro que si hubiera querido, habria alcanzado facilmente ser del Senado; sino que como dicen, quiso sacar lo glorioso de lo extraordinario: porque no habria tenido nada de maravilloso el que antes de la edad hubiera sido Senador, y era mucho mas brillante haber triunfado antes de serlo; y aun esto mismo contribuyó no poco para aumentar hácia él el amor y benevolencia de la muchedumbre; porque mostraba placer el pueblo de verle despues del triunfo contado entre los del orden ecuestre.

Consumíase Sila viendo hasta qué punto de gloria y de poder subia Pompeyo; pero no atreviéndose por pundonor á estorbarlo, se mantuvo en reposo: á excepcion de cuando por fuerza y contra su voluntad promovió Pompeyo al consulado á Lepido, trabajando por él en los comicios, y ganándole por su grande influjo el favor del pueblo: porque entonces viendo Sila que se retiraba de la plaza con grande acompañamiento: observo, le dijo, ó joven, que vas muy contento con la victoria: ¿y cómo no con la grande y gloriosa hazaña de haber hecho designar Consul antes de Catulo, el mejor de los hombres, á Lepido el mas malo? Pero cuidado no te duermas y dejes de estar solícito sobre los negocios, porque te has preparado un rival mas fuerte que tú. Pero donde mas principalmente declaró Sila que no estaba bien con Pompeyo fue en el testamento que otorgó: porque haciendo mandas á los demas amigos, y nombrándolos tutores de su hijo, ninguna mencion hizo de Pompeyo. Llevólo este sin embargo con gran moderacion y política, tanto que habiéndose opuesto Lepido y algunos otros á que el cadáver se sepultara en el campo Marcio, y á que la pompa se hiciera en público, tomó el negocio de su cuenta, y concilió al entierro gloria y seguridad al mismo tiempo.

No bien habia fallecido Sila cuando se vió cum-

plida aquella profecía, porque queriendo Lepido subrogarse en su autoridad, al punto, sin andar en rodeos ni buscar pretextos, echó mano á las armas, poniendo en movimiento y accion los restos corrompidos de las turbaciones pasadas, que habian escapado de las manos de Sila. Su colega Catulo, á quien estaba unido lo mas justo y lo mas sano del Senado y del pueblo, en opinion de prudencia y de justicia era entonces el mayor de los Romanos; pero parecia mas propio para el mando político que para el mando militar. Reclamando pues los negocios mismos la mano de Pompeyo, no dudó por largo tiempo adonde se aplicaria; sino que se declaró por los hombres de probidad, y se le nombró General contra Lepido; el cual ya habia puesto á sus órdenes gran parte de la Italia, y estaba apoderado de la Galia Cisalpina por medio del ejército de Bruto. En todos los demas puntos venció fácilmente Pompeyo luego que marchó con sus tropas; pero en Modena de la Galia se detuvo al frente de Bruto largo tiempo; durante el cual, cayendo Lepido sobre Roma, y acampándose á sus puertas, pedia el segundo consulado, infundiendo terror con un gran tropel de gente á los ciudadanos que estaban dentro; mas disipó este miedo una carta de Pompeyo, de la que aparecia que sin batalla habia acabado la guerra: porque Bruto, ó entregando él mismo su ejército, ó habiéndole hecho este traicion, mudando de partido, puso su persona á disposicion de Pompeyo, y con escolta que se le dió de caballería se retiró á una aldea, orillas del Pó; donde sin mediar mas que un dia, se le quitó la vida, habiendo Pompeyo enviado alla á Geminio; acerca de lo cual se hacian grandes cargos á Pompeyo: pues habiendo escrito al Senado, inmediatamente despues de la mudanza de Bruto, en términos de significar que este voluntariamente se le habia pasado, envió despues otra carta, en la que, verificada ya la muer-

te de Bruto, le acusaba. Hijo era de este el otro Bruto, que con Casio dió muerte á Cesar; varon del todo desemejante al padre en cuanto á saber hacer la guerra y saber morir, como lo decimos en su vida. Lepido de resultas huyó sin detencion de la Italia, retirándose á Cerdeña, donde enfermó y murió de pesadumbre, no por el estado de los negocios segun dicen, sino por haber dado con un billete, por el que se enteró de cierta infidelidad de su muger.

Ocupaba la España Sertorio, caudillo en nada parecido á Lepido, é infundia temor á los Romanos, por haberse refundido en él, como en última calamidad, las guerras civiles. Habia hecho desaparecer á muchos Generales de los de menor cuenta; y entonces traia fatigado á Metelo Pio, varon respetable y buen militar; pero tardo ya por la vejez para aprovechar las ocasiones de la guerra, é inferior al estado de los negocios; en los que se le anticipaba siempre la velocidad y presteza de Sertorio, que le acometia inopinadamente y al modo de los salteadores, molestando con celadas y correrías á un atleta hecho á combates reglados y á un General de tropas de línea, acostumbradas á lidiar á pie firme. Teniendo pues Pompeyo en aquella sazon un ejército á sus órdenes, andaba negociando que se le diera la comision de ir en auxilio de Metelo; y sin embargo de habérselo mandado Catulo, no lo disolvió, sino que se mantuvo en armas alrededor de Roma, buscando siempre algun pretexto; hasta que por fin se le dió el apetecido mando á propuesta de Lucio Filipo. Dícese que preguntando uno entonces en el Senado con admiracion á Filipo ¿si realmente era de sentir de que se enviase á Pompeyo por el Cónsul? respondió: yo por el Cónsul no, sino por los Cónsules; dando á entender que ambos Cónsules eran inútiles para el caso.

No bien hubo tocado Pompeyo en España, excitó en los naturales, como sucede siempre á la fama de un nuevo General, otras esperanzas, y conmovió y apartó de Sertorio entre aquellas gentes todo lo que no le estaba firmemente unido. Sertorio en tanto usaba contra él de un lenguage arrogante, diciendo con escarnio que para aquel mozuelo no necesitaba mas que de la palmeta y los azotes, sino fuera porque tenia miedo á aquella vieja, aludiendo á Metelo; mas sin embargo temia realmente á Pompeyo, y precaviéndose con sumo cuidado, hacia ya la guerra con mas tiento y seguridad: porque de otra parte Metelo, cosa que nadie habria pensado, se habia relajado en su conducta, entregándose con exceso á los placeres; con lo que repentinamente habia habido tambien en él una grande mudanza con respecto al fausto y al lujo: de manera que esto mismo dió mayor estimacion y gloria á Pompeyo, por cuanto todavía hizo mas sencillo su método de vida, que nunca habia necesitado de grandes prevenciones, siendo por naturaleza sobrio y muy arreglado en sus deseos. En esta guerra, que tomaba mil diferentes formas, ninguna cosa mortificó mas á Pompeyo que la toma de Lauron por Sertorio; porque cuando creia que lo tenia envuelto, y aun se jactaba de ello, se encontró repentinamente con que él era quien estaba cercado; y como por tanto temia el moverse, tuvo que dejar arder la ciudad á su presencia y ante sus mismos ojos. Mas habiendo vencido junto á Valencia á Herenio y Perpena, Generales que habian acudido á unirse con Sertorio y militaban con él, les mató mas de diez mil hombres.

Engreido con este suceso, y deseoso de que Metelo no entrase á la parte en la victoria, se dió priesa á ir en busca del mismo Sertorio. Alcanzóle junto al rio Júcar al caer ya la tarde, y alli trabaron la batalla, temerosos de que sobreviniese Metelo: pa-

ra pelear solo el uno, y el otro para pelear con uno solo. Fue indeciso y dudoso el término de aquel encuentro, porque venció alternativamente una de las alas de uno y otro; pero en cuanto á los Generales llevó lo mejor Sertorio, porque puso en huida el ala que le estuvo opuesta. A Pompeyo le acometió desmontado un hombre alto de los de caballería; y habiendo venido ambos al suelo á un tiempo, al volver á la lid pararon en las manos de uno y otro los golpes de las espadas, aunque con suerte desigual, porque Pompeyo apenas fue lastimado; pero al otro le cortó la mano. Cargaron entonces muchos sobre él, estando ya en fuga sus tropas, y se salvó maravillosamente, por haber abandonado á los enemigos su caballo adornado magníficamente con jaeces de oro de mucho valor; porque enredados los enemigos en la particion y altercando sobre ella, le dieron lugar para huir. A la mañana siguiente volvieron ambos á la batalla con ánimo de hacer que se declarase la victoria; pero como sobreviniese Metelo, se retiró Sertorio dispersando su ejército; porque este era su modo de retirarse, y luego volvia á reunirse la gente: de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas veces volvia á presentarse con ciento cincuenta mil hombres, á manera de torrente que repentinamente crece. Pompeyo, cuando despues de la batalla salió al encuentro á Metelo y estuvieron ya cerca, dió orden de que se le rindieran á este las fasces, acatándole como preferente en honor; pero Metelo lo resistió, porque en todo se conducia perfectamente con él, no arrogándose superioridad alguna por consular y por mas anciano. Solamente cuando acampaban juntos la señal se daba á todos por Metelo; pero por lo comun acampaban separados, contribuyendo á que tuvieran que estar distantes la calidad del enemigo, que usaba de diferentes artes; y siendo diestro en aparecerse repentinamen-

te por muchos lados, obligaba á mudar tambien los géneros de combate; tanto que por último, interceptándoles los víveres, saqueando y talando el pais, y haciéndose dueño del mar, los arrojó de la parte de España que le estaba sujeta, precisándolos á refugiarse en otras provincias, por carecer absolutamente de provisiones.

Habia Pompeyo empleado y consumido la mayor parte de su caudal en aquella guerra; pedia por tanto fondos al Senado, diciendo que se retiraba á Italia con el ejército si no se le enviaban. Hallábase entonces de Cónsul Luculo; y aunque estaba mal con Pompeyo, ambicionando para sí la guerra Mitridática, puso calor en que se mandaran los fondos que reclamaba por temor de que se diera este pretexto á Pompeyo, que deseaba retirarse de la guerra de Sertorio, y tenia vuelto el ánimo á la de Mitridates, en que le parecia haber mayor gloria, y ser este enemigo mas domeñable. Muere en tanto Sertorio asesinado vilmente por sus amigos, de los cuales Perpena, que habia sido el principal autor de esta traicion, quiso seguir sus mismos planes, valiéndose de las mismas fuerzas y los mismos medios; pero sin igual capacidad para usar de ellos. Acudió pues al punto Pompeyo, y sabedor de que Perpena no obraba con la mayor seguridad, le presentó por cebo en la llanura diez cohortes con orden de que se dispersaran; y como aquel diese sobre ellas y las persiguiese, apareciéndose él con todas sus tropas, y trabando batalla, concluyó con todo, quedando muertos en el campo de batalla los mas de los caudillos. A Perpena lo llevaron á su presencia, y le mandó quitar la vida; no con ingratitud y olvido de lo ocurrido en Sicilia, como le acusan algunos, sino conduciéndose con la mayor prudencia, y tomando un partido que fue la salud de la república: porque habiéndose apoderado Perpena de la corres-

pondencia de Sertorio, mostraba cartas de los principales personages de Roma, que queriendo trastornar el sistema vigente y mudar el gobierno, llamaban á Sertorio á la Italia. Temeroso pues Pompeyo con este motivo de que se suscitaran otras guerras mayores que las apaciguadas, quitó del medio á Perpena, y quemó las cartas sin haberlas leido.

Deteniéndose despues de esto todo el tiempo necesario para apaciguar las mayores alteraciones, y sosegar y componer las discordias y desavenencias que aun ardian, restituyó el ejército á Italia, llegando por fortuna cuando estaba en su mayor fuerza la guerra servil. Por lo mismo Craso precipitó no sin riesgo la batalla, y le favoreció la suerte, habiendo muerto en la accion doce mil y trescientos hombres de los enemigos. Mas con esto mismo la fortuna halló medio de introducir á Pompeyo en la victoria, porque cinco mil, que huyeron de la batalla, dieron con él, y habiendo acabado con todos, escribió al Senado por expreso que anticipó, que Craso habia vencido en batalla campal á los Gladiatores; pero que él habia arrancado la guerra de raiz: cosa que por el amor que le tenian, escuchaban y repetian con gusto los Romanos; al mismo tiempo que ni por juego podia haber quien dijese que la gloria de la España y Sertorio eran de otro que de Pompeyo. En medio de todos estos honores y de la expectacion en que en cuanto á él se estaba, habia la sospecha y recelo de que no despediria al ejército, sino que por medio de las armas, y el mando de uno solo, marcharia en derechura al gobierno de Sila; asi no eran menos los que por amor corrian á él y le salian al encuentro en el camino, que los que por miedo hacian otro tanto. Disipó luego Pompeyo este temor con decir que dejaria el mando del ejército despues del triunfo; pero á los malcontentos aun les quedó un solo asidero para sus quejas, y fue decir

que se inclinaba mas á la plebe que al Senado, y que habiendo Sila destruido la dignidad de aquella, él trataba de restablecerla para congraciarse con la muchedumbre; lo que era verdad. Porque no habia cosa que mas violentamente amase el pueblo Romano ni que mas desease que volver otra vez á ver restablecida aquella Magistratura: asi Pompeyo tuvo á gran dicha el que se le presentase la oportunidad de esta disposicion, como que no habria encontrado otro favor con que recompensar el amor de los ciudadanos, si otro se le hubiera adelantado en este.

Decretados que le fueron el segundo triunfo y el consulado, no era por esto por lo que parecia extraordinario y digno de admiracion; sino que se tomaba por prueba de su superior poderío el que Craso, varon el mas rico de cuantos entonces estaban en el gobierno, el mas elegante en el decir, de mayor opinion, y que miraba con desden á Pompeyo y á todos los demas, no se atrevió á pedir el consulado sin valerse de la intercesion de Pompeyo: cosa en que este tuvo el mayor placer, porque hacia tiempo deseaba hacerle algun servicio ú obsequio: asi es que se encargó de ello con ardor, y habló al pueblo, manifestándole que no seria menor su gratitud por el colega, que por la misma dignidad. Sin embargo nombrados cónsules, en todo estuvieron discordes, y se contradijeron el uno al otro. Y en el Senado tenia mayor influjo Craso, pero con la plebe era mayor el poder de Pompeyo, porque le restituyó el tribunado, y no hizo alto en que por ley se volviesen otra vez los juicios á los del orden ecuestre; pero el espectáculo mas grato que dió á los Romanos, fue el de sí mismo cuando pidio la licencia del servicio militar. Porque entre los Romanos es costumbre, en cuanto á los del orden ecuestre que han servido el tiempo establecido por ley, que lleven

á la plaza su caballo á presentarlo á los dos ciudadanos que llaman Censores, y que haciendo la enumeracion de los Pretores ó Emperadores á cuyas órdenes han militado, y dando las cuentas de sus mandos, se les dé el retiro; y alli se distribuye el honor ó la infamia que corresponde á la conducta de cada uno. Ocupaban entonces el tribunal en toda ceremonia los Censores Gelio y Lentulo para pasar revista á los caballeros. Vióse desde lejos á Pompeyo que venia á la plaza con el séquito é insignias que correspondian á su dignidad, pero trayendo él mismo del diestro su caballo. Luego que estuvo cerca y á la vista de los Censores, dió orden á los Lictores de que hicieran paso, y condujo el caballo ante el tribunal. Estaba todo el pueblo admirado y en silencio, y los mismos Censores sintieron con su vista un gran placer mezclado de vergüenza. Despues el mas anciano le dijo: te pregunto, ó Pompeyo Magno ¿si has hecho todas las campañas segun la ley? Y Pompeyo en alta voz: todas, le respondió, y todas las he hecho á las órdenes de mí mismo como Emperador. Al oir esto el pueblo levantó gran gritería, y ya no fue posible contener por el gozo aquella algazara; sino que levantándose los Censores, le acompañaron á su casa, complaciendo en esto á los ciudadanos, que seguian y aplaudian.

Cuando ya estaba cerca de espirar el Consulado de Pompeyo, y en el mayor aumento su desavenencia con Craso, un tal Cayo Aurelio, que pertenecia al orden ecuestre, pero habia llevado una vida ociosa y oscura, en un dia de junta pública subió á la tribuna, y arengando al pueblo dijo habérsele aparecido Júpiter entre sueños, y encargádole hiciese presente á los Cónsules no dejaran el mando sin haberse antes hecho entre sí amigos. Pronunciadas estas palabras, Pompeyo se estuvo quieto en su lugar sin moverse; pero Craso empezó á alargarle la diestra

y á saludarle, diciendo al pueblo: no me parece, ó ciudadanos, que hago nada que no me esté bien, ó que me humille en ser el primero en ceder á Pompeyo, á quien vosotros creísteis deber llamar Magno, antes que le hubiese salido la barba, y á quien antes de pertenecer al Senado decretásteis dos triunfos; y habiéndose en seguida reconciliado, hicieron la entrega de su autoridad. Craso guardó siempre la conducta y método de vida que habia tenido desde el principio; pero Pompeyo se fue desentendiendo poco á poco de patrocinar las causas, se retiró de la plaza, rara vez se mostraba en público, y siempre con grande acompañamiento, pues ya no era fácil el verle ó hablarle sino entre un gran número de ciudadanos que le hacian la corte, pareciendo que tenia complacencia en mostrarse rodeado de mucha gente; dando con esto importancia y gravedad á su presencia, y creyendo que debia conservar su dignidad pura é intacta del trato y familiaridad con la muchedumbre. Porque la vida togada es resvaladiza al menosprecio para los que se han hecho grandes con las armas, y no aciertan á medirse con la igualdad popular; pues que creen debérseles de justicia el que aqui como allá sean los primeros; y á los que allá fueron inferiores no les es aqui tolerable el no preferirles; y por lo mismo cuando cogen en la plaza pública al que ha brillado en los campamentos y en los triunfos, lo deprimen y abaten; pero si este cede y se retira, le conservan libre de envidia el honor y poder que allá tuvo; lo que despues confirmaron los mismos negocios.

El poder de los piratas, que comenzó primero en la Cilicia, teniendo un principio extraño y oscuro, adquirió brios y osadía en la guerra Mitridática, empleado por el Rey en lo que lo hubo menester. Despues cuando los Romanos con sus guerras civiles se vinieron todos á las puertas de Roma,

dejando el mar sin guarda ni custodia alguna, poco á poco se extendieron é hicieron progresos: de manera que ya no solo eran molestos á los navegantes, sino que se atrevieron á las islas y ciudades litorales. Entonces ya hombres poderosos por su caudal, ilustres en su origen, y señalados por su prudencia, se entregaron á la piratería, y quisieron sacar ganancia de ella, pareciéndoles ejercicio que llevaba consigo cierta gloria y vanidad. Formáronse en muchas partes apostaderos de piratas, y torres y vigías, defendidas con murallas, y las armadas corrian los mares, no solo bien equipadas con tripulaciones alentadas y valientes, con pilotos hábiles, y con naves ligeras y prontas para aquel servicio; sino tales, que mas que lo terrible de ellas incomodaba lo soberbio y altanero que se demostraba en los astiles dorados de popa, en las cortinas de púrpura, y en las palas plateadas de los remos, como que hacian gala, y se gloriaban de sus latrocinios. Sus músicas, sus cantos, sus festines en todas las costas, los robos de personas principales, y los rescates de las ciudades entradas por fuerza, eran el oprobio del imperio Romano. Las naves piráticas eran mas de mil, y cuatrocientas las ciudades que habian tomado. Habiánse atrevido á saquear de los templos mirados antes como asilos inviolables, el Clario, el Didimeo, el de Samotracia, el templo de Ceres en Hermione, el de Esculapio en Epidauro, los de Neptuno en el Istmo, en Tenauro y en Calauria; los de Apolo en Accio y en Leucade; y de Juno el de Samos, el de Argos y el de Lacimo. Hacian tambien sacrificios traidos de fuera, como los de Olimpia, y celebraban ciertos misterios indivulgables, de los cuales todavía se conservan hoy el de Mitra, enseñado primero por aquellos. Insultaban de continuo á los Romanos, y bajando á tierra robaban en los caminos, y saqueaban las inmediatas casas de campo. En una ocasion

robaron á dos Pretores, á Sextilio y Belino, con sus togas pretestas, llevándose con ellos á los ministros y lictores. Cautivaron tambien á una hija de Antonio, varon que habia alcanzado los honores del triunfo, en ocasion de ir al campo, y tuvo que rescatarse á costa de mucho dinero. Pero lo de mayor afrenta era que cautivado alguno, si decia que era Romano, y les daba el nombre, hacian como que se sobrecogian, y temblando se daban palmadas en los muslos, y se postraban ante él, diciéndole que perdonase. Creíalos, viéndolos consternados y reducidos á hacerle súplicas; pero luego unos le ponian los zapatos, otros le envolvian en la toga, para que no dejase de ser conocido, y habiéndole asi escarnecido y mofado por largo tiempo, echaban la escala al agua, y le decian que bajara, y se fuera contento; y al que se resistia le cogian y le sumergian en el mar.

Ocupaban con sus fuerzas todo el mar inferior; de manera que estaban cortados é interrumpidos enteramente la navegacion y el comercio. Esto fue lo que obligó á los Romanos, que se veian turbados en sus acopios, y temian una gran carestía, á enviar á Pompeyo á limpiar el mar de piratas. Propuso al efecto Gabinio, uno de los mas íntimos amigos de Pompeyo, una ley, por la que se le conferia á este, no el mando de la armada, sino una monarquía, y un poder sin límites sobre todos los hombres, porque le autorizaba la ley para mandar en todo el mar dentro de las columnas de Hércules, y en todo el continente á cuatrocientos estadios del mar; la cual medida dejaba de comprender muy pocos paises de la tierra sujeta á los Romanos, y abarcaba por otra parte los de grandes naciones y poderosos reinos. Concedíasele ademas de esto escoger entre los Senadores quince en calidad de legados suyos, para mandar en las provincias; tomar del erario y de los cam-

bistas cuanto dinero quisiese; y disponer de doscientas naves, siendo árbitro para formar las listas de la tropa del ejército, de las tripulaciones, de las naves y de la gente de remo. Leido que fue este proyecto, el pueblo lo admitió con el mayor placer; pero á los mas principales y poderosos del Senado, si bien les pareció fuera de envidia un poder tan indefinido é indeterminado, tuviéronle por muy propio para inspirar rezelos; por lo que se opusieron á la ley, á excepcion de Cesar que la sostuvo, no por contemplacion á Pompeyo, sino para empezar á ganarse y atraerse el pueblo. Los demas hicieron fuerte resistencia á Pompeyo; y como el uno de los Cónsules le dijese que si se proponia imitar á Rómulo no evitaria tener el propio fin que aquel, corrió gran peligro de que la muchedumbre le hiciese pedazos. Presentóse Cátulo en la tribuna, y como el pueblo le miraba con respeto, guardó moderacion y compostura; pero cuando despues de haber hablado largamente en elogio de Pompeyo, les aconsejó que miraran por él, y no expusieran á continuas guerras y peligros un hombre tan importante; porque ¿á quién acudireis, les dijo, si este llega á faltaros? á tí, exclamaron todos á una voz. Cátulo pues, viendo que nada habia adelantado, calló; y presentándose despues Roscio nadie quiso oirle; hacíales sin embargo señas con los dedos para que no nombrasen uno solo, sino otro con Pompeyo; pero se dice que irritado con esto el pueblo, fue tal la gritería que se levantó, que un cuervo que volaba por encima de la plaza se sofocó, y cayó sobre aquella muchedumbre; de donde puede inferirse que no es por romperse y cortarse el aire con el gran ruido, por lo que no pueden sostenerse las aves que caen, sino por ser heridas como con un golpe con la voz, cuando enviada esta con ímpetu y violencia causa en el aire fuerte movimiento y agitacion.

Disolvióse por entonces la junta; y el dia en que habia de hacerse la votacion se salió Pompeyo al campo; pero habiendo oido que se habia sancionado la ley entró en la ciudad por la noche para evitar la envidia que habia de producir el gran concurso de los que acudirian á esperarle y recibirle; y saliendo de casa á la mañana temprano, primero hizo un sacrificio; y reuniendo despues al pueblo en juuta pública trató de recoger mucho mas que lo que antes se le habia decretado, pues faltó muy poco para que doblara todo el aparato; habiendo alistado quinientas naves, y juntado hasta ciento veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos. El Senado eligió veinte y cuatro de los que habian sido Pretores y habian mandado ejércitos, para que sirvieran á sus órdenes, á los que se agregaron dos Cuestores. Como repentinamente hubiese bajado el precio de los objetos de comercio, dió esto ocasion al pueblo para manifestar gran contento, y decir que el nombre de Pompeyo habia acabado la guerra. Dividió este los mares, y todo el espacio del Mediterráneo en trece partes, y asignó á cada una igual número de naves con un caudillo; y sorprendiendo á un tiempo con estas fuerzas asi repartidas gran número de naves de los piratas, les dió caza, y se apoderó de ellas trayéndolas á los puertos. Los que se anticiparon á huir y evadirse, se acogieron como á su colmenar á la Cilicia, contra los cuales marchó él mismo con sesenta naves de las mejores; pero no dió la vela contra aquellos sin haber antes limpiado enteramente de piraterías y latrocinios el mar Tirreno, el Líbico, el de Cerdeña, el de Córcega y Sicilia; no habiendo reposado el mismo en cuarenta dias, y habiéndole servido los demas caudillos con diligencia y esmero.

Como en Roma el Cónsul Pison por encono y envidia que le tenia le escasease los auxilios, y licen-

ciase las tripulaciones, hizo pasar á Brindis la escuadra, y él subió á Roma por la Toscana. Luego que se supo todos acudieron al camino, como sino hiciera pocos dias que se habian despedido de él. Habia producido este regocijo la celeridad de la no esperada mudanza: pues al punto fue suma en el mercado la abundancia de víveres; asi corrió riesgo Pison de que se le despojara del Consulado, teniendo ya Gabinio escrito el proyecto de ley; sino que lo contuvo Pompeyo; el cual, habiéndolo dispuesto todo con la mayor humanidad, provisto de lo que hubo menester, se encaminó á Brindis. Habiendo tenido el tiempo favorable, siguió su navegacion, pasando á la vista de muchas ciudades; mas respecto á Atenas no pasó de largo. Saltó pues en tierra; y habiendo sacrificado á los Dioses y saludado al pueblo, al salir leyó ya estos versos heróicos hechos en su honor, á la parte adentro de la puerta:

Cuanto en parecer hombre mas te esfuerzas,
Mas á los sacros Dioses te pareces.

Y á la parte de afuera:

Fuiste esperado, y en honor tenido:
Te hemos visto; feliz tu viage sea.

De los piratas que todavía quedaban y erraban por el mar trató con benignidad á algunos; y contentándose con apoderarse de sus embarcaciones y sus personas, ningun daño les hizo; con lo que concibieron los demas buenas esperanzas, y huyendo de los otros caudillos se dirigieron á Pompeyo, y se le entregaron á discrecion con sus hijos y sus mugeres. Perdonólos á todos; y por su medio pudo descubrir y prender á otros, que habian procurado esconderse por reconocerse culpables de las mayores atrocidades.

El mayor número y los de mayor poder entre ellos habian depositado sus familias, sus caudales, y toda la gente que no estaba en estado de servir, en

castillos y pueblos fortalecidos hácia el monte Táuro; y ellos, tripulando convenientemente sus naves, cerca de Coraquesio de Cilicia se opusieron á Pompeyo, que navegaba en su busca; y como dada la batalla fuesen vencidos, se redujeron á sufrir un sitio. Mas al fin recurrieron á las súplicas, y tambien se entregaron con las ciudades é islas que poseian, y en que se habian hecho fuertes, las cuales eran dificiles de tomar, y poco accesibles. Terminóse pues la guerra, y fueron enteramente destruidas las piraterías en toda la extension del mar en el corto tiempo de tres meses; habiéndose tomado ademas otras muchas ciudades y naves, y entre estas noventa con espolones de bronce. De ellos mismos cautivó Pompeyo mas de veinte mil; y si por una parte no queria quitarles la vida, por otra no creia que podia ser conveniente dejarlos, y mirar con indiferencia que volvieran á esparcirse unos hombres reducidos á la necesidad y avezados á la guerra. Reflexionando pues que el hombre por su naturaleza é índole no nació ni es un animal cruel é insociable, sino que la maldad es la que pervierte su caracter, y con los hábitos y la mudanza de vida y de lugares vuelve á suavizarse; y que las mismas fieras con participar de mas blandos alimentos deponen su aspereza y ferocidad, resolvió trasladar aquellos hombres del mar á la tierra, y hacerlos gustar de una vida mas dulce con acostumbrarlos á habitar en poblaciones, y labrar los campos. A algunos pues los admitieron las ciudades pequeñas y desiertas de la Cilicia, incorporándolos en sí, y adquiriendo con este motivo términos mas dilatados; y tomando á la ciudad de Solos, poco antes destruida por Tigranes, Rey de Armenia, estableció á muchos en ella; pero á los mas les dió por domicilio á la ciudad de Dime en la Acaya, que se hallaba entonces despoblada de habitantes, y poseia un fertil y extenso terreno.

Vituperaban estas disposiciones los que no estaban bien con él; pero lo que hizo en Creta con Metelo ni á sus mayores amigos satisfizo; porque este Metelo, pariente de aquel con quien Pompeyo hizo la guerra de España, habia sido enviado de General á Creta antes del nombramiento de Pompeyo; pues esta isla despues de la Cilicia era otro manantial de piratas, y Metelo habia logrado apresar y dar muerte á muchos de ellos. Quedaban otros, y cuando los tenia sitiados, acudieron con ruegos á Pompeyo, llamándole á la isla, por ser parte del espacio de mar sobre que mandaba, como que caia de todos modos dentro de él. Admitió Pompeyo el llamamiento, y escribió á Metelo prohibiéndole continuar la guerra. Escribió asimismo á las ciudades para que no obedeciesen á Metelo, y envió de General á Lucio Octavio, uno de los caudillos que servian á sus órdenes, el cual, entrando á unirse con los sitiados dentro de los muros y peleando con ellos, no solo odioso y molesto, sino hasta ridículo hácia á Pompeyo, que por envidia y emulacion con Metelo prestaba su nombre á gentes impías y sin religion, é interponia en favor de ellas su autoridad como un preservativo. Pues ni Aquiles se portó como hombre, sino como un mozuelo atolondrado y arrebatado del deseo de la gloria, cuando por señas previno á los demas, y les prohibió tiraran á Hector,

Porque no le robara otro la gloria
De herirlo; y él viniera á ser segundo.

Y aun Pompeyo lo hizo peor; porque se esforzó á conservar á los enemigos de la república, por privar del triunfo á un General que llevaba toleradas muchas fatigas y trabajos. Mas no se acobardó Metelo, sino que venciendo á los piratas, tomó de ellos justa venganza; y á Octavio lo despachó, despues de haberle reprendido y afeado su hecho en el campamento.

Llegada á Roma la noticia de que terminada la guerra de los piratas, para reposar de ella Pompeyo recorria las ciudades, escribe Manilio, Tribuno de la plebe, un proyecto de ley, para que encargándose Pompeyo del territorio y tropas sobre que mandaba Luculo, y añadiéndosele la Bitinia, que obtenia Glabrion, hiciese la guerra á Mitridates y Tigranes, conservando ademas las fuerzas navales y el mando marítimo, como lo habia tenido desde el principio; que era en suma confiar á uno solo la autoridad del pueblo Romano. Porque las únicas provincias que parecia no estar contenidas en la ley anterior, que eran la Frigia, la Licaonia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, la Colquida superior, y la Armenia; estas mismas eran las que se le agregaban ahora, con todas las tropas y fuerzas con que Luculo habia vencido y derrotado á los Reyes Mitridates y Tigranes.

Con todo de Luculo, á quien se privaba de la gloria de sus ilustres hechos, y á quien mas bien se daba sucesor del triunfo que de la guerra, era muy poco lo que se hablaba entre los del partido del Senado, sin embargo de que conocian el agravio y la injusticia que á aquel se irrogaban: sino que llevando mal el gran poder de Pompeyo, que venia á constituirse en tiranía, se excitaban y alentaban entre sí para oponerse á la ley, y no abandonar la libertad. Mas venido el momento todos los demas faltaron al propósito, y enmudecieron de miedo: solo Cátulo clamó contra la ley, y contra quien la habia propuesto; y viendo que á nadie movia, requirió al Senado, gritando muchas veces desde la tribuna, para que como sus mayores buscaran un monte y una eminencia adonde para salvarse se refugiara la libertad. Sancionóse á pesar de esto la ley, segun se dice, por todas las tribus; y Pompeyo, estando ausente, quedó árbitro y dueño de todo cuanto lo fue Sila, apo-

derándose de la ciudad con las armas y con la guerra.

Dícese de él que cuando recibió las cartas y supo lo decretado, hallándose presentes, y regocijándose sus amigos, arrugó las cejas, se dió una palmada en el muslo, y como quien se cansa de mandar prorumpió en estas expresiones: ¡vaya con unos trabajos que no tienen término! ¿Pues no valia mas ser un hombre oscuro para no cesar nunca de hacer la guerra, ni de incurrir en tanta envidia, pasando la vida en el campo con su muger? Al oir esto, ni sus mas íntimos amigos dejaron de torcer el gesto á semejante ironía y simulacion, conociendo que subia muy de punto su alegría con el incentivo que daba á la natural ambicion y deseo de gloria de que estaba poseido, su indisposicion y encono con Luculo.

Justamente lo manifestaron bien pronto los hechos, porque poniendo edictos por todas partes convocaba á los soldados, y llamaba ante sí á los poderosos y á los Reyes que estaban en la obediencia del imperio Romano; y recorriendo la provincia no dejó en su lugar nada de lo dispuesto por Luculo, sino que alzó el castigo á muchos, revocó donaciones; y en una palabra, hizo por espíritu de contradiccion cuanto habia que hacer para demostrar á los que miraban con aprecio á Luculo, que de nada absolutamente era dueño. Quejósele este por medio de sus amigos; y habiendo convenido en verse y conferenciar, se vieron efectivamente en la Galacia. Como era conveniente á tan grandes generales que tan grandes victorias habian alcanzado, los lictores de uno y otro se presentaron con las fasces coronadas de laurel; pero Luculo venia de lugares frescos y defendidos por la sombra, y Pompeyo habia hecho algunos dias de marcha por terrenos áridos y sin árboles. Viendo pues los lictores de Luculo que el laurel de las fasces de Pompeyo estaba seco y marchito enteramente, partiendo del suyo, que se mantenia

fresco, adornaron y coronaron con él las fasces de este; lo que se tuvo por señal de que Pompeyo venia á abrogarse las victorias y la gloria de Luculo. Autorizaba á Luculo la dignidad de Cónsul y su mayor edad; pero la dignidad de Pompeyo era mayor por sus dos triunfos. Con todo su primer encuentro le hicieron con urbanidad y mutuo agasajo, celebrando sus respectivas hazañas, y dándose el parabien por sus victorias; pero en sus pláticas en nada moderado y justo pudieron convenirse, sino que empezaron á motejarse, Pompeyo á Luculo por su codicia, y este á aquel por su ambicion, de manera que con dificultad pudieron lograr los amigos que se despidieran en paz. Luculo en la Galacia distribuyó la tierra conquistada, é hizo otras donaciones á quienes tuvo por conveniente. Pero Pompeyo, que estaba acampado á muy corta distancia, prohibió que se le prestase obediencia, y le quitó todas las tropas, á excepcion de mil seiscientos hombres, que por ser orgullosos reputó le serian inútiles á él mismo, y que á aquel no le guardarian subordinacion. Censurando y vituperando ademas abiertamente sus operaciones, decia que Luculo habia hecho la guerra á las tragedias y farsas de aquellos reyes, quedándole á él tener que combatir con las verdaderas y ejercitadas fuerzas; pues que Mitridates habia al fin recurrido á los escudos, la espada y los caballos. Mas defendíase por su parte Luculo diciendo, que Pompeyo iba á lidiar con la imagen y sombra de la guerra, siendo su maña acabar con los cuerpos muertos por otros, á manera de ave de rapiña, é ir dilacerando los despojos de la guerra; pues que de esta manera habia inscrito su nombre sobre las guerras de Sertorio, de Lépido y de Espartaco, terminadas ya felizmente, esta por Craso, aquella por Catulo, y la primera por Metelo, por tanto no era de extrañar que se arrogase ahora la gloria de las guerras Arme-

nias y Pónticas un hombre que habia tenido arte para ingerirse en el triunfo de los fugitivos.

Partió por fin Luculo; y Pompeyo, dejando la armada naval en custodia del mar que media entre la Fenicia y el Bósforo; marchó contra Mitridates, que tenia un ejército de treinta mil infantes y dos mil caballos; pero que no se atrevia á entrar en batalla. Y en primer lugar, como hubiese abandonado por ser falto de agua un monte alto y de dificil acceso, en el que se hallaba acampado, lo ocupó Pompeyo; y conjeturando por la naturaleza de las plantas y por el descenso del terreno, que el pais no podia menos de tener fuentes, dió orden de que por todas partes se abrieran pozos, y al punto se vió el campamento lleno de gran caudal de agua, de manera que se maravillaron de que en tanto tiempo no hubiera dado en ello Mitridates; y despues acampando próximo á él, consiguió dejarle sitiado; pero habiéndolo estado cuarenta y cinco dias, se escapó sin que aquel lo sintiese con lo mas escogido de sus tropas, dando muerte á los inútiles y enfermos. Habiéndole vuelto á alcanzar Pompeyo junto al Eufrates, puso su campo en frente de él, y temiendo que se adelantase á pasar este rio, sacó armado su ejército desde la media noche, hora en que se dice haber tenido Mitridates una vision que le predijo lo que iba á sucederle. Porque le parecia que navegando con próspero viento en el mar Póntico, veia ya el Bósforo, y los que con él iban se lisonjeaban como el que se alegra con la certeza y seguridad de salir á salvo; pero que de repente se halló abandonado de todos en un débil barquichuelo juguete de los vientos. En el momento de estar en estas angustias y ensueños le rodearon y despertaron sus amigos, diciéndole que tenian cerca de sí á Pompeyo. Fue pues indispensable haber de pelear al lado del campamento; y sacando sus generales las tropas, las pu-

sieron en orden. Advirtió Pompeyo que los cogia prevenidos, y no decidiéndose á entrar en accion entre tinieblas, le pareció que no debian hacer mas que cogerlos en derredor, para que no huyesen, y á la mañana, pues que sus tropas eran mejores, vendrian á las manos; pero los mas ancianos de los Tribunos, rogándole é instándole, le hicieron por fin resolverse. Porque tampoco era la noche del todo obscura; sino que la luna, yendo ya bastante baja, daba suficiente luz para que se vieran los cuerpos, que fue lo que principalmente desconcertó á las tropas del Rey: porque los Romanos tenian la luna á la espalda, y estando ya la luz muy cerca del ocaso las sombras de sus cuerpos iban muy lejos delante de ellos, y se extendian hasta los enemigos, que no podian computar la distancia; sino que como si los tuvieran ya encima, arrojando las lanzas en vano, á nadie alcanzaban. Al ver esto los Romanos, corrieron á ellos con grande gritería, y como no tuvieron valor ni siquiera para esperarlos, sino que se entregaron á la fuga, los acuchillaron y destrozaron, muriendo mas de diez mil de ellos, y les tomaron el campamento. Al principio Mitridates con ochocientos caballos se habia abierto paso por entre los Romanos poniéndose en retirada; pero á poco se desbandaron todos los demas, quedándose con tres solos, entre los que se hallaba la concubina Hipsicracia, que siempre se habia mostrado varonil y arrojada, tanto que por esta causa el Rey la llamaba Hipsicrates. Llevaba esta entonces la sobrevesta y el caballo de un soldado Persa, y ni se mostró fatigada de tan larga carrera, ni con haber atendido al cuidado de la persona del Rey y de su caballo necesitó de reposo, hasta que llegaron al fuerte de Inora, depósito de los caudales y preseas del Rey, de donde tomando este las ropas mas preciosas, las distribuyó á los que de la fuga habian acudido á él. Dió

tambien á cada uno de sus amigos un veneno mortal para que ninguno de ellos se entregase contra su voluntad á los enemigos; y desde allí marchó á la Armenia á unirse con Tigranes; pero como este le desechase, y aun le hiciese pregonar en cien talentos, pasando por encima del nacimiento del Eufrates, huyó por la Colquida.

Mas Pompeyo se dirigió á la Armenia llamado por Tigranes el jóven, que habiéndose ya rebelado al padre, salió á unirse con aquel junto al rio Arajes; el cual, naciendo de los mismos montes que el Eufrates, vuelve luego hácia el oriente, y desagua en el mar Caspio. Recorrieron pues juntos las ciudades, y las fueron reduciendo; y Tigranes el mayor, que poco antes habia sido arruinado por Luculo, sabedor de que Pompeyo era benigno y dulce de condicion, admitió guarnicion en su corte, y acompañado de sus amigos y deudos fue á hacerle entrega de su persona. Llegó á caballo hasta el valladar donde dos lictores de Pompeyo le salieron al encuentro, y le previnieron bajase del caballo y continuase á pie, porque jamas se habia visto á hombre ninguno á caballo dentro de un campamento de los Romanos. Condescendió en ello Tigranes, y desciñéndose la espada, se la entregó. Finalmente cuando llegó ante el mismo Pompeyo, quitándose la tiara, hizo accion de ponerla á sus pie; é inclinando el cuerpo, iba á postrarse con la mayor bajeza ante él; pero Pompeyo, alargándole la diestra, lo levantó y lo sentó á su lado, colocando al otro á su hijo. De todo lo demas les dijo que debian culpar á Luculo, que era quien les habia quitado la Siria, la Fenicia, la Cilicia, la Galacia y la Sofena; que lo que hasta entonces habian conservado lo retendrian, pagando seis mil talentos á los Romanos en pena de sus ofensas; y que en la Sofena reinaria el hijo. A Tigranes fueron muy agradables estas disposiciones; y ha-

biendo sido aclamado Rey por los Romanos, en muestra de su alegría ofreció dar á cada soldado media mina de plata, diez minas á cada Centurion, y un talento á cada Tribuno; pero el hijo se disgustó, y llamado á la cena, respondió que no necesitaba de Pompeyo, que asi creia honrarle, porque él encontraria otro entre los Romanos; de resulta de lo cual se le puso en prision para el triunfo. De alli á poco envió Fraates, Rey de los Partos, á reclamar á este jóven por ser su yerno, y al mismo tiempo pedia que pusiera Pompeyo al Eufrates por límite de sus provincias; á lo que contestó este, que Tigranes mas pertenecia al padre que al suegro; y en cuanto al límite se señalaria el que fuese justo.

Dejando á Afranio de guarnicion en la Armenia, le fue preciso marchar contra Mitridates por medio de las naciones que habitan el Cáucaso. De estas las mas populosas son los Albanos y los Iberes: los Iberes estan situados en las faldas de los montes Mosquicos, y los Albanos se inclinan mas al oriente y al mar Caspio. Estos al principio, pidiéndoles Pompeyo el paso, se le habian concedido; pero habiendo cogido el invierno al ejército en aquel pais, y habiendo tenido los Romanos que celebrar la fiesta de los Saturnales, se dispusieron á acometerles en número de cuarenta mil á lo menos cuando fueran á pasar el rio Cirno, que naciendo de los montes Iberios, y recibiendo al Arajes que baja de la Armenia, desagua por doce bocas en el mar Caspio; pero otros dicen que no sucede esto al Arajes, sino que corriendo cerca de aquel entra por sí solo en este mar. Pompeyo pudo oponerse á los enemigos al tiempo del paso; pero los dejó que pasaran con todo sosiego, y cargando con seguridad sobre ellos, los rechazó y deshizo. Como despues el Rey le hiciese súplicas y enviase embajadores, perdonándole aquella injusta agresion, hizo alianza con él, y marchó contra los Ibe-

res, que no eran inferiores en número; y que siendo mas belicosos que los demas, deseaban con ardor servir á Mitridates, y alejar de allí á Pompeyo. Porque los Iberes no estuvieron nunca sujetos, ni á los Medos ni á los Persas, y aun se libraron de la dominacion de los Macedonios, por haber sido precipitado el paso de Alejandro por la Hircania. Mas á pesar de todo esto los derrotó Pompeyo en una gran batalla, en la que murieron nueve mil, y mas de diez mil quedaron cautivos, entrando despues en la Colquida; y junto al Tasis se le presentó Servilio trayendo las naves con que custodiaba el Ponto.

La persecucion de Mitridates, que se habia acogido á las naciones inmediatas al Bósforo y á la laguna Meotis, ofreció á Pompeyo muchas dificultades, mayormente habiéndosele anunciado que otra vez se le habian rebelado los Albanos. Regresó pues contra ellos encendido en ira y en deseo de venganza, costándole extraordinario trabajo volver á pasar el Cirno por haber hecho los bárbaros empalizadas en gran parte de él; y teniendo que andar un camino áspero y falto de agua, habiendo llenado diez mil odres de ella, continuó su marcha contra los enemigos; á los que alcanzó formados en orden de batalla junto al rio Abante en número de sesenta mil hombres de infantería y doce mil de caballería; pero muy mal armados y sin otro vestido los mas que pieles de fieras. Acaudillábalos un hermano del Rey, llamado Coris, el cual, trabada ya la batalla, se dirigió contra Pompeyo; y habiéndole herido con un dardo en la parte donde terminaba la coraza, Pompeyo lo traspasó con un bote de lanza. Dícese que en esta batalla pelearon con los bárbaros las Amazonas, habiendo bajado de los montes que circundan el rio Termodonte; porque reconociendo y despojando los Romanos á los bárbaros despues de la batalla, encontraron sí rodelas y coturnos amazónicos, aunque no

se vió ningun cuerpo de muger. Habitan las Amazonas las pendientes del Cáucaso por la parte del mar de Hircania; pero no confinan con los Albanos, sino que estan en medio los Gelas y los Leges, y en cada año pasando dos meses en union con estos, orillas del Termodonte, despues se retiran á vivir solas.

Habiéndose puesto Pompeyo en marcha despues de la batalla para la Hircania y el mar Caspio, tuvo que retroceder por la muchedumbre de ciertas serpientes venenosas y mortíferas, cuando no le faltaban mas que tres dias de camino. Retiróse pues á la Armenia menor; y á los reyes de los Elimeos y los Medos que le enviaron embajadores, les contestó amistosamente; pero contra el de los Partos, que invadió la Gordiena, y empezó á molestar á los súbditos de Tigranes, envió tropas con Afranio, que le rechazó y persiguió hasta la Arbielitide. Trajeron ante él á muchas de las concubinas de Mitridates; pero no tocó á ninguna, sino que todas las hizo entregar á sus padres ó deudos; porque en gran parte eran hijas ó mugeres de Generales ó sugetos poderosos. Estratónica, que fue la que gozó de mayor dignidad, y se mantuvo en un alcazar magnífico, era hija, á lo que parece, de un cantor anciano, de pobre suerte en todo lo demas; pero de tal manera se apoderó del corazon de Mitridates, habiendo cantado en un festin, que se la llevó para reposar con ella; mas el viejo salió de alli de muy mal humor, porque ni siquiera le habia dirigido una palabra afable y benigna. Este á la mañana cuando al despertarse vió en su habitacion aparadores con bajilla de oro y plata, gran número de sirvientes, eunucos y jóvenes que le presentaban vestidos de los mas ricos, y á la puerta un caballo con preciosos arreos, como los de los amigos del Rey, creyendo que todo aquello fuese juego y burlería intentó marcharse de la casa; pero deteniéndole los criados, y diciéndole que el Rey le hacia

el presente de la casa de un hombre rico que acababa de morir, y que todo aquello no era mas que primicias y bosquejos de mayores bienes y riquezas, creyólo entonces, aunque todavía con dificultad; y tomando la púrpura, y montando á caballo, dió á correr por la ciudad gritando: todo esto es mio, y á los que se burlaban decia que no era aquello de extrañar, sino el que loco de contento no tirase piedras á cuantos encontrara. De esta estirpe y linage era Estratónica, la cual hizo donacion á Pompeyo de aquel terreno, y le presentó muchos regalos; pero él no tomando mas que aquellos que creyó podian servir de adorno en los templos, ó para dar realce á su triunfo, los demas los dejó á Estratónica para que los disfrutase contenta. De la misma manera, habiéndole presentado el Rey de los Iberes un lecho, una mesa y un trono, todos de oro, haciéndole instancias para que los tomase, lo que hizo fue entregarlos á los cuestores para el tesoro público.

En la fortaleza de Quenon vinieron á las manos de Pompeyo los papeles reservados de Mitridates, y los reconoció con gusto, porque le daban á conocer de un modo muy decisivo sus costumbres. Eran sus libros de memoria, y en ellos descubrió que habia dado muerte con yerbas, ademas de otros varios, á su hijo Ariarates, y á Alceo de Sardis, porque en una carrera de caballos le sacó ventajas. Contenian tambien esplicaciones de ensueños, unos que él mismo habia tenido, y otros que eran de sus mugeres, y cartas poco decentes de Mónima al mismo Mitridates, y de este á aquella. Teofanes refiere haberse encontrado asimismo un discurso de Rutilio, en que le excitaba á acabar con los Romanos que habia en el Asia; pero los mas conjeturan con razon haber sido esta especie una maligna invencion de Teofanes, que quizá aborrecia á Rutilio por no serle en nada parecido; ó acaso tambien á causa de

Pompeyo, á cuyo padre pinta Rutilio como hombre del todo perverso en sus historias.

Pasó de alli Pompeyo á Amiso, y vino á pagar su rencillosa emulacion cayendo en lo mismo que habia reprendido; pues habiendo censurado amargamente en Luculo el que hirviendo aun la guerra hubiese arreglado las provincias, haciendo tambien la distribucion de los dones y premios que los vencedores acostumbran hacer, concluida y terminada aquella; ejecutó él mismo otro tanto en el Bósforo, cuando todavía Mitridates estaba mandando, y conservaba respetables fuerzas, como si todo estuviera acabado: tomando disposiciones en las provincias, y distribuyendo presentes con motivo de haber acudido á él generales y otros sugetos de autoridad, y doce reyezuelos de los bárbaros; y aun por esto, contestando al Rey de los Partos, se desdeñó de darle, como todos los demas, el título de Rey de Reyes, por no desagradar á estos otros. Vínole alli el deseo y codicia de recobrar la Siria, y de pasar por la Arabia hasta el mar Rojo, para llegar victorioso hasta el Océano que circunda la tierra. Porque en Africa él fue el primero que llevó sus armas vencedoras hasta el mar exterior; en España puso tambien por término de la dominacion romana el mar Atlántico; y en tercer lugar, persiguiendo dias antes á los Albanos, le habia faltado muy poco para extenderse hasta el mar de Hircania. Púsose pues en marcha para dar la vuelta hasta el mar Rojo; porque por otro lado veia que era muy dificil cazar con las armas á Mitridates, y que era enemigo mas temible huyendo que peleando.

Diciendo por tanto que iba á dejarle en el hambre un enemigo mas poderoso que él, estableció guarda-costas contra los comerciantes que navegaban por el Bósforo, imponiendo la pena de muerte á los que fuesen aprehendidos. Hecho esto, tomó consigo la

mayor parte del ejército, y se puso en marcha; y como Triario hubiese tenido contraria la suerte, y hubiese perecido en un encuentro con Mitridates llegando á punto de encontrar todavía los muertos, insepultos, les hizo un magnífico entierro con muestras de sentimiento y aprecio; cosa que omitida parece fue una de las principales causas del odio de los soldados á Luculo. Sujetó pues por medio de Afranio á los Arabes que habitan el monte Amano; y bajando él á la Siria, por no tener Reyes legítimos, la declaró provincia y posesion del imperio Romano. Domó á la Judea, tomando cautivo á su Rey Aristóbulo, y en cuanto á las ciudades levantó unas de los cimientos, y á otras dió libertad é independencia, castigando á los que las tenian tiranizadas; pero su mas continua ocupacion era administrar justicia, dirimiendo las disputas de las ciudades y los Reyes: para lo que adonde á él no le era dado pasar enviaba á sus amigos; como sucedió á los Armenios y Partos, que habiéndose comprometido en él por un terreno sobre que altercaban, les envió tres jueces y amigables componedores; porque si era grande la fama de su poder, no era menor la de su virtud y clemencia, con las que cubria la mayor parte de los yerros de sus amigos y familiares; pues no sabiendo contener ó castigar á los desmandados, con mostrar á los que iban á hablarle este caracter bondadoso, les hacia llevar sin molestia las extorsiones y vejaciones de aquellos.

El que mas valimiento tenia con él era su liberto Demetrio, mozo que no carecia de talento para lo demas; pero que abusaba demasiado de su fortuna, acerca del cual se refiere lo siguiente. Caton el filósofo, que todavía era joven, pero gozaba ya de gran reputacion, y tenia altos pensamientos, subió á Antioquía, no hallándose alli Pompeyo, con el objeto de ver y observar aquella ciudad. Iba á pie segun

su costumbre; pero sus amigos le acompañaban á caballo. Vió desde cierta distancia delante de la puerta gran número de hombres vestidos de blanco, y á los lados del camino, á una parte jóvenes, y á otra muchachos con entera separacion, de lo que se incomodó, creyendo que aquello se hacia en honor y obsequio suyo, cuando estaba bien distante de apetecerlo. Dijo pues á sus amigos que se apearan, y caminasen á pie con él; y cuando ya estuvieron cerca, el que dirigia todo aquello puesto al frente de la comparsa, y llevaba como distintivo una corona y un baston, les salió al encuentro, preguntándoles dónde habian dejado á Demetrio, y cuándo llegaria. A los amigos de Caton les causó risa; pero Caton exclamó: ¡desgraciada ciudad! y sin decir mas palabra pasó adelante. El que este Demetrio no ofendiese y chocase mas se debia al mismo Pompeyo, que tratado de él con insolencia, no se mostraba disgustado, pues se dice que en los banquetes de Pompeyo, cuando este aguardaba y recibia á los convidados, él estaba ya sentado fastuosamente con el gorro calado hasta mas abajo de las orejas. Aun antes de volver á Italia era ya dueño de los sitios mas deliciosos de sus cercanías y de los mas bellos Gimnasios; y habia adquirido unos soberbios jardines que se llamaban los jardines de Demetrio, cuando Pompeyo hasta su tercer triunfo habitó una casa nada mas que regular y de poco precio. Despues habiendo construido para los Romanos aquel tan magnífico y celebrado teatro, edificó como apéndice de él una casa de mejor aspecto que la otra, aunque nunca tal que pudiera chocar: tanto que el que la adquirió despues de Pompeyo, al entrar á reconocerla, se admiró y preguntó: ¿dónde tenia el comedor Pompeyo Magno? asi es como se cuenta.

El Rey de la Arabia Petrea al principio no habia hecho ningun caso de las cosas de los Romanos; pe-

ro lleno entonces de miedo, escribió que estaba dispuesto á obedecer y ejecutar cuanto se le mandase; y queriendo Pompeyo confirmarle en este propósito, emprendió para ir á Petrea una expedicion, que no dejó de ser vituperada; porque la graduaban de repugnancia en perseguir á Mitridates, y creian lo mas conveniente volver las armas contra este rival antiguo, que segun se decia habia vuelto á recobrarse y á equipar un ejército, con el que se proponia encaminarse por la Escitia y la Peonia á la Italia; pero aquel, que tenia por mas facil derrotar sus fuerzas en la batalla, que echarle mano en la fuga, no queria consumirse en balde persiguiéndole; y por lo tanto usó de estas distracciones en aquella guerra, y anduvo gastando el tiempo. Mas la fortuna le sacó de este apuro, porque cuando ya le faltaba poco camino para llegar á Petrea, al tiempo que en aquel dia iba á sentar los reales, y hacia ejercicio á caballo alrededor de su campamento, llegaron correos del Ponto con buenas nuevas, lo que se conoció al punto en que traian los hierros de las lanzas coronados de laurel: y al verlos, acudieron corriendo los soldados adonde estaba Pompeyo. Queria este concluir el ejercicio; pero como empezasen á gritar y clamar, se apeó del caballo, y tomando las cartas continuaba andando á pie. No habia tribuna, ni habia habido tiempo para levantar la que forman los soldados cortando gruesos céspedes, y amontonándolos unos sobre otros; mas entonces con la priesa y el deseo, echaron mano de los aparejos de los bagages, y asi la alzaron. Subió en ella, y les anunció la muerte de Mitridates, el que por habérsele rebelado su hijo Farnaces se habia quitado á sí mismo la vida; y que Farnaces habia sucedido en todos sus bienes y estados, y escribia haberlo asi ejecutado en bien suyo y de los Romanos.

Con este motivo el ejército se entregó, como era

natural, á los mayores regocijos, y pasó el tiempo en sacrificios y convites, como si en solo Mitridates hubieran muerto diez mil enemigos. Pompeyo, habiendo puesto á sus hazañas y expediciones un término, que no esperaba le fuese tan facil, regresó al punto de la Arabia; y pasando con celeridad las provincias intermedias, llegó á Amiso, donde recibió muchos presentes de parte de Farnaces, y tambien muchos cadáveres de personas de la casa del Rey; entre los cuales, aunque por el semblante no podia distinguirse muy bien el de Mitridates, á causa de que los embalsamadores se habian olvidado de extraerle el celebro, le conocieron sin embargo por las cicatrices los que tuvieron la curiosidad de verle; pues Pompeyo no pudo sufrirlo, sino que teniéndolo á abominacion, mandó lo llevaran á Sinope, habiéndose admirado de la brillantez y magnificencia de las ropas y armas de que usaba. Su tahalí, que habia costado cuatrocientos talentos, lo habia sustraido Publio, y lo vendió á Ariarates; y la tiara Cayo, que se habia criado con Mitridates, la regaló secretamente á Fausto, hijo de Sila, que la habia pedido por ser obra muy primorosa. De esto no tuvo por entonces noticia alguna Pompeyo; pero habiéndolo sabido despues Farnaces, castigó á los ocultadores. Habiendo pues ordenado y arreglado los negocios de aquella provincia, el viage de vuelta lo dispuso é hizo con mayor aparato. Asi es que habiendo aportado á Mitilene, dió libertad é independencia á la ciudad por consideracion á Teofanes, y asistió al certamen acostumbrado de los poetas, cuyo único argumento fue entonces sus hazañas. Gustóle mucho aquel teatro, y tomó el diseño de su figura para construir otro semejante en Roma, aunque mayor y mas magnífico. Llegado á Rodas, oyó á todos los Sofistas, y regaló á cada uno un talento; y Posidonio escribió la conferencia que tuvo á su

presencia contra el retórico Hermágoras sobre la invencion oratoria en general. En Atenas se condujo del mismo modo con los filósofos; y habiendo dado á la ciudad cincuenta talentos para sus obras, esperaba aportar á la Italia el mas próspero y feliz de los hombres, con ansia por ser visto de los que deseaban su vuelta; pero el mal genio, á quien debe de estar encargado mezclar siempre alguna parte de mal con los mayores y mas brillantes favores de la fortuna, le estaba preparando tiempo habia un regreso que le fuese de sumo dolor; porque Mucia lo habia cubierto de ignominia durante su ausencia. Mientras estuvo lejos no hizo gran caso Pompeyo de los rumores que le llegaron; pero cuando se halló cerca de la Italia, y tuvo mas tiempo para pensar en ellos por lo mismo que se aproximaba á la causa, le envió el repudio, sin manifestar entonces por escrito, ni haber dicho despues por qué motivo se divorciaba; pero en las cartas de Ciceron se manifiesta cuál fue el que intervino.[1]

Empezaron á correr por Roma diferentes especies acerca de Pompeyo, y era grande la inquietud que habia, porque al punto haria entrar el ejército en la ciudad, y se consolidaria su monarquía. Craso, recogiendo sus hijos y su caudal, se ausentó, ó porque verdaderamente temiese, ó por conciliar, lo que parece mas cierto, mayor crédito á aquella acusacion, y suscitar contra él mas violenta envidia. Mas Pompeyo, luego que puso el pie en tierra en Italia, congregó en junta á los soldados, y habiéndoles hablado con la mayor afabilidad y agrado de lo que convenia, les dió orden de que se restituyeran cada uno á su patria, y se retiraran á sus casas, no olvidán-

1 Ciceron en la epístola 12, lib. 1.°, á Atico dice: á todo el mundo ha parecido bien el divorcio de Mucia. Se ve cual habria sido su conducta.

dose de concurrir despues á su triunfo. Cuando la noticia se difundió por todas partes sucedió una cosa admirable, y fue que al ver las ciudades desarmado á Pompeyo Magno, y que como de un viage volvia con unos cuantos amigos y familiares, acudieron á él las gentes en gran número por el amor que le tenian, y acompañándole le llevaron á Roma con mucho mayores fuerzas; de modo que si hubiera tenido pensamientos de conmover y alterar el Gobierno, no tenia que echar menos al ejército para nada.

Como la ley no permitia que antes del triunfo entrase en la ciudad, representó al Senado sobre que se suspendieran los Comicios de eleccion de Cónsules, y se le dispensara esta gracia para poder hallándose presente dar pasos en favor de Pison; pero habiéndose Caton opuesto á su demanda, quedó desairado en ella. Pasmado de la libertad de Caton y de su entereza, de la que él solo usaba á las claras en lo que entendia justo, concibió el deseo de ganar por diferentes medios á tan señalado varon; y teniendo Caton dos sobrinas, propuso casarse él con la una, y casar á su hijo con la otra; pero Caton desechó esta tentativa, como que en cierta manera era un cebo para corromperle y sobornarle por medio de aquel deudo, aunque disgustando en ello á su hermana y á su muger, que no estaban bien con que se rehusase la afinidad de Pompeyo Magno. Quiso en esto Pompeyo que fuera designado Cónsul Afranio, y gastó para ello gruesas cantidades con las tribus de su propio caudal, yendo los que las recibian á los jardines del mismo Pompeyo; por lo que aquel soborno se hizo público, murmurando todos de Pompeyo, porque aquella misma dignidad con que se habian recompensado sus triunfos, y que tanto le habia ilustrado siendo la primera de la república, la hacia venal para los que no podian aspirar á ella por su virtud. Pues de esta afrenta teniamos que parti-

cipar, dijo Caton á las mugeres de su casa, si nos hubiéramos hecho deudos de Pompeyo: con lo que reconocieron que acerca de lo honesto discurria Caton con mas acierto que ellas.

A la grandeza de su triunfo, aunque se repartió en dos dias, no bastó este tiempo; sino que muchos de los objetos que le decoraban pasaron sin ser vistos, pudiendo ser materia y ornato de otra pompa igual. En carteles que se llevaban delante, iban escritas las naciones de quienes se triunfaba, siendo estas: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Colquida, los Iberes, los Albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, las regiones de Fenicia y Palestina, la Judea, la Arabia, y los piratas destruidos do quiera por la tierra y por el mar; y ademas los fuertes tomados que no bajaban de mil; las ciudades que eran muy pocas menos de novecientás; las naves de los piratas ochocientas, y las ciudades repobladas, que eran treinta y nueve. Habia dado sobre todo esto razon por escrito, de que las rentas de la república eran antes cicuenta millones de dracmas; y las de los paises que habia conquistado montaban á ochenta millones y quinientas mil. En moneda acuñada y en alhajas de oro y plata habian entrado en el erario público veinte mil talentos, sin incluir lo que se habia dado á los soldados, de los cuales el que menos habia recibido mil y quinientas dracmas. Los cautivos conducidos en la pompa, ademas de los gefes y caudillos de los piratas, fueron el hijo de Tigranes, Rey de Armenia, con su muger y su hija, la muger del mismo Tigranes Zocima, el Rey de los Judios Aristóbulo; una hermana de Mitridates, con cinco hijos suyos y algunas mugeres Escitas, los rehenes de los Albanos é Iberes, y del Rey de los Camagenos, y finalmente muchos trofeos, tantos en número como habian sido las batallas que habia ganado, ya por sí mismo, y ya

por sus lugartenientes. Lo mas grande para su gloria, y de lo que ningun Romano habia disfrutado antes que él, fue haber obtenido este triunfo de la tercera parte del mundo, porque otros habian alcanzado antes tercer triunfo; pero él, habiendo conseguido el primero del Africa, el segundo de la Europa, y este tercero del Asia, parecia en cierta manera que en sus tres triunfos habia abarcado toda la tierra.

Segun los que estan empeñados en compararle continuamente y para todo con Alejandro, no llegaba entonces su edad á treinta y cuatro años; pero en realidad rayaba en los cuarenta; ¡y ójala hubiera terminado alli su vida mientras tuvo la fortuna de Alejandro! porque desde este punto en adelante el tiempo, si le ofreció alguna dicha, fue muy sujeta á la envidia, y las desgracias fueron intolerables; porque habiendo adquirido por los mas honestos y convenientes medios el gran influjo de que gozaba en la república, con usar mal de él en favor de otros, cuanta autoridad conciliaba á estos otro tanto perdia de su gloria; y con semejante condescendencia, sin advertirlo, quitaba á su propio poder toda la fuerza y eficacia; y asi como las partes y puntos mas defendidos de una ciudad, luego que han recibido á los enemigos comunican á estos su fortaleza, de la misma manera, exaltado en la república Cesar por la autoridad de Pompeyo, con aquello mismo que le sirvió contra los demas, derribó y acabó con este; lo que sucedió de esta manera. Ya cuando Luculo llegó del Asia tan mal tratado como se ha dicho de Pompeyo, el Senado le hizo la mejor acogida; y despues de la vuelta de este procuró mover y despertar su ambicion, para que otra vez tomara parte en el gobierno. Hallábase ya Luculo en cierta indiferencia para todo, y muy tibio para volver á los negocios, habiéndose entregado á los placeres y á las distracciones propias de los hombres ricos: mas

sin embargo al punto se animó contra Pompeyo, y tomando sus cosas muy á pechos, en primer lugar alcanzó la confirmacion de las providencias que este le habia revocado, y en el Senado tenia mucho mas favor que él con el auxilio de Caton. Desquiciado pues, y excluido por aquella parte Pompeyo, se vió en la precision de acogerse á los tribunos de la plebe, y de reunirse con los mozuelos; de los cuales Clodio, que era el mas insolente y mas osado de todos, lo puso á la merced del pueblo; de manera que trayéndolo y llevándolo á su arbitrio de un modo que no convenia á la dignidad de tan autorizado varon, le hacia apoyar las leyes y decretos que proponia para adular á la plebe y ganarle sus aplausos; y á pesar de que con esto le degradaba, aun le pedia el premio, como si le hiciera favor; habiéndole arrancado por último como tal el que abandonase á Ciceron que era su amigo, y de quien en las cosas de la república habia recibido importantes servicios; pues hallándose este en peligro, y habiendo acudido á valerse de su auxilio, ni siquiera se le dejó ver, sino que haciendo cerrar el porton á los que venian en su busca, se marchó por un postigo, y los dejó burlados; y Ciceron temiendo el éxito de la causa, tuvo que huir de Roma.

Entonces Cesar, que volvia del ejército, recurrió á un arbitrio, que le granjeó por lo pronto aprecio, autoridad y poder para en adelante; pero que fue de gran ruina para Pompeyo y para la república. Iba á pedir el primer consulado; y como viese que estando entre sí indispuestos Craso y Pompeyo, si se inclinaba al uno habia de tener al otro por enemigo, pone por obra el reconciliarlos y hacerlos amigos, cosa por lo demas loable y muy política; pero intentada por él con mal objeto, y tan sagaz como traidoramente ejecutada; porque el poder de la república, que como en una nave reglaba los movimien-

tos para que no se inclinase á un lado ni á otro, luego que vino á un mismo punto, y se hizo uno solo, constituyó una fuerza que sin resistencia ni oposicion lo trastornó y destruyó todo. Asi Caton á los que eran de opinion de que la discordia ocurrida despues entre César y Pompeyo habia traido la ruina de la república, les decia que se equivocaban, echando la culpa á lo último; pues que no era su desunion y enemistad, sino su conformidad y concordia la que habia sido para la república la primera y mas cierta causa de sus males. Porque fue César elegido Cónsul, y dedicándose al punto á adular al desvalido y al pobre, propuso leyes para enviar colonias y repartir las tierras, prostituyendo la dignidad de su magistratura, y convirtiendo el consulado en tribunado de la plebe. Opúsosele su colega Bibulo, y como Caton se preparase á sostener con viveza su partido, trajo César al tribunal á Pompeyo á vista de todo el pueblo; y saludándole le preguntó, ¿si abogaria por las leyes? y contestóle que sí; ¿pues si alguno, continuó, usase de fuerza contra ellas, te pondras de parte del pueblo en su auxilio? sin duda volvió á responder Pompeyo, y contra los que amenacen con espadas traeré espada y escudo. Nunca Pompeyo habia hecho ó dicho hasta aquel punto cosa tan arrojada é insolente; tanto que sus amigos hubieron de tomar su defensa, excusándole con que aquello no habia sido mas que un pronto; pero en todo cuanto despues hizo se vió bien claro que se habia entregado á César para cuanto se intentase. Porque al cabo de pocos dias, cuando nadie podia esperar tal cosa, se casó con la hija de César desposada con Cepion, con quien estaba á punto de casarse; y para templar de algun modo el disgusto de Cepion le propuso su propia hija, que antes habia sido prometida á Fausto hijo de Sila: y César se casó con Calpurnia hija de Pison.

Llenó despues de esto Pompeyo la ciudad de soldados, y ya todo lo obtenia por la fuerza; porque al Cónsul Bibulo en ocasion de bajar á la plaza con Luculo y con Caton, saliéndole repentinamente al encuentro, le rompieron las fasces; uno de ellos vació sobre la cabeza del mismo Bibulo una espuerta de basura; y dos tribunos de la plebe, que le acompañaban, fueron heridos. Con esto dejaron despejada la plaza de los que habian de hacerles oposicion, y sancionaron la ley del repartimiento de tierras, la cual les sirvió de cebo y golosina con el pueblo para tenerle pronto á todo cuanto malo intentaban, sin que hiciese gran cuenta de la resistencia de Caton [1], ni pensase en mas que en dar sin rebullir su voto á cuanto se proponia. Asi fueron tambien sancionadas las disposiciones de Pompeyo sobre que habia sido la contienda con Luculo; á César se le concedieron la Galia cisalpina y transalpina, y los Ilirios por cinco años, con la fuerza de cuatro legiones completas; y fueron designados Cónsules para el año siguiente Pison, suegro de César, y Gabinio, el mas desmedido entre los aduladores de Pompeyo. En vista de estas cosas Bibulo estuvo ocho meses sin presentarse como Cónsul, contentándose con expedir edictos, que no contenian mas que invectivas y acusaciones contra ambos; y Caton, como inspirado y profeta, predecia en el Senado los males que habian de venir sobre la república y sobre Pompeyo. Por lo que hace á Luculo al punto desistió, y no se movió á nada, no hallándose ya en edad de llevar los negocios del gobierno; sobre lo que dijo Pompeyo, que para un anciano aun era mas intempestivo el darse á los deleites que el tomar parte en los negocios; y sin

1 Seguimos aqui la correccion que de este lugar viciado en el original se hace en las notas puestas al fin de cada tomo de la edicion que nos sirve de texto.

embargo bien pronto se enmolleció el mismo con el amor de aquella jovencita; y por atender á ella, y pasar en su compañía la vida en el campo y en los jardines, se descuidó enteramente de lo que pasaba en la plaza pública: hasta tal punto, que Clodio, tribuno entonces de la plebe, llegó á despreciarlo y á meterse temerariamente en los negocios mas arriesgados. Porque despues que expelió á Ciceron, y que envió á Caton á Chipre, bajo el pretexto de mandar las armas, como viese, cuando ya César habia marchado á la Galia, que el pueblo en todo le preferia, y todo lo disponia y hacia segun su voluntad, al punto intentó revocar algunas de las providencias de Pompeyo; arrebató á Tigranes que se hallaba cautivo, y lo retuvo consigo; y movió causas á algunos de los amigos de Pompeyo para hacer prueba en ellos del poder de este. Finalmente en ocasion de acudir al tribunal Pompeyo con motivo de cierta causa, teniendo él á su disposicion una turba de hombres insolentes y desvergonzados, se paró en un lugar muy público, y les dirigió estas preguntas: ¿Quién es el Emperador corrompido y disoluto? ¿Qué hombre anda en busca de un hombre? ¿Quién es el que se rasca la cabeza con un dedo? y ellos, como si fuera un coro prevenido para alternar, al sacudir aquel la toga respondian á cada pregunta en voz alta: »Pompeyo."

Mortificaban en gran manera estas cosas á Pompeyo, nada acostumbrado á los insultos, y poco ejercitado en esta especie de guerra, y le mortificaban mas, porque veia que el Senado se complacia en su humillacion, y en que pagara la traicion de que con Ciceron habia usado. Sucedió despues que hubo riñas en la plaza, hasta resultar algunos heridos, y se descubrió que un esclavo de Clodio, que se encaminaba á Pompeyo por entre los que le rodeaban, llevaba oculta una espada; y tomando de

aqui pretexto, como por otra parte temiese la insolencia y los insultos de Clodio, ya no volvió á presentarse en la plaza mientras aquel ejerció su magistratura; sino que se encerró en su casa, discurriendo con sus amigos cómo haria para poner remedio al encono del Senado y de todos los buenos contra él. Con todo á Culeon que le propuso se separase de Julia y pasase al partido del Senado, renunciando á la amistad de César, no quiso darle oidos; pero con los que le propusieron la vuelta de Ciceron, hombre el mas enemigo de Clodio, y mas amado del Senado, se mostró mas dispuesto á condescender. Presentó pues en la plaza al hermano de aquel, que era quien hacia la peticion con una gran partida de tropa; y habiéndose venido á las manos y habido algunos muertos, por fin logró vencer á Clodio. Habiendo sido Ciceron restituido por una ley, al punto reconcilió al Senado con Pompeyo: y hablando en favor de la ley de abastos, en cierta manera volvió á hacer á Pompeyo árbitro y dueño de cuanto por tierra y por mar poseian los Romanos: porque quedaron á sus órdenes los puertos, los mercados, el comercio de granos, y en una palabra todos los intereses de los navegantes y labradores; sobre lo que decia Clodio en tono de acusacion, que no se habia propuesto la ley porque hubiese carestía, sino que se habia hecho que hubiese carestía para dar la ley, á fin de que volviese, y se recobrase como de un desmayo con esta nueva autoridad el poder de Pompeyo, que andaba achacoso y decaido. Mas otros dicen haber sido esta comision de Pompeyo pensamiento del Cónsul Espinter, que quiso ponerle el estorbo de un mando mas extenso para ser él mismo enviado en auxilio del Rey Tolomeo. Con todo el tribuno de la plebe Canidio hizo proposicion de una ley, por la que se encargaba á Pompeyo el que sin ejército, llevando solo dos lictores

compusiera las desavenencias del Rey con los de Alejandría; y Pompeyo no se mostraba disgustado de la ley; pero el Senado la desechó con la plausible causa de que temia por la persona de Pompeyo. Derramáronse en aquella ocasion papeles por la plaza y en el edificio del Senado, en los que se manifestaba haber pedido Tolomeo que se le diera por General á Pompeyo en lugar de Espinter; y Timagenes dice que Tolomeo se salió del Egipto sin necesidad, abandonándole á persuasion de Teofanes, para proporcionar á Pompeyo la ocasion de un mando y de adelantar en sus intereses; pero esto no bastó á hacerlo tan probable la perversidad de Teofanes, como lo hizo increible la índole de Pompeyo, cuya ambicion no tuvo nunca un caracter tan maligno é iliberal.

Creado prefecto de los abastos, para entender en su acopio y arreglo envió por muchas partes comisionados y amigos; y dirigiéndose él mismo por mar á la Sicilia, á la Cerdeña y al Africa, recogió gran cantidad de trigo. Iba á dar la vela para la vuelta á tiempo que soplaba un recio viento contra el mar; y aunque se oponian los pilotos, se embarcó el primero, y dió la orden de levantar el áncora diciendo: el navegar es necesario, y no es necesario el vivir; y habiéndose conducido con esta decision y zelo, llenó, favorecido de su buena suerte, de trigo los mercados, y el mar de embarcaciones; de manera que aun á los forasteros proveyó aquella copia y abundancia, habiendo venido á ser como un raudal, que naciendo de una fuente alcanzaba á todos.

En este tiempo habian ensalzado á César á grande altura las guerras de la Galia; y cuando se le tenia al parecer muy lejos de Roma, enredado con los Belgas, los Suevos y Britanos, á esfuerzos de su sagacidad y maña estaba sin que nadie lo advirtiese,

en mitad del pueblo, minando en los principales negocios el poder de Pompeyo. Porque haciendo de la fuerza militar el uso que de su cuerpo, la ejercitaba en aquellos combates como en una caza y persecucion de fieras, no precisamente contra los bárbaros, sino con la mira ulterior de hacerla invicta y temible. El oro, la plata, y todos los demas despojos y riquezas recogidos en gran copia de los enemigos, todo lo enviaba á Roma; y tentando y agasajando con dádivas á los Ediles, á los Pretores, á los Cónsules y á sus mugeres, se ganó la amistad de muchos de ellos; de manera que habiendo pasado los Alpes, y venido á invernar en Luca, sin contar la inmensa muchedumbre que de toda clase de gentes concurrió á visitarle, del orden senatorio fueron doscientos los que acudieron, y entre ellos Pompeyo y Craso; de Procónsules y Pretores se llegaron á ver á su puerta hasta ciento y veinte fasces. A los demas los despidió colmándolos de esperanzas y de presentes; pero entre Pompeyo, Craso y él mediaron ajustes: que se pedirian los Consulados para los dos primeros, en lo que les auxiliaria César, enviándoles muchos de sus soldados para aumentar los votos; y que inmediatamente que fuesen elegidos, harian entre sí mismos el repartimiento de las provincias y mando de los ejércitos; y á César le confirmarian en las provincias que tenia por otros cinco años. Como este convenio se hubiese divulgado, los principales ciudadanos lo llevaron á mal; y Marcelino les preguntó á los dos en junta pública, ¿si pedirian el Consulado? Y clamando muchos porque contestasen, el primero que respondió fue Pompeyo, diciendo que quizá lo pediria, y quizá no lo pediria; pero Craso con mayor política dijo que haria lo que creyese ser de mayor utilidad pública. Estrechaba Marcelino á Pompeyo; y como fuese mucho lo que gritaba, le salió este al encuentro diciéndole: que era el mas injus-

to de los hombres en no mostrársele agradecido; pues que por él de taciturno se habia hecho hablador, y de pobre habia venido á estado de vomitar de harto.

Desistieron los demas de aspirar al Consulado; pero Caton no obstante persuadió y alentó á Lucio Domicio para que no desmayara: porque la contienda, decia, no es por la magistratura, sino por la libertad contra los Tiranos. Pompeyo y su partido temieron el teson de Caton, no fuera que teniendo por suyo á todo el Senado atrajera y mudara la parte sana del pueblo; por lo cual no permitieron que Domicio bajase á la plaza; sino que habiendo apostado hombres armados dieron muerte al esclavo que iba delante con luz, y ahuyentaron á los demas; habiendo sido Caton el último que se retiró, herido en el codo derecho por haberse puesto á defender á Domicio. Habiendo llegado al Consulado por tan mal camino, no se portaron en lo demas con mayor decencia; sino que manifestándose dispuesto el pueblo á elegir por Pretor á Caton, en el acto de votar disolvió Pompeyo la asamblea bajo el pretexto de agüeros; y despues aparecieron nombrados Ancias y Vatinio, sobornadas con dinero las tribus. Despues propusieron leyes por medio del Tribuno de la plebe Trebonio, en virtud de las cuales decretaron á César otro quinquenio segun lo convenido; á Craso le dieron la Siria y el mando del ejército contra los Partos; y al mismo Pompeyo toda el Africa, y una y otra España, con cuatro legiones, de las cuales puso dos á disposicion de César, que las pidió para la guerra de las Galias. Por lo que hace á Craso al punto partió á su provincia concluido el año de Consulado; pero Pompeyo, construido ya su teatro, celebró para dedicarle juegos gimnásticos y de música, y combates de fieras, en los que perecieron quinientos leones: sobre todo el comba-

te de elefantes fue un terrible espectáculo.

Sin embargo de que con estas demostraciones públicas se granjeó la admiracion y el aprecio, volvió otra vez á incurrir en no menor envidia; porque confiando á lugartenientes amigos suyos los ejércitos y las provincias, él pasaba la vida en las casas de recreo de Italia, yendo con su muger de una parte á otra; ó porque estuviese enamorado de ella, ó porque siendo amado no se sintiese con fuerzas para dejarla, pues tambien esto se dice, y era voz comun que aquella joven amaba desmedidamente á su marido; aunque no seria por la edad de Pompeyo, sino que la causa era, á lo que parece, la continencia de este, que despues de casado no se distraia con otras mugeres; y aun su misma gravedad, que no le hacia desagradable en el trato, y antes tenia para las mugeres un cierto atractivo, sino hemos de dar por falso el testimonio de la cortesana Flora. Sucedió en esto que en los Comicios edilicios vinieron á las manos algunos, y habiendo muerto no pocos alrededor de Pompeyo, tuvo que mudar las ropas por habérsele llenado de sangre; y habiendo sido grande el bullicio, y la priesa de los esclavos que llevaban las ropas, como la muger que se hallaba en cinta los viese y observase que la toga estaba manchada de sangre, le dió un desmayo del que tardó mucho tiempo en volver; y al fin malparió de resulta de aquel alboroto y pesadumbre; con lo cual aun los que mas vituperaban la amistad de Pompeyo con César no culparon ya el amor que tenia á su muger. Hízose otra vez embarazada; y habiendo dado á luz una niña, murió del parto, y esta le sobrevivió muy pocos dias. Disponia Pompeyo dar sepultura al cadaver en su quinta Albana; pero el pueblo hizo que se llevara al campo de Marte, mas bien por compasion á aquella jovencita que por obsequio á Pompeyo ó á César, y aun entre ellos mas parte parece

haber dado el pueblo de aquel honor á César con estar distante, que á Pompeyo que se hallaba presente. Porque al punto sobrevinieron borrascas en la ciudad, y se conmovió la república, suscitándose voces sediciosas, apenas faltó entre ambos aquel deudo, que mas bien habia tenido encubierta que apagada la ambicion encontrada de uno y otro. Llegó al cabo la noticia de haber perecido Craso en la guerra con los Partos, y desapareció este grande estorbo para que viniera sobre Roma la guerra civil; porque temiéndole ambos, en sus repartos tenian que guardar cierta justicia. Mas despues que la fortuna quitó de delante el tercero que pudiera entrar en la lid, se estaba ya en el caso de usar de esta expresion de los Comicos:

¡Cómo se unge el uno contra el otro,
Y las manos con polvo se refriegan!

¡Tan poca cosa es aun la misma fortuna para la ambicion humana! pues que no alcanza á saciar sus deseos: visto que tan grande extension de mando, y tanta copia de felicidad, no puede contentar á dos solos hombres; sino que con oir y leer que todo está distribuido entre los Dioses, y cada uno goza de su particular honor, creian sin embargo que para ellos, con no ser mas de dos, no les bastaba todo el imperio de los Romanos.

Pompeyo habia dicho de sí en cierta ocasion arengando al pueblo, que habia obtenido todas las magistraturas mucho antes de lo que habia esperado, y se habia desposeido de ellas mucho antes de lo que se esperaba; y en verdad que deponen en su favor las disoluciones de los ejércitos. Rezelaba entonces que César no depusiese al tiempo debido su autoridad, y buscaba cómo ponerse en seguro respecto de él con magistraturas políticas, sin hacer otra innovacion alguna, ni dar á entender que desconfiaba, sino que mas bien no hacia cuenta y lo miraba con

desden. Mas cuando vió que las magistraturas no se distribuian como parecia conveniente, por haber sido sobornados los ciudadanos, hizo porque la república cayera en la anarquía: con lo que al punto corrió la voz de la necesidad de un Dictador, de la cual el primero que se atrevió á hablar en público fue Lucilio, Tribuno de la plebe, excitando al pueblo á que nombrase á Pompeyo. Opúsosele Caton, y estuvo en poco el que aquel no perdiese el tribunado; mas en cuanto á Pompeyo muchos de sus amigos se presentaron á defenderle de que ni solicitaba, ni siquiera apetecia aquella dignidad. Púsose en esto Caton á hacer su elogio, y á exhortarle á que tomara parte en el restablecimiento del orden; y avergonzado entonces se dedicó á este objeto, quedando elegidos Cónsules Domicio y Mesala. Volvióse á caer otra vez en la anarquía; y como tomase mayor incremento la idea de nombrar Dictador, siendo muchos los que la proponian, temiendo Caton y los suyos no lo arrancaran por fuerza, resolvieron, concediendo á Pompeyo una magistratura legítima, apartarle de aquella ilimitada y tiránica; y Bíbulo, enemigo declarado de Pompeyo, fue el primero que abrió dictamen en el Senado para que este fuera nombrado Consul único: porque ó la república saldria del presente desorden, ó serviria al ciudadano mas ilustre. Fue oida con sorpresa la proposicion, á causa del que la hacia; y levantándose Caton, segun se esperaba para contradecirle, luego que se hizo silencio, dijo: que él no habria manifestado aquel dictamen; pero una vez presentado por otro, creia que convenia adoptarle, pues preferia cualquiera mando á la anarquía, y juzgaba que ninguno gobernaria mejor que Pompeyo en semejante confusion. Adoptóle pues el Senado, y se decretó que Pompeyo en calidad de Cónsul mandase solo, y si necesitase de colega, eligiera al que fuera de su

aprobacion; mas no antes de dos meses.

Nombrado y designado Pompeyo Cónsul en esta forma por Sulpicio, que mandaba en el interregno, saludó con mucha expresion á Caton, reconociendo que le estaba muy agradecido, y le pidió que fuera su asesor particular durante su mando; pero Caton se desdeñó de que Pompeyo le diese gracias, pues que nada de lo que dijera lo habia dicho por consideracion á su persona, sino á la república, y que seria en particular su asesor si le llamaba; pero que si no le llamase, diria en público lo que creyese conveniente. Este era el caracter de Caton en todo negocio.

Habiendo Pompeyo entrado en la ciudad se casó con Cornelia, hija de Metelo Escipion, que no se hallaba soltera, sino que habia quedado viuda poco antes de Publio, hijo de Craso, muerto tambien en la guerra de los Partos, con quien casó doncella. Tenia esta joven muchas prendas que la hacian amable ademas de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría; y habia oido con fruto las lecciones de los filósofos. Agregábanse á esto unas costumbres libres de la displicencia y afectacion con que tales conocimientos suelen echar á perder la índole de las jóvenes; y en su padre, tanto por razon de linage como por su opinion personal, no habia nada que tachar. Con todo este enlace no agradaba á algunos, por la desigualdad de edades, siendo la de Cornelia mas propia para haberla casado con su hijo. Otros, mirándolo por el aspecto del decoro y la conveniencia, creian que Pompeyo no habia mirado por el bien de la república, que agoviada de males le habia elegido como médico, entregándose toda en sus manos; y él en tanto se coronaba y andaba en sacrificios de boda, cuando debia reputar á calamidad aquel Consulado, que no se le habria concedido tan fuera del orden

legítimo, si la patria se hallara en estado de prosperidad. Presidia á los juicios sobre cohechos y sobornos, y al proponer los decretos contra los comprendidos en las causas, en todo lo demas se condujo con gravedad y entereza, dando á los tribunales, en los que tenia puesta guardia, seguridad, decoro y orden; pero habiendo de ser juzgado su suegro Escipion, llamó á su casa á los trescientos y sesenta jueces, y les rogó estuvieran en su favor; y el acusador se apartó de la causa por haber visto á Escipion ir acompañado desde la plaza por los mismos jueces. Empezóse por tanto á murmurar otra vez de él; y mas que habiendo prohibido por ley las alabanzas de los que sufrian un juicio, él mismo se presentó á hacer el elogio de Planco; y Caton, que casualmente era uno de los jueces, tapándose con las manos los oidos, dijo que no era razon escuchar unas alabanzas contra ley; por lo cual se recusó á Caton antes de dar su voto; pero Planco fue sin embargo condenado por todos los demas con vergüenza de Pompeyo. De alli á pocos dias Hipseo, varon consular, contra quien se seguia una causa, se puso á esperar á Pompeyo cuando del baño pasaba á la cena, é imploró su favor echándose á sus pies; pero él pasó sin hacer caso, diciendo que ninguna otra cosa adelantaria sino que se le echara á perder la cena, con lo que se atrajo la nota de no guardar igualdad. Todas las demas cosas las puso perfectamente en orden, y eligió por colega á su suegro para los cinco meses que restaban. Decretóse en su obsequio que conservaria las provincias por otro cuadrienio, y percibiria cada año mil talentos para el vestuario y manutencion de las tropas.

Tomando de aqui ocasion los amigos de César, solicitaban que tambien este sacara algun partido despues de tan continuados combates por el acrecentamiento de la república. Porque ó bien era acreedor al segun-

do consulado, ó bien á que se le prorogase el tiempo del mando, para que no fuera otro y le arrebatara la gloria de sus afanes; sino que la autoridad y el honor fuesen de quien los habia merecido con sus sudores. Habiéndose reunido á tratar de este asunto, Pompeyo, como para desvanecer por afecto la envidia que podria suscitarse contra César, dijo haber recibido cartas de este, en las que mostraba desear que se le diese sucesor, y se le relevase del mando; pero que no habria inconveniente en que se le admitiese á pedir en ausencia el consulado. Opúsose á esto Caton, diciendo que despues de reducido César á la clase de particular, y de haber depuesto las armas, verian los ciudadanos qué era lo que correspondia; y como Pompeyo en lugar de insistir se hubiese dado por vencido, fue mayor la sospecha que hizo concebir á muchos de sus disposiciones respecto á César. Reclamó ademas de este las tropas que le habia alargado, bajo pretexto de la guerra Pártica; y él no obstante saber la mira con que se pedian aquellos soldados, se los envió despues de haberlos regalado con largueza.

Por este tiempo como Pompeyo hubiese enfermado de cuidado en Nápoles, y recobrado la salud, los napolitanos, á excepcion de Praxagoras, hicieron sacrificios públicos por su restablecimiento, é imitando este ejemplo los de los pueblos vecinos fue de unos en otros corriendo toda Italia, y no hubo ciudad grande ni pequeña que no hiciese fiestas por muchos dias. Fuera de esto no habia lugar que bastase para los que le salian al encuentro por todas partes, sino que los caminos, las aldeas y los puertos estaban llenos de gentes que hacian sacrificios y banquetes. Muchos le salian á recibir con coronas y antorchas, y le acompañaban derramando sobre él flores; de manera que su vuelta y todo su viage fue uno de los espectáculos mas magníficos y brillantes

que se han visto; y asi se dice no haber sido esta la menor de las causas que atrajeron la guerra civil. Porque el exceso de esta satisfaccion dió mayor calor al orgullo con que ya pensaba acerca de los negocios; y creyéndose dispensado de aquella circunspeccion que hasta alli habia afianzado y dado estabilidad á sus prósperos sucesos, se entregó á una ilimitada confianza, y al desprecio del poder de César, como que ya no necesitaba de armas ni de una grande diligencia contra él; sino que aun le habia de ser mas facil entonces el destruirlo que le habia sido antes el levantarlo. Concurrió ademas de esto haber venido Apio de la Galia trayendo las tropas que Pompeyo habia dado á César, y haber empezado á apocar las hazañas de este, desacreditándole en sus conversaciones, y diciendo que el mismo Pompeyo no llegaba á conocer todo el valor de su poder y gloria buscando apoyarse con otras armas contra César, cuando con las suyas propias podia destruirle apenas se dejase ver; pues tanto era el odio con que miraban á César, y tan grande la inclinacion que tenian á Pompeyo; el cual se engrió de manera, y llegó á tal extremo de descuido con la nimia confianza, que se burlaba de los que temian la guerra; á los que le decian que si viniese César no veian con qué tropas se le podria resistir, sonriéndose y poniendo un semblante desdeñoso les contestaba que no tuvieran cuidado ninguno; pues en cualquiera parte de Italia, decia, que yo dé un puntapie en el suelo brotaran tropas de infantería y caballería.

Ya César daba calor con mas viveza á los negocios no apartándose mucho de la Italia; enviando continuamente á Roma soldados suyos para que votaran en las asambleas; y ganando y corrompiendo con intereses á muchos de los magistrados, de cuyo número eran el Cónsul Paulo, traido á su faccion con mil y quinientos talentos; el Tribuno de la ple-

be Curion, á quien redimió de inmensas deudas; y Marco Antonio, que por la amistad de Curion participó tambien para las suyas. Díjose entonces que un Tribuno de los que habian venido del ejército de César, hallándose á la puerta del Senado, y llegando á entender que este no prorogaria á César el tiempo de su mando, echó mano á la espada diciendo, pues esta lo prorogará, y á esto se dirigia cuanto se hacia y meditaba. Con todo las proposiciones é instancias de Curion en cuanto á César parecian mas moderadas; porque pedia una de dos cosas; ó que Pompeyo tambien renunciara, ó que no se quitaran á César las tropas: pues de este modo ó reducidos á la clase de particulares estarian á lo justo, ó conservándose rivales permanecerian como estaban; cuando ahora el que queria debilitar al otro doblaba por lo mismo su poder. Ocurrió despues, que Marcelo apellidó ladron á César, y fue de parecer que se le tuviera por enemigo sino deponia las armas; mas con todo Curion pudo obtener con Antonio y con Pison que se decidiera este asunto en el Senado: porque propuso que pasaran al otro lado todos los que fueran de opinion de que solo César dejara las armas, y Pompeyo retuviera el mando; y pasaron la mayor parte. Propuso otra vez que se hiciera la misma diligencia, pasando á su lado los que quisieran que ambos depusieran las armas, y ninguno de los dos quedara con mando; y á la parte que hacia por Pompeyo solo pasaron veinte y dos, pasando á la de Curion todos los restantes. Este, como si hubiera ganado una victoria, corrió lleno de gozo á presentarse al pueblo, que le recibió con grande algazara, derramando sobre él coronas y flores. Pompeyo no asistió al Senado; porque los que mandan ejércitos no entran en la ciudad; pero Marcelo se levantó, diciendo, que ya nada oiria desde su asiento, pues al ver que estaban en marcha diez legiones, habien-

do pasado los Alpes, enviaria quien se les opusiese en defensa de la patria.

En consecuencia de esto mudaron los vestidos como en un duelo: y Marcelo marchando desde la plaza á verse con Pompeyo, adonde le siguió el Senado, puesto ante aquel: te mando, le dijo, ó Pompeyo, que defiendas la patria, empleando las tropas que se hallan reunidas y levantando otras; y lo mismo le dijo Lentulo, otro de los Cónsules designados para el año siguiente. Empezo Pompeyo á entender en esta última operacion; pero unos no obedecian, algunos pocos se reunieron lentamente y de mala gana, y los mas clamaban por la disolucion del ejército, porque leyó Antonio ante el pueblo contra la voluntad del Senado una carta de César, que contenia una especie de apelacion obsequiosa á la muchedumbre. Proponia en ella que dimitiendo ambos sus provincias, y licenciando las tropas, quedaran á disposicion de la república dando razon de su administracion; pero Lentulo ya Cónsul no reunia el Senado; y Ciceron, que acababa de llegar de la Cilicia, trató de una transacion, por la cual César, saliendo de la Galia y dejando todas las demas tropas, esperaria en el Ilirio con dos legiones el consulado. Como todavía lo repugnase Pompeyo, aun se recabó de los amigos de César que no fuese mas que una la legion; pero opúsose Lentulo, y gritando Caton que Pompeyo lo erraba y se dejaba otra vez engañar, la transaccion no tuvo efecto.

Corrió en esto la voz de que César, habiéndose apoderado de Ariminio, ciudad populosa de la Italia, venia contra Roma con todo su ejército; pero esta noticia era falsa, porque hacia su marcha con solos trescientos caballos y cinco mil infantes, no habiendo tenido por conveniente aguardar á las demas tropas que estaban del otro lado de los Alpes, con la mira de acometer á los contrarios cuando

estuviesen perturbados y desprevenidos, sin darles tiempo para que se apercibieran á la pelea. Habiendo pues llegado al rio Rubicon, que era el límite de su provincia, se paró pensativo, y estuvo por algun tiempo meditando lo atrevido de su empresa. Despues como los que de un precipicio se arrojan á una gran profundidad, cerró la puerta á todo discurso, y apartó los ojos del peligro; y sin articular mas palabras que esta expresion en lengua griega: *tirado está el dado*, hizo que las tropas pasaran el rio. Apenas se divulgó la noticia, la turbacion, el miedo y el asombro se apoderaron de Roma como nunca antes; el Senado partió corriendo en busca de Pompeyo, y tambien acudieron las autoridades. Preguntó Tulo acerca del ejército y tropas; respondiéndole Pompeyo con inquietud, y como quien no está muy seguro, que tenia prontos los soldados que habian venido del ejército de César, y pensaba reunir en breve los que ya estaban alistados, que serian unos treinta mil, exclamó Tulo: nos engañaste, ó Pompeyo: y fue de dictamen que se enviara á César una embajada. Un tal Fabonio, hombre por otra parte de bondad, pero que con ser arrojado é insolente le parecia que imitaba la libertad y entereza de Caton, dijo entonces á Pompeyo: esta es la hora de que des aquel puntapie en el suelo, haciendo brotar las tropas que prometiste; y tuvo que aguantar con mansedumbre esta impertinencia. Mas recordándole Caton lo que en un principio habia predicho acerca de César, le contestó, que si bien Caton habia profetizado mejor, él habia procedido con mayor candor y amistad.

Aconsejaba Caton que se nombrara á Pompeyo Generalísimo con la mas plena autoridad: añadiendo que el que habia causado grandes males solia ser el mas propio para remediarlos; y al punto partió para Sicilia, que era la provincia que le habia to-

cado, marchando tambien los demas á las que les habian cabido en suerte. Como se hubiese sublevado toda la Italia, era grande la perplejidad acerca de lo que debia hacerse, porque los que andaban fugitivos por diferentes partes se vinieron á Roma; y los habitantes de esta la abandonaron, á causa de que en semejante tormenta y turbacion lo que podia ser útil carecia de fuerza, y solo prevalecia la indocilidad y desobediencia á los que mandaban; pues no habia modo de calmar el miedo, ni dejaban á Pompeyo que pensase por sí solo lo conveniente, sino que cada uno trataba de inspirarle la pasion que á él le dominaba, de miedo, de pesar ó de agitacion. Asi en un un mismo dia dominaban resoluciones contrarias y no le era posible saber nada de cierto de los enemigos, porque cada uno venia á anunciarle lo que casualmente oia, y se incomodaba sino le daban crédito.

Decretó pues que se estaba en sedicion, y mandó que le siguiesen todos los que pertenecian al partido del Senado; en el concepto de que serian tenidos por Cesarianos los que se quedasen, y ya á la caida de la tarde salió de la ciudad. Los Cónsules, sin haber hecho los sacrificios solemnes que preceden á la guerra, huyeron, y aun en medio de tan infaustas circunstancias era Pompeyo, en cuanto al amor del pueblo hacia él, un hombre feliz, pues con haber muchos que abominaban aquella guerra, ninguno miraba con odio al General, y en mayor número eran los que seguian por no poder resolverse á abandonar á Pompeyo, que los que huian con él por amor de la libertad.

De alli á pocos dias llegó César á Roma, y apoderándose á fuerza de ella, trató á todos con apacibilidad y mansedumbre; y solo al Tribuno de la plebe Metelo, que se oponia á que tomara fondos del erario público, le amenazó de muerte, añadiendo á la

amenaza otra expresion mas dura todavía, pues le dijo; que á él le costaria mas el decirlo que el hacerlo. Habiendo retirado de este modo á Metelo, y tomado lo que le pareció necesitar, se puso á perseguir á Pompeyo, apresurándose á arrojarlo de Italia antes que le llegaran las tropas de España. Ocupó este á Brindis, y teniendo á su disposicion copia de naves, hizo embarcar inmediatamente á los Cónsules, y con ellos treinta cohortes, para mandarlos con anticipacion á Dirraquio; y á su suegro Escipion y á Neyo su hijo los envió á la Siria para disponer otra escuadra. Por lo que hace al mismo Pompeyo aseguró las puertas; colocó en las murallas las tropas ligeras; mandó á los habitantes de Brindis que no se movieran de sus casas; de la parte de adentro abrió fosos por toda la ciudad, y á la entrada de la calles puso en ellos estacas con punta, á excepcion de dos solas por las que tenia bajada al mar. Al tercer dia habia ya embarcado con descanso todas las tropas, y dando repentinamente la señal á los que estaban en la muralla, se le incorporaron sin dilacion, y se entregó al mar. César luego que vió desamparada la muralla, conoció que se retiraban, y puesto á perseguirlos estuvo en muy poco que no cayese en las celadas; pero habiéndoselo advertido los Brentesianos, se guardó de entrar en la ciudad, y dando la vuelta, halló que todos habian dado la vela, á excepcion de dos barcos que no contenian mas que uuos cuantos soldados.

Colocan todos los demas esta retirada de Pompeyo entre las mas delicadas operaciones militares; pero César mostró maravillarse de que ocupando una ciudad fuerte, esperando las tropas de la España, y siendo dueño del mar, desmantelase y abandonase la Italia. El mismo Ciceron le reprende de que hubiese preferido el método de defensa de Temístocles al de Pericles, cuando las circunstancias eran seme-

jantes á las de este, y no á las de aquel. Como quiera en las obras manifestó César que temia mucho la dilacion y el tiempo, pues habiendo tomado cautivo á Numerio, amigo de Pompeyo, lo envió á Brindis á tratar de paz con equitativas condiciones; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En consecuencia de estos sucesos, habiéndose hecho César dueño de toda Italia en solos sesenta dias, sin haber derramado una gota de sangre, su primera determinacion fue ir en seguimiento de Pompeyo; pero faltándole las embarcaciones, convirtió su atencion y su marcha á la España para ver de incorporar á las suyas aquellas tropas.

En este tiempo juntó Pompeyo considerables fuerzas, de las cuales las de mar eran del todo irresistibles, porque tenia quinientos buques de guerra, y de trasportes y guarda-costas un número excesivo; en caballería habia reunido la flor de los Romanos é Italianos, hasta en número de siete mil hombres, superiores en riqueza, en linage y en valor. La infantería era colecticia; y necesitando de instruccion, la disciplinó de asiento en Berea, no ocioso por su parte, sino concurriendo á los ejercicios como si se hallase en la mas vigorosa juventud; pues era de gran peso para inspirar confianza el ver á Pompeyo Magno en la edad de cincuenta y ocho años maniobrar armado, ora con la infantería, y ora con la caballería, desenvainando la espada sin trabajo en medio del galope del caballo, y volverla á envainar con facilidad; y en tirar al blanco mostrar no solo buen tino, sino tambien pujanza para lanzar los dardos á una distancia de la que pocos de los jóvenes podian pasar. Habian acudido á él los reyes y los Próceres de las naciones, y de Roma un número tal de los primeros personages que parecia tener el Senado entero cerca de sí. Concurrió tambien Labeon, abandonando á César, de quien era amigo, y con quien habia he-

cho la guerra en las Galias, é igualmente Bruto, hijo de aquel, á quien Pompeyo hizo perecer en la Galia, varon de elevado ánimo, y que nunca antes habia saludado, ni aun dado la palabra á Pompeyo, por matador de su padre; pero al que se sometió entonces, mirándole como libertador de Roma. Ciceron, aunque en sus escritos y sus consejos habia manifestado diferente opinion, tuvo á menos no ser del número de los que exponian la vida por la patria. Acudió, yendo hasta la Macedonia, asimismo Tidio Sexcio, varon sumamente anciano, y que habia perdido una pierna; al cual, mientras los demas se reian y burlaban, corrió á abrazar á Pompeyo, levantándose de su asiento, por creer que no podia haber para él testimonio mas lisongero que el que los imposibilitados por la edad y por las fuerzas prefirieran á su lado el peligro á la seguridad que en otra parte tendrian.

Celebróse Senado; y como siendo Caton quien abrió dictamen se decretase que no debia quitarse la vida á ningun Romano sino en formal combate, ni saquearse ciudad ninguna que se conservase obediente á los Romanos, ganó con esto mayor aprecio el partido de Pompeyo; pues aun aquellos á quienes no alcanzaba la guerra, ó por vivir distantes, ó por preservarlos de ella su oscuridad y pobreza, ayudaban á lo menos con la voluntad, y en sus conversaciones se ponian de parte de lo justo, creyendo que era enemigo de los Dioses y los hombres el que no sintiera placer en que venciese Pompeyo. Sin embargo tambien César se acreditó de benigno en medio de la victoria; pues que habiendo tomado y vencido las fuerzas de Pompeyo en España, no hizo mas que descartarse de los caudillos, y valerse de los soldados; y habiendo vuelto á pasar los Alpes corrió la Italia, llegó á Brindis en el solsticio del invierno, pasó el mar, y se dirigió á Orico desde

donde teniendo cautivo á Bibulo amigo de Pompeyo, le mandó con embajada á este para excitarle á que reuniéndose ambos en un dia determinado disolviesen todos los ejércitos, y hechos amigos con juramento solemne volviesen á la Italia. Tuvo este paso Pompeyo por nueva asechanza; y bajando con prontitud hácia el mar, ocupó terrenos y sitios que sirvieran de firme apoyo á su infantería, y puertos y desembarcaderos cómodos para los que arribasen por el mar; de manera que todo viento era próspero á Pompeyo para que le llegaran víveres, tropas y caudales. César, que no habia podido ocupar sino lugares desventajosos, tanto por tierra como por mar, solicitaba los combates, acometia á las fortificaciones, y provocaba á los enemigos por todas partes, llevando por lo comun lo mejor, alcanzando ventajas en estos encuentros, y solo en una ocasion estuvo para ser derrotado y para perder el ejército; pues en ella peleó Pompeyo con gran valor, hasta haberlos rechazado á todos, con muerte de unos dos mil; y no los forzó entrando con los Cesarianos en el campamento, ó porque no pudo, ó mejor porque le detuvo el miedo. Asi es que se refiere haber dicho César á sus amigos: hoy la victoria era de los enemigos, si hubieran tenido vencedor.

Engreidos con este suceso los del partido de Pompeyo querian se diese pronto una batalla decisiva; pero Pompeyo, aunque á los reyes y á los caudillos que no se hallaban alli les escribia en tono de vencedor, temia el éxito de una batalla, esperando del tiempo y de la escasez y carestía triunfar de unos enemigos invictos en las armas, y acostumbrados largo tiempo á vencer en union; pero desalentados ya por la vejez para toda otra fatiga militar, como las marchas, las mudanzas de campamento, y la formacion de trincheras, que era por lo que no pen-

saban mas que en acometer y venir á las manos cuanto antes. Y Pompeyo hasta aquel punto habia podido con la persuasion contener á los suyos; pero cuando César, despues de la batalla referida, estrechado de la carestía, tuvo que marchar por el pais de los Atamanes á la Tesalia, ya aquellos ánimos no estaban tan moderados, sino que gritando todos que César huia, unos proponian que se marchara en pos de él, y se le persiguiera, y otros que se diera la vuelta á Italia, y aun algunos enviaban á Roma sus domésticos y sus amigos á que les tomaran casa cerca de la plaza, como que ya iban á pedir las magistraturas. Muchos se apresuraron á hacer viage á Lesbos, para pedir albricias á Cornelia de que estaba concluida la guerra: porque Pompeyo, para tenerla en mayor seguridad, la habia enviado allá. Reunióse pues el Senado, y Afranio fue de opinion de que se ocupara la Italia, porque ademas de ser ella el premio principal de aquella guerra, á los que la dominaran se arrimarian al punto la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, la España y toda la Galia, no siendo por otra parte razon desatender el que debia ser objeto principal de Pompeyo; á saber, la patria que le tendia las manos por verse escarnecida, y en la servidumbre de los esclavos y aduladores de los tiranos. Mas Pompeyo creia que ni para su gloria conducia el huir segunda vez de César y ser perseguido, pudiendo perseguir, ni era justo abandonar á Escipion, ni á los demas Consulares esparcidos por la Grecia y la Tesalia, que al punto habian de venir á poder de César con grandes caudales y muchas tropas; y que el mejor modo de cuidar de Roma era el que la guerra se hiciese lejos de alli, para que libre y exenta de males esperara al vencedor.

Tomada esta resolucion, marchó en seguimiento de César, con ánimo de rehusar batalla, contentándose con cercarle y quebrantarle por medio de la

falta de víveres, yéndole siempre al alcance, lo que juzgaba tambien conveniente por otro respeto; pues habia llegado á sus oidos la especie difundida entre la caballería, de que seria del caso, despues de deshecho César, acabar tambien con él mismo; y aun algunos dicen que por esta razon no se valió Pompeyo de Caton para ninguna cosa de importancia, sino que al partir contra César lo dejó en la costa del mar encargado del bagage, no fuera que quitado César de enmedio, quisiera al punto obligarle á que depusiera el mando. Viéndole andar de este modo en pos de los enemigos, se le culpaba públicamente de que no era á César á quien hacia la guerra, sino á la patria y al Senado, para mandar siempre, y no dejar de tener por sus criados y satélites á los que eran dignos de dominar toda la tierra; y Domicio Enobarbo con llamarle siempre Agamenon y Rey de reyes concitaba mas la envidia contra él. Erale no menos molesto que cuantos usaban de indiscretas é importunas libertades aquel Fabonio, con sus pesadas burlas, diciendo: camaradas en todo este año no probareis los higos de Tusculano. Lucio Afranio, el que perdió las tropas de España, por lo que habia contra él la sospecha de traicion, viendo entonces á Pompeyo esquivar la batalla, prorumpió en la expresion de que se admiraba, cómo sus acusadores andaban tan tardos en acometer al que apellidaban mercader de provincias. Con estas y otras semejantes expresiones violentaron á un hombre, que no sabia sobreponerse á la opinion del vulgo, ni á la censura de sus amigos, á adoptar sus esperanzas y sus planes, apartándose de la prudente determinacion que habia seguido: cosa que no hubiera debido suceder, ni á un capitan de barco, cuanto mas á un General de tantas tropas y tantas naciones. Pompeyo pues, que alababa entre los médicos á los que nunca condescendian con los antojos de los dolien-

tes, en esta ocasion cedió á la parte enferma del ejército, temiendo hacerse desabrido por la salud de la patria. Porque ¿cómo tendria nadie por sanos á unos hombres que en las marchas y en los campamentos soñaban con los Consulados y las Preturas; ni á Espinter, Domicio y Escipion, entre quienes habia riñas por la dignidad de Pontífice Máximo de César? como si tuvieran acampado al frente al Armenio Tigranes, ó al Rey de los Nabateos; y no á aquel mismo César y aquellos soldados que habian tomado por fuerza mil ciudades, habian sujetado mas de trescientas naciones; y habiendo sido siempre invictos en tantas batallas con los Germanos y los Galos, que no tenian número, habian tomado mas de un millon de cautivos, y dado muerte en batalla campal á un millon de hombres.

Sin embargo de ver determinado á Pompeyo, desasosegados é inquietos, le obligaron luego que llegaron á la llanura de Farsalia á tener un consejo, en el cual Labieno, General de la caballería, levantándose el primero, juró que no se retiraria de la batalla sin haber puesto en huida á los enemigos, y lo mismo juraron todos. En aquella noche le pareció á Pompeyo entre sueños que al entrar él en el teatro aplaudió el pueblo, y él despues adornó con muchos despojos el templo de Vénus Nicéfora[1]. Esta vision en parte le alentaba, y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasion de él resultara gloria y esplendor al linage de César que subia hasta Vénus. Suscitáronse ademas en el campamento ciertos terrores pánicos que le hicieron levantar. A la vigilia de la mañana resplandeció sobre el campamento de César, donde todo estaba en quietud, una gran llama, en la que se encendió una antorcha, que fue á parar al campamento de Pompeyo: y se dice que

1 Nicéfora vale tanto como conductora de la victoria.

César vió este portento á tiempo que recorria las guardias. Por la mañana muy temprano, antes de disiparse las tinieblas, disponia hacer marchar de alli su ejército; y cuando ya los soldados recogian las tiendas, y enviaban delante los bagages y los asistentes, vinieron las escuchas anunciando observarse en el campamento del enemigo que se andaba con armas de una parte á otra, y aquel movimiento y ruido que causan hombres que salen á dar batalla; y despues de estos llegaron otros, diciendo que los primeros soldados estaban ya formados.

César al oir esto, diciendo haber llegado el deseado dia en que iban á pelear con hombres y no con el hambre y la miseria, mandó que al punto se colocara delante de su pabellon la túnica de púrpura, porque esta es entre los Romanos la señal de batalla. Los soldados al verla, dejando las tiendas, con algazara y regocijo corrieron á las armas, y los tribunos, formándolos como en un coro en el orden que convenia, pusieron á cada uno en su propio lugar, sin arrebato ni confusion.

Tomó Pompeyo para sí el ala derecha, habiendo de tener al frente á Antonio; en el centro colocó á su suegro Escipion, contrapuesto á Lucio Albino; y Lucio Domicio mandó el ala izquierda, reforzada con el grueso de la caballería, que casi toda habia cargado á aquella parte para envolver á César, y destrozar la legion décima que tenia la fama de ser la mas valiente, y en la que acostumbraba á colocarse César en las batallas. Cuando este vió sostenida por tanta caballería la izquierda de los enemigos, temió la fortaleza de su armadura, y sacó de su retaguardia seis cohortes, colocándolas á espaldas de la legion décima, con orden de que no se movieran, y procuraran ocultarse á los enemigos; mas cuando acometiese la caballería salieran con precipitacion por entre la primera línea, y no tiraran las

lanzas, como suelen hacerlo los mas esforzados para venir cuanto antes á las espadas, sino que dirigieran los golpes hácia arriba, para herir en la cara y en los ojos á los enemigos: porque aquellos lindos y graciosos bailarines no solo no aguardarian, sino que ni aun sufririan por causa de su belleza ver el hierro delante de los ojos. Estas eran las disposiciones que daba César.

Pompeyo, descubriendo desde su caballo el orden y formacion de los enemigos, cuando vió que estos esperaban tranquilos el momento y oportunidad sin moverse de sus filas, siendo asi que su ejército no se mantenia con la misma quietud, sino que lleno de ardor empezaba por su impericia á desordenarse, temiendo que enteramente se le desbandase en el principio de la batalla, dió orden á los de primera línea, de que permaneciendo firmes é inmobles recibieran en aquella manera á los enemigos. César reprende esta orden y esta operacion militar: porque con ella se debilita la fuerza que adquieren los golpes en la carrera, y aquel encuentro de los enemigos unos con otros, que es el que da impulso y entusiasmo, y aumenta la cólera con la gritería y el mayor ímpetu; quitado lo cual los hombres pierden el ardor y se enfrian. Las fuerzas de César consistian en unos veinte y dos mil hombres, y las de Pompeyo eran poco mas del doble de este número.

Dada la señal de una y otra parte, cuando las trompetas comenzaron á excitar al encuentro, de los de la muchedumbre cada uno pensó solo en sí mismo; pero unos cuantos Romanos, lo mejor entre ellos, y algunos Griegos que se hallaron presentes fuera de la batalla, al ver que se acercaba el momento terrible, se pusieron á meditar sobre el trance á que la codicia y ambicion habian traido á la república. Armas de un mismo origen, ejércitos entre sí hermanos, las mismas insignias, y el valor y poder de una

misma ciudad, iban á chocar consigo mismos, demostrando cuán ciega y loca es la condicion humana en sus pasiones: porque si querian mandar y gozar tranquilamente de lo adquirido, la mayor y mas apreciable parte del mar y de la tierra les estaba sujeta; y si todavía tenian ansia y sed de trofeos y triunfos, podian saciarla en las guerras Párticas y Germánicas. Quedaba ademas ancho campo á sus hazañas en la Escitia y en la India, pudiéndoles servir de pretexto el dar civilizacion á naciones bárbaras. Porque ¿qué caballería de los Escitas, qué saetas de los Partos, ó qué riquezas de los Indios serian bastantes á contener á setenta mil Romanos que acometieran armados estas regiones al mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habian llegado á sus oidos antes que supieran que habia Romanos? ¡tantas, tan varias y feroces eran las naciones hasta donde habian penetrado victoriosos! Y entonces se habian buscado para hacerse uno á otro la guerra, sin que sirviera para contenerlos ni el zelo de su propia gloria, por la que se habian olvidado hasta de la compasion que debian tener á la patria, habiéndose apellidado invictos hasta aquel dia. Porque el deudo antes contraido, las gracias de Julia, y aquel enlace, luego se vió que no habian sido mas que unas prendas falaces y sospechosas de una sociedad formada en provecho comun; sin que hubiera entrado en ella, ni por la mas mínima parte, la verdadera amistad.

Luego que la llanura de Farsalia se llenó de hombres, de caballos y de armas, y que de una y otra parte se dieron las señales de la batalla, el primero que salió corriendo de las líneas de César fue Cayo Crastino, que mandaba una compañía de ciento y veinte hombres, cumpliendo de este modo á César la promesa que le habia hecho; porque habiéndolo este visto al salir del campamento, saludándole por

su nombre, le preguntó: ¿qué pensaba de la batalla? y él, alargándole la mano, exclamó: vencerás gloriosamente César, y hoy habras de alabarme ó vivo ó muerto. Teniendo fijas en la memoria estas palabras, se adelantó llevando á muchos consigo, y se arrojó en medio de los enemigos. Peleóse desde luego con las espadas, y como con muerte de muchos intentase penetrar las filas de los enemigos, uno de estos le metió la espada por la boca, con tal fuerza que le salió por la nuca. Muerto Crastino, ya despues se peleaba con igualdad; sino que Pompeyo no movió con la conveniente celeridad su derecha, deteniéndose á mirar á una y otra parte esperando la acometida de la caballería. Ya esta marchaba en cuerpo para envolver á César, y habia conseguido impeler sobre su batalla los pocos caballos que ante ella tenia formados; pero habiendo dado César la señal, su caballería se retiró, y acudiendo al punto las cohortes destinadas á oponerse á aquella operacion, que venian á constar de unos tres mil hombres, se dirigieron con ímpetu contra los enemigos, y contrarestando á la caballería, usaron de las lanzas hácia arriba, como se les habia prevenido, para herir en la cara. A aquellos soldados bisoños, sin experiencia de ningun género de combate, y desprevenidos para el que sufrian, no teniendo de él ninguna idea, les faltó valor y sufrimiento para aguantar unos golpes dirigidos á los ojos y al rostro; por lo que volviendo grupa, y cubriéndose los ojos con las manos, huyeron ignominiosamente. Luego que estos se quitaron de delante, los Cesarianos ya no pensaron mas en ellos, sino que marcharon contra la infantería por aquella parte por donde habiendo quedado mas débil con la falta de los caballos daba mayor facilidad para ser cercada y envuelta. Acometiendo pues por el flanco, y la legion décima por el frente, ni se sostuvieron estos, ni guardaron orden, viendo que

cuando esperaban haber envuelto á los enemigos eran ellos lo que experimentaban esta suerte.

Rechazados estos, cuando Pompeyo vió la polvareda, y conjeturó lo sucedido á la caballería, es imposible decir cómo se quedó, ni cuál fue su pensamiento; antes semejante á un hombre fuera de sí y enteramente alelado, sin acordarse de que era Pompeyo Magno, y sin hablar una palabra, paso entre paso se encaminó al campamento, en términos de venirle muy acomodados estos versos:

En Ayax Jove desde su alto asiento
Tal terror infundió, que elado, absorto,
Echó á la espalda el reforzado escudo,
Y atras volvió mirando á todas partes.

Entrando de la misma manera en su tienda, se sentó taciturno, hasta que llegaron muchos persiguiendo á los que huian, porque entonces prorumpiendo en sola esta expresion: ¿con qué hasta mi campamento? y sin decir ninguna otra cosa, tomó las ropas que á su presente fortuna convenian, y se salió de él. Huyeron asimismo las demas legiones, y fue grande en el campamento la mortandad de los que custodiaban los equipages y de los asistentes: de los soldados dice Asinio Polion, que se halló con César en la batalla, que solo murieron unos seis mil. Tomaron el campamento, y entonces vieron la locura y vanidad de los enemigos: porque las tiendas estaban coronadas de arrrayan, entapizadas de flores, y con mesas llenas de vasos preciosos: veíanse tazas rebosando de vino, y todo el adorno y aparato eran mas bien de hombres que hacian sacrificios y celebraban fiestas que de soldados armados para la batalla. Pervertidos hasta este punto en sus esperanzas, y llenos de una vana confianza salieron al combate.

Pompeyo á los pocos pasos que hubo andado desde el campamento dejó el caballo, siendo en

muy corto número las personas que le seguian: y como nadie le persiguiese caminaba despacio, pensando en lo que era natural pensase un hombre acostumbrado por treinta y cuatro años continuos á vencer y mandar á todos; y que entonces por la primera vez probaba lo que era ser vencido y huir. Contemplaba que en una hora habia perdido aquella gloria y aquel poder, que habia ido creciendo con peligros, combates y continuas guerras; y que el mismo que poco antes era guardado con tantas armas, caballos y tropas, caminaba ahora tan abatido y desamparado, que podia ocultarse á los enemigos que le buscaban. Pasó por delante de Larisa; y habiendo llegado al valle de Tempe, se echó en tierra de bruces, aquejado de la sed, y bebió en el rio: levantóse y continuó marchando por el valle hasta que llegó al mar. Pasó alli lo que restaba de la noche, reposando en la barraca de unos pescadores; y al amanecer, embarcándose en una lanchita de rio, admitió en ella á los hombres libres que le seguian, mandando á los esclavos que se fueran á presentar á César, y no temieran. Iba costeando, y vió una nave de comercio que estaba para dar la vela, de la que era capitan un ciudadano Romano, de ningun trato con Pompeyo, pero al que conocia de vista: llamábase Petiquio. Este en la noche anterior habia visto entre sueños á Pompeyo, no como otras muchas veces, sino como abatido y apesadumbrado. Habíalo asi referido á sus pasageros, segun la costumbre de entretenerse con semejantes conversaciones los que estan de vagar. En esto uno de los marineros se presentó diciendo haber visto que venia de tierra un barquichuelo de rio, y que unos hombres que en él se hallaban les hacian señas, sacudiendo las ropas, y les tendian las manos. Levantóse Petiquio, y habiendo conocido al punto á Pompeyo, como le habia visto entre sueños, dándose una palmada en la

cabeza, mandó á los marineros que echaran el bote, y alargando la diestra llamaba á Pompeyo, conjeturando ya por la disposicion en que le veia la terrible mudanza de su suerte. Asi sin aguardar súplicas, ni otra palabra alguna, recogiéndole, y á los que con él venian, que eran los dos Lentulos y Fabonio, se hizo al mar; y habiendo visto al cabo de poco al Rey Deyotaro, que por tierra venia hácia ellos, tambien le recibieron. Llegó la hora de la cena, la que dispuso el maestre de la nave con lo que á mano tenia; y viendo Fabonio que Pompeyo por falta de sirvientes habia empezado á lavarse á sí mismo, corrió á él, y le ayudó á lavarse y ungirse; y de alli en adelante continuó ungiéndole y sirviéndole en todo lo que los esclavos á sus amos, hasta lavarle los pies y aparejarle la comida: tanto que alguno al ver la naturalidad, la sencillez y pronta voluntad con que se hacian aquellos oficios, no pudo menos de exclamar:

¡Como todo está bien al hombre grande![1]

Navegando de esta manera á Anfipolis, pasó desde alli á Mitilene, con el objeto de recoger á Cornelia y á su hijo. Luego que tocó en la orilla de la isla, mandó á la ciudad un mensagero, no cual Cornelia esperaba, segun las noticias que lisongeramente le habian anticipado, y se le habian escrito, dándole á entender que terminada la guerra en Dirraquio, no le quedaba á Pompeyo otra cosa que hacer que seguir el alcance á César. Entretenida con estas esperanzas la sorprendió el mensagero, que ni siquiera tuvo fuerzas para saludarla, sino que dándola á entender con sus lágrimas mas que con palabras lo grande y excesivo de aquella calamidad, le dijo que se apresurase si queria ver á Pompeyo con una sola nave, y esa agena. Al oirlo cayó en tierra, y perma-

1 Verso de Eurípides.

neció largo rato fuera de sí sin sentido; costó mucho que volviese, y cuando estuvo en su acuerdo, echa cargo de que el tiempo no era de lamentos y de lágrimas, corrió por la ciudad al mar. Salióla á recibir Pompeyo; y habiendo tenido que recogerla en sus brazos acongojada y á punto de desmayarse: »veo, exclamó, ó Pompeyo, en tí, no la obra de »tu fortuna, sino de la mia, al mirar arrojado en »un miserable barco al que antes de casarse con Cor»nelia habia surcado este mismo mar con quinien»tas naves. ¿Por qué has venido á verme, y no has »abandonado á su infeliz suerte á la que te ha traido »semejante desventura? ¡Cuán dichosa hubiera sido »yo, habiendo muerto antes de recibir la noticia de »haber perecido á manos de los Partos Publio mi »primer marido! ¡y cuán cuerda y avisada si por »seguirle me hubiera, como lo intenté, quitado la »vida! Quedé con ella para venir ahora á ser la rui»na de Pompeyo Magno."

Dícese que estas fueron las voces en que prorumpió Cornelia, y que Pompeyo le respondió de esta manera: »Tú, ó Cornelia, no has conocido mas »que la buena fortuna, la que quizá te ha engaña»do por haber permanecido conmigo mas tiempo que »el que tiene de costumbre; pero es menester llevar »esta suerte, pues que á todo está sujeta la condicion »humana, y probar otra vez fortuna; no debiendo »desesperar de recobrar lo pasado el que de aquella »altura ha descendido á esta bajeza." Sacó Cornelia de la ciudad los intereses y la familia, y habiendo salido los Mitilenos á saludar á Pompeyo, rogándole que entrase en la poblacion, no se prestó á ello, sino que les previno que obedeciesen al vencedor, confiando en él, porque Cesar era benigno y de buena condicion. Volviéndose despues al filósofo Cratipo, que habia bajado á verle, le dirigió algunas expresiones, con que reprendia la Providencia; á las

que cedió Cratipo, procurando llamarle á mejores esperanzas, por no hacerse molesto é impertinente si entonces le contradecia. Porque se hubiera seguido preguntarle Pompeyo sobre la Providencia, y tener él que contestarle, que las cosas habian llegado á punto de ser absolutamente necesario que uno solo mandase en el estado á causa del mal gobierno, repreguntándole luego: ¿cómo ó con qué pruebas se nos haria ver que tú, ó Pompeyo, usarias mejor de la fortuna si hubieras sido el vencedor? Pero conviene dar de mano á estas cosas, y á todo lo que toca á los Dioses.

Tomando pues consigo la muger y los amigos seguia su viage, arribando á los puntos que era necesario para proveerse de aguada y víveres, siendo Atalia de la Panfilia la primera ciudad en que entró. Llegáronle allí algunas galeras de la Cilicia, y empezó á levantar tropas, teniendo ya cerca de sí otra vez unos sesenta del orden senatorio. Habiéndosele anunciado que la escuadra se mantenia, y que Caton, habiendo reunido muchos de los soldados, pasaba al Africa; empezó á lamentarse con sus amigos, reprendiéndose de haberse dejado violentar para combatir con las tropas de tierra, no empleando para nada el recurso mayor que sin disputa tenia, y de no haberse aproximado á la armada, para tener prontas, si por tierra sufria algun descalabro, unas fuerzas navales de tanta consideracion: pues ni Pompeyo pudo cometer mayor yerro, ni César valerse de medio mas acertado que el de haber trabado la batalla á tanta distancia de los socorros marítimos. Mas en fin, precisado á dar pasos y sacar algun partido del estado presente, á unas ciudades envió embajadores, y pasando él mismo á otras recogia fondos y tripulaba las naves; pero temiendo la celeridad y presteza del enemigo no fuera que le sobrecogiese antes de allegar los preparativos, andaba exa-

minando donde podria hallar por lo pronto asilo y refugio. Puestos á deliberar, no veian provincia que les ofreciese seguridad; y por lo que hace á reinos, el mismo Pompeyo indicó el de los Partos, como el mas propio para recibirlos y protegerlos mientras eran débiles, y para rehacerlos despues y habilitarlos con nuevas fuerzas. De los demas algunos volvian la consideracion hácia Africa y el Rey Juba: pero á Teofanes de Lesbos le parecia una locura, no distando el Egipto mas que tres dias de navegacion no hacer cuenta de él, ni de Tolomeo, que aunque todavía mocito, debia haber heredado la amistad y gratitud paterna, é ir á entregarse en manos de los Partos, gente del todo desleal é infiel; y que el mismo que no queria tener el segundo lugar, respecto de un ciudadano Romano su deudo, siendo el primero respecto de todos los demas, ni exponerse á probar la moderacion de aquel, hiciera dueño de su persona, á un Arsacida, que no pudo serlo de la de Craso mientras tuvo vida; y llevar una muger joven de la casa de los Escipiones á un pais bárbaro, entre gentes que hacen consistir el poder en el insulto y la disolucion. Pues aunque nada sufriese podia parecer que lo habia sufrido, por haber estado entre gente por lo comun desmandada, lo que es terrible. Dícese que esto solo fue lo que retrajo á Pompeyo de seguir la marcha hácia el Eufrates; si es que esta fue resolucion de Pompeyo, y no fue su mal hado el que le inclinó á este otro camino.

Luego que prevaleció el parecer de ir á Egipto, dando la vela de Chipre en una nave Seleucida con su muger, y siguiéndole los demas, unos con embarcaciones menores y otros en transportes, hizo la travesía sin accidente alguno; pero habiendo sabido que Tolomeo se hallaba en Pelusio, haciendo la guerra á su hermana, hubo de detenerse, enviando persona que anunciara al Rey su llegada, y le pidiera benig-

na acogida. Tolomeo era muy jovencito; y Potino, que era el árbitro de los negocios, juntó en consejo á los de mayor autoridad, que la tenian los que él queria, y les mandó dijera cada uno su dictámen. ¡Era cosa bien triste que sobre la suerte de Pompeyo Magno hubieran de decidir el eunuco Potino, Teodoto de Quio, llamado por su salario para ser maestro de retórica, y el Egipcio Aquila! Porque estos consejeros eran los principales entre los demas camareros y ayos; y Pompeyo, que no tenia por digno de su persona ser deudor de su salud á César, estaba esperando al áncora lejos de tierra la resolucion de semejante Senado. Los pareceres fueron del todo opuestos, diciendo unos que se le desechase, y otros que se le llamara y recibiera; pero Teodoto, haciendo muestra de su habilidad y pericia en la materia, demostró que ni en lo uno ni en lo otro habia seguridad: porque de recibirle tendrian á César por enemigo, y á Pompeyo por señor; y de desecharle incurririan en el odio de Pompeyo por la expulsion, y en el de César por tener todavía que perseguirle; asi que, lo mejor era mandarle venir, y matarle; pues de este modo servirian al uno, y no tenian que temer al otro, añadiendo con sonrisa, segun dicen, que hombre muerto no muerde.

Asi se determinó, y Aquila tomó á su cargo la ejecucion; el cual, llevando consigo á un tal Septimio, que en otro tiempo fuera Tribuno á las órdenes de Pompeyo, á otro que habia sido Centurion, llamado Salvio, y tres ó cuatro criados, se dirigió á la nave de Pompeyo. Habian pasado, y reunídose en ella los principales de su comitiva, para estar presentes á lo que ocurriese; y cuando vieron que el recibimiento no era ni regio ni brillante, como Teofanes se lo habia hecho esperar, viniendo solo unos cuantos hombres en un barquichuelo de pescador, ya les pareció sospechosa la poca importancia que se les

daba, y aconsejaron á Pompeyo sacara la nave á alta mar hasta ponerse fuera de alcance; pero en esto, atracando ya el barquichuelo, se levantó el primero Septimio, y saludó en lengua Romana á Pompeyo con el título de Emperador; y Aquila, saludándole en griego, le instaba para que pasase á su barco, porque habia mucho cieno, y por alli no tenia para su galera bastante profundidad el mar, y ademas abundaba de bancos de arena. Veíase al mismo tiempo que se aprestaban algunas de las naves del Rey, y que se coronaba de tropas la orilla; de manera que no les era dado huir, aunque mudaran de propósito; y por otra parte si tenian dañadas intenciones, con la desconfianza defenderian su injusticia. Saludando pues á Cornelia, que muy de antemano lloraba su muerte, dió orden de que se embarcaran primero á dos Centuriones, á su liberto Filipo, y á un esclavo llamado Escena, y al darle la mano Aquila, volviéndose á su muger y á su hijo, recitó aquellos yambos de Sofloces:

Quien al palacio del tirano fuere,
Esclavo es suyo, aun cuando libre parta.

Habiendo sido estas las últimas palabras que pronunció, descendió al barco; y como mediase bastante distancia desde la galera á tierra, y ninguno de los que iban con él le hubiera dirigido siquiera una expresion de agasajo, poniendo la vista en Septimio, paréceme, le dijo, haberte conocido en otro tiempo, siendo mi compañero de armas; á lo que le contestó, bajando solo la cabeza, sin pronunciar palabra, ni poner siquiera buen semblante; por tanto, como se guardare por todos un gran silencio, sacó Pompeyo un libro de memoria, y se puso á leer un discurso que habia escrito en griego para hacer uso de él con Tolomeo. Cuando arribaban á tierra, Cornelia, que llena de agitacion é inquietud habia subido con los amigos de Pompeyo á la cubierta de la na-

ve, para ver lo que pasaba, concibió alguna esperanza al observar que muchos de los cortesanos salian al desembarco, como para honrarle y recibirle. En esto al tomar Pompeyo la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio fue el primero que por la espalda le pasó con un puñal, y en seguida desenvainaron tambien sus espadas Salvio y Aquila. Pompeyo, echándose la toga por el rostro con entrambas manos, nada hizo ni dijo indigno de su persona, sino que solamente dió un suspiro, aguantando con entereza los golpes de sus asesinos. Y habiendo vivido cincuenta y nueve años, al otro dia de su nacimiento terminó su carrera.

Los de las naves, habiendo visto su muerte, movieron un llanto, que llegó á oirse desde la tierra, y levantando áncoras huyeron con precipitacion. Ayudábales un recio viento cuando ya estaban en alta mar; por lo que, aunque los Egipcios quisieron perseguirlos, desistieron de su propósito. Al cadaver de Pompeyo le cortaron la cabeza, arrojando el cuerpo desnudo á tierra desde el barquichuelo, y dejándolo que fuera espectáculo de los que quisiesen verlo. Estúvose á su lado Filipo, hasta que se cansaron de mirarlo; despues, lavándolo en el mar, y envolviéndolo en una miserable ropa suya, por no tener otra cosa, se puso á registrar por la orilla, y descubrió los despojos de una lancha gastados ya por el tiempo, pero bastantes todavía para la mezquina hoguera de un cadaver, y aun este no entero. Mientras los recogia y amontonaba, hallándose alli cerca un Romano ya de edad, y que habia hecho sus primeras campañas con Pompeyo cuando todavía era jóven, ¿quién eres, le dijo, tú que tienes el cuidado de dar sepultura á Pompeyo Magno? respondióle que un liberto suyo: pues no has de ser tú solo, continuó, el que le preste tan debido oficio: admíteme á mí á la parte de este tan piadoso encuentro, para

no tener tanto de que culpar á mi suerte en esta ausencia de la patria, gozando entre tantas aflicciones el consuelo de tocar y envolver con mis manos al mayor Capitan que ha tenido Roma. Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al dia siguiente Lucio Lentulo, que sin saber nada de lo sucedido navegaba de Chipre, y aportó á tierra, luego que vió la hoguera de un cadáver, y que al lado de ella estaba Filipo, al que aun no habia conocido: ¿quién es, dijo, el que cumplido su hado reposa en esta tierra? ¡Quizá tú, continuó, oh Pompeyo Magno!; y habiendo desembarcado de alli á poco, le prendieron y dieron muerte. Asi acabó Pompeyo. De alli á breve tiempo llegó César al Egipto que se habia manchado con tales crímenes; y al que le presentó la cabeza de aquel, le tuvo por abominable, volviendo el rostro por no verle; presentáronle tambien el sello, y al tomarle lloró. Estaba en él grabado un leon con la espada en la mano. A Aquila y Potino les hizo dar muerte; y habiendo sido el Rey vencido en una batalla junto al rio, no se volvió á saber de él. A Teodoto el Sofista no le alcanzó la venganza de César, porque huyó del Egipto, andando errante y aborrecido de todos; pero Marco Bruto, en el tiempo en que mandó despues de haber dado muerte á César, le encontró en el Asia, y habiéndole hecho sufrir toda clase de tormentos, le quitó la vida.

Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas á Cornelia, que llevándolas á Roma las depositó en el campo Albano.

COMPARACION DE AGESILAO Y POMPEYO.

Expuestas las vidas recorramos con el discurso rápidamente los caractéres que distinguen al uno del otro, entrando en la comparacion; y son de esta manera. En primer lugar Pompeyo subió al poder y á la gloria por el medio mas justo, promoviéndose á sí mismo, y auxiliando eficaz y poderosamente á Sila para libertar la Italia de tiranos; y Agesilao en el modo de entrar á reinar no parece que carece de reprension, ni para con los dioses, ni para con los hombres: haciendo declarar bastardo á Leutuquidas, cuando su hermano lo habia reconocido por legítimo, é interpretando de un modo ridículo el oráculo sobre la cojera. En segundo lugar Pompeyo perseveró honrando á Sila mientras vivió, y despues de muerto cuidó de su entierro, oponiéndose á Lépido; y con Fausto, hijo de aquel, casó su propia hija; y Agesilao alejó de sí y mortificó el amor propio de Lisandro bajo ligeros pretextos, siendo asi que Sila no recibió menos favores de Pompeyo que los que dispensó á este, cuando Lisandro hizo á Agesilao Rey de Esparta y General de toda la Grecia. En tercer lugar las faltas de Pompeyo en política y en justicia nacieron de su deferencia al parentesco, pues en las mas tuvo por socios á César y Escipion sus suegros; y Agesilao á Esfodrias, que era reo de muerte por la injusticia hecha á los Atenienses, le arrancó del suplicio solo en obsequio del amor de su hijo; y á Febidas, que quebrantó los tratados hechos con los Tebanos, le dió abiertamente favor y auxilio por este mismo agravio. Finalmente, en cuantas cosas es acusado Pompeyo de haber causado perjuicios á la república Romana por mala vergüenza ó por ignorancia, en otras tantas Agesilao por encono y rivalidad irrogó daños á los Lacedemonios, encendiendo la guerra de la Beocia. Y si ha de entrar en cuenta con

estos yerros, la fortuna que vino por ocasion de Pompeyo, fue inesperada para los Romanos; cuando Agesilao á los Lacedemonios, que lo habian oido, y estaban por tanto enterados, no les dejó precaverse del reino cojo; pues aunque mil veces hubiera sido convencido Leutuquidas de extraño y bastardo, no hubiera faltado á la línea Eurutionide Rey legítimo y firme de pies, si Lisandro no hubiera echado un tenebroso velo sobre el oráculo por favorecer á Agesilao. Ahora por lo que hace al recurso que excogitó Agesilao en la dificultad que causaban los que habian huido en la batalla de Leutras, que fue el de mandar que por aquel dia durmiesen las leyes, jamas se inventó otro igual, ni tenemos ninguno de Pompeyo á que compararle. Por el contrario este ni siquiera daba valor á las leyes que él mismo habia dictado, cuando se trataba de hacer ver á los amigos la grandeza de su poder; pero aquel, puesto en el estrecho de desatar las leyes por salvar á los ciudadanos, encontró medio para que aquellas no perjudicasen, y para no desatarlas porque perjudicaban. Tambien pongo en cuenta de la virtud política de Agesilao otro rasgo inimitable, cual fue haber levantado mano de sus hazañas en el Asia apenas recibió la orden de los Eforos; pues no sirvió á la república al modo que Pompeyo en aquello solo que á él le hacia grande, sino que mirando únicamente al bien de la patria, abandonó un poder y una gloria á los que ni antes ni despues llegó ninguno otro, á excepcion de Alejandro.

Tomando ya en consideracion otra especie de autoridad, que es la militar y guerrera, en el número de los trofeos, en la grandeza de los ejércitos que mandó Pompeyo, y en la muchedumbre de batallas dadas de poder á poder, de las que salió vencedor, me parece que ni el mismo Genofonte habia de comparar con las victorias de aquel las de Agesilao, con

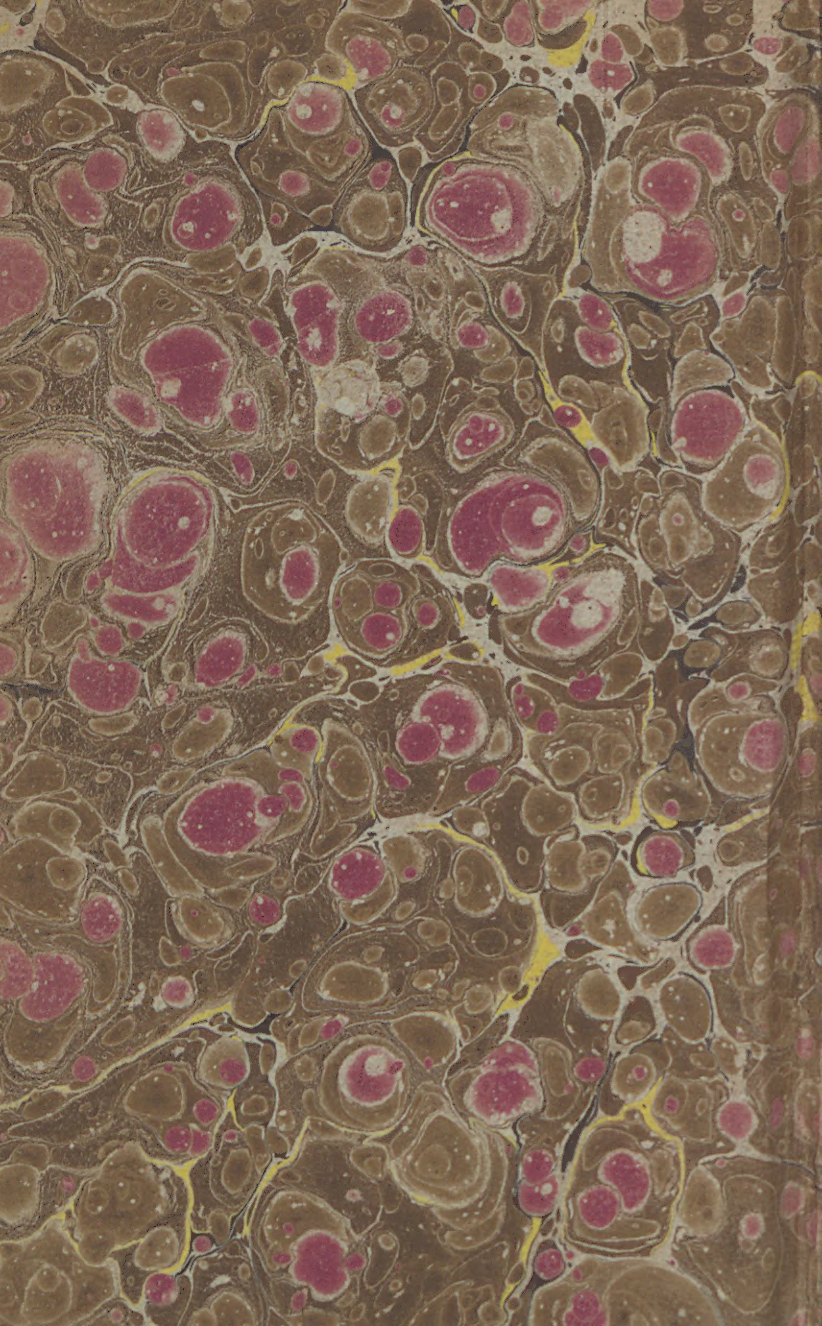
ser asi que por sus demas calidades sobresalientes se le concede como un premio particular el que pueda escribir y decir cuanto quiera en loor de este grande hombre. Entiendo ademas que fueron tambien muy diferentes en el benigno modo de haberse con los enemigos: pues este, por querer esclavizar á Tebas y asolar á Mesena, la una de igual condicion que su patria, y la otra metrópoli de su linage, le faltó casi nada para perder á Esparta; por decontado le hizo perder el imperio; y aquel á los piratas que se mostraron arrepentidos les concedió ciudades, y á Tigranes, Rey de los Armenios, al que tuvo en su poder para conducirle en triunfo, lo hizo aliado de la república: diciendo que la gloria verdadera valia mas que la de un dia. Mas si el prez de la virtud de consumado General se ha de conceder á las mayores hazañas, y á las mas irreprensibles disposiciones de guerra, el Lacedemonio deja tras de sí al Romano: porque en primer lugar no abandonó ni desamparó la ciudad al invadirla los enemigos con un ejército de setenta mil hombres cuando él tenia pocas tropas, y estas vencidas recientemente; y Pompeyo, sin mas que por haber tomado César con solo cinco mil y trescientos hombres una ciudad de Italia, abandonó a Roma de miedo, ó cediendo él cobardemente á tan pocos, ó pensando sin fundamento que fuesen en mayor número. Solícito ademas en recoger sus hijos y su muger huyó, dejando en horfandad á las de los demas ciudadanos: siendo asi que debia, ó vencer peleando por la república, ó admitir las condiciones que propusiera el vencedor, que era un ciudadano y su deudo; y no que ahora, al que tenia por cosa dura prorogarle el tiempo del mando le dió con esto mismo motivo para decir á Metelo al tiempo de apoderarse de Roma, que temia por sus cautivos á él y á todos sus habitantes. Tiénese por la mas sobresaliente prenda de un buen

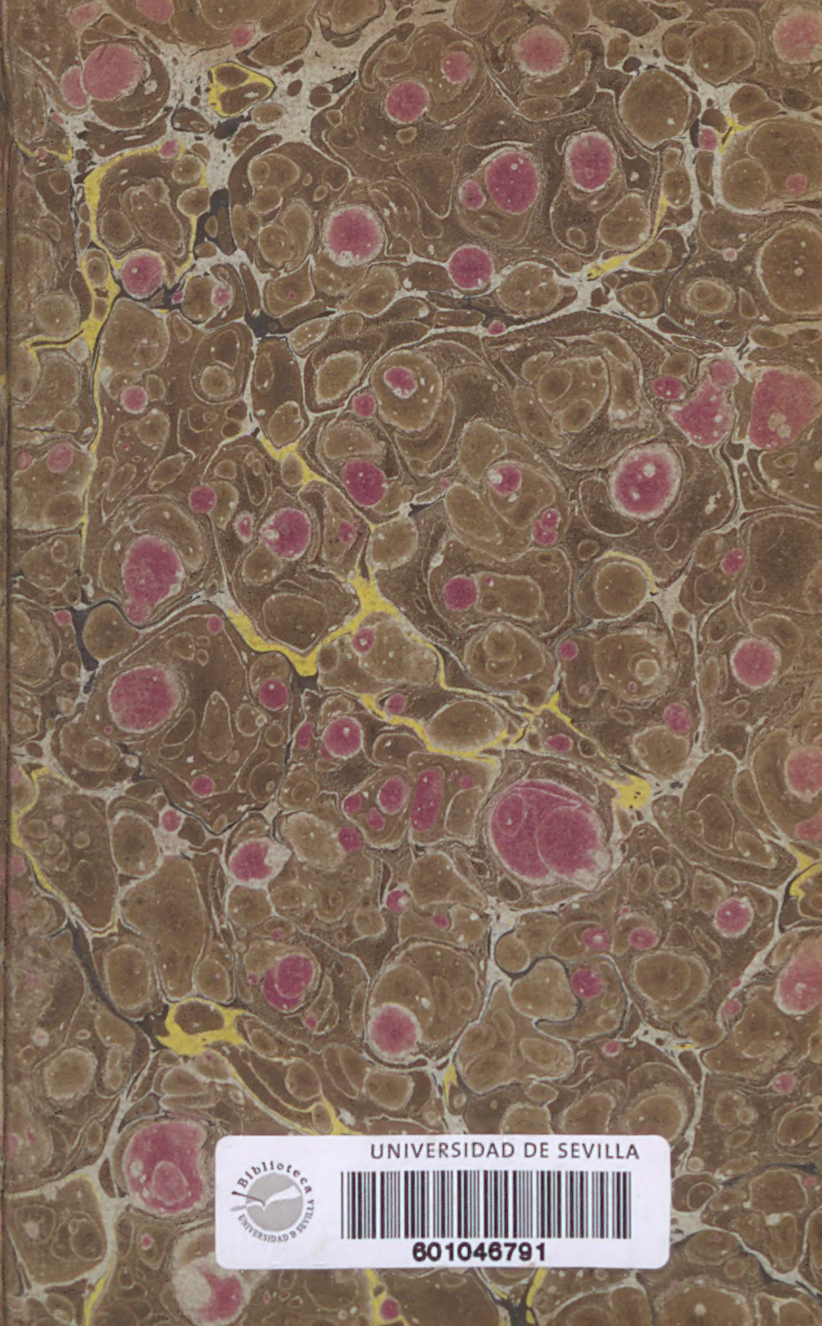
General el que cuando es superior precise á los enemigos á pelear; y cuando le falten fuerzas no se le precise contra su voluntad; y haciéndolo asi Agesilao, se conservó siempre invicto; y del mismo modo César cuando era inferior no contendió con Pompeyo para no ser derrotado; pero cuando se vió superior lo obligó á ponerlo todo en riesgo, haciéndole pelear con solas las tropas de tierra, con lo que en un punto se hizo dueño de caudales, de provisiones y del mar. Recursos de que aquel abundaba sin combatir; y la defensa que de esto quiere hacerse es el mayor cargo de un General tan acreditado; pues el que un caudillo que empieza á mandar sea intimidado y acobardado por los alborotos y clamores de los que le rodean, para no poner por obra sus acertadas determinaciones, es llevadero y perdonable; pero en un Pompeyo Magno, de cuyo campamento decian los Romanos que era la patria, el Senado y el Pretorio, llamando apóstatas y traidores á los que en Roma obedecian, y á los que hacian las funciones de Pretores y Cónsules; en este caudillo, á quien no habian visto nunca ser mandado de nadie, sino que todas las campañas las habia hecho de Generalísimo, ¿quién podrá sufrir el que por las chocarrerías de Fabonio y Domicio, y porque no le llamaran Agamenon, hubiese sido violentado á poner á riesgo el imperio y la libertad? Y si solo miraba á la vergüenza é ignominia del momento presente, debió hacer frente en el principio, y combatir en defensa de Roma; y no que despues de haber hecho entender que aquella fuga era un golpe maestro como el de Temístocles, tuvo luego por una afrenta el dilatar la batalla en la Tesalia. Porque no le habia señalado ningun Dios las llanuras de Farsalia para que fueran el estadio y teatro donde lidiase por el imperio; ni tampoco se le mandó por pregon que alli ó combatiera ó dejara á otro la corona; sino que el ser dueño del mar le

proporcionaba otros campos, millares de ciudades y la tierra toda, si hubiera querido imitar á Máximo, á Mario, á Luculo y al mismo Agesilao; el cual no sufrió menos contradicciones en Esparta por el empeño de que combatiera con los Tebanos, que les ocupaban el pais, ni dejó de tener que aguantar en Egipto calumnias y recriminaciones de parte del Rey, cuando le persuadia que era conveniente no aventurarse. Usando por tanto á su albedrío del mas acertado consejo, no solo salvó á los Egipcios contra la propia voluntad de ellos, y no solo conservó siempre en pie á Esparta en medio de tales agitaciones, sino que ademas erigió en la ciudad un trofeo contra los Tebanos, preparando que otra vez pudieran vencer por el mismo hecho de no dejarse violentar cuando ellos querian perderse. Asi Agesilao mereció las alabanzas de los mismos que antes le violentaban por verse salvos; y Pompeyo, errando por condescender con otros, tuvo por acusadores á los mismos á quienes cedió. Dicen sin embargo algunos en su defensa que fue engañado por su suegro, porque queriendo ocultar y apropiarse los caudales traidos del Asia, precipitó la batalla con el pretexto de que ya no habia fondos; mas aun cuando asi pasase, no debió dejarse engañar un General, ni tampoco, inducido con tanta facilidad en error, poner tan grandes intereses en el tablero. Estos son los puntos de vista bajo los que consideramos en cuanto á estas cosas á uno y otro.

Al Egipto el uno se encaminó en huida por necesidad, y el otro ni honesta ni precisamente por interes, para tener con que hacer la guerra á los Griegos, con lo que ganara militando con los bárbaros. Despues de esto, de aquello mismo de que nosotros, en cuanto á Pompeyo, hacemos cargo á los Egipcios, hacen estos cargo á Agesilao; pues si aquel fue injustamente asesinado por fiarse, este abandonó

á los que se fiaban de él, y se pasó á los que hacian la guerra á aquellos mismos á quienes habia ido á dar auxilio.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA
601046791


56
RANZ Y ROMANILL
VIDAS
DE PLUTARCO
3


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm